EL MERCU
TIAGO DE CHILE, miércoles 17 de
ció en Praga el Padre
del Partido eslovaco
tran a 17 kiló
ZIG
ZAG
MEDIO SIGLO
de PERIODISMO
CARLOS SILVA VILDOSOLA

MEDIO SIGLO DE PERIODISMO

CARLOS SILVA VILDOSOLA

MEDIO SIGLO DE PERIODISMO

Selección hecha en su labor de medio siglo, como homenaje en sus bodas de oro con el periodismo.

Z I G - Z A G

ESTE LIBRO...

Al celebrar sus bodas de oro con el periodismo don Carlos Silva Vildósola, sus amigos de "El Mercurio" han querido ofrecerle la sorpresa de este volumen, recogido en el caudal cotidiano de su producción durante cincuenta años.

Cuando un periodista ha escrito millares de millares de artículos, estudios y conferencias, que han ido quedando desparramados en la arena de un diario, arenas movedizas que todo se tragan en el pasar de los días, resulta una labor improba querer reflejar en una selección siquiera sea un aspecto de lo que representa su totalidad. Sería como pretender que el botánico pudiera, por algunas hojas, formarse idea cabal de la armoniosa arquitectura o de la infinita variedad del árbol. Tan vasta y tan múltiple, que no en vano se ha realizado en la completa actividad de una existencia, ha sido la vida periodística de Silva Vildósola, y un libro como éste sólo ha permitido espigar en todo ese campo de bien granado trigo, para elegir algunas de sus innumerables producciones que, como un haz aprisionado en un volumen, permita dar una idea siquiera aproximada de la significación, la importancia y la calidad cultural que tiene la obra de este maestro de periodistas.

En Silva Vildósola el periodismo fué siempre un acto de vocación, una profesión de fe de sus gustos y de su patriotismo, al servicio de los cuales puso toda su cultura, tan completa y tan moderna, como la más eficaz de las disciplinas para contribuir al progreso de su país. De tal manera, la historia de "El Mercurio" de Santiago que, en cierto modo, viene a ser la de este siglo, resulta también su propia historia. Porque él, después de su iniciación periodística en "El País" de Concepción y en "El Chileno" de Santiago, asumió, con Joaquín Díaz Garcés, la responsabilidad de la vida de este diario, concebido por don Agustín Edwards. Lo cual equivale a decir que su existencia de periodista está no sólo adscrita, sino que fundida, hecha sangre y espíritu, en el diario mismo, ya que no ha pasado año, ni día, ni hora que no haya recogido el fruto de su infatigable Underwood. Si a veces se alejó de su seno, obligado por sus viajes al extranjero, no por eso dejó, desde lejos, de estar vinculado a su redacción con esas sus correspondencias magistrales, que sólo encontrarían un paran-

gón apropiado en las inolvidables de Vicuña Mackenna. Así, en los días arduos de la Guerra Europea, Silva Vildósola hizo el periodismo desde Londres, París, Ginebra, Roma o Madrid, como sólo lo había podido hacer antes el autor de la "Historia de Santiago"; periodismo de grandes impresiones y frecuentemente de intuiciones sorprendentes. Otro libro como éste recogió sus mejores páginas de entonces, seleccionadas y ahijadas con afectuosa devoción por Omer Emeth.

El ha dicho que el periodista debe ser un improvisador: "el improvisador que yo soy y que son todos los periodistas de verdad". Su inmensa labor de cada día corrobora su aserto. Cuando se ha llegado a tener una experiencia como la suya, una cultura y un dominio tan cabal sobre los hombres y las cosas, la improvisación constituye una condición que sólo está subordinada al talento; es la rara y difícil facilidad del que señorea una virtud única. Por eso campea en su estilo esa sencillez que reconoce don de maestría y ese buen sentido del juicio que un filósofo consideraba como una suprema cualidad.

Las páginas de esta obra, henchidas de observaciones y enseñanzas, constituyen el mejor documento de una época, arrancado a las hojas del diario, que son las de su mejor libro, el libro total de su vida puesta por entero al servicio de la prosperidad de su país.

EMPRESA "EL MERCURIO".

RECUERDOS DE UN CINCUENTENARIO

por

AGUSTIN EDWARDS

RECUERDOS DE UN CINCUENTENARIO

Inhabilitado por la premura y por la distancia para enviar oportunamente una contribución a esta obra que conmemora los cincuenta años de periodista de un viejo amigo y brillante colaborador, no me resigno a dejar que se publique sin que lleve, siquiera una línea, de quien ha tenido la fortuna de estar en estrecho contacto con él más de las tres cuartas partes de ese medio siglo.

¡Cincuenta años de periodista! ¿Se da cuenta el público que no vive esa vida, agitada el día y la noche, lo que eso significa en desgaste de fuerzas espirituales y físicas? ¿Mide la responsabilidad que arrostra, en esa batalla diaria en que todas las pasiones humanas desencadenadas vienen a estrellarse y romperse en los muros de un diario, el periodista que en un momento, acaso instantáneo, debe juzgar lo que hay que creer y lo que hay que repudiar, lo que debe decir y lo que debe callar para conservar la confianza de sus lectores, para guiarlos con mano segura a través del laberinto intrincado de los sucesos, que, como todas las cosas humanas, tienen siempre doble faz, y para mantener intacto el prestigio de la hoja en que escribe e incólume su propia reputación?

Cincuenta años de periodista son más duros que cincuenta años de servicio activo en el Cuerpo de Bomberos, con un incendio todos los días. Hay que acudir al llamado a cualquiera hora y en cualquiera circunstancia. Por eso sólo pueden resistir la prueba los que, como Carlos Silva Vildósola, nacieron periodistas. El lo es hasta la médula de los huesos. Su entusiasmo por el periodismo no reconoce límites. Si algún día resolviese jubilarse, enviaría artículos anónimos a los diarios, recomendaciones a los periodistas jóvenes, indicaciones a los directores de diarios para solaz de su propio espíritu, y si no lo hiciera, se moriría de tedio.

No he conocido a nadie, ni en Chile ni fuera de Chile, que reúna las facultades prodigiosas de Carlos Silva Vildósola para el periodismo. Imaginación exuberante frenada por un sentido común y hondo de las realidades; cultura literaria que, como los cimientos sólidos, mientras

más honda, menos asoma torpemente a la superficie; adaptabilidad prodigiosa que le permite dar conferencias sobre la Biblia, maravillosas y llenas de colorido, ante un auditorio selecto de ascetas intelectuales, y llegar poco después a la imprenta a escribir un suelto humorístico y satírico, sobre algún desaguisado municipal; sensibilidad exquisita que le inspira los más tiernos y piadosos pensamientos en los dolores humanos, y los más sarcásticos y punzantes conceptos en las tonterías que suelen cometer los que actúan en la vida pública. Si pudiera aplicarse a las páginas de los diarios el procedimiento de la televisión y le fuera dado a los lectores seguir, a través de los artículos, el semblante y el gesto del periodista que los escribe, ¡cómo apreciarían la sinceridad con que Carlos Silva Vildósola entra en su tema, cual si de él dependiera su vida, como si ése, y no otro, fuese el único que hasta ese momento había logrado hacer vibrar las fibras de su corazón y la chispa de su ingenio!

Cuarenta y un años atrás, en 1897, conocía a Carlos Silva Vildósola sólo de nombre. Un compañero de colegio en San Ignacio, Joaquín Díaz Garcés, cuando hacía sus primeras armas de periodista en "El Chileno", me lo presentó allá por el año de 1898. Su nombre había resonado en las calles de Santiago durante la campaña presidencial de don Federico Errázuriz Echaurren, en 1896, y poco después, el periodista brillante salía para Londres a desempeñar un cargo diplomático. Comenzaba yo a interesarme vivamente en el periodismo. En 1897, a la muerte de mi padre, me había hecho cargo de "El Mercurio" de Valparaíso, diario que gozaba de gran reputación, pero que no se adaptaba a las formas novedosas de los tiempos. Soñaba yo con modernizarlo.

Joaquín Díaz Garcés admiraba a Carlos Silva Vildósola como un genio del periodismo. Merecerle ese juicio a Joaquín Díaz Garcés, era, en verdad, el mayor de los homenajes que pudieran rendírsele, pues éste fué, acaso, el único que pudo igualarle en rapidez de concepción, galanura de la pluma, fecundidad de ingenio y espontaneidad de humor. Y a través de Joaquín Díaz Garcés comencé a admirar a Carlos Silva Vildósola cuando sólo le conocía de vista.

En 1897 tuve la osadía de publicar un primer libro. Llevaba el título "Lo que vi en España". Me parece que por influencia de mi amigo Carlos Casanueva Opazo, interesado en el éxito de la obra, porque la había escrito uno de sus colaboradores en el Patronato de Santa Filomena y de sus condiscípulos en San Ignacio, y, además —esto dicho con todo género de reservas—, porque el producto de

la venta del libro estaba donado a ese Patronato, Carlos Silva Vildósola o Joaquín Díaz Garcés —jamás supe cuál de los dos— escribió un juicio crítico muy simpático y benévolo sobre aquel mi primer parto literario. Y como los humanos somos débiles, especialmente a la temprana edad de 19 años, encontré que "El Chileno" era un gran diario (lo era, en realidad), y que no había en el mundo periodista más hábil que Carlos Silva Vildósola, a menos que fuese Joaquín Díaz Garcés.

La mano de la Providencia iba preparando así el tejido de nuestro destino e invisiblemente nos íbamos acercando para el futuro a través de incidencias sutiles y triviales.

Así fué cómo, al fundar "El Mercurio" de Santiago, en 1900, para modernizar la vetusta prensa chilena, no pensé sino en unirme, para la tarea, con Joaquín Díaz Garcés y con Carlos Silva Vildósola. Uno, después de largos años de rudas y brillantes labores, aquejado de la enfermedad que lo llevó a la tumba, se alejó del hogar periodístico que juntos habíamos formado, y nos dejó para no volver, en medio de una desolación que el tiempo no ha dulcificado. El otro nos queda, y, mientras me aliente un soplo de vida, seguirá ocupando en mi corazón un sitio predilecto. Me une a Carlos Silva Vildósola el afecto fraternal de los que juntos han formado, en medio de no pocas vicisitudes y algunos descalabros, la casa solariega de "El Mercurio" de Santiago, entonces sólo una tienda de campaña, hoy un sólido edificio.

Fuerzas espirituales del talento y morales de la probidad y dedicación de los dos periodistas más notables de su época, que tuve la felicidad de encontrar en el camino de la vida, han formado la fuerza y la reputación del diario que tiene la inmensa fortuna de seguir contando con el que ha quedado y sigue dándonos, con una generosidad de Creso, los tesoros inagotables de su ingenio, de su laboriosidad, de su penetración horoscópica de los hombres y de las cosas.

A los cincuenta años de periodista, sigue tan joven, fresco y hasta acometedor, como cuando comenzó en Concepción a hacer sus primeras armas. Y es que su vocación de periodista mantiene en su alma una llama sagrada que no le permite envejecer. Volará alrededor del periodismo como las mariposas en torno de las luces, hasta que la reverberación lo mueva a dar una vuelta por los espacios para refrescar las alas y acercarse en seguida a la luminosa llama que le da calor y vida, y juventud sempiterna.

Con el mismo valor heroico con que treinta y ocho años atrás abandonó el puesto cómodo y seguro que desempeña-

ba en Londres, para entregarse de lleno a las tareas del periodismo, aceptando, sin preguntar siquiera cuál sería su remuneración, el ofrecimiento que le hacía un muchacho de 22 años, y con que voló, durante la gran guerra, en un aeroplano británico, sobre las líneas alemanas, para describirle al diario, como corresponsal en campaña, las sensaciones vívidas de la gran tragedia del mundo, sigue en la primera línea de trincheras las vicisitudes de la vida nacional con aguda penetración y bríos juveniles, dando ejemplo de abnegación y conciencia del deber en el rudo ejercicio del periodismo. Y que así sea por muchos años, son los fervientes votos de los que anhelan tener, ante las nuevas generaciones, un ejemplo de periodista de vigorosa cepa y de raras virtudes.

En la historia del periodismo chileno, Carlos Silva Vildósola dejará fecundos recuerdos, honda huella y un gran ejemplo. En los anales de "El Mercurio" su nombre y su personalidad quedarán grabados tan hondamente como los de don Domingo Faustino Sarmiento, Blanco Cuartin, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, Augusto Orrego Luco, Hermógenes Pérez de Arce y Joaquín Díaz Garcés. Que la Providencia lo conserve por muchos años más, son los votos ardientes de su viejo amigo.

AGUSTIN EDWARDS.

Bad-Nauheim, julio de 1938.

I

ESTUDIOS Y CONFERENCIAS

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEON

¡Napoleón! Ningún otro nombre hay en la historia tan poderosamente evocador y que tanto diga con el solo mágico ruido de sus sílabas a la imaginación y a la inteligencia. Ninguna otra vida excita como la de este hombre el deseo de conocerla, de investigarla, de entrar en sus secretos. Ninguna otra alma de cuantas han animado cuerpos humanos despierta como ésta una ardiente curiosidad de familiarizarnos con ella, de entenderla, de sorprenderle sus resortes maravillosos. Ninguna otra muerte ni de héroe ni de sabio, ni de apóstol, ni de reformador, ni de artista, ni de soberano, parece tan trágica y solemne como la agonía que un pequeño grupo de fieles servidores presenció, aterrado y dolorido, como ante una catástrofe universal, en la tarde del 5 de mayo de 1821.

La tragedia de Santa Elena ha sido cien veces escrita y abundan sobre ella los documentos de los que fueron actores o espectadores en los últimos años y las horas postreras del Emperador. Todos los que acompañaban a Napoleón en su destierro y gran parte de sus carceleros han escrito memorias, llevaban diarios, hacían anotaciones, recogían los actos y las palabras del personaje extraordinario a quien tenían el privilegio tan envidiado de ver todos los días, en relativa intimidad unos, en intimidad perfecta unos pocos. Todos han escrito: Las Cases, Gourgaud y Monthlon, como el médico Antonmarchi, como O'Meara, como los ingleses Maitland, Glover y Cockburn, como una serie de damas británicas, a algunas de las cuales se deben los desatinos más curiosos que se hayan publicado sobre ese período.

Hay una biblioteca enorme sobre Santa Elena, y sólo una crítica severa y muy cuidadosa puede deslindar en ella lo que es sincero y preciso y reflejo exacto de la realidad, de lo que es, o fruto de la imaginación de los que escribían, o de la vanidad con que deseaban mostrarse ante el mundo como íntimos del Emperador. No todos escribían para hacer historia. Hay muchos de esos libros en que se advierte simplemente un propósito comercial de satisfacer la inmensa curiosidad que en el mundo despertaba Santa

Elena con su prisionero. Hay otros cuyas memorias han sido revisadas, corregidas y truncadas para servir fines políticos.

El único que nada ha escrito es el Mariscal Bertrand, el soldado admirable, el amigo, acaso el único amigo, que con su mujer dieron a Napoleón en sus años de martirio y en su agonía el único afecto hondo, sincero, incondicional que tuvo después de la caída, y entibiaron con su abnegación absoluta esos días en que su cuerpo se iba helando y su alma prisionera se agitaba en la desesperación impotente. Bertrand y su esposa nada escribieron, porque no estaban allí para hacer literatura, ni para saciar curiosidades, sino para amarlo, para servirlo, para ofrecerle en cada instante el sacrificio de su vida misma si fuera necesario.

De entre todo este fárrago de Memorias, algunas de las cuales han sido definitivamente desacreditadas por la crítica, el 5 de mayo de 1821 se desprende como el terrible final de una tragedia larga y angustiosa. El Emperador, enfermo desde muchos meses, agotado por el clima y la falta de ejercicio, atormentado por el mezquino tratamiento que recibe y que será un perpetuo baldón para las autoridades inglesas, lucha con la muerte, desplegando las últimas energías de una voluntad que no ha sido igualada por la de otro hombre. Es como una ave enorme de la altura que ha vivido sobre las cumbres, que ha volado por el espacio inmenso, que ha sido señora del mundo, que ha tenido un campo ilimitado para las actividades de su cuerpo infatigable y de su inteligencia sobrehumana, y que, encerrada en una jaula, se estrella contra los hierros, se revuelve contra sus enemigos, y, por último, se hunde lentamente en una melancolía amarga. Rehusa someterse al destino, porque está habituado a dominarlo y hacerlo servir a sus propósitos. Lo roe un mal que la ciencia médica no entiende bien y que sólo la psicología puede explicar.

Así se comprende que los médicos no se dieran cuenta de la gravedad del Emperador sino cuando ya iba a morir, y Arnott, el más verídico de ellos, que comienza a atenderlo el 1º de abril, revela en sus informes que no tiene conciencia cabal de que se halla delante de un hombre a quien sólo quedan pocos días de vida.

Es cierto que el Emperador se ha quejado por largo tiempo de perturbaciones al hígado y ha escrito a su hermana Paulina que el clima de Santa Elena lo mata, que hay allí una enfermedad endémica, una especie de paludismo; pero flota siempre sobre las quejas de Napoleón la duda de que sean inspiradas por su deseo de cambiar de prisión, de inspirar simpatías para su causa, de crear di-

ficultades a sus carceleros, de hacer pesar sobre los ingleses y ante el tribunal del mundo la culpa de haberlo asesinado a pausas.

Desde los últimos días de abril el Emperador ha tenido horas de delirio. Su razón comienza a nublarse. Su prodigiosa imaginación le presenta visiones del pasado que lo exaltan y exasperan. Todo revela que esos días han debido ser de tortura infinita. La más grande energía humana que hayamos conocido se bate fieramente con la destrucción inevitable, la mayor de las inteligencias rechaza las sombras que la invaden. El cerebro más poderoso que abrigó jamás un cráneo humano parece reclamar en esas horas el derecho a una inmortalidad de alma y cuerpo y negar a la naturaleza el de aplicarle sus leyes.

El médico Arnott sólo se ha dado cuenta ocho días antes de la muerte de que su enfermo se moría. Ni las autoridades de la isla ni el Gobierno inglés han tenido una noción clara de que el fin se acercaba, y debemos pensar, para no ofender a la humanidad, que si la hubieran tenido, habrían suspendido algunas de las ridículas y mezquinas reglas a que tenían sometido al prisionero y con las cuales tan inútilmente lo atormentaron durante seis años, mostrando lo que le temían y dejando en desnudez vergonzosa su incomprensión.

El 5 de mayo Napoleón estaba ya sin conocimiento. Su agonía había comenzado mucho antes y sólo vivía sostenido por su formidable voluntad que la muerte debía vencer después de una lucha como acaso no le ha ofrecido ningún otro organismo humano. De los testigos de Longwood que refieren los incidentes de ese día, Antonmarchi es el más prolijo, pero hoy se sabe que este mercader de recuerdos napoleónicos ni siquiera ha estado en la alcoba del Emperador en las horas en que le atribuye expresiones y actos. El más digno de fe es Monthlon, y su versión debe ser aceptada como la que más se acerca a la verdad.

En la madrugada del 5, Monthlon oyó que el Emperador pronunciaba en su delirio algunas frases confusas, y de entre ellas pudo distinguir estas palabras: *"France!... armée!... tête d'armée!"* Son las últimas ideas que cruzando su cerebro alcanzan a formularse en palabras. Es la postrera vez que oídos humanos han escuchado la voz que había dictado órdenes a millones de hombres, sugestionado a las multitudes, dado leyes a los soberanos, llenado el mundo con su eco imperecedero. Y esas palabras y esos pensamientos encerraban como el resumen de su vida Francia, la nación que había amado como el más grande y tal vez el único verdadero amor de su alma. El ejército, que había sido el gigantesco, dócil y genial instrumento

con que forjara sus glorias y cambiara el rumbo de los sucesos humanos. *Tête d'armée*, cabeza de ejército, caudillo, jefe, porque toda la humanidad había sido para él un ejército incontable a la cabeza del cual marchaba en una carrera, cuyo súbito fin le parecía incomprensible como una injusticia del destino que lo había traicionado y contra el cual hasta su última hora se revuelve enfurecido.

Al pronunciar esas palabras, sus ojos se abrieron irritados, dominadores, terribles, como en los días en que sus iras derribaban tronos y humillaban naciones, y en un esfuerzo supremo, saltó del lecho agitando los brazos. Monthlon y Archambault lo recibieron en los suyos en el instante en que, agotado este último resto de energía, caía al suelo. La violencia del movimiento fué tal, que arrastró a Monthlon en la caída, y sus convulsiones y su resistencia eran todavía de tal fuerza, que entre los dos fieles servidores tuvieron dificultad para volverlo al lecho. Después no da más señales de vivir que la respiración y los latidos del pulso. A las 6 de la tarde se duerme para siempre en el sueño de que no debía despertar. El Emperador ha muerto, y su rostro finalmente sereno, afinado por el dolor, adelgazado por la enfermedad, muy pálido, con algo del mármol de una estatua antigua, cobra de nuevo la belleza singular de su juventud, y, muerto, el Emperador se parece al joven general de las Campañas de Italia, al hombre del puente de Arcola.

Todos los testigos de la escena final están acordes en un detalle que hiere la imaginación. La isla estaba esa tarde sacudida por una tempestad de las que son frecuentes en aquel clima tropical. Un huracán había arrancado los árboles que el Emperador plantara cuando con unos jardineros chinos quiso matar con esfuerzos físicos la monotonía devoradora de sus días y la exaltación de sus recuerdos torturantes, y el sauce bajo el cual tantas veces lo habían visto sentarse meditabundo, con la frente y los ojos cargados de desesperación, había caído al embate furioso del viento. Y mientras la naturaleza parecía estremecerse, como si aquella muerte de un hombre fuera el tránsito de un dios, Bertrand ponía piadosamente sobre el cuerpo inmóvil el manto de Marengo.

Podemos imaginar sin esfuerzo la sensación producida en el mundo por la caída final del hombre del Destino. Después de Waterloo, las potencias europeas, tras aherrojar a Napoleón en una isla, en medio del océano, habían comenzado la tarea de destruir su obra y de recons-

truir el viejo mundo caído a los golpes de su genio. Pero aun después de haber deshecho su ejército, de haber restaurado a los Borbones, de haber borrado donde era posible la inicial de su nombre y las abejas de su manto, temblaban en París, en Londres y en Viena, ante la posibilidad de que el preso escapara, de que sus amigos conspiraran, de que apareciera un día de nuevo como después de Elba. Su muerte produjo en las Potencias una sensación de alivio. Un problema desaparecía. Aun muerto lo temían y debían oponerse a la traslación de sus restos a Francia, que sólo 16 años después entrarían bajo la cúpula de los Inválidos para que se cumpliera su voluntad suprema: "Quiero que mis cenizas descansen a orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto he amado".

La leyenda napoleónica existe antes de la muerte del héroe; la imaginación popular se ha apoderado de su figura, de sus hechos, de sus palabras, y los ha agrandado, sublimado, adaptado a su interpretación de la personalidad extraordinaria. Pero la muerte eleva la leyenda a la categoría de uno de esos episodios que no son muchos en la historia y que pertenecen en parte a la relación exacta de los sucesos y en mucha mayor parte aún a la obra de la admiración, del asombro y del amor de las multitudes.

La poesía contribuye desde el primer instante a agigantar la leyenda que apenas si necesitaba más que los hechos mismos sin comentarios para llegar a ser un tesoro de la imaginación de todos los hombres de todas las razas. El gran poeta italiano Alejandro Manzoni, recoge en una oda maravillosa el pensamiento de los contemporáneos. Sus imágenes, impregnadas del misticismo heroico del temperamento del poeta, son gigantes como el asunto. La tierra ha quedado muda al anuncio de la muerte del héroe, y no se sabe cuándo volverá a herir su polvo una planta semejante de pie mortal. "¿Fué verdadera su gloria?", se pregunta el poeta, acosado ya por el pensamiento que más tarde y hoy mismo discuten los historiadores. Que la posteridad responda; al borde de su tumba sólo cabe inclinar la frente ante el Supremo Hacedor, que quiso dejar en él una huella más vasta de su espíritu creador. Y lo canta en sus glorias militares, en los días de su poder sin límites, en los de su caída, en el destierro, cuando tantas veces con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinados hacia la tierra los fulmíneos rayos de sus miradas, en el silencio de una tarde ociosa, se quedó pensando en el pasado y volvió a las visiones de sus horas ardientes. Y Manzoni, espíritu religioso hasta el misticismo, apostrofa a la Iglesia Católica y exclama al recordar que Napoleón ha muerto confesando la fe católica: "Alégrate, ¡oh, fe, habituada a los

triunfos!, porque nunca se inclinó una cabeza más alta ante el suplicio del Gólgota".

Mientras los pueblos crecen paralelamente a la historia y confundida con ella la leyenda de Napoleón, sabios, gobiernos, amigos y adversarios inician el culto napoleónico guardando como sagrados todos los objetos que tocó su mano. Sus ropas, sus utensilios, sus armas, todo se acumula en el fondo de los arcones, esperando la hora en que los museos lo reclamarán. Lo que ha dicho y lo que se creyó oírle, la mezcla singular y poética de sus frases reales y de las que sus adoradores le atribuyen, todo se almacena en la memoria de sus contemporáneos y será transmitido hasta nosotros. Cada generación agregará desde entonces algo al enorme mito, a la historia maravillosa que ya parece todo un sistema mitológico, un símbolo más que una realidad.

En vano los políticos enconados y temerosos a quienes aún la silueta del sombrero y el redingote hacen temblar, intentan borrar sus huellas. Es tarea superior a las fuerzas de unos cuantos ministros, superior a la débil voluntad de los reyes vacilantes. Toda la Francia está marcada para siempre con la letra N envuelta en la corona de laureles. Cien monumentos magníficos llevan esa firma, y en el viejo Louvre ella ha ido a inscribirse junto a la L del gran Luis. La columna de la Plaza Vendôme lleva su efigie vestida como un Emperador de Roma. El arco del Carroussel tiene la cuádriga de su carro victorioso, el de la Estrella se alza como un portento de la tierra, testimonio perenne de las glorias francesas, y el agua que pasa como los días y los años y los siglos bajo los puentes del Sena, salpica la letra inmortal grabada en la clave de sus arcos.

Desde la Normandía y la Bretaña hasta los montes del Delfinado y la Saboya, desde Calais hasta Marsella, todo el territorio es suyo, en todas partes ha escrito su paso, sus hazañas, sus obras, sus construcciones, sus caminos militares, sus fortalezas, sus palacios, sus restauraciones. Y es imposible recorrer la Alemania o el Austria sin sentir que su sombra vaga por los campos de batalla, entra en los palacios de Reyes que venció, se sienta en las conferencias donde discute con Embajadores temblorosos la suerte del mundo. La Italia lo ha visto pasar fulmíneo, glorioso, segundo César, y ha reconocido en él la resurrección de su propio genio. La España ha sentido su mano posada con gesto de dominación sobre uno de los leones de la escalera del Palacio Real de Madrid. El Oriente lo ha recibido como a un nuevo Mesías, las Pirámides de Egipto han escuchado el ruido de sus legiones. La Tierra Santa ha despertado de su sueño para verlo pasar como un Profeta

anunciado en las visiones de los iluminados. La India misma ha sabido que se acercaba como Alejandro en busca del camino por donde viene el sol cada mañana.

No es posible borrar sus huellas. Son demasiado profundas en el alma del pueblo francés, que se ha visto interpretado por él y que nunca más dejará de mirarlo como la encarnación más alta y pura de su genio, y no consentirá en desprenderse de su recuerdo, porque ha de servirle de guía en las luchas, de confortadora esperanza en el desastre, de orgullo en la victoria.

Viven dispersos, pobres y desencantados, miles de hombres que han llorado al saber la muerte de Napoleón: son los *grognards*, son los hijos de aquella generación "ardiente, pálida y nerviosa" concebida entre dos batallas, de que habla Musset; son ésos que al decir de François Coppée, en los días de las derrotas finales, en las marchas penosas bajo el agua y la nieve, recorriendo los caminos de la Europa hostil, "mascullaban juramentos sordos bajo sus mostachos grises y lo seguían siempre". Son los *grognards* que se reúnen en pequeños cafés de París, y, avivados sus recuerdos por la noticia de la muerte del Emperador, construyen con ellos la leyenda titánica en que se mezclan memorias, amores, admiraciones, vanidades, jactancias y heroísmos reales. El arte los ha fijado para siempre con el largo levitón, su alto corbatín, que toca las puntas de los bigotes de galos antiguos y el sombrero de copa de fieltro peludo. Parecen vivir desde Waterloo con el aire misterioso de conspiradores. Se diría que como el granadero de Heine, aun después de la muerte de su héroe esperan la resurrección y sueñan con el día en que saldrán de nuevo armados para seguir al Emperador.

La literatura y todas las artes se apoderan de la figura de Napoleón. Víctor Hugo, el más grande y el más profundo de los que han cantado su gloria, le consagra algunas de sus concepciones más admirables. El romanticismo ha encontrado un héroe sin ir a buscarlo en la antigüedad, ha encontrado un héroe que es de ayer, que los poetas conocieron cuando eran niños, y que al día siguiente de su muerte ya tiene las proporciones de un mito.

Las litografías de Raffet y las canciones de Beranger representan las formas más bellas y nobles que la leyenda napoleónica ha tomado en el arte. Las primeras han traducido el sentir popular, los dichos de los soldados, el aspecto pintoresco, heroico y romántico de las campañas. Algunas han determinado para siempre en la iconografía napoleónica actitudes, gestos, movimientos del Emperador. Las canciones de Beranger son una vibración genuina del pensamiento del pueblo francés, y los más grandes poe-

tas nunca las superarán en el arte de decir bellamente lo que en aquellos días que siguieron a la muerte del héroe sentía la nación que lo había reconocido como su guía supremo, su intérprete y su producto.

Nunca hubo dinero más mal gastado que el que un Gabinete inglés invirtió en pagar a Walter Scott, entonces arruinado, su libro sobre Napoleón, libelo que ha hecho mayor daño al poeta que al vencido de Waterloo. Más tarde, fué preciso hacer esfuerzos para olvidar el libelo, a fin de dejar pura la gloria del incomparable escritor. Pero frente a Walter Scott se alzaba el alemán Enrique Heine, que fustigaba con su ingenio ático, que perseguía con sus tenacidades de judío, que asaeteaba con todo el furor de su sátira inmortal a cuantos pretendían negar la gloria de Napoleón. Lo había visto una vez en su vida cuando era muy niño, y lo admiraba con fanatismo digno de uno de sus soldados. Napoleón entraba en Düsseldorf, la ciudad natal del poeta, y el pequeño Heine corría a ver en la gran plaza de la corte a los graves consejeros y al solemne y panzudo burgomaestre inclinarse serviles ante el vencedor. Se había trepado en la estatua del Gran Elector, y allí, agarrado a la cola del caballo de bronce, había visto al hombre pequeñito acariciar con su mano de mármol, bella como la de una estatua griega, el cuello de su caballo blanco. "Y aunque yo hubiera sido príncipe de la Casa Real de Prusia —dice—, habría envidiado la suerte de ese caballo."

El segundo Imperio más bien perjudica que robustece la leyenda napoleónica, porque hace un culto oficial de lo que era una espontánea afección de un pueblo, y porque la comparación entre Napoleón el Grande y Napoleón el Pequeño es desgraciada. Pero el prestigio crece siempre y la leyenda se enriquece con las memorias de la época, con los relatos de Santa Elena, que continúan apareciendo, con los recuerdos que van brotando como flores magníficas de gloria en torno del sepulcro de los Inválidos.

Y más tarde, cuando la Francia no sólo está viuda del César, sino viuda de la victoria con la cual él había creído desposarla para siempre, cuando llegan los días siniestros y otro Napoleón se hunde en el desastre sin la majestad de Waterloo, maldecido por la nación que lo culpa de su desgracia, la Francia se vuelve hacia su pasado y el Gran Recuerdo reverdece, porque el pueblo necesita calentarse en las glorias napoleónicas para no morir de frío, tiene que refugiarse en lo que hicieron sus padres para sentir renacer poco a poco la esperanza de que sus hijos pasarán por donde aquéllos pasaron, y llevarán de nuevo el tricolor triunfante a las capitales de Europa.

En el último cuarto del siglo XIX, el positivismo aplicado a la investigación histórica produce la escuela de los que anuncian su propósito de reducir la figura de Napoleón a sus proporciones humanas. Necesitan eliminar la leyenda, juzgar por fin con frialdad, con una crítica rigurosa, explicando a Napoleón y su tiempo en vez de endiosarlo.

M. Taine, el más ilustre de todos, encabeza un grupo de historiadores y filósofos que aún trabajan. Han puesto al héroe sobre la mesa de disección, han separado todas las partes de su personalidad, han desmenuzado sus actos y están inclinados con el microscopio sobre cada uno de esos fragmentos. Mucho tiempo antes alguien comparó a los enemigos de Napoleón caído, con los habitantes de Lilliput, que pretendían retener en tierra a Gulliver dormido, atándolo con cuerdas del grueso de un cabello a estacas grandes como una pajuela. Estos investigadores, geniales como Taine, como Vandal, como tantos otros, se pasean también sobre el enorme cuerpo inanimado, se enredan en la vegetación legendaria que lo invade, desaparecen en cualquiera de los pliegues de su personalidad; pero son valientes, tenaces, tienen la cabeza fría y lo examinan todo y lo juzgan todo y todo lo comparan y lo miden con sus propias unidades de medida. Hacen descubrimientos prodigiosos: uno encuentra en Napoleón pasiones, y muchas de ellas malas y nocivas; otro prueba que era frío, egoísta, ambicioso, iracundo, mezquino; el que viene en seguida demuestra que el 18 Brumario tenía miedo de ejercer una acción rápida, y sólo la energía de su hermano Luciano y la presión de las circunstancias lo decidieron al golpe de Estado; y luego otros y otros escarban para probar que el Código Civil es la obra de jurisconsultos ilustres en la cual el Emperador no tuvo parte alguna, y que el decreto de Moscú, que fijó los Estatutos del Teatro Francés, no es más que un rasgo de teatralidad para impresionar a sus adversarios y producir efecto escénico en el mundo. Se le critica lo que hizo y lo que dejó de hacer. Se le disminuye y se trabaja con ardor para destruir la leyenda que lo ha divinizado. Una escuela especial de escritores de otro orden, brillantes, pero menos fecundos, se echa sobre la vida privada de Napoleón, y divierte a los lectores con las historias de sus aventuras amorosas, de su divorcio, de sus relaciones de familia, de sus escándalos ciertos o soñados. Y entonces se llega a una conclusión: era un hombre, era como todos, con pasiones, con pequeñeces, con odios y amores.

Toda esta labor de investigación, que probablemente

no ha dejado ya nada en las sombras de cuanto jamás será posible averiguar sobre Napoleón y su tiempo, no ha tocado la leyenda, no ha movido un punto la imagen que el pueblo francés se había hecho de Napoleón, la que todos los pueblos de la tierra tienen hoy delante de sus ojos al evocar su muerte cien años después del fin de la tragedia de Santa Elena.

El empeño de los investigadores es muy humano: nos atrae todo lo que nos ofrece dificultad, aspiramos a entender lo que está fuera de nuestro alcance ordinario. Napoleón ha seducido a cerebros poderosos, como han atraído el espacio, el seno de los mares, la idea de la vida en otros mundos, lo grande, lo extraordinario, lo que la mentalidad del término medio no puede entender ni explicarse. El fenómeno Napoleón debía suscitar teorías explicativas, y buscándolas, era lógico que se comenzara por esa afirmación que lo reducía, que rebajaba las proporciones legendarias: era un hombre. Pero la misma necesidad de que hombres dotados de un altísimo ingenio y un poderoso espíritu crítico consagren su vida a explicar este hombre, es la más luminosa prueba que se pudiera exhibir de la excelsitud de su estirpe, de su sitio aparte en la especie humana. Era un hombre, pero no era como todos los hombres, se parecía a muy pocos hombres; en él hay, como en Julio César y en uno que otro más, el indicio de una humanidad superior.

El instinto popular así lo entiende, y no busca explicaciones positivas como demostraciones matemáticas, sino que prefiere ir tejiendo la leyenda que hermosea, pero que no falsifica, bajo cuyo manto transparente el espíritu observador ve mejor a veces que en las disecciones críticas, porque la leyenda es vida, es calor, es humanidad.

Por eso el pueblo francés siguió y sigue abrazado estrechamente al recuerdo napoleónico, no como los grandes historiadores querían modificarlo, sino como lo habían dejado los *grognards*, Víctor Hugo, las memorias de la época. Nunca dejó la tumba de los Inválidos de ser un sitio de peregrinación para franceses y extranjeros, y cuando de nuevo en 1914 se puso a prueba a la Francia, los jóvenes guerreros que iban con licencia a París, se inclinaban a la luz dorada de las vidrieras sobre la balaustrada de mármol, para mirar el oscuro sarcófago rodeado de haces de banderas amarillentas como manojo de flores secas, sintiendo vagamente en el instinto profundo y secreto de la raza, que de allí debían salir las esperanzas de la victoria final, de allí las energías para vencer.

Esos jóvenes eran los *grognards* resucitados. Se llamaban *poilus;* pero eran los mismos hombres, brotados de la

misma tierra generosa con el genio militar de su raza que el desastre no había podido vencer, que el peligro enderezaba de nuevo terrible y dominador como en los días del Emperador. Ese soldado, valeroso como un Mariscal del Imperio y sabio como un pensador moderno, que conduce finalmente a los *poilus* a la victoria y salva a la Europa y al mundo, Ferdinand Foch, es el discípulo del vencedor de Austerlitz y de Marengo, aplica sus doctrinas, emplea sus métodos y llega a la victoria, porque tiene, como el maestro, fe en su pueblo, fe en la Francia.

El Napoleón de la leyenda es más invencible que el de la historia. Este tuvo derrotas, y su vida y su persona pueden ser escarbadas por la investigación implacable que las disminuye. El de la leyenda está adherido a la imaginación de los pueblos y nunca la soltará. Hasta el fondo de la América llegó su nombre rodeado de una vaga aureola, nimbo indeciso de gloria, en que no se sabe si fué un hombre real o un personaje de heroico poema. Un día, entre las breñas de los Andes, en torno de una fogata de campamento de vaqueros, uno que había atrapado en la escuela algunas nociones confusas, resumía su admiración sobre los héroes de otros pueblos, diciendo: "Alejandro fué bien gallo; César también era harto gallo; pero el más gallo de todos fué Napoleón". Todo había desaparecido en la distancia geográfica y en la distancia de la cultura a lo primitivo, pero quedaba la admiración por la virilidad y el espíritu de combate, simbolizados en el gallo, en el ave alegórica de la antigua Galia y de la Francia democrática.

Hay todavía otra tentativa para disminuir a Napoleón, y es la de los pacifistas, los que condenan la guerra en cualquiera de sus formas que no sea la obligación y necesidad de defenderse. Militarismo, cesarismo, son palabras que van unidas al nombre de Napoleón, y nadie dirá si tiene el sentido moderno de la vida internacional que aprueba las guerras de conquistas o que siquiera las justifica. Es cierto que el que por una ambición ha hecho morir a otros hombres, no puede quedar libre de culpa, cualquiera que haya sido su genio. No hay duda de que al Emperador se le ve como ya en su tiempo lo veía el escritor que dice: "La Francia pagaba entonces al César un tributo anual de doscientos mil jóvenes; era la escolta que necesitaba para atravesar triunfante toda la Europa e ir a morir en una isla solitaria en medio del océano". No faltó a la verdad el que dijo que "nunca se vió como en tiempos de este hombre apoyarse sobre los muros de las ciudades tal muchedumbre de madres y esposas desoladas, nunca hubo soles más puros que los que secaron tanta san-

gre: se les llamaba sus soles de Austerlitz, y se creía que Dios los había hecho para él".

Pero después de reconocer todo eso y mucho más, y de rendir homenaje a las investigaciones y aun de aceptarlas como la expresión de la definitiva verdad sobre Napoleón disminuido, reducido a proporciones históricas, rebajado del pedestal de la leyenda, después de todo, queda todavía una figura gigante que cubre con su sombra un siglo y que, como una montaña, parece más grande mientras más no alejamos de su base.

Lo que queda de Napoleón tras la crítica severa a que ha sido sometido, es suficiente para explicar la leyenda, para justificarla, casi diríamos para mantenerla y acrecentarla en la imaginación de los pueblos.

Es el hijo de la Revolución, su producto, su resultado. Al aparecer en la vida atormentada de la Francia de esos días, la Revolución, que había hecho posible su aparición como miembro de una democracia turbulenta, en que las barreras todas habían sido derribadas, se hundía rápidamente en la sangre del Terror y en el cieno del Directorio. Y de entre ese lodo y esa sangre, él crea un orden nuevo, construye un sistema que nace de su cabeza completo y perfecto, da a la Francia una columna vertebral para ponerla de pie, y, haciéndola olvidar su miseria presente, despertando en ella su viejo genio de raza, infundiéndole de nuevo la disciplina social que había perdido, la conduce a destinos maravillosos y la arrastra por caminos que van a todas las capitales de la Europa.

Napoleón es el continuador de las campañas de la primera República, sacudimiento inicial del instinto nacional amenazado por los enemigos exteriores que pretenden destruir a la Francia para ahogar la Revolución. Así comienza su carrera, y esos son sus primeros triunfos rápidos, fulmíneos, incontenibles, teatrales en su prodigioso efecto sobre sus compatriotas y sobre el mundo. Pero la primera República tiene, como hoy los Soviets de Rusia, la ambición de difundir sobre la Europa su doctrina, de suprimir tronos, y Napoleón realiza esa ambición. Sus legiones barren monarquías vacilantes e imponen, desde Gibraltar hasta la Escandinavia, regímenes constitucionales. Es la guerra; es la fiebre imperial que va despertándose en él a medida que el mundo parece sometérsele; pero el movimiento inicial ha sido la continuación del espíritu revolucionario encauzado, moderado, sometido a disciplina, reducido de utopías sangrientas a posibilidades y realidades.

Un soplo de liberalismo ha pasado por el mundo entero al empuje de las águilas napoleónicas, y nosotros mismos, en el remoto país donde hoy honramos su memoria, le debemos que su invasión de España hiciera posible nuestra independencia, como le debemos las ideas constitucionales despojadas de la violencia revolucionaria, como le debemos, por fin, el auxilio que nos prestaron tantos soldados que al día siguiente de Waterloo vinieron a ayudarnos en la lucha de emancipación.

La reacción antirrevolucionaria se encarnaba en los enemigos de Napoleón, en las intrigas de Metternich, y las deslealtades de Talleyrand, en la Santa Alianza de los monarcas aterrados que habían sentido en el vientre la punta de su bota y que todavía, después de la caída, creían oír sus pasos en los corredores de los alcázares. Son ellos los que se han coligado para derribar al corso hijo de la Revolución, continuador de la Revolución no obstante su corona imperial; salvador de la Revolución, porque ha hecho de sus despojos siniestros un orden y un sistema. La reacción son la Alemania y el Austria, que la representan entonces como cien años más tarde por razones políticas y dinásticas y por la necesidad de mantener las democracias. La Inglaterra pudo ser el peor enemigo, porque era el más fuerte dominando los mares, pero sus móviles eran económicos. Los gabinetes *tories* que combatían a Napoleón no usaban sino por espíritu de imitación y necesidad de la lucha el lenguaje de la Santa Alianza.

Pero aunque no quedara de Napoleón esa obra enorme de haber dado a la Francia una disciplina cuando se disgregaba y disolvía, de haber encontrado la corona de Francia en el arroyo y haberla recogido con la punta de su espada, como él mismo dijo, quedarían monumentos que han tenido un influjo permanente y lo tienen todavía en la marcha de la humanidad. No hemos de detenernos en sus admirables esfuerzos personales para la renovación de las letras y las artes, a las que da un esplendor largo tiempo olvidado; no hemos de aludir a los templos que restaura, a los palacios que termina, a los prodigios de arte que siembra en Europa por su estímulo y protección, a las investigaciones científicas que empuja y premia. Nos basta uno solo de los monumentos que erigió: el Código Civil. Antes de esa construcción enorme de derechos y deberes, de reglas para organizar la sociedad civil, de garantías para dejar libre paso a la civilización, todo parece oscuro y confuso en el orden jurídico. El Código napoleónico aclara los abismos, aplica la facultad de ordenar y medir, que distingue al genio francés, a las relaciones de los hombres entre sí, y desde entonces y ya por más de un siglo, sus

principios son los fundamentos de todas las sociedades. Su parte en el Código se sabe hoy que fué directa, activa, muchas veces persistente y genialmente adivinadora, aun en presencia de los más grandes jurisconsultos de la época. ¿Y acaso la sola iniciativa y el haber escogido para realizarla a hombres de genio no bastarían para hacer del Código Civil la más pura, más noble y más universalmente útil de las huellas que el águila dejó mientras puso sus garras poderosas sobre el mundo?

Los iconoclastas derribadores de la imagen legendaria de Napoleón tienen razón cuando descuentan de su gloria, tal como el pueblo la ve, deslumbradora y sin manchas, todo lo que en su acción es producto de su época y de su raza. Ningún hombre que algo haya penetrado en la filosofía de la Historia acepta hoy la teoría de los hombres providenciales suscitados sin antecedentes ni determinaciones para resolver un conflicto, enviados del Omnipotente, que caen de lo alto sobre la tierra afligida. Napoleón es hijo de su tiempo y producto, como todos los hombres, del medio físico, social, doméstico en que había nacido y vivido. Nada hay en él de milagroso. Pero aun después de convenir en ello, tiene uno que volver a repetirse con la multitud de los que ciegamente lo admiran, que es producto extraordinario, único, sin par, diverso de todos los de su época por la potencia extraordinaria de su inteligencia y la fuerza titánica de su voluntad. Su época lo produjo, pero como una planta que de ordinario da flores pequeñas y de colores vulgares, estalla un día bajo el mismo cielo y sobre el mismo suelo en una flor enorme y de colores vivísimos.

Menester es también descontar en su obra todo lo que pertenece exclusivamente a su genio, porque es la obra de la cooperación de su pueblo. El lo supo conducir, supo inspirarle fe, supo penetrar hasta el fondo de su alma y apoderarse para siempre de su lealtad, su espíritu de sacrificio, su amor a la gloria y su espíritu guerrero. Pero el pueblo francés, que lo entendió, que lo reconoció, que lo sirvió, que con él se sacrificó, que con él ganó las batallas y construyó los monumentos y dominó a la Europa, es tan grande como Napoleón mismo, porque es lo único que explica y hace posible a Napoleón.

Imaginemos al joven Bonaparte nacido en cualquier otro país de la tierra en condiciones análogas a las que halló en Francia; imaginemos que no tiene a su servicio, en contacto íntimo con su genio, a ese pueblo nervioso, vibrante, imaginativo, educado en siglos de glorias militares, culto y refinado, con una tradición que viene sin interrupción alguna del fondo del Lacio y de la mayor grandeza

romana. Y veremos que Napoleón llega a ser un general ilustre, acaso un sabio eminente, tal vez un poderoso creador de riqueza, seguramente un político de autoridad indiscutida. Pero su gloria de dominador, de reformador, de transformador de la historia humana, casi de profeta y enviado del cielo como lo ve la leyenda, ésa no se concibe sino con la cooperación del pueblo francés, amante de la libertad y con un instinto invencible del orden que ni aun la Revolución había podido destruir, enamorado de la gloria, pero con un claro sentido de la realidad, consciente de su tradición militar, pero que jamás dejó de ser humano y generoso en la victoria como fué siempre resignado y noble en la derrota.

Y así, al llegar a estos cien años del día de su muerte, el recuerdo de su gloria se convierte en la glorificación del pueblo francés, y lo que de él nos queda, apagadas ya las pasiones que suscitó, modificadas las ideas, transformadas todas las nociones en una evolución secular que ha sido mucho más profunda que la de cualquier otro período de la historia humana, lo que de él nos queda es tan grande y tan imperecedero, que el ánimo se conturba al contemplarlo.

Hijo de la Gran Revolución que dió nacimiento al mundo moderno, y cuya obra sólo hoy se completa y perfecciona, encarnación maravillosa del genio latino que a todos los que lo reconocemos como nuestra inspiración ancestral nos toca de cerca y nos pertenece, conductor del pueblo francés que entonces como ahora había de ser el instrumento para la realización de grandes ideales, Napoleón es de la humanidad, y el 5 de mayo tiene hoy, como en el pasado, un poder de evocación trágica que nada puede disminuir, que a cien años de distancia parece aún mayor que en 1821.

Santiago, 5 de mayo de 1921.

"Revista Chilena",
N.o 42. Junio de 1924.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

ELOGIO DE DON JUAN AGUSTIN BARRIGA

Es lástima que un irónico designio haya hecho que deba ofrecer este homenaje (1), no un artista literario, no un verdadero escritor, sino un periodista incapaz de daros a conocer en síntesis brillante la figura literaria de don Juan Agustín Barriga. Acaso se ha buscado más que a un literato, como había tantos, a un amigo, y de éstos vamos quedando pocos. Partieron unos de este mundo, fueron otros arrastrados lejos de las letras amadas en la juventud, se hundieron muchos en esa noche del olvido que se parece a la muerte.

Para entender a Juan Agustín Barriga, para sentir su obra en esta hora de reconocimiento y de recuerdo, no bastaba poder emitir un juicio acertado y bello sobre su obra literaria, ni revisar con sentido crítico la historia política de Chile de años en que Barriga era un gran luchador; valía más haber seguido su vida desde los días de sus espléndidos triunfos juveniles, haber estado muy cerca de él cuando peleaba sus batallas, tener en los oídos el eco de su voz en la tribuna, guardar en el alma la emoción con que la juventud de hace medio siglo recibía sus áticos escritos, haber penetrado en su bondadoso corazón y deberle consejo, ayuda, estímulo generoso, amistad concedida sin mirar las diferencias de edad, de cultura, de facultades. Así justifico mi designación para hablaros en estos momentos, porque soy de la generación que amaneció en 1887, cuando Barriga pronunció aquel memorable discurso sobre "la lengua castellana como instrumento del arte literario", que levantó en nosotros todas las esperanzas, nos reveló todos los ideales, ardió como una luz poderosa en las tinieblas de nuestra desorientación y nos hizo saludarlo en lo íntimo del alma como el Dante a Virgilio: "Tu duca, tu signore, tu maestro".

También nosotros nos habíamos encontrado, no en me-

---

(1) La Academia de Bellas Letras de la Universidad Católica conmemoró el octogésimo aniversario del nacimiento del ilustre escritor Juan Agustín Barriga, con una velada literaria en la cual se pronunció este discurso.

dio del camino de la vida, sino en el alba de nuestras aspiraciones literarias, en la selva oscura de un país cuya vida intelectual se había apartado de la luz del humanismo. Abolidos los estudios de latín y griego, muerto sin herederos intelectuales Andrés Bello, nutrida la niñez y la juventud con textos franceses pobremente traducidos y extraños a nuestra tradición, descuidado el lenguaje y su estudio, desconocida la belleza y los nobilísimos caracteres de nuestra lengua española y su tesoro maravilloso de los tiempos clásicos, se nos condenaba a la vulgaridad de imitadores, al estilo pedestre de los que ignoran el sabor de la antigüedad y no pueden construir con materiales ricos, sino con delezneables escombros de literaturas ajenas, ignorantes de los principios eternos del arte.

Es un largo período en que la producción intelectual chilena se caracteriza por el descuido de la forma, la pobreza del idioma, el desaliño aun de los aspectos gramaticales. Gran parte de la obra de nuestros historiadores, dignísima de alabanza por la investigación y a veces por el juicio crítico, resulta de muy pesada lectura por la incorrección del lenguaje y lo pedestre del estilo.

Son tiempos en que poetas y novelistas imitan del francés, lengua que muchos de ellos ni siquiera entienden o conocen sólo de manera superficial. Y más que escribir afrancesado, piensan en galicismo; se diría que conocen a don Juan por Moliére, al Cid por Corneille, la psicología de la mujer española por la cigarrera de Merimée. Se desdeña y se ignora la gran literatura española, y el autor de un libro de Retórica y Poética, texto entonces de los colegios del Estado, propone como ejemplo una oda de Fray Luis de León, la celebérrima de la Acensión del Señor y la llama "la oda a la muerte de un Obispo".

El discurso de don Juan Agustín Barriga en la Academia de Santo Tomás, síntesis prodigiosa de cuanto era posible decir sobre la aptitud de nuestra lengua para expresar todas las formas del arte literario, fué como un programa magnífico y el comienzo de una sana reacción para el grupo de jóvenes egresados de colegios congregacionistas donde todavía se enseñaba latín y se cultivaban el amor y el gusto de la literatura española de los grandes siglos. Coincidía con hechos que debían facilitar el saneamiento de nuestro ambiente literario. Se reanudaban las relaciones diplomáticas con España por la firma del tratado de paz. Llegaban a las librerías las obras de los buenos escritores del siglo XIX, que también los tuvo y, aunque desdeñados ahora, grandes y nobilísimos intérpretes del alma de esa nación. Se familiarizaba la juventud con Menén-

dez Pelayo y Valera, con Pereda y Pérez Galdós, con Núñez de Arce y Campoamor. Pero todo ese movimiento hubiera quedado oscuro, confuso, indefinido, sin la expresión precisa que en forma elegantísima le dió Barriga en ese discurso que marca una etapa en la vida literaria chilena.

La lengua en que escribía el joven crítico era de una nobleza austera, sin ser arcaica ni pretender imitar lo inimitable; su estilo era elegante; el período, ni ampuloso como el de los escritores españoles del siglo XVI, ni cortado como el de los franceses, era la evolución natural de lo clásico para traducir pensamientos y necesidades espirituales de nuestra época; y tenía ese discurso, como toda la producción de don Juan Agustín Barriga, tanto literaria como política, la fascinación que no se sabe de dónde procede, si de la armonía de la frase o de la justa y lógica ordenación de las ideas, si de la refinada musicalidad o de la elevación de los conceptos.

El mismo nos ha mostrado, al trazar las cualidades del idioma español, el cuadro de los méritos que sus obras poseen. Nunca cae en el servil arcaísmo que consiste en repetir palabras fuera de uso. Es nervioso y agitado como nuestra época. Tiene la acometividad de su temperamento y de los tiempos nuevos, y muchas veces parece que abriera polémica. Es rápido y breve, sintetiza más que analiza y halla maravillosas fórmulas para condensar grandes pensamientos. Sabe que la lengua no es estática sino dinámica, y que sin cesar se enriquece y se muda. Abomina el purismo que es falsedad esencial. Toma de la belleza tradicional la concisión, la rapidez, la fuerza de vida y lo pintoresco, que son calidades fundamentales de la expresión literaria suya y lo fueron de los más grandes escritores de nuestra lengua. Repudia el postizo americanismo que quisiera vincularnos a las razas indígenas del continente, con negación del único origen de nuestra cultura, y el solo entronque que podemos invocar para llamarnos pueblos civilizados.

Hay en toda la obra de Barriga ciertas condiciones admirables, difíciles de imitar y que aíslan su obra en medio de la literatura chilena; la claridad, la abundancia y selección del vocabulario, la elegancia, la distinción, la armonía y una poderosa vitalidad moderna. Es siempre elocuente, sea que escriba discursos u otro cualquier género; es elocuente como lo fueron los grandes escritores de nuestra lengua, como lo son Cervantes y Santa Teresa, y el mismo Quevedo y hasta los creadores del teatro dramático. Y su elocuencia es ese misterioso arte de persuadir, aliado al

buen decir, que de ordinario, y fuera de todas las reglas didácticas, es la radiación de una personalidad..

Si nuestro gran crítico se hubiera sentado en la casa y corte de aquel Duque de Urbino de que nos cuenta el Cortesano de Castiglione — y por cierto que no hubieran disonado su voz ni sus conceptos junto a los de Pietro Bembo y Julián de Médicis, Bernardo Divizio y el Aretino —, se habrían podido aplicar a don Juan Agustín Barriga las palabras con que comienza uno de sus magníficos discursos micer Francisco Fregoso: "Yo, señor, os confieso que el escribir es un modo de hablar. Mas hase de considerar esta diferencia; que si las palabras habladas traen alguna oscuridad, la habla no penetra en el corazón del que oye; y así, haciendo su camino sin ser entendida, queda vana. Pero si en el escribir las palabras escritas alcanzan una poca de dificultad (o por mejor decir) una cierta agudeza sustancial y secreta, y no son así tan comunes como aquellas que se usan en el hablar ordinario, dan ciertamente mayor autoridad a lo que se escribe..." O la réplica que a los temores de Morello de Hortona, de que el cortesano no sea entendido si habla tan elegante y substancialmente, dió el Conde Ludovico en estas palabras también aplicables a los escritos de don Juan Agustín Barriga: "Lo entenderán todos, porque la facilidad y la llaneza siempre andan con la elegancia". Se comprende que más de uno de los críticos de la obra del señor Barriga haya evocado el recuerdo de ese período, y hasta uno de ellos lo llamó "retoño de esos selectos espíritus del Renacimiento, que unían a la alteza de la mente la cultura más amena, refinada y flexible". Con todo el moderno vigor de los escritos de Barriga, tan de nuestro tiempo, hay en ellos una elegancia y conceptuosa hondura, unidas a una finísima sensibilidad que lo hacen digno de haber alternado con aquellos hombres cuyos diálogos deliciosos nos transmitió Castiglione y de que Juan Boscán nos dejó una inmortal versión castellana.

Sus discursos políticos tienen análogas cualidades de estilo y lenguaje, aunque se advierte en ellos mayor animación, fuego de convencimientos profundos, tal vez más elocuencia en el sentido ordinario de la palabra que en los admirables modelos literarios del discurso sobre la lengua castellana, y el que consagró a la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo, uno de los juicios más completos emitidos hasta hoy sobre la obra y la personalidad del gran crítico español que fué su amigo y a quien el señor Barriga ha dado allí, en síntesis bellísima, un sitio adecuado dentro de la historia del pensamiento hispano.

Podemos recordar el efecto producido en la juventud de entonces por los discursos políticos del señor Barriga entre los años de 80 y 90 del pasado siglo. Deslumbradores por la elegancia de la forma, tan rara en Chile, aun entonces, y desaparecida en absoluto desde algunos años para convertirse en la desgarbada, incorrecta y hasta grosera oratoria de hoy, esos discursos estaban construídos sobre fundamentos de una convicción honda y sincera, fortalecidos por una dialéctica irresistible, con fuerza probatoria a que no escapaban sus mismos adversarios.

Le tocaron para iniciar muy joven su actividad política, cuando apenas tenía la edad requerida para el cargo de diputado, tiempos turbios de conmociones ideológicas y perturbación de las conciencias. Las reformas civiles planteadas por el Gobierno de entonces no como tales, que pudieron ser objeto de discusión serena, sino como forma de persecución religiosa, debían dar ocasión para debates político-teológicos en que el talento de Barriga, sus dotes externas de orador, su saber, su fuerza de argumentador, prestarían servicios de alto precio a la defensa de la Iglesia y de las ideas conservadoras.

En esos y en muchos otros discursos políticos, como en su labor dentro de los consejos de su partido, el señor Barriga se mostró un conservador a la manera de los británicos: hombre que aspira a la conservación del estado político dentro de las líneas creadas por el desarrollo histórico, sin negarse al progreso por *evolución*, y combatiendo todo lo que significa *revolución* en el sentido filosófico de esta palabra. Una frase inserta entre las "reflexiones y notas críticas" que terminan un volumen de trabajos del señor Barriga, parece resumir su pensamiento: "Un pueblo que reniega de su pasado histórico y abandona sus propios ideales para tomar los de otro pueblo o de otra raza, es como si hubiera enajenado su alma y puesto él mismo sobre sus espaldas el yugo de la servidumbre". Y en otro pasaje: "Los partidos políticos no son, como se cree generalmente, agrupaciones doctrinales, sino productos históricos. Con razón se ha dicho que los partidos se definen por su personal". A ese partido conservador de raíces históricas, que había hecho el progreso de Chile durante tantos años, sin cerrar el paso a ninguna reforma de verdadero progreso, pertenecía el señor Barriga con el cerebro y el corazón.

Este artista literario es en política profundamente realista. Tiene un programa de ideas definidas, ligadas entre sí por una lógica inflexible, relacionadas con el pasado, el presente y el futuro de su país. Pero no es un ideólogo. Percibe con claridad los defectos de los sistemas políticos.

Ha penetrado con ironía en el alma de las multitudes y sabe lo que se puede esperar de ellas. "Contra la fórmula de Newton, ha escrito en alguna parte, la inteligencia política está en razón inversa de las masas". Su fe en el progreso y su incesante esfuerzo para empujarlo no lo ciegan: "El siglo XIX, ha dicho, creyó resolver los problemas que le dejara el siglo XVIII creando otros nuevos, que el siglo XX va a resolver de la misma manera". A menudo la visión del señor Barriga en política toma caracteres de profecía; ve de lejos cuando todavía los demás no ven; advierte peligros y no es creído por los que miopes se arrojan a ellos. Cuando se haga una historia del partido conservador de Chile, y se conozcan las actas de sus consejos y se publiquen cartas y memorias íntimas, se oirá muchas veces la exclamación: "¡Si hubiéramos escuchado a Juan Agustín Barriga!".

Sorprende a los que estudian a este ilustre crítico, pensador, artista de la palabra, que escriba muy poco. La nueva generación, que ha recogido el eco de sus triunfos literarios, sigue sorprendida de que toda su producción literaria pueda caber en un volumen de 300 páginas. Un gran escritor argentino que en 1892 publicó un bellísimo ensayo sobre don Juan Agustín Barriga, ha dado una explicación que podemos corroborar los que lo hemos conocido más de cerca. "Es un caso, dice Calixto Oyuela, ejemplar y admirable, de severa conciencia literaria. En vez de andar perdido tras el viento de la publicidad, para obtener que dé a luz lo que escribe, hay que arrancárselo a viva fuerza de las manos". Grande artista, ante todo y sobre todo artista, decimos nosotros agregando nuestro juicio después de 45 años al del eminente argentino, el señor Barriga no habla sino cuando tiene un mensaje que comunicar. No lo hace por pueril vanidad ni erigido en maestro, sino porque las circunstancias lo fuerzan, y se desborda la copa siempre llena de sus pensamientos. Labor literaria de esta calidad superior no se produce sino en medio de relativa tranquilidad que la vida nunca le dió, porque siempre lo retuvo amarrado al duro banco de la galera tripulada por los que debemos ganarnos el pan con esfuerzo.

No halló estímulos sino tropiezos el señor Barriga en su carrera política y literaria. Podemos decirlo ahora, tan alejados ya de esos tiempos y cuando su nobilísimo corazón en el cual nunca entró la amargura ni tuvo sitio el rencor, lo ha hecho olvidar. No tuvo la atmósfera cálida de afectos y de gratitud por sus servicios a que tenía derecho. Hacia el final de la primera parte de su memorable elogio de Menéndez Pelayo, al considerar las injusticias de que

fué víctima el autor de la "Historia de las ideas estéticas" de parte de amigos más que de adversarios, de los que había servido y defendido con genial inspiración, el señor Barriga tiene palabras ardientes para describir el padecimiento a que estas ingratitudes someten al escritor y al político. Ha dicho don Manuel de Unamuno que el carácter predominante de la raza española es la envidia. Confesemos que en Chile hemos enriquecido esta herencia, haciendo de la envidia un sentimiento fundamental en la vida literaria y más aún en la política, y esto no sólo entre los que pertenecen a distintas ideologías, sino entre los que forman en una misma agrupación y se diría que poseen un interés común.

Todo eso ha quedado ya para el señor Barriga allá abajo, muy abajo, muy oscuro. La ancianidad es como una marcha hacia arriba, la ascensión de una montaña que descubre nuevos horizontes, espectáculos más y más nobles, panoramas vastísimos. Nunca es mayor la superioridad de un hombre de talento y de excepcional cultura que cuando puede observar y juzgar las cosas de este mundo desde las altas mesetas de la existencia, que son para él como "las primeras gradas de la eternidad".

Una poderosa iluminación interior se ha hecho en su espíritu, y los que hemos tenido el privilegio de tratarlo podemos decir que ha adquirido sobre todas las cualidades de su juventud y de su edad madura una maravillosa clarividencia interior que le permite ver mejor que nunca en sí mismo, en los demás y en todas las cosas. Recogido su pensamiento lejos del tráfago de las pasiones, libre del ruido de la ambición y el estrépito de la publicidad en que las mediocridades pugnan por hacer oír su voz de grillo, aguda y estridente, escucha mejor las voces que suben de su propia alma, todas impregnadas del recuerdo de la juventud y de promesas maravillosas. Sus ideas parecen ahora concentrarse como depuradas; cuánto ha aprendido de los hombres y de las cosas se formula en síntesis fuertes y sobrias que tienden a la unidad suprema.

Hay en el Misántropo de Moliére una respuesta de Philinte a Alceste que duele tener que traducir en baja prosa, haciéndola descender de la nobleza de los alejandrinos, pero que se nos figura resumen de la filosofía con que el señor Barriga mira desde el sagrado monte a que ha subido durante ochenta años la vida agitada en torno suyo. "Observo cada día — dice el personaje de Moliére — cien cosas que podrían andar mejor si tomaran otro rumbo; pero aunque a cada paso pudiera pareceros enfadado, no lo estoy como vos; tomo dulcemente a los hombres como son, ha-

bitúo mi alma a soportar lo que hacen, y creo que en la corte como en la villa, mi flema es tan filosófica como vuestra bilis".

La serena mirada de este hombre, cuya existencia ha participado de las mayores sacudidas, se tiende penetrante y justiciera sobre los hombres y los acontecimientos. No hay pequeñez sino amplitud en sus juicios. Comprende a los jóvenes mejor que muchos con menos experiencia y menos saber. No repite el vulgar estribillo de que el tiempo pasado fué mejor, sino que mira con indulgente comprensión las nuevas manifestaciones de vida que surgen a su alrededor. Como nunca tuvieron asiento en su alma ni la malevolencia ni la necedad, don Juan Agustín Barriga sabe perdonar, sabe olvidar, sabe comprender.

La Academia de Bellas Letras cree que, al invitaros para saludar a nuestro amigo, al noble paladín de las batallas memorables por las doctrinas que en esta causa enseñan, al maestro de las letras, ha interpretado el deseo de sus amigos, sus admiradores y cuantos en Chile se han repetido de una generación a otra este nombre, incorporado ya, victorioso de juicios y comentarios, a la historia del pensamiento hispanoamericano.

Damos gracias al Omnipotente que lo ha hecho llegar a la edad de los patriarcas sin disminuir su ingenio y acrecentado sus preciosas facultades, con la visión más exacta y más amplia de las cosas de este mundo y de las que están más allá del tiempo.

Quedamos reconocidos al señor Barriga por haber aceptado este tributo de afecto y de admiración de los que por muchos motivos podemos llamarnos sus discípulos, y haber querido salir de su retiro y su silencio, tan dignos y tan llenos de sentido, para venir a sentarse en medio de nosotros y escucharnos con bondad. "De su boca salieron más dulces que la miel, ríos de elocuencia", dice Torcuato Tasso, y en esas aguas quisiéramos que bañara sus almas la juventud que aquí se educa.

12 de septiembre de 1937.

ELOGIO DEL PERIODISMO (1)

En la labor del periodista hay algo de fugitivo, de rápido, de vibración pasajera que obrará sobre el espíritu de los lectores sólo por repetición. El libro tiene tiempo y espacio para convencer; el periódico produce sólo una sacudida momentánea que concluirá por ser una influencia decisiva si al día siguiente, o cuando las circunstancias lo aconsejen, se repiten, no una, sino muchas veces.

Lo esencial en el periódico es dar noticias. Para eso y por eso nació. Esa remota gaceta publicada en la China antes de que el mundo occidental conociera este medio de información, tenía por objeto dar noticias de los actos oficiales, de los edictos imperiales y demás órdenes de interés público. Cuando en el siglo XVII, y a lo sumo a fines del anterior, comenzaron a publicarse periódicos en Europa, tuvieron el mismo carácter, aunque ya no fueron simples órganos oficiales, sino libres distribuidores de información interesante para el gran número. Venecia, según parece, creó el género y dió el nombre de Gaceta, adoptado en las lenguas europeas, que provino de la pequeña moneda, cuyo valor representaba el de venta de la hoja periódica. La Gaceta de Frankfurt, desde 1615, las Weekly News de Londres en 1622, la Gaceta de Francia en 1631, fundada por el médico Renaudot y convertida por Richelieu en su órgano, todas son hojas informativas, ninguna piensa en sembrar doctrinas o defender tendencias políticas.

En el siglo XVIII ya existen las publicaciones destinadas a propaganda de ideas, crítica literaria, noticias científicas. La Enciclopedia de Diderot y D'Alembert distingue entre el Journal, que equivale a las revistas de hoy, y la Gazette, que es el verdadero periódico en el sentido moderno. Del Journal, dice Diderot, en el célebre diccionario que debe ser escrito por "una sociedad de sabios". De la Gazette escribe Voltaire en el mismo diccionario enciclopédico

(1) Fragmento del discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Academia Española, titulado "Elogio de don Ramón A. Laval y algo sobre el periodismo", leído el 30 de diciembre de 1931.

que es "un relato de los asuntos públicos" y señala su origen en Venecia, porque ese Estado "era siempre el asilo de la libertad". Se relaciona ya entonces el periodismo con la libertad política, con el derecho de dar publicidad a los sucesos. A Voltaire no le asusta el hecho de que las gacetas "estén a menudo llenas de noticias falsas"; "sin embargo, dice, pueden suministrar buenos materiales para la historia, porque de ordinario los errores de una gaceta (esto es de un número), son rectificados por las siguientes; y se encuentran en ellas todas las piezas auténticas que los soberanos mismos hacen insertar".

El mismo autor del artículo de la Enciclopedia señala como modelos las gacetas británicas, únicas que entonces daban amplia información de cuanto podía interesar a los ciudadanos, espectáculos, libros nuevos, lo que quieren vender o comprar los particulares, precios de efectos comerciales y de consumos, "en una palabra, termina Voltaire, de todo lo que puede contribuir a las comodidades de la vida". Con lo que Voltaire ha probado que en el siglo XVIII el diario moderno, con sus informaciones múltiples y sus anuncios, sólo había nacido en Inglaterra y se hallaba en estado de germen en los demás países de Europa.

El uso de la gaceta o periódico, que hasta entonces sólo los había semanales, para propaganda política, se produjo también en Inglaterra. Las libertades parlamentarias de aquel gran pueblo creaban la necesidad de la discusión, engendraban la lucha de doctrinas económicas y sociales, daban origen a lo que hoy se llama la opinión pública dividida en corrientes de ideas y en partidos organizados.

Sólo la Revolución de fines del siglo XVIII trajo a Francia el periodismo político. Esas hojas violentas, efímeras, arrastradas por el viento furioso de las mutaciones incesantes, fueron potentes elementos de propaganda revolucionaria. Las guerras civiles y las internacionales han sido propulsoras admirables de los periódicos, porque producen la necesidad de saber noticias, de orientarse en horas de incertidumbre y pública ansiedad.

Entretanto, los colonizadores ingleses habían transportado a sus colonias de América sus periódicos noticiosos. Boston tenía su News-Letter, desde 1704. En la América Española se puede decir que la prensa periódica sólo fué posible con la Independencia, y nació entonces con un carácter político bien definido, para sembrar ideas, para defender los nuevos principios, para educar a los pueblos en las doctrinas sobre las cuales se aspiraba a fundar las nuevas repúblicas.

Así nuestros primeros periódicos, ninguno de ellos capaz de vida propia, sostenidos por subvenciones gubernati-

vas o costeados por particulares generosos y convencidos de la necesidad de dar luz a la multitud. El número de lectores es reducido. La proporción de analfabetos es enorme; no existe el anuncio que ya permite a los periódicos ingleses y norteamericanos convertirse en lucrativas industrias, y no hay el interés de miles de hombres educados que da vida a los de Francia, Alemania, Holanda y otros países.

Se puede decir que hasta 1827, cuando se fundó *El Mercurio* en Valparaíso, no existía en Chile el periódico que aspira a vivir de sus propios recursos y busca en el anuncio su resorte económico. Y aún entonces, un decreto de Portales regula las subscripciones que el Estado debe tomar de cada periódico, forma disimulada de subvención, ejercida por aquellos gobiernos con honradez asombrosa, pues ella no impide que algunos de los periódicos ayudados en forma tan eficaz critiquen y aún censuren actos gubernativos.

Tanto en *El Mercurio* de Valparaíso, como en *El Ferrocarril* de Santiago, los dos diarios de más honda influencia y más sólida prosperidad en nuestro siglo XIX, se advierten tendencias a separarse del modelo francés para seguir el británico. La redacción es anónima; aumentan los anuncios; se procuran informaciones de todo el mundo por medio de recortes de los periódicos extranjeros y correspondencias epistolares, a veces de escritores notables. Ya a mediados de la pasada centuria estos diarios chilenos incluyen en sus informaciones todos los sucesos importantes del mundo.

Pero el gran impulso dado a la prensa diaria viene del telégrafo terrestre primero y del cable submarino en seguida. Si en Chile no hay todavía dinero para pagar a mediados del siglo XIX los cablegramas del extranjero, si nuestros diarios comienzan tímidamente a publicar unas cuantas líneas de noticias extranjeras muy sumarias, en Europa y más aún en los Estados Unidos, se avanza en ese ramo hasta el punto de que hay un diario, el *New York Herald*, de los tiempos de Gordon Bennett, que tiende su cable propio por debajo del Atlántico y paga expediciones a lugares remotos del globo y cubre toda la tierra con sus famosos corresponsales.

Son los periódicos de los Estados Unidos los que han transformado la prensa mundial y, especialmente, la de América. El gran desarrollo del anuncio comercial, el fomento de esta costumbre de avisarlo todo, lo que se vende y se compra, lo que se da en espectáculo y lo que antes parecía dominio de la vida íntima y doméstica, los viajes y los matrimonios, los precios del mercado de valores y las ceremonias de la religión, todo este afán de publicidad de

que hoy llega a parecer enferma la especie humana, es lo que ha dado existencia industrial vigorosa a los periódicos, sin que se sepa hasta qué punto es ese afán el que ha desarrollado los diarios o éstos los que lo han estimulado.

Con el producto comercial de los anuncios, los periódicos han podido pagar mejor a sus escritores, destinar hombres de gran talento a buscar informaciones, contratar servicios extranjeros que abarcan toda la extensión de la tierra, reproducir dibujos y fotografías, invadir el campo de la revista literaria y científica con sus suplementos y editar esos volúmenes en que hombres y mujeres de la más varia cultura y más opuestos gustos hallan satisfecha su curiosidad.

En el diario moderno predomina el anuncio. Síguele en importancia la información noticiosa interna y externa. Y en esta información tienen sitio prominente las noticias que se refieren a los gustos e intereses del mayor número, como los deportes, el cinematógrafo, el comercio. Y los anuncios mismos son noticias, pues avisan al lector que tal cosa se vende o tal otra se compra, ponen en contacto a miles de hombres que tienen conveniencia en encontrarse y entrar en relaciones comerciales. El diario moderno resulta una vasta amplificación de la primitiva gaceta destinada sólo a dar cierta clase de noticias.

Se diría que esto restringe cada día el espacio y el interés dedicados a la propaganda de opiniones y doctrinas. La restricción es más aparente que real. El diario sigue distribuyendo influencias espirituales, las desliza en sus telegramas del país y del extranjero, las infunde en cada línea de noticias al parecer inofensivas, hace más con esa masa de informaciones que con los antiguos extensos artículos y ásperas polémicas para inclinar al lector, poco a poco, insensiblemente, hacia este o aquel convencimiento.

La vida nuestra es urgida. No hay tiempo de leer mucho. El diario tiene que usar grandes títulos, no sólo para golpear fuertemente al lector desde el momento en que abre el diario, sino, además, para ahorrarle el trabajo de leer. Pues bien, en esos títulos suele haber opinión, tendencia, doctrina, acaso más que en el texto mismo.

Esta fuerza de la información periodística es tal que si quisiera entrar en el dominio de la anécdota, podría describir aquí la formación de algunas personalidades políticas y sociales chilenas construídas a fuerza de párrafos de la crónica de los diarios. Hombres mediocres, con cierta agudeza y mucho mundo, cultivan la amistad de los jóvenes reporteros, los sirven dándoles las noticias que ellos necesitan y se hacen pagar con esos párrafos que van edificando su reputación y haciéndoles a la larga una perso-

nalidad de que carecían. ¿Cuántas veces ha leído el público una entrevista en que tal o cual político disertaba con talento sobre asuntos de público interés? ¿Y quién se acordará jamás del joven reportero que la escribió, que la inventó, que la sometió al político sólo para su revisión, como resultado de una charla en que el entrevistado había dicho vulgaridades y el reportero puso talento y versación y frases novedosas de interés para el lector?

Y el anuncio todo lo invade. Ese retrato de una bella artista, ese párrafo con listas de las personas que asisten a un *tea-room* o a un teatro, ese comentario de la última película, esa atrayente monografía de una industria, esa sentimental necrología de una joven en que un amigo de la familia vertió toda la miel de su cursilería, todo eso puede ser publicidad pagada. La humana vanidad y el humano interés la buscan. ¿Por qué no ofrecérsela?

El diario moderno tiene una base industrial que requiere grandes capitales. La adquisición de maquinaria para imprimir, para estereotipar, para componer, para fotograbar exige desembolsos iniciales de que el público no alcanza a formarse idea. Baste decir que hoy no sería posible fundar, en Santiago, un gran diario, comparable con los que ya existen, por su formato, sus servicios informativos y su redacción, con menos de un capital de cinco a seis millones de pesos destinados a desaparecer, en parte, durante los primeros años de lucha, hasta alcanzar el número suficiente de anuncios y la circulación.

Cierto es que la información más costosa, la del extranjero, se obtiene hoy por medio de esas vastas cooperativas que son las agencias de noticias cablegráficas. Pero eso mismo se paga bien y a ello es preciso añadir continuamente las correspondencias especiales en que firmas ilustres hacen su comercio, vendiéndolas a muchos periódicos de distintos países para su publicación simultánea.

Todavía es preciso recordar el alto precio del papel que los periódicos consumen, del metal para sus linotipias y estereotipias, los materiales del fotograbado, lo que las complicadas máquinas reclaman cada día, a fin de que la impresión sea limpia y se haga con rapidez.

Todo ello ha dado cada día mayor importancia en los periódicos a los servicios administrativos encargados de producir el diario como un resultado de esfuerzo industrial y hacerlo pagar con amplitud el interés del capital invertido, después de haber cubierto los gastos y dejado una utilidad considerable. Las administraciones han crecido y ya parecen de ordinario enormes junto a los elementos puramente intelectuales que se sienten empequeñecidos y dominados. Gerentes, administradores, agentes de avisos, je-

fes de talleres, en suma, todos los que producen el diario y lo hacen ganar dinero, los que lo distribuyen y procuran el aumento de su circulación y sus anuncios, son ya en países, como los Estados Unidos, los elementos esenciales. A su lado, los que escriben artículos aparecen nada más que como factores más o menos interesantes, según el placer que el público halla todavía en leerlos, pero muy secundarios.

Un humorista inglés cuenta que los padres de la novia recibían muy bien al joven periodista, pero cuando supieron que estaba en la redacción y no en la sección de avisos, manifestaron su temor de que no pudiera dar a su hija una vida holgada.

Sin embargo, y cualquiera que sea la importancia que cada día adquiere el aspecto puramente industrial de la producción de un diario, los elementos de orden intelectual o literario siguen siendo necesarios. Lo son particularmente en los grandes diarios matutinos que todavía, en particular en países de origen latino, conservan abundante redacción propia sobre asuntos locales o internacionales, escrita en el lugar en que el diario se edita y dan cabida, además, en secciones especiales, fuera de los artículos de fondo, a críticas literarias, comentarios sobre asuntos económicos o sociales, sobre arte y ciencia.

Todo se mecaniza e industrializa. Los grandes hombres europeos ofrecen sus colaboraciones a los periódicos por medio de agentes de negocios. Alguno hay que antes de escribir una obra de historia destinada a conmemorar el centenario de Simón Bolívar, explora el mercado, hace averiguar cuántos periódicos estarían dispuestos a tomarla. Las grandes agencias hacen sus ofertas comercialmente: "tenemos Poincaré, Lloyd George, Ludwig, Mussolini, Alcalá Zamora; todo fresco del día; puede salir baratísimo, porque hay muchos interesados; se garantiza la publicación simultánea: ¿quiere usted la exclusiva para Chile?". Y las administraciones miden el valor de las correspondencias por su efecto en la circulación: esto puede interesar a tal sector del público, aquéllo a tal otro; conviene asegurarse lo que llegará al mayor número.

Los dibujos, las caricaturas, las curiosidades científicas, los relatos de grandes expediciones, todo se distribuye por medio de agencias comerciales. Queda un espacio relativamente reducido para la información local y para la redacción sobre asuntos nacionales, o desde puntos de vista nacionales. La obra de los redactores se va arrinconando. Se dirige a un público tal vez más educado, más culto, pero menor en número. Y nuestra civilización no es cualitativa, sino cuantitativa.

Sin embargo, conserva aún un valor evidente lo que se escribe por redactores propios del diario, sea en forma de noticias, sea en la de artículos. Ese rincón de página donde se tratan a diario cuestiones políticas, económicas, sociales y de todo orden, es todavía una fuerza indiscutible. Y esas noticias y documentos presentados con grandes títulos, son un poder de propaganda acaso más eficaz que el de los artículos mismos.

Lo fundamental en el estilo periodístico ha sido siempre, y es hoy con mejores razones que antes, la claridad absoluta. El periodista debe escribir para que lo entienda toda clase de gente, culta e inculta, con inteligencia viva y con escasas facultades mentales. Yo diría que debe escribir para que lo entiendan los idiotas, si es menester. Se dirige el diario a un público cada día más amplio, más variado, más revuelto. Si el escritor no alcanza al mayor número, pierde su obra y hace daño a su periódico.

Pero, además, las gentes están hoy muy ocupadas, tienen poco tiempo para leer, dan una rápida mirada al diario en el viaje entre su casa y su taller u oficina. Lo que se escriba para el periódico debe ser corto. De otra suerte, se pierde por admirable que sea el estilo y profundas las ideas.

¿Qué hacer entonces cuando se desea propagar doctrinas o proponer útiles reformas que no caben en breve espacio? Escribir muchas veces con una sola idea en cada artículo, y a veces repitiendo la misma idea disfrazada de modo que el lector la crea nueva.

El periódico sólo obra por repetición. La ley de psicología en que se funda el anuncio debe aplicarse a la redacción si ésta tiene tendencias dogmáticas, doctrinarias, de propaganda, de utilidad política o social. Hay que repetir, y sólo repitiendo con la debida mesura y envolviendo siempre el asunto en la actualidad del día, se logra que la idea penetre, que el lector se la asimile, y que, al cabo de cierto tiempo, la crea suya, se convenza de que él ha inventado eso. Entonces el diario ha hecho opinión, y la ha hecho porque sus escritores escribieron con claridad y fueron breves en cada artículo.

Si bien no sería excusable en el buen periodismo la notoria incorrección gramatical, tampoco puede exigirse al periodista mucho más que eso. Por el contrario, las galas del lenguaje, el abuso de imágenes, los períodos rebuscadamente elegantes con reminiscencias de los clásicos, todo eso obscurece, enturbia y se hace pesado para el lector de diarios que quiere rapidez, comprensión inmediata.

Y debe escribir el periodista nada más que como habla la gente educada, sin expresiones que no sean del dominio

común, hasta con el derecho de introducir términos o frases de uso vulgar que dan colorido al lenguaje y lo hacen más familiar para la gran mayoría de los lectores. Para el periodista no puede haber prohibición de neologismos. El tiene que seguir los movimientos de la vida de su pueblo y no puede esperar a que el Diccionario las declare ortodoxas. Es el uso por el pueblo y por el periódico lo que un día determinará la casticidad del término. La vida anda más de prisa que los diccionarios y sus etimologías y distingos sutiles. Nuevas invenciones aparecen todos los días. Ellas determinan campos enteros de actividad humana que necesitan expresiones nuevas. El periodista debe recogerlas, usarlas, imponerlas cuando son necesarias.

Queda entregado al buen gusto del periodista y a su cultura evitar los términos tomados de lenguas extranjeras cuando no son necesarios, y, especialmente, cuando no han sido incorporados al lenguaje común. En tales casos emplearlos es cursilería y afectación, como lo es la pretensión de resucitar palabras castellanas antiguas u otras que se usan en España, pero que son desconocidas en Chile. ¿Hay algo más ridículo que llamar "balompié" a un juego que todo el mundo llama fútbol, y "emparedado" a lo que nadie conoce sino por sandwich, y "batido" al cocktail?

Si esto se aplica a lo que en estricto sentido se denomina redacción, a los artículos, mayor motivo hay para aplicarlo a las informaciones, a ese arte difícil de escribir bien una noticia, de suerte que describa o narre bien, y, además, interese al lector y retenga su atención. La concisión de la noticia no daña en manos de un reportero a su éxito completo, como trozo de periodismo, sólo que es más difícil escribir informaciones breves que hacerlas diluídas y confusas. En una escuela de periodismo en los Estados Unidos se daba como modelo de noticia bien redactada, ésta que bajo los consejos de su director, gran partidario de la brevedad, escribió un novicio en el arte del reporterismo: "Fallecimiento. Fulano de Tal quiso ver con un fósforo si quedaba bencina en el estanque de su auto. Quedaba. Tenía 50 años".

Y cualquiera que sea su ramo, para escribir editoriales o redactar hechos de policía, artículos de propaganda política o de crítica literaria, reseñas de deportes o párrafos de vida social, el buen periodista, el que hace labor eficiente, el que deja huella en el ánimo del lector y contribuye a la grandeza de su diario, debe tener ciertas cualidades del artista. Debe vibrar con todo rumor externo, reflejar la vida que pasa a su lado, observar con mirada intensa y mostrar siempre sensibilidad. El hombre que trabaja en un diario sin esa sensibilidad de artista, sin esa vibración in-

terna, jamás llegará al público, sea cual fuere su cultura intelectual o su talento.

Aún las secciones puramente comerciales, los anuncios, necesitan en el diario moderno tomar cada día mayor valor de redacción. Ya no se hace la publicidad comercial con simples letreros llamativos o grotescos dibujos. Hay una nueva forma que se desliza elegantemente hasta el lector más refinado y que apela aún a la multitud cuando está hecha con habilidad y sencillez. La monografía industrial bien escrita, el corto anuncio que muestra ingenio, la frase que adhiere al cerebro del lector y lo arrastra un día a obedecer la sugestión del anuncio, todo eso necesita talento y es función de lo que llamaría yo el arte nuevo de avisar, todavía poco practicado en Chile, pero que en los Estados Unidos alcanza prodigioso desarrollo.

No ha mucho tropecé en una publicación industrial con el anuncio de una fábrica de lentes para telescopios y microscopios. Nótese el carácter de la manufactura relacionada con las ciencias, con el misterio de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. El redactor del anuncio había sentido ese carácter como artista. El anuncio decía: "El hombre está a medio camino entre el átomo y la estrella. Explora con su telescopio las profundidades del cielo y analiza con el microscopio el mundo de lo pequeño. Así fija las leyes de los astros, cura las enfermedades, estudia los alimentos. Es que la luz ha sido domada. Lo ha sido con grandes esfuerzos y sacrificios. La historia de esos sacrificios y esfuerzos es la historia de la firma de X. X., fabricantes de lentes de Rochester, Estados Unidos". Es un buen trozo de literatura del anuncio, digno de figurar en las antologías que, acaso, se harán algún día con este género especialísimo de aplicar el arte literario a la actividad del comercio.

Si bien, como he dicho antes, cada día que pasa toman los servicios administrativos de los periódicos mayor importancia y van constituyendo los avisadores una especie de dictadura ante la cual todo debe inclinarse para asegurar a la empresa industrial sus legítimos beneficios, todo aconseja a los responsables de la marcha de un gran periódico poner atención al grado de preparación intelectual de los hombres ocupados en sus varias secciones.

Es cierto que hoy se llama buen periodista al que produce un diario con éxito económcio, gran circulación y muchos anuncios. Y este puede ser un hombre con educación primaria, gran carácter, talento natural y espíritu organizador. Pero si ese diario con éxito comercial aspira a influir, a dejar huellas en la opinión pública, necesita gente preparada sobre base de cultivo intelectual completo.

En general, nuestros jóvenes reporteros, que deberían ser la esperanza de la futura redacción y dirección del periódico, como lo son en otros países y por desgracia no todavía entre nosotros, son ahora individuos que han hecho sus humanidades. Un primario no tendría cabida en un diario moderno, como la tenía no ha muchos años. La práctica de la información bien escrita, dirigida por un jefe cuidadoso y educador, debería ser la preparación para el gran periodismo por medio de estímulos a los que manifiestan vocación, condiciones de carácter y amor a la cultura, los que siguen leyendo, autoeducándose, observando los fenómenos sociales, viviendo al día el movimiento de hechos y de ideas de su tiempo. Y, en general, se debería aconsejar a las empresas que cualesquiera que sean sus méritos personales, eliminen a los elementos incultos de toda intervención en lo que un diario tiene de productor, de cultura y de reflejo de la vida integral de un país. La preponderancia alcanzada en ciertas secciones de la prensa de los Estados Unidos, por simples productores industriales de periódicos y manejadores, más o menos hábiles, de la producción del número diario ha rebajado bastante el nivel de la prensa americana. Por suerte, hay en ese país diarios que conservan el valor de la acción espiritual, que no se puede ejercer sino con el bagaje de una educación completa.

Hay una tendencia muy generalizada a mirar despectivamente a la prensa diaria. No soy de los que la creen un poder del Estado. Reconozco su inferioridad respecto de otras formas de expresión del pensamiento y de acción sobre nuestros semejantes por medio de la imprenta. Por eso he comenzado por decir que no me considero digno de sentarme entre escritores como los que me rodean y jamás pude pretender hablar en esta tribuna en el estilo y lenguaje propios de la tradición académica.

Pero creo que esos mismos que miran con desdén a la prensa y tiran sobre la mesa el periódico después de leer sus títulos y de buscar en sus múltiples páginas lo que interesa más de cerca a sus negocios o aficiones, son los que más fuertemente sufren la influencia. En el título a grandes letras y a través de la página, en el breve párrafo de información, en el telegrama sensacional, en el relato ameno, en el pequeño artículo de apariencia frívola, se han tragado lo que se les quiso hacer tragar, y al cabo de algún tiempo de beber en esas mismas fuentes, estarán llenos de convencimientos, ideas, prejuicios, que ellos creerán de su propia producción y que les han sido inyectados suavemente, insensiblemente por el periódico.

Hay en la vida moderna, en que todos saben leer y só-

lo pocos leen libros, millones de hombres y mujeres cuyo cerebro no tiene otro moblaje que el que les han proporcionado los periódicos. Esas gentes, y tantos como ellos, hablan mal del pan que comen, de lo que los sotiene por dentro y les da la única personalidad intelectual a que pueden aspirar y de que se envanecen.

Todo lo cual no hace sino concurrir a probar, una vez más, que el periodista, con todos sus méritos y deméritos, con la luz de su fuerza de acción sobre las multitudes y las limitaciones obscuras de su improvisación perpetua, es un trabajador modesto que no pretende superar, ni siquiera se considera de la misma especie de los historiadores, los novelistas, los poetas, los sociólogos. Y sólo vuestra bondad pudo traerme hasta este sitio y hacerme un asiento en la compañía de hombres que estarán viviendo en las bibliotecas y en la memoria de sus conciudadanos, y tal vez en el bronce, cuando nada quede de la labor anónima del periodista y el viento se haya llevado las hojas que un día salieron a la calle, calientes con el fuego de su observación del suceso pasajero y la intensa sacudida que cada hecho produjo en su alma. Quedará un nombre: el del periódico. ¡Trabajo le doy al que quiera averiguar cómo se llamaba el que escribió cada columna!...

"Boletín de la Academia Chilena".
Tomo V. Cuadernos XVII y XVIII. 1935.

MOISES (1)

Ante la figura enorme y maravillosa del legislador del pueblo de Israel, cuando se considera el depósito de la verdad revelada por Dios que este hombre recibió, al leer los libros escritos por él mismo, en que hallamos el relato de sus diálogos con el Altísimo, midiendo el alcance de la legislación religiosa, civil, social, moral, con que dió una estructura inmortal a su pueblo. y estableció los cimientos de lo que debía ser más tarde toda la civilización de Occidente y formar la esencia cultural de la mayor parte de las naciones de la tierra, uno se pregunta si ha habido jamás en la historia un ser humano, puramente humano, cuya influencia haya sido más fuerte, más honda, más duradera sobre nuestra especie.

La grandeza de su misión es tal que el mismo libro en la cual quedó escrita, parece rodearla desde sus comienzos y en sus pasajes principales de una penumbra de misterio, como si la vida de un hombre, cuyo comercio con la Divinidad fué tan íntimo, no hallara palabras en el lenguaje humano que pudieran darle una expresión precisa y definida.

Misterio y prodigio es toda la vida de Moisés relatada en los libros del Exodo, de los Números, del Levítico y el Deuteronomio. Prodigio su nacimiento en Egipto de una familia de israelitas de la tribu de Leví. Son los días en que el soberano egipcio, probablemente Ramsés II, ha comenzado a inquietarse por el crecimiento de este pueblo venido de Oriente, que se multiplica "como los peces", y con su ingenio, su laboriosidad, su múltiple actividad en todos los órdenes, amenaza crecer más que la nación en cuyo seno ha tomado hogar. Se han olvidado ya los tiempos de José, ministro del Faraón, el judío genial que en otro tiempo ha salvado a la nación egipcia de sus crisis. Se ve a los israelitas invadirlo todo y vivir como un grupo racial independiente, sin mezclarse con otras razas, con su religión, sus costumbres, sus usos, su tradición fortísima.

En vano se les somete a los más duros trabajos bajo la

(1) De la serie de disertaciones sobre la Biblia como Monumento Literario, dadas en la Universidad Católica.

tiranía del Faraón y sus ministros y oficiales. Es tiempo de inmensos trabajos públicos, pirámides, tumbas, palacios, ciudades gigantes que en parte han sobrevivido cuatro mil años y siguen como testimonio de la cultura y la organización política y social del Egipto, de su arte y su constitución religiosa y civil. Entonces se dicta la ley que condena a muerte a todos los varones que nazcan de las familias israelitas; con ensañamiento y por un detalle curioso de la decisión egipcia se ordena a las parteras que den muerte a los varones dados a luz por las madres israelitas a quienes asistan.

Una madre judía recurre a la estratagema que el arte ha hecho popular, y sobre una cuna flotante entrega su hijo a las aguas del Nilo, cerca del sitio donde sabe que diariamente viene, con su séquito, a bañarse la hija del Faraón. Esta se conmueve a la vista de la criatura que flota en peligro de ser arrastrada cor las aguas; la salva, la entrega a una mujer que por allí se presenta y que es la misma madre de Moisés, el niño milagroso. "Toma ese niño y críamelo, dijo la princesa; yo te daré un salario; tomó la mujer al niño, criólo, y después que era ya crecido, lo entregó a la hija del Faraón". Lloraba el niño en la cestilla, y por su llanto lo descubrió la princesa entre los carrizales de la orilla del inmenso río. Pero luego tuvo el seno materno y después, cuando era ya crecido, la madre adoptiva lo llevó a la Corte.

Se sabe que Moisés recibió educación en las ciencias de aquel tiempo que, en Egipto, y entre los sacerdotes, habían alcanzado gran progreso. Pero el relato nada dice de su primera juventud. Sólo nos cuenta que cuando ya era hombre salió a los suyos, fué en busca de su pueblo y lo halló en aflicción. Habían entrado setenta israelitas a Egipto y la Biblia designa por sus nombres a los cabezas de familia y las tribus a que pertenecían. Cuando Moisés comenzó su vida pública, o sea, 215 años después, habían llegado a ser más de seiscientos mil.

Dos episodios de la edad madura de Moisés, y son los únicos relatados por los libros sacros, sirven para penetrar algo en su carácter. Un día riñe con un egipcio que golpeaba a un hebreo, lo mata y esconde su cadáver en la arena; pero luego oye una alusión a esta aventura y huye por temor del castigo. Es impetuoso, implacable en la defensa de su pueblo, con un enérgico sentimiento de raza, combativo y resuelto a no dejarse atropellar. Pasa en su fuga más allá del Mar Rojo y se interna en las tierras de Madián. Y he aquí el segundo episodio: internándose en la Arabia Pétrea, se sienta el joven fugitivo junto a uno de esos pozos que son la única esperanza de vida en el desierto; vienen allí por agua las hijas de un sacerdote venerado en toda la tierra de Madián; unos pastores quieren atacarlas e impedir

que den agua a los rebaños de su padre; Moisés las defiende, las ampara y da de beber a sus ovejas; ellas vuelven al hogar y cuentan que un hombre egipcio las ha librado de manos de los pastores; el sacerdote pregunta quién es, pide que lo llamen y que coma el pan de su mesa; poco después Moisés es el esposo de una de esas jóvenes que debía darle sus dos hijos, el mayor, llamado Gersen, que significa "peregrino en tierra ajena", y el otro, Eliezer, cuyo nombre recuerda que fué el Dios de sus padres quien sacó a Moisés de la tierra del Faraón.

Pasan largos años, no menos de cuarenta por la cronología bíblica y egipcia. Lo único que sabemos de Moisés en ese período, es que guardaba los rebaños de su suegro Ietro. Un nuevo Faraón, identificado como Menepthtah, hijo de Ramsés, ha continuado y agravado la tiranía contra los hebreos. Moisés tiene ya ochenta años de edad y en esta hora de la ancianidad, cuando se acercan a su término las vidas de los hombres, llega el llamamiento divino. Uno de los misteriosos prodigios de la existencia de Moisés es esta vocación extrañamente tardía al parecer, pero que debía tener todavía otros cuarenta años para ejercer su ministerio.

De una zarza ardiente que no se quema, que no se consume por el fuego, sale la voz que le manda ir en busca de su pueblo hebreo y sacarlo del cautiverio y conducirlo a los destinos que Dios le tiene preparados. Hay en la narración bíblica de este episodio toda la terrible tiranía de la divinidad con sus elegidos. Moisés contesta humilde y temeroso, exhibe su impotencia, su tartamudez, sus flacas fuerzas de anciano; pero el Señor manda severo, exige, impone, no oye excusas. "¡Moisés, Moisés!", llama la voz que sale de la zarza ardiente. Y el anciano pastor contesta con el grito del alma que se entrega: "Aquí estoy". Recibe allí la revelación del concepto de Dios, que no es nuevo en la religión de Israel, pero que jamás había sido precisado, concretado en tal forma. Cuando Moisés pide a Dios que le diga su nombre para contestar las preguntas que le harán los israelitas al recibir el divino mensaje, el Altísimo responde: "Yo soy el que soy. Dirás a los hijos de Israel, El que es me ha enviado a vosotros".

Esta concepción de la divinidad, la más pura que haya sido jamás recibida por la mente humana, quiere decir que Dios es el Eterno, el Ser por excelencia, el principio y fin de todas las cosas, el solo infinito, inmutable y necesario, el solo existente por sí mismo, en suma, el Ser.

Moisés tiembla ante la misión, expone a su Señor que es tartamudo y no puede desplegar elocuencia ni persuadir a nadie. Dios le da por compañero a su hermano Aarón, sacerdote, que hablará por él. Y oído el mandato de ir en

busca de los israelitas en Egipto y obtener del Faraón su libertad y traerlos al desierto. Moisés parte con su mujer Séfora y sus hijos y su hermano Aarón. Dios lo consuela y sostiene. La promesa de dar al pueblo de Israel una tierra rica, fecunda, capaz de mantenerlo en abundancia, el país de Canaán, aparece por vez primera en el relato bíblico. El poder de Moisés está exaltado hasta el punto de que el Eterno le dice: "Te he constituído Dios de Faraón y Aarón tu profeta".

La lucha de Moisés y Aarón para liberar a su pueblo los conduce a obrar prodigios maravillosos, menudamente descritos en el libro del Exodo, y que todos conocemos con el nombre de las plagas de Egipto. Moisés ejerce presión sobre el soberano que se niega a dejar partir a aquel pueblo laborioso, sobrio, impregnado de la moral y la alta espiritualidad de una religión que los egipcios eran muy capaces de entender como el más fuerte escudo de una nación. Las plagas se suceden y van siendo más graves a medida que el tiempo pasa y nuevas entrevistas del enviado de Dios se estrellan en la negativa del Faraón. Hasta que la muerte de los primogénitos de Egipto, décima y última plaga, aterra al pueblo y al monarca, y se permite la salida de los israelitas.

Desde ese día Moisés conduce majestuosamente a su pueblo y los prodigios se multiplican en torno suyo. Las aguas del Mar Rojo se abren para dar paso al pueblo de Dios y se repliegan para ahogar en sus ondas a los ejércitos que el Faraón, arrepentido de su promesa, conduce en su persecución. Una nube en el día y una columna de fuego en la noche guía a los israelitas.

El paso milagroso del Mar Rojo, que los libera para siempre de la tiranía egipcia, inspira a Moisés un cántico que es una de las poesías líricas más bellas de la literatura hebrea: "Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y al caballo y caballero sepultó en el mar... Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar, sus Príncipes escogidos fueron sumergidos en las olas. Los abismos los cubrieron, descendieron al profundo como una piedra... Tu diestra, ¡oh, Señor!, hirió al enemigo. Con el soplo de tu furor se amontonaron las aguas, paróse la ola, subieron unas sobre otras las aguas de los abismos. Dijo el enemigo: Los alcanzaré, repartiré sus despojos, se hartará mi venganza, desenvainaré mi espada y los matará mi mano. Pero sopló tu espíritu y los cubrió la mar y fueron sumergidos como plomo en las aguas impetuosas. ¿Quién como tú, Señor? ¿Quién semejante a ti, magnífico en santidad, terrible y loable hacedor de maravillas?" Y luego profetiza el establecimiento de su pueblo en el monte de la heredad del Señor, "firmísima morada tuya que has labrado en tu

santuario y afirmado con tus manos". En medio del regocijo del pueblo que repetía este cántico de Moisés, "María, su hermana, tomó en sus manos un pandero y salieron todas las mujeres en pos de ella con panderos y danzas".

Por fin, un día desciende, por última vez, del monte, donde ha recibido la más grande revelación hecha a los hombres antes de la venida de Jesucristo. Su rostro resplandece de luz, de tal suerte que Aarón y los hijos de Israel temieron acercársele. Era ya el elegido, cuya gloria sobre la tierra no podía ser superada por nadie. Había estado junto al Señor de cielos y tierra, al Creador de todas las cosas y merecido su confianza. Y después que hubo comunicado a los sacerdotes y al pueblo el mensaje divino, Moisés cubrió con un velo su rostro resplandeciente de la luz del Sinaí. Y nunca más habló con los suyos sin correr el velo sobre su rostro. Envejecía en la presencia de Jehovah "poderoso y solitario", como ha dicho el poeta francés.

El misterio, la majestad, el prodigio, envuelven el fin del gran legislador elegido de Dios. Había vivido 120 años, y un día subió de la llanura de Moab al monte Nebo, en frente de Jericó. Divisó, desde allí, la tierra prometida a su pueblo, todo Galaad con sus viñedos, la tierra de Neftalí y la de Efraín y Manassés, fértiles y risueñas, y el país de Judá hasta el mar Mediterráneo, y la espaciosa vega de Jericó, ciudad de las palmeras. Y dijo el Señor: "He ahí la tierra que juré habría de dar a la descendencia de Abraham y de Jacob; la has visto con tus ojos, mas no entrarás en ella".

Allí murió Moisés y fué sepultado de orden de Jehovah en un valle del distrito de Moab, y añade el relato: "y ningún hombre hasta hoy ha sabido su sepultura". Y más adelante: "era Moisés de 120 años cuando murió, no se ofuscó su vista ni se movieron sus dientes. Ni después se vió jamás en Israel un profeta como Moisés con quién conversase el Señor cara a cara, ni que hiciese todos aquellos milagros y portentos que obró cuando lo envió el Señor a tierra de Egipto contra Faraón, y todos sus siervos y su reino todo; ni que tuviese aquel universal poderío y obrase las grandes maravillas que hizo Moisés a vista de todo Israel".

Durante los cuarenta años en el desierto y, sin duda, a medida que recibía la revelación, Moisés ha escrito los cinco libros del Antiguo Testamento que la Iglesia declara su obra y llevan los nombres de Génesis, Exodo, Levítico, de los Números y Deuteronomio, unidos bajo la denominación de Pentateuco. El Génesis narra la creación del mundo y la historia de Israel hasta la emigración a Egipto; el Exodo es el relato del cautiverio, el nacimiento de Moisés, la libertad, la peregrinación en el desierto, las primeras reve-

laciones; el Levítico contiene los preceptos litúrgicos; el de los Números, es así llamado, porque comienza por una enumeración de los jefes de las tribus de Israel hecha por Moisés cuando recibió la orden de hacer el censo de su pueblo; el Deuteronomio es, tal vez, el resumen más completo y detallado de toda la legislación mosaica y termina con el relato de la muerte de Moisés.

La figura de Moisés es, sin duda, la más grande de la historia humana, sea que se le considere como el enviado de Dios, elegido para transmitir a la especie humana la revelación, sea que se le mire como un hombre de genio que debía dar estructura a su pueblo y fijar los principios sobre los cuales descansaría por los siglos y reposa hasta hoy la civilización con su moral, su religión, sus leyes fundamentales, su organismo esencial.

Sería imposible hacer un resumen de estos libros, cuyo análisis somero ocuparía muchas horas y exigiría conocimientos filosóficos, religiosos y jurídicos superiores a los nuestros. Pero es posible hacer una especie de clasificación, siguiendo la que han hecho autores eminentes e indicar los puntos capitales de la legislación mosaica en sus tres órdenes fundamentales que son el dogma y la moral, el culto y su liturgia, y, por fin, el derecho civil y criminal.

La religión monoteísta, la más alta forma espiritual de aquel tiempo y de todos los tiempos, parte de la enseñanza de Moisés, pues aun cuando ella existe en el pueblo de Israel desde el principio de los tiempos, la ley mosaica la precisa y la sublima. Dios es el Ser por excelencia, Señor del universo y protector especial del pueblo escogido; Dios Todopoderoso, presente en todas partes, soberanamente justo, creador del cielo y de la tierra. El pecado original pesa sobre los humanos, pero a Moisés le ha sido prometido el Mesías que un día nacerá de este pueblo escogido y hará el pacto de reconciliación entre Dios y los hombres. En uno de los libros de Moisés el profeta Balaam ha dicho con una expresión bellísima que aún aplicamos al Redentor Jesús: "De Jacob nacerá una estrella". Son fundamentos filosóficos de la doctrina enseñada por Moisés, la inmortalidad del alma y la creencia en la vida futura sin las cuales no se explicarían sus enseñanzas principales. El Decálogo resume en admirable concisión de forma y vastísima extensión toda la moral, todas las reglas de las relaciones entre el hombre y Dios, del hombre consigo mismo y de los humanos entre sí.

Puesta toda la legislación mosaica en forma de precepto divino, pues toda ella ha sido recibida por Moisés de Dios mismo, no por inspiración, sino por revelación directa, cuantos preceptos dicta el legislador civil y religioso de Israel son inmutables y divinos. La mayor parte de la ley

es litúrgica, y su objeto era conservar al pueblo israelita libre del contacto impuro de otras naciones que practicaban la idolatría, como eran todas las que lo rodeaban. El centro de la vida religiosa es el tabernáculo; nótense las analogías con la religión católica, de la cual aquella ley antigua no era más que una prefiguración. En el tabernáculo están las tablas de la ley y el Arca de la Alianza entre Dios y su pueblo escogido. Un tribu, la de Leví, da los sacerdotes del culto y son los levitas los que durante la marcha por el desierto llevan en sus hombros el tabernáculo y lo defienden de sus enemigos.

Los sacrificios sangrientos y no sangrientos consistían en la inmolación de palomas, corderos, bueyes o toros, o en libaciones de vino, ofrendas de harina, aceite y espigas de trigo. Siempre las figuras claras del sacrificio incruento que todos los días y en millares de sitios de la tierra ofrece el catolicismo en la Misa. Y todos los días se ofrecía en el tabernáculo de Israel un sacrificio por la salud del pueblo.

Estaba consagrado un día de la semana, el "sabbat", al culto del Señor, y lo mismo el primer día de cada nueva luna o *neomenia*, y durante el año las fiestas de Pascua, Pentecostés o de las primicias, la celebración de las vendimias, la Expiación y varias otras más. Entonces, como en la ley cristiana, el día del *sabbat* estaba prohibida toda obra servil.

Algunos años eran totalmente consagrados a Dios. Cada siete años ocurría el año sabático, en que se dejaba reposar la tierra, se suspendía el pago de las deudas y se daban a los pobres los frutos del suelo sin cultivo. Cada medio siglo, más exactamente "cada siete veces siete años", ocurría el año jubilar, la más extraordinaria institución religiosa, económica y jurídica de Israel. En el año jubilar se daba libertad a todos los esclavos de origen hebreo, se extinguían, en forma automática, todas las deudas, y lo que es más asombroso y parece superar ciertas aspiraciones sociales de nuestro tiempo, quedaban anuladas todas las ventas de tierras ejecutadas después del último año jubilar, y aquéllas volvían a sus antiguos propietarios. Adviértase el esfuerzo de esta legislación para prevenir el excesivo empobrecimiento del pueblo y la invasión del suelo nacional por extranjeros.

Pero había, además, numerosos preceptos litúrgicos encaminados a mantener presente en las almas el pensamiento del Dios de Israel, soberano efectivo de su pueblo. Las leyes mosaicas penetran a la intimidad de la vida privada, regulan la del individuo y de la familia, prescriben la higiene pública y la de los hogares. Se prohibe comer la carne de ciertos animales considerados impuros o que

hubieran muerto de enfermedad; se establecen muchas "impurezas legales", como el contacto con un cadáver o un leproso, que condenaban al impuro a abstenerse de toda asociación con los demás, hasta que, siguiendo los ritos, se hubiera purificado. Son especialmente notables las disposiciones mosaicas relativas a las mujeres que van a ser madres, su higiene, sus cuidados, así como todo lo que se refiere a las relaciones sexuales.

Uno de los fundamentos de la legislación civil de Moisés es la autoridad casi ilimitada que confería al padre sobre sus hijos, aún cuando no le otorgaba el derecho de vida y muerte. El mayorazgo quedaba regido por la ley que mandaba dar al hijo mayor una parte doble de la que recibían los demás. Las hijas estaban excluídas de la sucesión. El matrimonio se arreglaba entre los padres de los contrayentes; los de la novia recibían del novio una suma de dinero. Prohibía la ley las uniones entre parientes próximos o con los cananeos, en defensa del vigor y pureza de la raza. Una disposición curiosa de la ley mosaica es la que obligaba a la viuda sin hijos a casarse con su cuñado, y los hijos nacidos de este matrimonio eran considerados como los hijos legítimos del finado marido. Se toleraba, pero nunca se establecieron definidamente, la poligamia y el divorcio.

No pretendemos resumir la legislación maravillosa de Moisés, que ha sobrevivido a la nación para la cual fué dictada y que en los preceptos de la religión cristiana, en la liturgia católica, en los códigos de todas las naciones civilizadas vive aún, por más que muchos de sus preceptos hayan sido reemplazados por los que emanaron de las enseñanzas de Jesús. Aun nos parece excesivo atrevimiento habernos propuesto dar a conocer esta figura gigante de la historia universal, cuyos contornos se pierden en la nube misteriosa que ocultaba a la divinidad cuando hablaba con el depositario de la revelación. Para comprenderla sería menester conocer mucho más de lo que nosotros la conocemos la historia de las religiones, el sentido místico de estas figuras con que la Ley antigua anunciaba la nueva Ley del Redentor, saber tanto de legislación civil y criminal que pudiera resultar un estudio jurídico completo de ese vastísimo código que se titula el Deuteronomio. Todo eso está infinitamente lejos de nuestras fuerzas e intento, que no es sino dar una indicación de las líneas de esta personalidad maravillosa y tentar a leer sus libros en que se la halla viva y majestuosa a través de sus diálogos con Dios.

¿Quién podrá desprender la verdadera figura moral de Moisés del misterio que la envuelve? Un hombre, uno de los mayores artistas de la edad moderna y de todos los tiempos se acercó a ella. En un rincón de Roma hay una

iglesia llamada de San Pietro in Vincoli, construída en el siglo V, por la Emperatriz Eudocia, mujer de Valentiniano III, para guardar las cadenas que llevó San Pedro en la prisión. Allí está el monumento incompleto que Miguel Angel construía para los restos mortales del célebre Papa Julio II. Una de las figuras destinadas a este monumento es la estatua de Moisés, que el grabado ha hecho familiar para el mundo entero y sus miles y miles de visitantes van a contemplar en muda y aplastadora admiración. Nadie olvida la enorme figura de Moises sentado con las tablas de la ley en la mano, pronto, dicen unos, para alzarse y condenar en su furor el pueblo desleal, en el acto dicen otros de convocar a todas las tribus para despedirse de ellas en sus horas postreras. De la figura gigantesca emana una grandeza casi sobrehumana, un imperio dominador del ánimo, una autoridad que no tiene fundamento de este mundo. El llamado de Jehovah a su elegido, los prodigios de Egipto, el canto del Mar Rojo, el agua que brota al contacto de su vara en el Horeb, el pavor de la nube del Sinaí, la luz inmaterial que rodeaba el rostro del Profeta al bajar de la montaña santa, su postrera visión del Todopoderoso antes de partir de este mundo, todo parece revelarse al espectador en una síntesis de grandeza, de majestad y de impenetrable misterio. Dicen los críticos que hay falta de proporciones, que los brazos son excesivamente fuertes y pequeña la cabeza, que no tiene armonía el torso, que los pliegues de la vestidura son inverosímiles. Parecen estos juicios observaciones de hormigas que juzgaran la belleza de una montaña perdida en las nubes. Porque la obra de Miguel Angel es lo único que alcanza a dar la sensación de Moisés, un hombre que no puede ser medido por medidas humanas, ni encajado en proporciones geométricas, figura que sale de todas las proporciones inventadas por nuestra mente limitada y se desvanece en el infinito accesible apenas en imperfecta visión para unos pocos espíritus.

Y ese Moisés, gigante, poderoso, terrible en su actitud y su expresión, que parece llevar todavía sobre sí el peso de la vocación recibida de lo alto, desproporcionado y desequilibrado para nuestras pobres nociones de equilibrio y proporción, es el único que puede dejar en el espectador reflexivo y estudioso la impresión duradera de haberse acercado al conocimiento del hombre a quien Dios hablaba. Y esa es la única imagen de Moisés que perpetuamente tendrá ante sus ojos la multitud de los humanos, cuando quieran evocar su memoria tangible reducida a los términos que el limitado arte nuestro puede alcanzar.

II

SENSACIONES DE VIAJE

ALMA SUIZA

Philippe Monnier, el gran escritor ginebrino, muerto no ha mucho en la flor de sus años y en pleno vigor de su talento, escribió un último artículo titulado "Nuestro País", verdadero canto del cisne, testamento literario y patriótico, que los suizos comienzan a aprenderse de memoria.

"Es un pequeño país —dice Monnier al empezar—, tan pequeño como un pañuelo a cuadros extendido sobre un prado, tan curioso, tan diverso y tan él mismo. Huele a pinos y a aire libre. Tiene lagos azules y torrentes de espuma con matices de arco iris. Tiene grandes praderas y sombríos bosques. Y tiene claras montañas que lo circundan, lo limitan, lo defienden y lo elevan por todas partes."

Por pequeño que sea un país no le es dado al extranjero penetrar al fondo de su alma, aunque resida en su seno varios años, y apenas si tiene ocasiones para asomarse al borde de esa alma colectiva, que suele manifestarse en oportunidades a veces de apariencia insignificante.

Una de esas ocasiones creo que la tuve el otro día, cuando fuí invitado a presenciar la fiesta anual de los alumnos, actuales y antiguos alumnos del Colegio Clásico Cantonal de Lausanne, una de las más interesantes entre las admirables y famosas instituciones públicas de enseñanza que hoy atraen estudiantes de todo el mundo a la Suiza.

El cantón de Vaud, cuya capital es Lausanne, conserva en medio de su carácter netamente suizo, muchas genialidades francesas. Cuando se habla la lengua de La Fontaine y de Fenelon, es difícil desprenderse del espíritu inmortal que la anima.

Pero todo se ha transformado aquí, desde el acento con que se habla el francés, hasta el carácter sencillo, humilde, igualitario, sin fórmulas y democrático sin frases, que constituye el elemento esencial del alma suiza.

El Colegio Cantonal es clásico, es decir, que en él se enseñan las verdaderas humanidades, fundadas sobre el conocimiento profundo del latín y del griego, para preparar a los jóvenes que desean seguir cursos universitarios y hacerse más tarde profesores, abogados, médicos, etc.

Cuando entramos en la sala, aquello era una *pandemonium* de jóvenes, niños, padres y madres de familia, estudiantes con todas las gorras de diversas formas y colores que distinguen los establecimientos, profesores que iban de un lado a otro, tratando de poner un poco de orden, una muchedumbre, en fin, abigarrada y confusa, que iba tomando sus asientos sin orden ni preferencia alguna, a medida que llegaban, bajo el techo de maderas de una especie de gran barracón decorado a medias con escudos de los diversos cantones y la bandera blanco y verde del de Vaud.

No hay asientos reservados. Cada uno toma el que puede. Las autoridades se codean con los obreros. Los graves doctores de la Universidad quedan junto a campesinas que huelen a lechería y que han bajado para la fiesta del colegio en que el Estado educa gratuitamente a sus hijos.

El silencio sólo se produce en aquella colmena, que contendrá unas dos mil personas de todas las condiciones, y en la cual soy acaso el único extranjero, cuando la orquesta toca el himno del colegio y aparecen en el proscenio algunos alumnos de los cursos superiores, seguidos de otros más pequeños, para presentar la bandera del Colegio Cantonal y cantar el himno tradicional, que la concurrencia, en la cual hay muchos antiguos alumnos, canturrea a media voz.

Es la bandera blanco y verde que un joven lleva con el aire solemne del sacerdote portador de un sagrado misterio.

Después aparece un caballero próximo a merecer el nombre de viejo, presidente de la Asociación de antiguos alumnos. Está vestido como todos los días, con una de esas levitas de profesor que por un fenómeno curioso parecen siempre haber pertenecido a una persona más grande o más pequeña que el actual poseedor. No hace discurso, sino que habla como en familia, con gran cultura, pero con una adorable carencia de pretensión oratoria, que le resulta elocuente.

Lee los telegramas de adhesión de invitados que no han podido venir, antiguos alumnos que lamentan estar ausentes en esa noche única del Colegio Cantonal. Esos adherentes son el Presidente de Suiza, el director de la Unión Postal Universal, el rector de tal o cual Universidad, profesores ilustres, literatos, sabios, cuyos nombres la juventud aclama largamente.

En seguida explica la fiesta, recuerda las de otros años, evoca algunos nombres de ausentes, que desde el año pasado partieron para el viaje de que no se vuelve, exhorta a los alumnos a perseverar en esta institución que los une

a todos en torno de la madre común, el Colegio que los alimenta y los fortifica para las batallas de la vida.

Recuerda, sin muchas frases, pero con una terrible franqueza, una grave queja que todos tienen contra la gran patria, contra el Gobierno de la Confederación, por haberles negado un fuerte subsidio que pedían para ensanchar las instituciones educacionales del cantón de Vaud. Pero en Suiza hay para cada hombre dos patrias: la grande, la Confederación, y la pequeña, siempre más amada y más presente a todos los corazones, el cantón.

Termina con un consejo: no deben olvidar que no estamos en este mundo para hacer nuestro negocio personal o nuestro placer egoísta, sino para allegar algo de bueno y útil, de bello y justo, al conjunto, a la familia, a la patria, a la humanidad.

Lo oigo como si soñara. Habituado a nuestra pomposa, rotunda, sonora y vacía oratoria de fiestas escolares, recordando los inútiles discursos retumbantes que yo mismo he pronunciado en tales ocasiones, me parece que estos hombres que oyen tales cosas sencillas y nobles y las entienden y las aplauden son una humanidad diversa.

Siguen luego diversos números del programa, coros cantados por los alumnos, danzas ejecutadas por ellos, juegos gimnásticos, con mazas eléctricas, que dibujan arabescos de luces de colores en la sala oscurecida. Y los cantos se titulan "Coro de los segadores", "Coro de los vendimiadores", "Coro de los leñadores", como si quisieran representar, allí, en medio del templo de las letras clásicas, la humilde vida agrícola del cantón de Vaud, consagrada en su nobleza tradicional por el homenaje de la inteligencia al trabajo en todas sus formas.

En un intermedio se anuncia el discurso de un antiguo alumno y avanza al escenario un hombre como de cuarenta años, vestido de negro, con una chaqueta tan mal cortada, que más parece una ropa vieja de trabajo, con una corbata negra torcida, más que anudada, sobre una pechera blanca, que el chaleco demasiado abierto hace aparecer como un proyecto fracasado de traje de etiqueta.

El mismo lo dice al comenzar: otros años han tomado esa representación de los antiguos alumnos hombres eminentes en las letras y en las ciencias, personalidades como Eduardo Rod, el gran novelista, muerto no ha dos años; pero ahora se ha escogido un antiguo alumno que, después de estudiar latín y griego, se dedicó a cuidar sus viñas en las colinas sonrientes del Lago Leman, un viñatero, como él se llama, que quiere probar a los alumnos de hoy, cómo el Colegio Cantonal también sirve a los que más tarde no quieren o no pueden seguir una profesión liberal.

Y el viñatero habla en el mismo tono del otro orador, sin papeles, sin discurso, con una naturalidad y sencillez que más bien realzan su educación refinada, su talento, su ingenio de buena ley.

Como en una conversación, va sacando recuerdos de sus días de colegio, aventurillas de estudiantes, que los niños celebran riendo a gritos, nombres de profesores, vivos algunos, y presentes allí, muertos ya otros, nombres de compañeros que han caminado por la vida y se sientan en los consejos públicos de la gran democracia suiza.

El viñatero habla un cuarto de hora, veinte minutos, y se le oiría una hora sin fatiga. Es una charla llena de emoción, de sinceridad, de verdad, de nobles sentimientos, expresados en la forma en que se expresan en la vida de familia, cuando el hermano mayor cuenta las cosas de sus días juveniles.

¿Qué oratoria es ésta, que no necesita flores de trapo para adornarse, ni voces teatrales, ni gestos tribunicios, ni papeles en que todo se haya preparado con rebuscamiento afanoso? Es la oratoria de la verdad, es el arte supremo de decir las cosas como se sienten y a medida que se presentan a la memoria. No importa que el orador tenga una chaqueta vieja y mueva sus manos con una torpeza infantil. Lo que dice tiene un supremo interés para los oyentes, porque está hablando de lo que cada uno de ellos lleva en el fondo del alma: unos, los padres, como recuerdo de días bellos; otros, los niños, como realidad vivida en estos instantes, y que la visión del hermano mayor ennoblece y hace más amable, despojándola de sus contornos duros.

Todo desfila en aquel singular discurso: las excursiones a la montaña, las asistencias al colegio tras un largo camino desde la casa, situada a gran distancia, en tiempos en que no había tranvía eléctrico, los empeños con el portero para que secara los zapatos y las medias de los que llegaban bien calados, la vida de Lausanne antes de ser una gran ciudad, el carácter de los profesores, las luchas de los padres y madres sin fortuna para vestir decentemente a sus hijos. y abrirles un camino en medio de la libre democracia en que tuvieron la suerte de nacer.

Como en esas representaciones teatrales en que comienzan a levantarse velos y más velos en el fondo del proscenio hasta que la apoteosis aparece en un deslumbramiento de luz, así se levantan para mí los velos que me cubren el alma suiza y así voy explicándome fenómenos que no entendía, hechos que me intrigaban, rasgos de carácter que me parecían hasta antipáticos.

A medida que siguen los cantos pastoriles y los juegos de los gimnastas y los nuevos discursos, yo veo poco a poco, alzarse en aquel escenario un pueblo grande, seguro de sí

mismo, con las más altas virtudes colectivas e individuales que es posible hallar hoy sobre la tierra; veo alzarse, sobre todo, un pueblo, acaso único en la tierra, que tiene el concepto exacto de la democracia, sin las fórmulas, sin las frases, sin las declamaciones, sin las farsas que decoran el frontispicio de tantas Repúblicas, y que ocultan mal una organización en que ni la igualdad, ni la libertad, ni la fraternidad tienen un sentido práctico.

La fiesta termina con la distribución de los premios a los laureados de un concurso abierto por la sociedad de antiguos alumnos, entre los alumnos actuales, concurso de pequeñas composiciones literarias sobre un episodio de la lucha de la independencia del cantón de Vaud a principios del siglo XIX contra la dominación del cantón de Berna.

El rector resume el tema y algunas de las mejores composiciones, trozos sencillos y de una entonación sobria y elevada que reflejan el doble sentimiento, tan inexplicable para los que no sabemos lo que es una verdadera confederación: el amor a la gran patria suiza, y la ternura especial, distinta, que prima sobre todo, por la patria cantonal. Son trabajos suizos, pero son, ante todo, y sobre todo, de inspiración *vaudois*. ¿Acaso no se ha observado que los cantones tienen entre sí rivalidades, desprecios, malas voluntades juradas, de las cuales nadie se acuerda cuando la gran patria corre un peligro o tiene un interés superior?

Entonces veo mejor el alma suiza, complicada en su misma sencillez, y mientras me alejo del sitio de la fiesta, intento resumir la impresión antes de que se borre de mi espíritu, sumándola con otras que he recibido en varios períodos de residencia en este país admirable.

Tres rasgos profundos tiene el carácter suizo, que bastan para constituir el alma de un gran pueblo: la honradez, el sentimiento del deber y la sencillez democrática.

Son honrados lo mismo que otros son fuertes o sanos, o rubios o morenos, sin darse cuenta de que se pueda ser de otra manera, y lo son, no únicamente porque respetan la propiedad ajena, sino más aún porque aman la verdad y la creen y la dicen en toda ocasión.

Tienen arraigado en el carácter el sentimiento del deber, y todo deber cumplido les parece noble y digno, y todo trabajo hecho y todo sacrificio realizado y todo padecimiento soportado por cumplir un deber es igualmente grande a sus ojos, sea el del leñador que corta los pinos de la montaña, sea el del sabio que trabaja en un gabinete de universidad, sea el del industrial que fabrica chocolates, sea el del comerciante que vende telas detrás de un mostrador. Una inmensa igualdad los cubre a todos y los hombres sólo se dividen en los que cumplen el deber y los que retardan su cumplimiento.

Son sencillos porque no han abandonado las costumbres de los pastores de los Alpes, que un día bajaron de sus quebradas a fundar estas ciudades; no conocen el lujo, ni estiman el dinero como fin de la vida, sino como medio utilísimo para alcanzar un bienestar a que los esfuerzos honrados dan derecho.

Y de ahí resulta ese sentido íntimo de la democracia, que hace que en este país no haya clases, ni se considere inferior el labriego al propietario, aun cuando en realidad casi todos son propietarios en la subdivisión admirable de la tierra.

Bajo instituciones libérrimas, que tienen cimientos en una historia de varios siglos, que dan a todos acceso a todo, que han eliminado hasta la posibilidad de las malsanas ambiciones políticas, que desarrollaron el municipio como prolongación de la familia bien constituída, y del municipio pasaron al cantón y del conjunto de los cantones autónomos hicieron la Suiza, sin que ninguno de los elementos perdiera su carácter, su libertad y su vida propia; bajo tales instituciones los suizos han llegado a un tranquilo goce de tanta libertad y de tan verdadera democracia, que no se imaginan que haya en el mundo otros regímenes, otros pueblos para los cuales todo eso son fórmulas sin sentido real. Son como las gentes que no han estado nunca enfermos, y que creen que nadie debería estarlo.

Y el bello artículo de Philippe Monnier viene de nuevo a mi memoria en aquella parte en que describe la formación histórica de la nacionalidad suiza:

"Hacia el alba de los nuevos tiempos, dice, esos pastores porfiados y tenaces descendieron de sus altos valles hasta la hierba de las praderas y al borde del lago alzaron sus manos y juraron. Juraron ser ellos mismos y no pertenecer sino a sí mismos, amarse, ayudarse, resistir a los hombres como habían aprendido en la áspera y encarnizada lucha de cada día a resistir a la tempestad, a la avalancha, a los elementos."

"Y a esta alianza jurada al aire libre, bajo la mirada de Dios, han sabido permanecer fieles... En vano fueron espiados, asaltados, invadidos por todas las codicias y todas las coaliciones; ellos solos resistieron. No habiendo servido a ningún amo, guardaron intacta su ley y su fe. Después de tantos siglos el fuego que ellos encendieron en las tinieblas arde siempre en la montaña y brilla como una estrella en la frente del pequeño país."

"Sus días son uniformes y sus placeres son simples. Sus fuerzas son plácidas y sus brazos son nudosos. Sus sueños son tranquilos y sus esperanzas son serenas. Al abrigo de sus montañas se sienten bien..."

2 de febrero de 1912.

EL MAR LATINO

NOTAS DE UN VIAJE POR ESPAÑA

Si tuviera que vivir en España y pudiera escoger mi residencia, la establecería en Barcelona. La gran ciudad, centro que recibe y distribuye generosas corrientes de ideas, de riqueza y de creadora actividad, sigue siendo como la describió Cervantes, "única en sitio y belleza, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, correspondencia grata de firmes amistades".

Pero más allá de Barcelona, por la orilla del Mediterráneo, hay un rincón de España, uno de los innumerables rincones de España que muy raros turistas han visitado, donde pocos artistas han ido a buscar inspiración, y que tiene para el curioso y el soñador todos los encantos de la belleza natural y todas las huellas nobles y melancólicas del paso de las grandes civilizaciones.

El tren de Barcelona a Valencia corre en casi toda su extensión a orillas del mar, y si de ellas se aleja es para entrarse en unos valles y bordear unas montañas en que la gracia helénica y la rigidez adusta del paisaje español se hermanan de extraña y deliciosa manera.

¡Cuánta luz!, ¡cuánto sol!, ¡qué colores! ¡Cómo nos deslumbra los ojos este paisaje, aun en medio del invierno, después de tantos meses de brumas del norte, lluvia incesante, de nieve, de temperaturas glaciales!

El mar es azul, pero decir que es azul no es describirlo, porque el azul del Mediterráneo en la costa de España es un color puro, absoluto, inverosímil, que pintado resulta chillón, que sólo se concibe aquí donde hace tal armonía con el cielo que se confunde con él y no se sabe cuál es reflejo de cuál. La tierra es roja, y la yerba que baja hasta el borde donde se tienden por la arena unas olas pequeñitas, perezosas, con una franja de espumas deshechas, parece absurdamente verde, como si allí todos los colores se empeñaran en forzar la nota y tocar los extremos.

Todo el campo parece un viejo tapiz parchado a retazos de colores diversos; cuadrados rojos de la tierra arada,

fajas verdes de praderas sembradas, manchas blancas de las *masías*, que parecen siempre acabadas de blanquear aquella misma mañana, grupos negros de pinos.

Y todo lo envuelve y armoniza y convierte en una sola y blanda sensación de reposo el aire tibio y transparente, a través del cual se ve hasta muy lejos un horizonte siempre azul, lleno de una luz que penetra hasta el alma y la fecunda y le inspira ideas que tienen un ritmo.

Todo es ritmo en las orillas del Mediterráneo, en el mar como en el cielo, como en la tierra, como en la vegetación y hasta en las obras que a los hombres ha inspirado este divino lago de la civilización latina. Es el ritmo del verso griego, latino, español o francés, la mesura de las concepciones de estas razas criadas en la luz, la serenidad de la escultura antigua, la canción inmortal de los pórticos de mármol que nunca son más bellos que cuando entre sus columnatas se puede ver el mar de donde parece que acabaran de nacer.

En un recodo de la costa el tren se detiene en Sitjes, el balneario de los ricos barceloneses, con su estación elegantísima, pintada de blanco y verde, y sus casas muy blancas dormidas entre jardines al arrullo del mar.

Sitjes es uno de esos sitios por los cuales basta haber pasado una vez para no olvidarlos jamás. ¿Quién no ha conocido en los viajes esta atracción misteriosa? A veces es un pueblo en el cual el tren se detiene dos minutos y que hemos entrevisto apenas por encima de sus techos, a veces una aldea encaramada en unas rocas o acurrucada en un repliegue de la costa o que asoma un campanario entre un bosque, y la idea nos viene: "ahí quisiera vivir", y largo tiempo después, cuando hasta el nombre hemos olvidado, la visión de paz, de calma, la ilusión de que allí seríamos felices, nos persigue y se nos aparece cuando la inquietud nos trabaja.

Hay quien realiza la ilusión, o al menos lo intenta. Me han contado que un americano del norte tuvo este sueño al pasar por Sitjes y construyó allí una casa maravillosa, en que los artistas más exquisitos reprodujeron los viejos estilos de la región y crearon una armonía arquitectónica que servirá de modelo. Pero la casa está deshabitada. La que yo he hecho en sueños al pasar por Sitjes estará siempre poblada y nadie me impedirá entrar en ella cada vez que allí desee refugiarme, porque me basta cerrar los ojos y recordar mi fantasía de un instante.

Más allá está Tarragona, la vieja, la noble, donde ya

los fenicios hallaron una gran ciudad ibérica rodeada de muros, que fué cartaginesa, que tuvo bajo la dominación romana un millón de habitantes, donde los moros hicieron una de sus plazas fuertes, donde un aventurero normando sentó sus reales, maravilloso rincón donde todas las civilizaciones, todas las codicias, todos los amores y todos los odios que han flotado sobre las ondas azules del Mediterráneo han venido a construir un templo, a dejar una piedra marcada con su sello.

Tarragona es un montón de piedras nobilísimas y santas entre las cuales el artista oye cantar una canción de siglos desvanecidos y el sabio se dobla para ponerles un nombre en su catálogo. Tarragona duerme a la sombra de su Catedral, toda cubierta de polvo dorado por el sol, duerme sobre las ruinas de su estupendo acueducto, de sus innumerables templos romanos, entre los que tenía el suyo el Divino Augusto, su Foro y sus Termas, que fueron grandes como los de Roma y de los que apenas quedan hoy sillares rotos, trozos de fundaciones, una estatua de Dionysos en mármol de Paros, y unas cuántas inscripciones votivas.

¡Cómo han pasado por aquí los hombres y los dioses en un torbellino de ambiciones, hasta venir a parar en el soñoliento reposo de hoy! Este es el camino real de las civilizaciones, por donde ha pasado y seguirá pasando todo lo que hace a la especie humana más rica, más culta, más dichosa. Ese mar hacia el cual miran las torres de Tarragona, como si aún esperaran ver surgir en el horizonte las galeras cargadas de tesoros, es el lago latino, es la fuente de luz donde el alma latina bebió su inmortalidad.

Tenemos tiempo de soñar mucho en Tarragona, porque nuestro tren se queda ahí indefinidamente. Los horarios decían que nos detendríamos cinco minutos; pero parece que hay un tren de mercancías que no llega y debemos cruzar aquí con él. Estamos en el camino real de las civilizaciones, pero con una sola vía y unas locomotoras muy viejas.

Pasa media hora, y una hora, y van para dos que está el tren detenido en Tarragona. Mis compañeros de viaje duermen o comen. Nadie se queja. Están habituados a estos retrasos de trenes y ni siquiera se dan el trabajo de averiguar por qué no andamos o cuándo saldremos.

El sol entra por las ventanillas y las moscas acuden a regalarse con los despojos del almuerzo que mis compañeros, la mayor parte viajeros de comercio, han traído en sus maletas. Comen y luego se arreglan en sus rincones y duermen su siesta.

Uno solo queda despierto fumando un cigarro tras otro y me habla del Arzobispo de Tarragona, gran admirador de la Francia, que ha lanzado una pastoral en favor de los Aliados, precisamente en los momentos en que los católicos españoles comenzaban a preguntarse si sería pecado no servir a la Alemania. Mi interlocutor no está muy de acuerdo con el hábil Prelado tarragonense. Para evitar discusiones le hablo de los Padres Cartujos de Grenoble, que ahora están en Tarragona y fabrican allí su perfumado *chartreuse*. Y entonces se me ocurre que los germanófilos españoles podrían, si tuvieran un rato de buen humor, atribuir a la influencia del delicioso licor los sentimientos francófilos del arzobispo de Tarragona. ¡Qué de siniestras intrigas, qué de filtros hechizados no han podido usar esos frailes venidos de Francia y que destilan un licor verde y amarillo! Pero el germanismo no tiene buen humor: es grave, concienzudo, ingenuo y rabioso.

Se habla de los españoles vehementes, inquietos, nerviosos. Lo serán en otros estados de la existencia, pero no en el de viajeros. Cuando, al cabo de más de dos horas el tren se pone de nuevo en movimiento, y cruzamos el otro, que aguardábamos, uno de los viajeros despierta y murmura al ver desfilar al causante del retraso: "¡Ese mercancías!", y es la única palabra de protesta que se oye.

Serán las dos de la tarde o poco más, cuando nos permiten pasar al coche-restaurante. Nuestro tren no tiene comunicación entre los coches, de suerte que hay que bajar en una estación para ir a comer. Podríamos haberlo hecho en Tarragona, donde estuvimos dos horas, muertos de hambre, viendo comer a los felices viajeros que se habían proveído de fiambres y vino; pero la orden dice que se come "de Cambrils a Tortosa" y hay que esperar que lleguemos a Cambrils, a un cuarto de hora de Tarragona, para que nos sirvan.

Como en compañía de un malagueño que ha estado en Chile y habla con un ceceo encantador, y un catalán cerrado que convierte en *u* todas las *o* y las *a* en *e*. El malagueño es fino de maneras y de tipo, con unas manos largas y bien dibujadas, esas manos aristocráticas, de raza, que se encuentran en todos los hombres del sur de España. El catalán es grueso, bajo, con una cara redonda y gorda, que parece una bola de mazapán en que hubieran hecho unos hoyitos para indicar los ojos, la nariz y la boca.

El malagueño es partidario de los Aliados, y se desata en injurias graciosísimas contra los alemanes que torpedean los buques mercantes españoles. El catalán ha esta-

do en Hamburgo y tiene una admiración ciega por la fuerza. Es un caso raro en su raza tan amante de la libertad y entre la cual tienen los Aliados sus mejores amigos. Ambos son una muestra de que en esto de las simpatías respecto de los beligerantes no hay reglas generales, y todo es cuestión de educación y de temperamento individuales.

Aparece Tortosa a orillas del Ebro, con el mismo aspecto polvoroso de todas las viejas ciudades españolas, sobre las que parece llover sin cesar un polvo fino rojizo, que va, poco a poco, dando a los edificios, a la vegetación, a los mismos seres humanos, el color de la tierra circundante.

En la estación hay unos campesinos vestidos con el traje tradicional: blusa negra, calzón corto negro, medias blancas, esparteñas formidables, aplastadoras del monte coronado de sus ruinas, sus almenas, sus torres, sus teatros romanos, sus muros sacros, santuario de las libertades ibéricas a donde deberíamos poder ir en peregrinación todos los hijos de la gran raza, y que hoy se desmorona bajo la incuria, el olvido y la incomprensión, campo donde pacen las cabras y se esconden los reptiles.

La "tartana" nos ha llevado dando tumbos por una carretera que están componiendo, desde la estación hasta la casa de campo. Entramos en la gran cocina, en cuyo fondo está el hogar, bajo la campana que abarca todo el ancho de la sala. Las paredes blanqueadas no tienen una mancha y dan más luz que el candil de aceite, un viejo candil con un pico largo como una lámpara de las catacumbas, que arde colgado de la campana. Hay un fuego abundante de sarmientos, de piñas que chisporrotean mucho, de troncos muy gruesos.

En un rincón hay unas ánforas de arcilla casi blancas, iguales a las que llevaban sobre sus hombros las doncellas de las Panateneas, y de ellas saca el agua mi huésped para darme a beber un agua fresca, deliciosa, confortadora.

Después me hacen un sitio junto al fuego y la dueña de casa dice: "Para el buen olor", y arroja en el fuego unas yerbas aromáticas que ha cogido en el verano con sus bellas manos de estatua que muchas generaciones de labranza no han logrado destruir. Y toda la sala blanca se perfuma de un olor penetrante, sano, mezcla de romero y espliego, que es como un incienso quemado en honor de la amistad, un rito hospitalario y antiguo que parece venir del fondo de la Grecia clásica, bogando sobre las ondas mediterráneas hasta ese borde de España.

11 de marzo de 1917.

LOS TRES MOMENTOS DE PARIS

Las horas que ha vivido en París el latino con algún sentido de la belleza, conocimiento de la historia y amor al arte, nunca se olvidan; pero, entre ellas, hay momentos que son como jalones del camino que nos muestra en perspectiva el pasado.

En la cartera de apuntes de viaje del periodista chileno hay tres momentos de París, tres entre muchos otros, que a lo largo de más de veinte años de comunidad, de afectos y sensaciones con tantos que han sentido a París y han sabido cantar sus maravillas, son como etapas de los períodos de su vida en que ha podido anegarse en la gracia de la ciudad que es patria común de millares que no nacieron en Francia.

El periodista chileno llega a París al caer de una tarde de abril de 1900, y el tren que entra por las alturas de Montparnasse le revela de súbito al volver de una curva, al salir de una colina, el cuadro de la ciudad encantada con que ha soñado desde la primera juventud.

París arde en millares de luces. La Exposición Universal ha encendido sus fuegos y los palacios blancos improvisados al borde del Sena, parecen de cristal empañado. La Torre Eiffel penetra las sombras con los brazos de luz de sus grandes faros que giran, suben, bajan, se posan sobre las colinas sagradas, alumbran la blanca maravilla de Montmartre, escarban hacia Mont Valerien, doran dulcemente por un instante los monumentos, aquí la cúpula del Instituto, más allá las mansardas del Louvre, hasta las torres de Notre Dame, oscuras, austeras y arrebujadas en su misticismo.

Está a punto de caer de rodillas. Es un sueño realizado y tiene prisa de que llegue el día, para estar cierto de que toda aquella magia de luz y de sombras, fantasmas del pasado y del presente, no se desvanecerá como en un cuento árabe.

En la plaza del Châtelet, el Teatro de Sarah Bernhardt

le da su primer contacto con el arte dramático francés. La gran trágica ha estrenado poco ha *"L'Aiglon"*, y el peregrino chileno siente como un desvanecimiento de grandeza, una sensación aplastadora y dulce a la vez, al oírla declamar, con la voz de oro y el gesto inmenso de sus largos brazos, los versos de Rostand.

Al otro día corre a la Porte Saint Martin, donde por más de doscientas noches el gran Coquelin, el único Cyrano, el último Cyrano posible, muere cada noche bajo el árbol donde ha recitado su Gaceta, mientras caen las hojas marchitas que "parecen temerosas de podrirse en el suelo y ponen en su caída una última belleza".

Y entra en la *Boîte à Fursy*, último refugio de la canción de Montmartre, la legítima, la hija del Chat Noir y de M. Salis. Fursy comenta en verso aristofanesco los sucesos del día. M. Loubet ha inaugurado la Exposición, y al sentir caer sobre su sombrero de copa los fragmentos de yeso todavía demasiado frescos de los *plafonds* inconclusos, piensa en los bastones de los "camelots du Roi", que poco antes, en las carreras de Auteuil, han abollado el venerable *couvre-chef* del Presidente, y canta con su proverbial timidez: "Voilà Auteuil qui recommence".

Y tras el patrón, Fursy, sube Odette Dulac, que dice con el aire más inocente del mundo, con una pose de colegiala de convento, las canciones más espirituales e intencionadas.

Y cada vez que algún asistente llega atrasado, el coro y toda la concurrencia cantan el estribillo: "Attendons, que ce Monsieur soit assis et qu'il soit le bienvenu dans la Boîte à Fursy...", en medio de risas, de burlas y de la confusión del extranjero.

Mientras tanto, Réjane lanza los postreros relámpagos de su genio tan puramente parisiense, de esa picardía a un tiempo espiritual y canallesca, fina y punzante, amable y elegante, hasta en la desvergüenza. Madame Sans Gene atrae al Vaudeville a millares de espectadores. Napoleón está de moda. Es el fin de un siglo que es el suyo, que abrió con los golpes de su espada, que iluminó con su genio, y durante todo el cual su sombra enorme ha vagado por la Francia, tomando nueva posesión de cuanto fué suyo en los breves días de su imperial grandeza.

París ríe, París canta, París ha alzado palacios de piedra que son una revelación de nuevo arte. París ha invitado a las naciones a construir en las orillas del Sena sus casas características. Y el río que ha visto pasar todos los momentos más gloriosos de la civilización moderna, recibe el abrazo de un nuevo puente, maravilla de arte y de industria, por el cual pasan multitudes que hablan todas las

lenguas de la tierra, y rinden el homenaje del mundo a la Francia.

El periodista peregrino camina muchos años después por la *Rue de Rivoli*, y bajo las arcadas se pasea, tomando el sol de un día del fin del invierno, una multitud silenciosa, severa, extraña.

Pasan muchos hombres que tienen un solo brazo, muchos otros que suspenden su tronco mutilado sobre muletas, ciegos, que una mujer conduce, piadosa y dolorida. Grupos de soldados miran los escaparates y arrastran pesadamente, en el ocio de los días de licencia, sus pies calzados de gruesos zapatos ferrados y sus piernas envueltas en bandas de paño.

Todos esos hombres van vestidos de color azul que llaman "azul horizonte". Ellos mismos tienen un nombre común que no existía en Francia: son los *poilus*. Sobre su pecho cuelgan cruces y lucen cintas que eran desconocidas poco ha.

Y pasan muchas mujeres vestidas de negro, cubiertas con las tocas de la viuda, llevando de la mano a unos niños pálidos, cuyos rostros prematuramente graves parecen más lívidos con las ropas negras.

Y la procesión silenciosa de los *poilus*, de los mutilados de los ciegos, de las viudas, de los huérfanos, de los que ganaron la Legión de Honor en medio del espantoso fuego de combates como nunca vió la humanidad, sigue por bajo las arcadas, pasa la Plaza de la Concordia, sube por los Campos Elíseos, donde ya algunos brotes apuntan en las ramas negras al beso del sol de invierno.

¡Los Campos Elíseos! Sus hoteles ruidosos, donde antes la multitud cosmopolita reía y cantaba y devoraba viandas exquisitas, donde en 1914 se bailaba furiosamente el tango, donde la vida era fácil y alegre y libre, tienen ahora asomados a sus enormes ventanas, a unos hombres que llevan vendajes en la cabeza, un brazo colgado en cabestrillo, una pierna doblada sobre un aparato, un ojo cubierto por una venda negra. Las enfermeras los visitan sonrientes, amables, bajo las alas de sus bellas tocas graciosas. Han acercado los lechos a las ventanas para que vean pasar la gente, y algunos las hacen abrir y se asoman a la maravillosa avenida, como si esta primera visión de la existencia de París y su belleza, fuera el anuncio de su regreso a la vida después de una larga noche de dolor.

Y la procesión sigue siempre hacia arriba, callada, resignada, fuerte en su resolución, contenta de cumplir el deber, buscando la felicidad únicamente en la defensa de

aquel suelo de Francia tan amado, de aquella belleza de París, que es el producto de una raza, que es la herencia de siglos de cultura y pertenece no sólo a los franceses, sino a toda la humanidad.

Hasta que llega delante del Arco de Triunfo, que parece subir hasta el mismo cielo nacarado, cielo de L'Ile de France, como ninguno otro, transparente y dulce, y sugestivo. Y allí sigue la Marsellesa de Rude cantando su terrible grito de guerra, y allí están todavía luminosos sobre la noble piedra gris los nombres de las victorias que el tricolor ganó cuando caminaba arrollador e irresistible "por los caminos que llevan a todas las capitales de la Europa".

El chileno vagabundo está ahí todavía en la hora del triunfo.

En una primavera magnífica, toda florida y sonriente, entran en París los que han sobrevivido a la grande epopeya.

Los ha visto sufrir, ha sufrido con ellos, ha traducido malamente en su propia lengua la expresión magnífica de la energía francesa, del dolor de la Francia mutilada, de la resolución terrible de defender el territorio. Los oyó decir y cumplir el lema inmortal: ¡No pasarán! Quiere verlos desde un ángulo oscuro, cuando arrojen sobre sus hermanos vencedores el laurel de la victoria, las rosas de Francia, los gritos de un pueblo que por fin desahoga su corazón oprimido durante cinco años.

Una luz de apoteosis penetra el Arco de Triunfo. Por primera vez desde que fué terminado para conmemorar las glorias del primer pueblo soldado de Europa, por primera vez el Arco asiste a un gran triunfo y resuenan bajo su bóveda los pasos de los caballos y los infantes que vuelven de la victoria.

Muchas veces en sus paseos nocturnos por las calles de París, el chileno, enamorado de la belleza de la ciudad única, había pensado al cobijarse en la noche, bajo la sombra del Arco, pequeño como un insecto junto a la mole de piedra, oculto en un repliegue de sus inscripciones, de sus cornisas y sus relieves, había pensado: ¡Quién les diera un gran triunfo! ¡Quién pudiera ver un día a los soldados franceses volver del campo de batalla altivos, satisfechos, seguros del porvenir de su patria! ¡Quién pudiera borrar con una victoria enorme la pesadilla humillante y dolorosa del 70!

Y el sueño se ha realizado, y mientras la multitud inmensa grita en un coro ensordecedor los vítores del triun-

fo, y cuando los nuevos mariscales de Francia van pasando bajo el Arco que ya no parece demasiado grande para la nueva gloria, el peregrino que amó a la Francia y con ella sufrió y con ella celebra el fin de la terrible redención sangrienta, siente salir del fondo de su alma de latino, un himno que nunca hallará palabras. Ha vivido el mejor momento de París y de su propia y oscura vida. Ahora puede volverse a su rincón al otro lado de los mares para que nada turbe jamás esa postrera visión de París en el día del triunfo.

14 de julio de 1922.

PERU DESDE EL MAR

Desoladora visión la de las costas peruanas. La cordillera de los Andes nace de las aguas del Pacífico, siniestra en sus rocas pardas, que a trechos invaden las dunas, sin un rastro de vegetación, con las manchas grises del guano que los millones de aves marinas van dejando en los farellones. Los que llamamos puertos tienen en el fondo de radas abiertas a los vientos y al borde de un mar siempre agitado, unas cuantas casucas de madera y fierro galvanizado, a veces una iglesia muy pobre, que corona el caserío, un muelle y unas lanchas eternamente balanceadas. Delante de algunos de estos desembarcaderos la desnudez es tal, que se viene a la mente la palabra del Apocalipsis: "la abominación de la desolación". Apenas se concibe que puedan ser aglomeraciones humanas las que viven allí, sin un árbol ni una flor, seguramente con agua escasa aún para beber.

Hay excepciones como Mollendo, que también es estéril y tiene un puerto célebre por su agitación perpetua, que a veces impide a los barcos fondear y siempre pone obstáculos al desembarco; pero hay una población interesante por su número y ahora por sus esfuerzos para mejorar la ciudad.

Risueños parecen Tambo de Mora y Pisco, por comparación, en el borde de oasis verdes, con arbolados que llegan hasta la playa y se prolongan hacia el interior por las quebradas. Pero el espectáculo desolado de Lomas, Chala y Salaverry, de Casma y de Samanco, de Pimentel, se repite en todas partes. Aun en Chimbote, al margen de su maravillosa e inmensa bahía cerrada por islas que apenas dejan paso al buque por entre riscos, que negrean de pájaros y de lobos tendidos al sol sobre los peñascos, a la puerta de grutas invadidas por el mar, que abren las negras bocas y retumban con los golpes de la marejada. Siempre la esterilidad, el ceño duro de la cara de este país que queda vuelta hacia el Pacífico.

Pero quien viaja como nosotros lo hacíamos, observando con interés y para quebrar la monotonía reposante de los días ociosos, la vida de a bordo, cada uno de esos

puntos de la costa entregaba el secreto de lo que había detrás. Se embarcaban ganados y productos agrícolas, manufacturas como tejidos de lana y de algodón, frutas y legumbres, vinos y licores, azúcar, arroz y café. Era evidente la existencia detrás de esa austera fachada casi inhabitable, de valles en que corre el agua y pueden pastorear las reses y crecer cultivos interesantes bajo el sol ardiente de esta zona subtropical.

Decía don Augusto B. Leguía: "los dos problemas fundamentales del Perú son, la topografía, que hace dificilísimas las comunicaciones, y la raza indígena predominante en todos sus matices y mezclas". Esto, que repetía en nuestras conversaciones en Europa durante su destierro, no lo olvidó en su gobierno de once años. Bajo su impulso se comenzo la red de carreteras que hoy comienza a cubrir el territorio peruano. La Central de Lima a Oroya sube en la cumbre de Anticona a 4,843 metros, y es como la iniciación formidable de uno de los sistemas más atrevidos que habrá en el mundo. De Oroya están ya construídos caminos modernísimos a Tarma y Perene hacia el oriente, otro hacia Huánuco por el norte, un tercero hasta Ayacucho por el sur. Todavía no todas estas vías están bien terminadas (con excepción de la Central y tramos importantes de las otras), faltan conexiones, pero el conjunto está trazado y se prosiguen los trabajos.

Y aun más lejos llega ya la acción de las carreteras de primer orden, o por lo menos buenas para vehículos motorizados. Un caballero alemán, dueño de cafetales en Chanchamayo, en la vertiente amazónica, vuelve de Chile, y seguirá en automóvil a su hacienda. Todos nuestros compañeros de viaje, peruanos, nos hablan entusiastas de los caminos de su región. El vapor "Huasco" embarca automóviles, camiones y tractores para trabajo agrícola. Viejos navegantes en esta costa, sentimos una vida nueva en el interior del Perú.

Soñaba Leguía en aquellos años de la Gran Guerra, cuando la aviación comenzaba a mostrar posibilidades prácticas como medio de transporte, que el avión resolvería el problema de las comunicaciones en el Perú. Hoy es muy frecuente hallar peruanos, aún de condición modesta, que viajan en avión desde su pueblo lejano a las grandes ciudades. Y a bordo vemos alejarse a veces grandes autobuses que trepan la sierra por la nueva carretera en una nube de polvo pardusco.

"La Feria de Productos de la Zona de Influencia de la Carretera Central", celebrada en Lima, del 27 al 29 de julio último, fué una sorpresa para los limeños. Nunca imaginaron que hubiera por allá adentro y pudiera venir a Li-

ma en camiones tanto producto de industria agrícola, de trabajos domésticos, de pequeñas y grandes industrias fabriles, el trigo y el ganado, las verduras y hortalizas, los minerales en bruto y refinados, los ensayos de cultivo del té, los nuevos resultados obtenidos en Cerro de Pasco, a 4,300 metros de altura, con temperaturas mínimas de 10 grados bajo cero, los de zonas montañosas con frecuentes lluvias. Lima sintió en esos días, nos dicen los compañeros de viaje, que vuelven deslumbrados y llenos de fe en el futuro, que su abastecimiento está asegurado en un porvenir cercano con la producción de todos los climas de la tierra sin salir del suelo peruano.

El magnífico puerto del Callao, cuyo terminal marítimo ha sido inaugurado no ha mucho, presenta las mayores facilidades portuarias que existen entre Panamá y Magallanes. También fué iniciado en tiempos de Leguía. Una compañía americana ha hecho allí los espigones sobre pilotes en un mar bajo. Uno piensa en nuestro Valparaíso, con sus 50 metros de agua, y comprende la diferencia. El puerto está administrado por los constructores, que han aplicado la disciplina, el orden, el buen manejo de los puertos americanos. El equipo es excelente, sólo se echan de menos grúas o donkeys eléctricos. Los que hay, son de gasolina, producto nacional.

La ciudad del Callao ha recibido considerables trabajos de urbanización, pavimentos, mejores edificios, plazas y jardines públicos. Y Lima, que el viajero en tránsito alcanza a visitar unas horas, tiene sus avenidas nuevas, plazas y parques, algunos inaugurados durante las fiestas centenarias de enero, que le dan el aire de una novia ataviada con su ajuar. La urbanización de Lima es inteligente, en su plan general, y sin pretensiones de fantasías costosas. Los problemas del tránsito han sido de ordinario bien contemplados. La nueva edificación, de un gusto dudoso, indeciso, oscilante entre influencias francesas, italianas, y seudocolonial, es armónica. Hay plazas poligonales, en que todos los costados repiten los mismos motivos arquitectónicos.

Parece más noble que nunca la Plaza Mayor, con sus cuatro lados armoniosos. La fachada de la Catedral ha sido bien restaurada y lleva delante, sobre la alta plataforma de piedra que avanza hacia los jardines, una admirable estatua de Francisco Pizarro recién erigida. El conquistador aparece terrible con el penacho del casco al viento, cubierto de hierro su cuerpo, como la cabeza caparazonada de su caballo, atrevido, dominador, arrollador de obstáculos; y mirado desde el centro de la gran Plaza se apoya en la Iglesia monumental. Es un vasto, imponente y tal

vez involuntario símbolo del descubrimiento y conquista de América. Me dijeron que estaba allí provisionalmente la bella y noble estatua. Nunca hallarán mejor sitio para ella.

Más al norte, comienzan a aparecer a la vista del viajero, los puertos por donde se embarca la producción azucarera. Y los que vienen de tierra dicen que los grandes ingenios, como los de los señores Gildemeister y varios otros, son modelos de organización industrial y social, con obras de bienestar para sus empleados y operarios que podrían envidiar nuestros fundos chilenos.

Después, la costa baja que ya va perdiendo su aridez y su hosca apariencia, está erizada de las torres de los pozos de petróleo. Forman bosques parecidos a esos restos de selvas incendiadas que se ven en nuestra Araucanía, y por millas y millas el viajero no ve otra cosa. De trecho en trecho, un puerto petrolero. El más grande es Talara, que ya tiene una población considerable, y en cuya rada esperan los barcos. Docenas de vaporcitos peruanos hacen el cabotaje del precioso líquido por los puertos del sur.

Una vida nueva, vigorosa, apenas iniciada, sale de las sierras peruanas a la árida costa. Carreteras, obras de riego, ferrocarriles, aviación, despiertan regiones enteras de ilimitadas posibilidades.

¿Y la raza? El viajero sólo puede juzgar su apariencia física. Pocos, muy pocos tipos de pura raza blanca. Un gran policial, fuerte y seguro de sí mismo, con un ancho fieltro sobre la cabeza, oscuro y de rasgos semejantes a los huacos. Una india de ampulosa falda, sombrero de pita con cintas de colores, un pañuelo rojo y verde sobre los hombros. Un hombre culto y bien educado que tiene los ojos y el dibujo del cráneo bien asiáticos, y la nariz y la boca de la raza indígena. Rostros pálidos y tristes, graves, vencidos, pero musculaturas robustas, y a todas luces resistentes. Reminiscencias de negros ya muy hundidas en otras razas. En suma, un enigma, un misterio indescifrable para el extranjero, para el observador superficial. Algo inquietante. El futuro dirá lo que va a salir de este caldero en que hierven elementos variados. Leguía pensaba que la educación los fundiría, poniéndolos a todos en un nivel medio de cultura. Es mayor empresa que abrir caminos en la sierra brava.

22 de agosto de 1935.

RAPIDA VISION DE GUAYAQUIL

Amanece cuando el vapor Huasco fondea en la boca del río Guayas, puerto de Puná. Repetidos pitazos llaman al práctico que debe guiarnos por el río. No hay tiempo que perder: la marea sube con fuerza, como si el río corriera hacia arriba, y va cubriendo los bancos de arena. El río está lleno de balizas que marcan el canal seguro para la navegación.

Es una de esas mañanas comunes en el trópico, nebulosas, tibias, cargadas de vapores que huelen a invernadero, a vegetación que se descompone. Las orillas bajas están cubiertas de matorrales, sin duda, restos de bosques destruídos y que la fecunda naturaleza rehace con rapidez. Podemos distinguir en las orillas, muy cercanas, una que otra cabaña montada sobre altos pilotes. La luz es gris; las aguas del río, turbias, amarillentas, arrastran ramas, manchas de verdura, despojos de los árboles que cada marea cubre y descubre. En ambas orillas predomina la yungla con su vaho mórbido.

Más arriba comienzan a aparecer mejores casas, algunos cultivos, y después, unos tras otros, muchos aserraderos de maderas que parecen ser una de las grandes industrias locales.

El río se ensancha y forma una rada donde la ciudad de Guayaquil alza la línea elegante de sus edificios y las instalaciones de su puerto. Hay numerosos barcos fondeados y llegan sin cesar enormes balsas que traen plátanos. Remolcadores y vaporcitos, que comunican a Guayaquil con puntos situados río arriba, parten entre pitazos y gritos. En la orilla opuesta, una fila de palmeras, inclinados bajo la acción del viento sus troncos flexibles, alzan al aire matinal los plumeros verdes de su follaje.

La línea de la ciudad está dominada por el Palacio del Ayuntamiento, cuyas galerías abiertas, sostenidas por columnas delgadas y torres como minaretes, tienen más de italiano o de oriental que de tradición hispanoamericana. A su lado parece austero el de la Gobernación, con el carácter de las construcciones que la colonia dejó en este continente. Y siguen otros edificios de comercio, muchos de ellos modernísimos.

El Huasco recibe carga abundante. La mayor parte es fruta tropical para la Compañía Frutera Sudamericana, la conocida firma chilena, importadora y exportadora, y para otras casas que hacen en menor escala este comercio. Toma también mucho arroz, en parte para servir de semilla en el Perú, cuyas cosechas han sufrido graves daños, y grano con su cáscara que será depilado en Pacasmayo. Al mismo tiempo, se entrega la carga chilena: grandes partidas de manteca en tarros, galletas, partidas importantes de tablas para cajones, ya recortadas y preparadas para formar los envases, manufacturas diversas. Trabajan en las lanchas numerosos negros y negroides, acaso ni uno solo de pura raza africana, todos con mezcla de blanco o de indígena. Sus cuerpos semidesnudos relucen de sudor como pieles de foca. No parecen fuertes, sino por el contrario, débiles y flacos. Se les ve tenderse sobre los sacos de mercaderías con aire cansado.

Pocas horas después la marea está bajando con mayor fuerza aún que la marea alta. La corriente es tal que las lanchas y balsas deben amarrarse sólidamente a los barcos y éstos toman especiales precauciones para no ser arrastrados. El arreglo definitivo del puerto de Guayaquil presenta dificultades por este doble movimiento. Las diferencias de nivel son enormes. Grandes bancos de arena aparecen en las orillas y estrechan el cauce; sobre ellos vienen a posarse aves blancas de vuelo elegante y lento, y por el turbión de las aguas torrentosas pasan troncos y verdaderas pequeñas islas flotantes de verdura como los *camalotes* del río de la Plata.

En las cubiertas del Huasco se establece un mercado de baratijas, de recuerdos para los viajeros, de tentaciones para la gente que quiere llevar algo de cada puerto. Traen los célebres sombreros de pita, los Montecristi, que un error muy europeo ha bautizado con el nombre de "sombrero de Panamá", y son producto exclusivo del Ecuador. Exhiben los reptiles empajados, cocodrilos, iguanas, culebras, animales de colores brillantes, algunos, como los pequeños caimanes, de dientes tan agudos que, aun así embalsamados, deben atarles con cuerdas el hocico para que los compradores no se hagan daño con las finísimas defensas. Ofrecen también frutas extrañas, cigarros, por cierto excelentes y muy baratos, perfumería, pájaros de plumaje deslumbrador, toda suerte de baratijas.

La última vez que pasé por Guayaquil no nos dejaron bajar a tierra, porque la ciudad estaba infestada de fiebre amarilla. Pero de esto han corrido muchos años. Hoy Guayaquil, después de los trabajos de saneamiento en que intervino el célebre bacteriólogo y médico sanitario japonés,

Noguchi, es una ciudad limpia, sin epidemias, bien cuidada en su higiene.

Grandes bulevares permiten que circule el viento. Las plazas nuevas tienen jardines bellísimos. El parque plantado a orillas del río y que debe prolongarse, es muy hermoso. Hay detalles de urbanización del todo felices, como es la amplia avenida que termina por el extremo junto al río, en la majestuosa columnata o rotonda de mármol blanco, que formará parte del monumento colosal a San Martín y Bolívar, y por el otro extremo, hacia arriba, se abre en una gran plaza con otro monumento militar que lanza al espacio una columna y bronces alegóricos. Los pavimentos cubren ya las calles principales. La edificación de concreto armado reemplaza rápidamente a las antiguas casas de madera y caña, que devoraban de tiempo en tiempo esos incendios colosales provocadores de este renacimiento guayaquileño.

Y lo que merece mayor elogio y ser imitado por otros pueblos americanos es que la nueva edificación conserva los hermosos portales que bordean todas las calles de Guayaquil, sombra fresca en la estación de los soles fuertes, y amparo contra las lluvias torrenciales. La ciudad se hace moderna, sana, hermosa, sin perder su carácter pintoresco, impuesto por el clima y la tradición. Buen ejemplo.

Por todas partes se siente energía activa. En las conversaciones con ecuatorianos se advierte orgullo de la labor urbanizadora, energía para rehacer, para reformar, para ir hacia adelante. Tienen los síntomas del verdadero progreso: piensan más en lo que proyectan, en lo que harán, que en lo que ya han hecho.

Hay en Guayaquil una pequeña colectividad chilena, pero es toda de gente de trabajo, y que tiene allí buen crédito por su laboriosidad y su cordial comprensión del carácter hospitalario de los ecuatorianos. Viven en buena armonía, y sirven los intereses del Ecuador y de Chile en industrias y en intercambio comercial.

Como ya lo he dicho en otra ocasión, el eje de la vida comercial chilena es allí la Frutera. Sus grandes bodegas, sus haciendas, su actividad como agentes de productos chilenos de toda especie, hacen de esta empresa, honra de Chile y merecedora de los mayores elogios, una representación práctica, útil, mejor que todas las diplomacias y más fecunda para la amistad ecuatoriano-chilena.

Pero Chile tiene en Guayaquil un representante admirable por su talento y su actividad: el Cónsul, don Guillermo Bianchi. Formado en la carrera después de haber servido algunos de los cargos más laboriosos en la República Argentina y Brasil, el señor Bianchi vive dedicado exclusiva-

mente a lo que debe dedicarse un cónsul: el desarrollo del comercio, el servicio de los intereses económicos. Debe de haber otros cónsules como éste, pero yo no había encontrado desde mucho tiempo uno con tal conocimiento del ramo, tan bien informado, tan dominador de las estadísticas, de los aspectos teóricos y prácticos del comercio, con tanta voluntad de trabajo, y con una inteligencia tan disciplinada. De acuerdo en todo con los jefes del comercio chileno, con esos tres esforzados luchadores de la Frutera, de los cuales recuerdo al Gerente, señor Echeverría, el director comercial, señor Quiroz, y el técnico agrónomo, señor Hernández, de acuerdo con cada uno de los chilenos que allí trabajan y producen, el Cónsul Bianchi es el animador de un foco de intercambio que presenta perspectivas interesantes y ya tiene realidades valiosas.

¿Qué puede hacer un chileno en Guayaquil? Lo que ha hecho, por ejemplo, el señor Pizarro, que llegó allí y trabajó como obrero, y ahora posee una curtiduría de primer orden, en que produce con éxito extraordinario esos cueros de iguana, de cocodrilo, de culebras y lagartos, que hoy buscan las mujeres para zapatos y maletines. Que no vayan a ese puerto a perturbar el buen crédito de los chilenos esos perdularios que nos deshonran en otros parajes, jóvenes aventureros y perezosos, a veces escapados de la justicia. Hasta ahora no los hay y por eso la colectividad chilena de Guayaquil es respetada y trabaja con fruto.

Converso con ecuatorianos distinguidos que ayudan a los chilenos a restaurar la cordialidad de las dos naciones, perturbadas años ha por una sucesión de errores diplomáticos. Y entre ellos encuentro la simpatía franca, elocuente, calurosa, de jóvenes oficiales de la Armada y el Ejército del Ecuador, que hicieron sus estudios e instrucción profesional en Chile y guardan afecto por nuestro país.

En la mañana del domingo, el Huasco prepara su descenso al mar con la marea favorable. Las campanas de las numerosas iglesias, cuyas torres tienen enredados jirones de niebla, llaman a las primeras misas, con voces claras, agudas, amables, casi como voces femeninas. La plácida superficie del río, quieta un momento entre los dos flujos, trae los sonidos nítidos hasta el barco. A lo lejos comienzan luego a caer sobre los montes lejanos, manchas de oro del sol que va a salir tras los Andes.

23 de agosto de 1935.

LOS MARGENES DE UN LIBRO VIEJO

CURIOSIDAD BIBLIOGRAFICA

En la interesante y ya valiosa colección de libros antiguos sobre Chile, que don Agustín Edwards ha formado en Londres, existe un ejemplar muy curioso de la obra de W. B. Stevenson, el secretario de Lord Cochrane, hacia el cual su dueño ha llamado mi atención (1).

Es un ejemplar bien conservado de la edición de Londres de 1825 y tiene la particularidad, además de su valor bibliográfico e histórico, demostrado en el brillante análisis crítico que de este libro publicó no ha mucho don Julio Pérez Canto, de que sus márgenes están llenos de anotaciones manuscritas de un lector inglés contemporáneo que fué testigo de los sucesos que narra el autor.

Las notas son la obra de un espíritu apasionado, de un hombre que había vivido los sucesos, que estaba ligado por una amistad íntima con algunos de los héroes de la Independencia latinoamericana, y que odiaba a otros con igual entusiasmo.

La lectura del libro de Stevenson ha despertado en el lector anónimo todas las pasiones que los hechos mismos habían engendrado. Desprecia a Stevenson, admira por sobre cualquiera otro hombre de la época, a San Martín, y tiene contra Lord Cochrane los resentimientos y rencores que este gran marino y glorioso luchador por la libertad de las naciones suscitó en su ardiente y magnífica carrera.

---

(1) A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years Residence in South America, in three volumes; Containing Travels in Arauco, Chile, Perú and Colombia; with an Account of the Revolution, its Rise. Progress and Results. By W. B. Stevenson, formerly Private Secretary to the President and Captain General of Quito. Colonel and Governor of Esmeralda, Captain of Fragata and late Secretary to the Vice-Admiral of Chile, His Excellency the Right Honourable Lord Cochrane, etc. —London, Hurst Robinson and Co. and Oliver and Co., Edinburgh, MDCCCXXV.

Stevenson era un fanático admirador de Cochrane, cerca del cual había vivido como secretario privado y a quien había visto en las horas más hermosas de su vida heroica, y al mismo tiempo conservaba contra San Martín animosidades que a veces lo llevan hasta la injusticia. El autor de las notas marginales en este ejemplar de la obra de Stevenson es, precisamente, lo contrario: escribe un desmentido al borde de cada elogio de Cochrane y de cada ataque a San Martín.

Nada perdona a Stevenson el comentador anónimo. Desde la primera página procura dejar establecido que este inteligente aventurero era un hombre de origen oscuro, natural de Boston, en Lincolnshire (Inglaterra), y afirma que llegó a América como cocinero del bric *Polly*. Todo lo cual no disminuye, por cierto, en el juicio de los que ahora leemos su obra, el mérito que tiene como documento para nuestra historia.

Los dos primeros volúmenes tienen pocas notas. Se trata en ellos de sucesos y descripciones de costumbres que al autor de las notas no le interesan o que no presenció. De cuando en cuando escribe desmentidos en términos violentos: "Notoriamente falso"... *"False on the face of it"*... "Calumnioso"... y otras expresiones airadas. Si alguna vez Stevenson emplea un tono jactancioso para dar a entender la participación importante que tuvo en ciertos hechos, el anotador se lanza sobre él. Así comenta el pasaje en que el autor relata que el Conde Ruis de Castilla le pidió que lo acompañara a Quito, diciendo: "En efecto, lo acompañó como su mayordomo *(butler)*."

Este espíritu preconcebido, este furor contra Stevenson, disminuye el valor histórico que las notas pueden tener y autoriza la sospecha de que el lector que así desahogaba su rencor, había tenido alguna cuestión personal con Stevenson y acaso con el mismo Lord Cochrane, ambos sus compatriotas.

Todo el menudo detalle de las dificultades entre San Martín y Lord Cochrane durante la Expedición Libertadora vuelve a nuestra memoria en las notas de este curioso ejemplar. El anotador deprime sin piedad al Almirante y exalta la figura del Libertador. Sus observaciones son sistemáticas y apasionadas *"on the face of it"*, para usar la expresión que él mismo emplea a menudo sobre las afirmaciones de Stevenson.

A medida que se desarrolla la narración de la campaña al Perú, las notas son más y más abundantes, ocupan todos los márgenes de varias páginas y contienen a menudo copias de documentos, cartas, notas oficiales, relatos de

conversaciones con San Martín, con O'Higgins, con Monteagudo. Sería un trabajo interesante confrontar en nuestros archivos estas citas del anotador para ver si hay entre ellas documentos inéditos que puedan arrojar nueva luz sobre los sucesos.

Hasta donde mi modestísimo bagaje de conocimientos históricos me autoriza para decirlo, no hallo en las notas sino la repetición de las viejas acusaciones contra Lord Cochrane, su codicia, su indisciplina, acusaciones cien veces contestadas y que nunca lograron disminuir la gloria del gran almirante. El mismo anotador confiesa en medio de su animosidad contra Cochrane, que su genio naval era el más grande de la época, que San Martín así lo reconocía, y que la acción del Almirante de la escuadra chilena, fué decisiva en la independencia de aquellos pueblos.

Una impresión melancólica se desprende de esas notas reveladoras de las pasiones que siguen como un cortejo siniestro a todos los grandes caracteres de la historia, a todos los hombres que tienen una estatura moral superior al término medio de sus contemporáneos, a todos los que con una voluntad fuerte y una visión más amplia obligan a los demás a someterse de buen o mal grado a sus inspiraciones.

El libro de Stevenson, con sus diatribas contra San Martín, las notas del lector anónimo con sus ataques virulentos contra Cochrane, son los gruñidos de la turba que, como los soldados napoleónicos del poeta francés, "mascullaban juramentos sordos... y lo seguían siempre". Una verdad se desprende del libro y de las notas: que Stevenson sirvió a Cochrane lealmente y lo hizo su ídolo, y el autor de los comentarios fué un fiel servidor de San Martín y lo puso por sobre todos los hombres de su tiempo. Y acaso nada es más grande en Cochrane y San Martín, que el haber escrito juntos la estupenda epopeya, aun cuando no habían nacido para entenderse.

¿Quién era el anotador? El libro mismo no tiene indicios que permitan establecer su identidad. No hay nombre alguno y las indicaciones que dan las notas son vagas. Acaso un erudito podría descifrar el enigma mediante una labor de crítica y tras una prolija comparación de textos.

Era un amigo de Monteagudo, del cual dice que estaba comiendo en su casa cuando fué arrestado. Lord Cochrane debía tratarlo con cierta consideración, porque en una de las notas refiere que le mostró sus estudios sobre las corrientes marinas de nuestras costas, lo que el Almirante no haría sino con una persona profesionalmente interesada en ellos o con un amigo. Y ha tomado parte en la Expedi-

ción Libertadora en un empleo que no menciona, pero que sin duda lo colocaba cerca del General San Martín.

En repetidas ocasiones el anotador habla de San Martín como de persona cuya intimidad conoce, cuyas ansiedades comparte, cuyas glorias admira. El Ejército Libertador es "nuestro ejército", la campaña es "nuestra campaña por la Independencia", aun cuando quien así escribe es a todas luces un británico. Ha asistido, según refiere, a una histórica entrevista entre San Martín y La Serna, y todo induce a creer que es el mismo comentador el correo de Gabinete, y especie de Plenipotenciario que San Martín, como cuenta extensamente una de las notas, envió a Santiago y Buenos Aires con instrucciones reservadas para arreglar asuntos relacionados con las dificultades que el general había tenido con Lord Cochrane.

Es un extraño romance el de este viejo libro en cuyos márgenes un lector que había contribuído a hacer historia, escribió hace un siglo, en menudos caracteres, sus impresiones, y que después fué rodando por quién sabe qué singulares destinos hasta la tienda de un anticuario, donde un día lo halló y recogió un Ministro de Chile que andaba a caza de curiosidades bibliográficas sobre su país.

Apagadas ya las pasiones con que Stevenson escribió su libro, y el anónimo lector lo comentó, igualmente honradas y bendecidas las memorias de San Martín y de Lord Cochrane, por los pueblos que libertaron, estas voces humanas de una lucha de semidioses ya no nos turban el ánimo y nos hallan dispuestos no sólo a honrar a los héroes, sino también a pensar con gratitud en esos dos británicos, el secretario del Almirante y el amigo del General, que los sirvieron, que los admiraron, que comprendieron la causa que ellos encarnaban y la pelearon como propia.

Londres, 12 de septiembre de 1918.

III

NOTAS Y JUICIOS LITERARIOS

MARE NOSTRUM

Hacia el fin del invierno del año pasado entré una tarde en el gabinete donde Vicente Blasco Ibáñez, el genial novelista español, trabaja en París. Era un día gris que sucedía a otros muchos del mismo color. Por varias semanas no habíamos visto el sol. Había caído mucha nieve que se helaba sobre el suelo. Todo el aire parecía de cristales de hielo que penetraban las carnes.

El escritor estaba en su bibllioteca muy pegado a un mísero fuego con los escasos carbones que aquel año se conseguían con dificultad.

—Me muero de frío — me dijo —, esta temperatura me aplasta, me entristece, me incapacita para trabajar. Necesito sol, aire tibio, mucha luz... Me voy, apenas me despachen mi pasaporte, hacia el sur, hacia el Mediterráneo... Y esta vez, se lo prometo, voy a escribir la novela del Mediterráneo.

El libro andaba desde hacia tiempo dentro de la cabeza del novelista. Mientras se moría de frío en París, su imaginación vivía en las orillas del mar azul, bañadas de sol, donde soplan vientos que han pasado por el horno africano, entre jardines que exhalan en las noches estrelladas perfumes enervantes que encienden la llama voluptuosa en el cerebro.

Si se hubiera quedado allá, en sus tierras de Valencia, ese rincón maravilloso de la hoya del mar latino, acaso nunca hubiera tenido la idea de escribir la novela del Mediterráneo. El mar azul poblado de leyendas y sobre cuyas olas se han escrito las batallas de la civilización y los ensueños del arte, habría continuado siendo para él nada más que la visión familiar difícilmente convertible en campo para la obra de imaginación, por estar demasiado cercana para que distingamos en ella los elementos impuros y transitorios de los inmortales y simples.

Pero desde París, en el frío de un invierno durísimo y sintiéndose invadir por la nostalgia, Blasco Ibáñez había

visto el mar de su niñez valenciana, con todos los prestigios de lo maravilloso, había vivido largo tiempo soñando con sus orillas, evocando su historia y su leyenda, mezclando ambas con sus propios recuerdos, y ahora salía escapado hacia el sur, con la imaginación exaltada, a recibir el soplo fecundante de las riberas sacras, a llevar a "nuestro mar" latino. — *Mare Nostrum* — la ofrenda de su amor.

La empresa era enorme. Se necesitaba para acometerla un temperamento ardoroso, una imaginación de gran potencia. El libro debía ser acción interesante, caracteres profundos, canto de amor atravesado por gritos de tragedia, colores fantásticos, luz deslumbradora, mezcla de todos los mitos que han danzado sobre las olas desde el Egeo a las Baleares, cifra de toda la historia que los pueblos han tejido en sus orillas.

Y Blasco Ibáñez era acaso el único entre los escritores latinos que podía emprender esa obra. La exuberancia de su genio, los rasgos que tiene en su carácter de todas las razas que han respirado el aire embalsamado de la huerta de Valencia, su culto helénico a la belleza, la semítica fuerza de penetración de su talento, el esplendor árabe de su fantasía, su amor a las aventuras, su caballeresco espíritu de libertad y su humanitarismo, su orgullo de raza, todo lo hacía el poeta que el Mediterráneo aguardaba para que hiciera la epopeya del mar de la civilización, el mar del arte, el mar por donde han salido a redimir el mundo todas las grandes concepciones liberadoras de la conciencia humana.

Ha realizado una obra maestra que acaso se va acercando a la cumbre de su potencia artística. *"Mare Nostrum"* es el producto de una inteligencia que alcanza su perfecto desarrollo, que se ha medido, que se ha reconocido capaz y ha hecho la obra máxima sin esfuerzo, como se escapa la canción de una garganta joven y robusta, en una exuberancia de vida y un triunfo de amor.

El héroe de *"Mare Nostrum"* es una de las creaciones más fuertes de la novela contemporánea, casi épico en su carácter representativo de las razas que se han movido sobre el Mediterráneo. Ulises Ferragut, descendiente de lobos de mar, valenciano, criado bajo las cúpulas de azulejos, que se ha bañado de niño en las aguas de cuyo fondo suelen sacar todavía las redes de los pescadores ánforas griegas cubiertas de moluscos, que ha oído a nodrizas y parientes las leyendas de las guerras lejanas en que catalanes y

valencianos iban hasta Constantinopla, que ha recogido viva todavía la historia novelesca de los piratas de Argel, es como la suma de todas las razas, y en él van a obrar oscuramente todos los muertos, y sus pasiones soltarán a veces gritos extraños que vienen del fondo de los siglos.

Desde niño la leyenda mediterránea lo adormece como un canto materno o lo exalta como un misterioso llamado de las sombras. En la iglesia que fué de los Caballeros Hospitalarios de San Juan había un arca de madera que encerraba los restos de "Doña Constanza, Emperatriz de Grecia", y la imaginación de Ulises Ferragut consagraba los primeros ardores de su alma enamorada del amor a la fantástica imagen de esta señora misteriosa, hija de Federico II de Suabia, aquel Hohenstaufen que reinó en Sicilia, mujer de un emperador de Bizancio, al que los azares de esos tronos ensangrentados habían arrojado a las costas de España.

Un tío de Ulises, el doctor Ferragut, apodado "el Tritón", cuya influencia sufre hondamente el héroe del libro, es más que un hombre: es una especie de semidiós, una encarnación del mar a cuyas orillas ha vivido él y vivieron los suyos por incontables generaciones, tipo extraordinario en lo físico y lo moral, hercúleo, potente, semejante a una de esas divinidades de ríos que los antiguos representaban como símbolos de fecundidad. Está vivo, se diría que lo hemos conocido, que hemos presenciado sus largas nataciones en el golfo de Valencia, que lo hemos visto salir de las aguas, chorreando de todo su cuerpo peludo, espantando con su serena impudencia a las mujeres congregadas en la playa.

El Tritón ama su mar, ha estudiado su historia y su leyenda, está orgulloso de pertenecer a esa raza de marinos valerosos que todavía navegan de un extremo a otro de la tierra, empujados por la fiebre de aventuras y agitados por todas las codicias. El emprende la tarea de educar para el mar a su sobrino Ulises, a quien la familia retirada a más pacíficas disciplinas, destina a una notaría. Entre él y un poeta chirle que conquista laureles de juegos florales, infunden en el corazón del muchacho el amor a las aventuras marítimas.

Le cuentan la historia de las civilizaciones que se han sucedido sobre el mar sagrado y se han servido de él como de un camino real, los graciosos mitos de que lo pobló la griega fantasía, las guerras que lo ensangrentaron, las luchas de los imperios que en sus costas se alzaron y se hundieron, la formación de los pueblos que aún habitan esta cuenca maravillosa, todo lo que la memoria de los hom-

bres y la imaginación exaltada de un meridional y los sueños de un poeta pueden recordar y concebir y evocar.

Así equipado, se embarca Ulises Ferragut, para navegar como piloto en el mar de entre cuyas espumas nació Venus, cuyas brisas refrescaron la frente de Homero y del Dante, en que anduvo a tiros con los piratas el autor del Quijote y recibieron la primera impresión de inmensidad los ojos de Napoleón.

Imaginativo, ardiente, apasionado, sediento de aventuras, valeroso, enamorado, el héroe de *"Mare Nostrum"* pertenece al ilustre linaje de los héroes mediterráneos. Surca todos los mares, va de Europa a América, y de América al Asia. El Mediterráneo no tiene ningún rincón que no le sea familiar, ninguna peña a flor de agua que no sea capaz de distinguir a larga distancia.

Descripciones prodigiosas de paisajes marinos, de costas de todos los continentes, de tipos y costumbres de las más varias razas desfilan por delante del lector como en un inmenso diorama. El Atlántico, la tormentosa travesía del Cabo de Hornos, la sonriente bahía de Valparaíso, que tiende sus brazos al navegante, tras fatigas y peligros, las costas españolas e italianas, las islas volcánicas que rodean la Sicilia, las del Mar Egeo, donde parecen haberse refugiado los dioses helénicos expulsados del continente.

Pero entre estas descripciones de un colorido riquísimo y una verdad implacable, páginas evocadoras en que gigantescas muchedumbres se mueven libremente, pocas ha escrito Blasco Ibáñez más asombrosas que la de Salónica con su población abigarrada de los despojos de las razas del Mediterráneo, ocupada por los ejércitos Aliados, para acabar de hacer de ella una Babel, y la de Marsella, esa avanzada griega en Occidente, a quien la guerra ha dado un carácter cosmopolita, singular y curiosísimo.

Y no es solamente la vida superficial de sus aguas y sus costas lo que conocemos del Mediterráneo en compañía de Ulises Ferragut. Toda la flora y toda la fauna del mar azul se nos aparecen en manifestaciones de una vida intensa y poderosa, tal como la ven los pescadores, como la conocen los sabios, como la revelan los Acuarios de Nápoles, vida en que se desarrolla una tragedia perpetua, una lucha cruel de las especies que se persiguen unas a otras sin cesar.

En medio de su carrera de lobo de mar, Ulises Ferragut encuentra un día, en Pompeya, entre los pantanos de Pestum, en los jardines voluptuosos de Sorrento, en la atmósfera enervante de Nápoles, a una mujer que enciende en su alma disciplinada por la vida de marino, un incendio de amor, una hoguera de lujuria, de rabiosa, porfiada, irresistible ansia de posesión y de olvido del resto del mundo.

Estupendo tipo de nuestros días, esa Freya, que ha tendido sus telas de araña sutiles y deliciosas hacia el marino español, tipo sin nacionalidad, vagamente italiana, que ha seguido a un hombre a Java y a otro a la cordillera de los Andes, un poco bailarina de danzas sagradas de Batavia, algo artista, dueña de sí misma, capaz de hacer de su alma y de su cuerpo todo lo que cree convenir a sus designios, quedándose en el fondo fría, muerta, siempre reflexiva, calculadora y escéptica.

Freya pertenece al servicio de espionaje alemán establecido en Italia, antes de que ese país se uniera a los aliados. El español, cegado por la pasión, entra en sus planes, sin saber a punto fijo lo que hace. Ayuda a los submarinos que comienzan a entrar en el Mediterráneo. La seducción de Ulises por la aventurera es un estudio profundo de psicología. Blasco Ibáñez ha escrito ahí páginas de una crudeza absoluta, en las cuales hay un soplo humano de verdad y una especie de clamor de la naturaleza.

El Mediterráneo está mancillado. Los nuevos piratas que ni siquiera se baten a cara descubierta como los de otros tiempos mezclan a sus aguas la sangre de mujeres, de niños, de pacíficos navegantes de comercio, viajeros, pescadores. De un extremo al otro del mar divino, los crímenes se suceden. Son los hombres del norte, eternamente ansiosos de luz y de sol y de sonrisas, que han bajado de sus brumosas tierras en unos barcos sumergibles y deslizándose en el seno de las aguas han venido a amenazar de nuevo la civilización latina, el *Mare Nostrum*.

El drama pasional de Ferragut se enreda estrechamente con la gran tragedia humana que los pueblos están viviendo. Su único hijo perece en un barco torpedeado, su hogar se derrumba al peso de su infidelidad y de la desgracia irreparable. La espía, víctima a su vez del sistema en que ha entrado y que la envuelve y nunca más la soltará, porque ya sabe demasiado para que se la deje libre, sigue a su amante español a Barcelona, lo sigue a Marsella. Ni Ferragut ni el lector saben de cierto si la empuja el amor o la llevan sus trabajos de "información".

El sistema de espionaje alemán en España se desarro-

lla con sus intrigas, su organización de hierro, su aprovechamiento de toda clase de gentes, sus venganzas implacables, los asesinatos, las traiciones, la persecución feroz de los individuos a quienes se sospecha de haber faltado a su pacto o de estorbar los fines del Imperio.

Ferragut, sacudida ya la pesadilla lujuriosa de sus amores con la aventurera, herido como una fiera por la muerte de su hijo, de que se siente responsable, quiere reparar esto y se embarca en atrevidas expediciones para llevar al Oriente tropas aliadas, para transportar víveres y municiones, para perseguir a aquellos nuevos piratas a quienes ha servido de instrumento en la hora de su amoroso desvarío.

Y un día se hunde en las ondas del mar que amaba, se hunde con su buque, batiéndose contra un submarino, en una apoteosis que su imaginación le crea al morir: la visión de Anfitrita, la esposa de Poseidón, de que le hablaban en su niñez el Tritón y el poeta, que viene a él sobre las ondas y lo abraza contra su seno nutridor y eternamente virginal, pone sobre sus labios sedientos un beso imperioso de mujer y de diosa, y sin soltarlo nunca, lo arrastra hacia el fondo, hacia sus palacios de coral.

Así muere el último representante que ha tenido en la literatura el héroe mediterráneo que en la antigüedad se llamó el prudente Ulises, en los siglos medios Roger de Flor, hace 100 años Napoleón, y en la imaginación del gran novelista se fundió en un navegante formado de todos los elementos que las olas del mar de los dioses habían arrojado en siglos y siglos sobre la costa de Valencia.

Y cada vez más la novela en manos de Blasco Ibáñez, toma caracteres de epopeya, y ya no son sólo pueblos, sino razas, grupos étnicos, los que se mueven con sus mitos y sus herencias, sus dioses y sus demiurgos, en escenarios inmensos que abarcan casi toda la tierra.

Londres, febrero de 1918.

DOSTOIEWSKI Y SU TORTURANTE PASION DEL JUEGO

CARTAS INEDITAS A SU MUJER

Los que hayan leído esa obra maestra de Dostiewski, *"El Jugador"*, pensarán con razón que no es posible analizar más hondamente el alma del hombre dominado por el vicio de los juegos de azar. Pero quien lea ahora las cartas inéditas del célebre novelista a su esposa verá que, cuando disecaba su propia pobre alma ante los ojos de la mujer que amaba, era aún más cruelmente prolijo y sincero en el trabajo de introspección.

Dostoiewski se casó en segundas nupcias con una joven de veinte años cuando él tenía cuarenta y cuatro. Matrimonio de amor con la estenógrafa Ana Grigorisvna Snilkina, a quien había dictado su novela *"El Jugador"*.

El admirable escritor estaba entonces dominado por la pasión del juego en la forma más absoluta, más atormentadora, más irresistible que jamás haya poseído a un espíritu como el suyo. Acosado por sus acreedores, padeciendo necesidades materiales, anhelante por dar a Ana algún bienestar, buscaba en el juego un poco de dinero, mucho dinero, millones soñados, por último, lo necesario para vivir.

Se fué en mayo de 1867 al balneario de Homburg, entonces uno de los grandes centros de ruleta de Europa. Las cartas publicadas ahora en francés son sólo diez. Estuvo en Homburg desde el 17 al 26 de mayo. Escribía cada día a la amada mujercita sus angustias, sus esperanzas, sus locas ilusiones, sus firmes propósitos, sus caídas diarias en el vicio terrible.

Un día viernes llega a Homburg después de un viaje penoso, con mucho frío, cambios de trenes, pena infinita de dejarla sola en Dresde, ansias de tenerla junto a sí que no alcanzan a vencer su pasión del juego.

Al llegar escribe estas líneas encantadoras: "Dios te ha confiado a mí para que nada se pierda de las primicias y tesoros de tu alma y tu corazón, para que, por el con-

trario, cuanto hay en ti se enriquezca y se multiplique, brote y fructifique. Te ha dado a mí para que yo rescate mis enormes pecados y te devuelva a El preservada y salvada de cuanto es bajo y envilecedor".

Recuerda que ella lloró al despedirlo, pobre criatura consciente del sentido de ese viaje al reino de la bolita que salta creando y anulando fortunas. "Mi claro rayo de luz, mi sol, te amo. En la separación se siente y resiente todo y se comprende hasta qué grado se ama". Espera carta suya al día siguiente y le escribirá cada día.

El sábado llueve y hace frío. Dostoiewski se siente débil y con sus nervios en tal condición que apenas puede tenerse en pie. Sin embargo: "Figúrate que comencé a jugar en la mañana, y a la hora de la comida había perdido 16 imperiales. Me quedaban sólo 12 y algunos thalers. Volví a la ruleta después de comida con la firme decisión de conducirme con la mayor prudencia. Gracias a Dios, gané los 16 imperiales perdidos y además 100 florines. Habría podido ganar 300; los tenía en la mano, pero los arriesgué y los perdí. He aquí, Ana, mi observación definitiva: si uno se maneja con prudencia, es decir, con una prudencia casi sobrehumana, se puede ganar con seguridad, sin duda alguna, tanto como se quiera. Pero es menester jugar mucho tiempo, varios días, contentarse con poco, si no se tiene suerte, y no forzar a la fortuna".

Esta convicción es inconmovible en él. Cree como un dogma que si logra dominar sus nervios ganará dinero al juego. Cuando pierde, es porque no estaba tranquilo, porque se ha dejado arrastrar por su nerviosidad.

Reconoce que esta manera de ganar dinero tiene mucho de desagradable y de enloquecedor. Y no lo gana gratuitamente, dice él mismo: lo paga en sufrimientos. Pero necesita el dinero para ella, para su familia, para sus deudas infinitas.

Le pide que no muestre a persona alguna sus cartas. Tendría vergüenza de que conocieran esta miseria suya que él comprende, que no puede vencer, que lo atormenta y lo humilla ante sí mismo. Sólo a ella, su amada, su Ana única, su dulce Ana que allá lejos sufre en silencio y le escribe consolándolo.

El domingo escribe que ha jugado durante diez horas seguidas perdiendo siempre. "He tenido en el día horas muy penosas. A ratos ganaba. Pero la fortuna cambiaba. Te lo contaré todo cuando vuelva. Ahora voy a probar por la última vez con lo que me queda, muy poco, casi nada. La jornada de hoy decidirá todo, es decir, si parto mañana

o me quedo aquí. No quisiera empeñar mi reloj. Mi situación es muy mala... Ahora lo ves: me va bien mientras puedo conservar mi sangre fría y me atengo a mi sistema. Pero desde el momento en que la fortuna me sonríe, comienzo a arriesgar... ¿Qué me traerá mi último ensayo? ¡Con tal que todo termine pronto!".

Las cartas de Ana le causan un indecible placer. Recuerda el pasado. Le pide que no se aburra de esperarlo. Ha llorado al leer los pasajes en que le cuenta ella su triste vida solitaria. ¿Qué dirán los de la familia, allá en San Petersburgo? Nada saben de sus angustias, su miseria, su lucha con el azar. Con tal que todo acabe pronto: esta es su idea fija. Está cansado, horriblemente gastado por las emociones. Se ha hecho impaciente y corre y corre en persecución del resultado, y de ahí, según él, su fracaso.

En medio de todo, su salud es excelente y el domingo se ha paseado en el parque y admirado el paisaje y la música y la alegre muchedumbre de día festivo. "Hasta la vista, mi ángel. Mi dulce ángel, tierno y bueno, ámame. Sueño con el momento en que podré verte aunque no sea sino por un instante. ¡Cómo hablaríamos! ¡Qué impresiones cambiaríamos! No se puede expresar todo esto en una carta..."

Ya no quiere darle detalles de ganancias y pérdidas. Eso queda para cuando se vean.

El lunes escribe deslumbrado por el placer que le causa la última carta de Ana. La ha leído y releído. La ha besado cien veces. Se ha sentido feliz, inmensamente feliz con ese amor. "¡Son tan bellas las cartas de Ana!".

Reflexiona, se da cuenta de todo. Ha hecho mal en venir a Homburg. Tenía conciencia de los padecimientos que le aguardaban en la ruleta. Tenía la firme persuasión de que partía sólo por cuatro días. Allá junto a ella no media el amor que le tiene y los dolores de la separación. Pero ya comienzan a acercarse de nuevo. El día anterior ha llorado recordándola y ha rezado por ella. La jornada fué mala y penosa. Y, lo que es peor, siente que todo aquello es "estúpido, bestial y vil". "Pero no puede arrancarse esta idea y no llega a abandonar la partida para volar al lado de Ana. El día 19 lo ha perdido todo, absolutamente todo, hasta el último kopeck, hasta el último florín, y se ha decidido a escribirle para que Ana le envíe dinero para el viaje de vuelta. Ha vendido el reloj con la cadena en 65 florines; no quisieron darle más; "estos alemanes no tienen honradez alguna". Pero ha obtenido la condición de que puede rescatarlo en la semana pagando los intere-

ses. "Y figúrate, escribe, que he recuperado mi dinero. Voy a rescatar mi reloj. Me quedarán 16 federicos de oro. He ganado esta suma porque haciendo un gran esfuerzo sobre mí mismo no me he dejado arrastrar. Pero tengo miedo, tengo miedo. ¿Qué decidirá la jornada de hoy? En suma, mañana te diré algo de cierto. Y entonces, ¿me lo perdonarás todo?

Y de nuevo llora la separación y le ruega que tenga paciencia, que se cuide mucho, que aproveche esta lección de la ausencia para sentir más hondo el amor que los une.

Al otro día va al correo en busca de sus cartas. Nada. Está a punto de desmayarse cuando le dicen que no hay carta. "Te juro que jamás he tenido tal temor y tan gran dolor. No podía desprenderme de la idea de que estabas enferma e ibas a morir. Tiritando, me he paseado una hora entera en el jardín. Por fin me fuí a la sala de juego y lo perdí todo. Mis manos temblaban, mis pensamientos huían, y estaba feliz de haber perdido el dinero. Me decía: está bien, está bien. Finalmente, habiéndolo perdido todo (en ese momento esto no me asombró), he caminado durante dos horas en el parque y llegué, Dios sabe dónde".

Anuncia su decisión de volver al lado de Ana. Se explica por qué no ha recibido la carta. Calcula las tardanzas del correo, las dificultades para remitir el dinero. Se siente resucitado, otro hombre. Pero su suerte depende de que llegue la carta de Ana con el dinero. Si la carta llega, será feliz. Si no llega, no sabe lo que será de él. Debe partir, pero no tiene con qué. Ha perdido todo el dinero del reloj. Le quedan 25 florines y hay que pagar la cuenta del hotel y los gastos del viaje de regreso.

"Mándame inmediatamente 20 imperiales (veinte). Sin demora. Este mismo día, en este instante, si es posible. No pierdas un segundo. Es la mayor súplica que te hago. Ante todo, rescataré mi reloj. ¿Crees que puedo dejarlo perderse por 65 florines? En seguida, debo pagar la cuenta del hotel, y después los gastos de viaje. Lo que me quede te lo llevaré; no temas, no jugaré más. Pero, sobre todo, apúrate en enviarme el dinero. Mañana o pasado me presentarán la cuenta del hotel y si no he recibido de ti el dinero, estaré obligado a ver al propietario para excusarme. Tal vez él llame a la policía. Sálvame de este suplicio. Mándame la plata lo más pronto posible. Ocúpate de esto tú sola, no consultes a la propietaria, no le digas nada; es preciso que estas gentes no conozcan nuestros asuntos.

Luego da a Ana instrucciones prolijas, precisas, casi infantiles sobre la manera de obtener una letra de cambio

en un banco. Hay que poner Homburg y no Hamburgo; ir al correo, despachar la carta recomendada. Y explica todavía el mecanismo por el cual cobrará la letra en un banco de Homburg.

Después escribirá a Katkov, su editor y le pedirá que le envíe 500 rublos. No le gustará mucho a Katkov, pero los mandará. Ya en otra ocasión le ha dado 3,000 rublos. "Y por otra parte, ¿cómo podría rehusármelos, si sabe que no puedo continuar sin dinero mi trabajo? Por cierto que es desagradable, pero se descontará esto de las 23 carillas que no dejaré de terminar. La respuesta no llegará antes de un mes". Entretanto, vivirán con lo que le sobrará después de pagar sus cuentas en Homburg, cuando llegue el dinero que enviará Ana.

Más tarde, dice en la misma carta, se pondrá a trabajar como hace dos años, antes de "Crimen y Castigo". "Angel mío, es posible que todo esto sea para mejor. Esta pasión maldita, esta monomanía del juego me abandona ahora. La venceré con mi trabajo". Y de nuevo palabras de exquisita ternura mojadas en lágrimas, llenas de una sinceridad dolorosa.

El día miércoles, 22 de mayo, recibe carta de Ana y queda helado de dolor. Ana sufre, llora, se atormenta. La carta lo emociona. Hace apenas cinco días que se separaron. Pero no quiere hacerle reproches, sus sentimientos son idénticos a los de Ana. Comprende que ella no puede soportar la ausencia. Ha hecho mal en venir a Homburg sin conocer bien el pensamiento de la mujercita adorada. Por una parte, pensando en ella siempre, su juego se perturba, y pierde. Por otra, ¿cómo quedarse allá sabiéndola en tal estado de desolación?

Entonces le explica su sistema de juego: "Veinte veces al acercarme a la mesa de juego, he hecho la misma experiencia: si se juega con sangre fría, con calma y cálculo, no hay manera de perder. Te juro que no hay manera. Los otros jugadores juegan al azar, ciegamente; mientras que yo con mi sistema tengo una probabilidad más. Pero, ¿qué es lo que ocurre de ordinario? Comienzo de costumbre por 40 florines, es decir me siento y comienzo a poner uno o dos florines. En un cuarto de hora gano casi siempre, y aun *siempre,* dos veces esa cantidad. Entonces ha llegado el momento de que me levante y me vaya por lo menos hasta la noche para calmar mis nervios excitados; por otra parte, he observado muy exactamente que no puedo conservar mi calma y mi sangre fría más de una media hora seguida. Me alejo, pues, el tiempo necesario para fumar un

cigarrillo y me precipito de nuevo sobre la mesa de juego. ¿Y por qué obro así puesto que sé que no podré contenerme y que seguramente perderé? Porque todos los días al despertar tomo la firme decisión de pasar mi último día en Homburg y partir al siguiente sin falta. He ahí por qué no puedo quedarme en la ruleta. He ahí por qué me doy prisa con todas mis fuerzas para ganar el máximo de un golpe, ese mismo día, porque quiero partir al siguiente. Y así pierdo mi sangre fría, mis nervios entran en tensión y me pongo a arriesgarme: me fastidio, juego sin ningún cálculo, mis combinaciones se desvanecen y pierdo, porque es insensato jugar sin cálculo fiándose de la suerte."

Reaparece el recuento de las deudas y la evocación del editor que mandará dinero. Y la repetición de las frases de amor: Si la hubiere traído a ella, ganaría en el juego. Su error ha sido venirse solo. Jugando todos los días una pequeña cantidad, se gana siempre. Si se quedara unos cuatro días más, lo recuperaría todo. Pero ya ha dicho que no volverá a jugar.

El día 23 es de angustia indecible. Por la mañana comienza una carta bajo la impresión de que no ha recibido aún el dinero. A mediodía, la continúa para anunciar que llegó la remesa. Pero no puede partir ese mismo día. Partirá al día siguiente.

El día 24 la carta a Ana comienza de esta manera: "Y así mi querida, mi amiga, mi mujer, perdóname, no me llames infame. He cometido un crimen, he perdido todo el dinero que me enviaste, todo, hasta el último céntimo. Lo recibí ayer y ayer lo perdí".

Se arrepiente, se revuelve contra sí mismo, implora perdón. Ahora ya es seguro que no volverá a jugar. Está curado para siempre. Katkov mandará dinero. El trabajará febrilmente, producirá mucho, ganará todo lo necesario. Lo único que hay que atender es la necesidad del momento.

No ha gastado ese dinero enviado por Ana a causa de una ligeresa y avidez. No, no lo ha hecho para sí mismo. Tenía otra mira. Ahora necesita irse junto a Ana, abrazarla, besarla, descansar en ella, en su amor, en su ternura, de estas horribles ansiedades. "En cuanto recibas esta carta, mándame inmediatamente 10 imperiales. Diez imperiales, es decir 90 florines, más o menos, para arreglar mis cuentas y llegar a Dresde. Hoy es viernes; tendré el dinero el domingo, partiré ese mismo día para Francfort, tomaré el expreso del lunes y estaré junto a ti".

Al otro día su esperanza se cuelga del editor Katkov. Hará una obra "perfecta, mejor aún que "Crimen y Castigo". Y la Rusia que lee será mía y todos los editores serán míos". "Tengo confianza plena en nuestro porvenir. Con tal que Dios nos dé salud". Y, añade, recordando sus ataques de epilepsia que por aquella época se habían agravado: "Aquí no he tenido crisis".

La última carta de la serie es desgarradora, un grito de agonía: "Angel mío, te escribo en un fragmento de papel. Mi papel se acabó del todo. He tomado el del hotel. Si recibo hoy el dinero, haré todo lo posible por partir hoy mismo. El tren sale a las 3.20 y no sé si cogeré la combinación en Francfort. Según dicen, los expresos no tienen tercera clase. Si tomo tercera en otro tren, estaré obligado a pasar la noche en alguna parte. Entonces resultaría lo mismo. El expreso cuesta caro. La cuenta del hotel subirá a 70 florines. Me quedarán 20 y el expreso cuesta por lo menos 20. No puedo partir sin tener algo en el bolsillo... Lo que más me inquieta es el frío... Dicen que hay cólera en Berlín y en París... En todo caso no te inquietes, mi ángel eterno. Con todas mis fuerzas ardo en deseos de partir. Si no llego mañana, si en mi lugar recibes esta carta, es que algo no marcha, una insignificancia, un detalle, y de todas suertes, estoy pronto a partir. Mi tesoro, te tomo en mis brazos. Te beso mil veces. Amame; sé mi mujer; perdóname, sin rencor; tenemos ahora toda, toda nuestra vida para pasarla juntos..."

Y así termina esta tragedia psicológica, estas cartas extraordinarias que permiten entrar aún mejor que todos sus libros en el alma atormentada de uno de los más grandes escritores que hayan existido jamás.

LA DRAMATICA VIDA DE LOPE DE VEGA

EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

Se puede afirmar que don Félix Lope de Vega Carpio es el mayor de los poetas españoles, si se atiende a que ningún otro lo supera en la interpretación del alma de su raza, de las costumbres y las ideas de su tiempo, en la acentuación más española que humana, más nacional que universal, de cuanto escribió para el teatro en la más fecunda carrera literaria que recuerda la historia.

Producto de una época de supremo refinamiento del espíritu, en la cúspide de la grandeza de España y del florecimiento de las letras, Lope de Vega ha sido el creador del teatro español en oposición al teatro de imitación clásica que predominaba hasta entonces. Rotos los moldes humanistas, abandonadas las unidades famosas, devuelto al teatro su carácter de espejo de la vida y de la verdad humanas, con elementos tomados de las costumbres y de los caracteres entre los cuales se movía su propia dramática y agitada existencia, forjados sus personajes en las ardientes pasiones que quemaban su alma de enamorado impenitente, Lope de Vega es el primero que da al público sediento de novedades y bien preparado para entenderlo, el teatro español y popular.

Se ha discutido mucho la contradicción que existe entre ese carácter nacional del teatro de Lope de Vega y los preceptos clásicos temperados que define en su célebre Arte Nuevo de hacer Comedias. La contradicción existía en la dualidad intelectual del gran poeta: era el poeta popular por excelencia y sentía como nadie la vida espléndida y ardiente en torno suyo; pero no podía olvidar los principios clásicos del arte poético en que había sido educado en un colegio de jesuítas y más tarde en la Universidad de Alcalá.

Esta gloria de fundador de uno de los más grandes teatros de los tiempos modernos, cuya influencia ha sido poderosa sobre todas las literaturas europeas, en especial la francesa, que lo imitó servilmente durante un tiempo,

bastaría para hacer de Lope de Vega un genio cuya memoria debemos exaltar cuantos seguimos hablando la lengua española.

La vida extraordinaria de este hombre no tiene paralelo en la historia literaria y es la síntesis más completa del alma española. Su niñez es oscura y resulta difícil precisar cómo y dónde se educó y recibió los fundamentos de su cultura refinada. Su juventud es agitada y tormentosa desde los 16 años. A los 17 ya tiene amores que han quedado célebres por los rastros que dejan en sus obras. Y puede decirse que hasta los 70 años de su vida, Lope de Vega vivió pasando de una pasión amorosa a otra, sincero en cada episodio de esta carrera ardorosa, inconstante, pero acaso en lo íntimo de su maravilloso temperamento siempre idéntico a sí mismo.

Cuando ha logrado a los 17 años entrar al servicio del Duque de Alba, conoce en Madrid a la bella Isabel de Urbina, hija de un rey de armas. La ama y tiene con ella un enredo que debía terminar varios años después en matrimonio. Pronto lo fascina la mujer de un comediante que se llama Elena Osorio. Las relaciones duran cinco años durante los cuales Lope escribe obras dramáticas, poemas y otros trabajos, entre ellos "La Arcadia", en que hay tanto recuerdo de su propia vida. En 1583 huye de dificultades provocadas por estos amores, se va a Lisboa y se enrola en la escuadra del Almirante don Alvaro de Bazán contra los portugueses. Entre su partida y su regreso, en 1588, se ha seguido en su contra un proceso por ciertas poesías satíricas contra la familia Osorio, después de su violenta ruptura con Elena. Lo destierran a Valencia; activa allí su labor dramática y atraviesa uno de los períodos más brillantes de su creación literaria. Entonces se acuerda de Isabel de Urbina y de la palabra que le ha dado; rompiendo el destierro, vuelve a Madrid y se casa con ella. Poco después el espíritu aventurero se apodera de nuevo de Lope de Vega y aparece embarcado en la Armada Invencible.

En 1595 está viudo y se han muerto sus dos hijas. Cruza su vida la tercera mujer que su amor ha inmortalizado: Antonia Trillo, una viuda hermosa. Pero es la cuarta, Micaela de Luján, llamada por el poeta Camila Lucinda en las obras en que alude a ella, la que tal vez ha dejado más honda huella en la vida y la labor de Lope. Es una comedianta de talento y el poeta le consagra obras y la exalta en sus poesías. Nacen cinco hijos, cuya suerte todavía se empeñan por conocer los investigadores.

Su matrimonio con doña Juana de Guardo no parece haber sido sino cuestión de intereses. La novia, hija de un

abastero, aporta al gran poeta, ya célebre en España y en Europa, un capital considerable. Todo dinero es poco para Lope de Vega porque necesita vivir como señor, y da mucho, sin tasa, sin orden alguno. Sus obras le producen beneficio pecuniario, y el favor de algunos grandes señores le proporciona prebendas, empleos nominales, según la costumbre de la época. Así ha quedado como ejemplo su amistad con el Duque de Sessa, a quien conoció en 1565. Era el duque un joven señor muy rico, aficionado a las letras, y debía sentirse feliz de cambiar con el más grande poeta de su tiempo una correspondencia alambicada y de encumbrado conceptualismo. Lope de Vega ejerce de confidente del Duque de Sessa, que en amores no es menos versátil y activo que el poeta.

Muerta su nueva esposa, Lope de Vega atraviesa por uno de los períodos místicos de su vida. Su fe es profunda, su sensibilidad poética se confunde en él con el sentimiento religioso. Hay mucho en este español del siglo XVI del Rey David, el inmortal salmista. Como el autor de los Salmos, Lope de Vega peca, se hunde en las pasiones más exaltadas, atropella las leyes morales y da rienda suelta a sus amorosas exaltaciones; pero luego se arrepiente, llora, pasa períodos de austero penitente, vuelve a la continencia y compone algunas de sus prodigiosas poesías místicas que pueden a veces rivalizar con las de los más grandes poetas de este género, o escribe tratados edificantes para guía de las almas.

En uno de estos estados espirituales comete en 1614 el error de recibir las órdenes sagradas cuando tenía ya 52 años de edad, pero aun no se apagaban los ardores de su temperamento. Es sincero entonces como lo es cuando se enamora. Quien conozca el alma popular española, quien haya observado lo que de ella queda en nuestro propio pueblo, y más aun quien haya penetrado sin hipocresía en el alma humana de todas las razas y todas las épocas, sabe que estas contradicciones son más aparentes que reales.

Ya en 1617 las órdenes sacras y las publicaciones que ha hecho no impiden que sea arrastrado como por una obsesión hacia una dama que tenía legítimo esposo, doña Marta de Nevares Santoyo. Es la última llamarada de la pasión, pero es la más vigorosa. La denomina "Amarilis" en lenguaje poético y es fácil reconocerla en comedias y poemas. También su genio parece encenderse en un postrer resplandor maravilloso y durante este período escribe centenares de comedias, poemas, sus célebres Rimas Humanas y Divinas. Parece aguijoneado no sólo por el amor sino también por el dolor. Amarilis se enferma, queda ciega, más

tarde se vuelve loca. Todos los afectos de Lope se concentran en su hija Antonia. Cuando el rapto de su hija, que hoy atribuyen los eruditos al propio Don Juan Tenorio, cae sobre el anciano poeta como un rayo de la cólera divina, ya Lope no resiste la soledad en que ha quedado y poco después muere en su casa de Madrid.

Sin desvergonzada ostentación, Lope de Vega ha dejado en las comedias y demás obras de su monstruoso ingenio, recuerdos y señales de estos amores sucesivos. Por ellos se puede ver que amó a los 70 años como había amado a los 17. El corazón de Lope de Vega tuvo siempre 17 años. Su alma no encaneció. La frescura primaveral de sus obras de la adolescencia palpita todavía en las más cercanas a su último día.

Arrepentido de sus devaneos, triste, desconsolado, penitente como en otros momentos de su vida, el gran poeta pudo acercarse al Dios que había amado siempre y en cuya alabanza había escrito algunos de sus cantos más bellos.

El conjunto de su obra, como el conjunto de su vida, son resúmenes de la inspiración del genio español en su cumbre más alta y de la obra de la pasión en esta raza que ha hecho tantas cosas grandes movida por ese resorte supremo del alma humana. Lope es vigorosamente humano, pero es esencialmente español como hombre y como poeta dramático o lírico. Si sólo él existiera en la historia literaria española, si no hubiera en nuestra lengua sino sus dos mil y tantas comedias, sus 500 autos sacramentales, sus infinitos poemas y obras en prosa y verso de todo género, España tendría una gran literatura.

Tras él nunca alcanzó el teatro español la naturalidad, el brillo, la inspiración nacional, la acción y el nervio, la riqueza inagotable que había tenido en sus manos. Lope de Vega tuvo la dicha de vivir en un siglo que lo entendió: nunca autor español alguno ha sido más popular, más cortejado, más favorecido, aunque no era, por cierto, un prestigio moral, sino el puro genio literario y su compenetración con el alma nacional los que le procuraron tanta gloria en vida.

27 de agosto de 1935.

LA AUTOBIOGRAFIA DE RUDYARD KIPLING

Si bien toda su vida se refleja en sus obras, Rudyard Kipling es uno de los grandes escritores de nuestros tiempos que menos han hablado de sí mismos. El culto del YO, que tantos devotos tiene entre los hombres de letras, no lo atrajo jamás. Y así su autobiografía, escrita para ser publicada después de su muerte y que acaba de aparecer, es un pequeño libro de 250 páginas en formato pequeño con el título modesto de "Algo de mí mismo". Nada hay en ella que la asemeje a esas autobiografías que muchos publican en vida. y en que a cada página revientan las pústulas de la vanidad.

Es un libro modesto, casi humilde, el de Kipling, sin amarguras, ni aun en pasajes donde hubiera podido vengarse de los que lo hicieron sufrir en su niñez y juventud. Y si a veces clava la uña en algún recuerdo penoso, es más bien en burla que en venganza

El maravilloso autor de cuentos y novelas, el creador del "Libro de la Jungla", de los "Simples Cuentos de las Colinas", de "Kim", de tantas poesías deliciosamente originales, aclamado por dos generaciones como el intérprete de todas las naciones de lengua inglesa y el bardo del Imperio, repasa livianamente su movediza, accidentada y gloriosa existencia sin darle importancia ni tomar actitudes de héroe o de maestro.

La niñez en la India, donde nació, le deja el recuerdo del padre, sabio y artista, director de un Museo en Bombay, compañero afectuoso del hijo escritor cuyas obras solía ilustrar, y de la madre inteligente, fina, que alguna vez le dió el verso que no hallaba y completó su estrofa. Solía ir al mercado con su "aya", una portuguesa católica que se arrodillaba delante de cada cruz y rezaba con el niño, o con la criada hindú que lo hacía entrar en sus templos y mirar hacia otros dioses vagamente adivinados en la penumbra.

La plácida vida en la India se interrumpe. Lo llevan a Inglaterra para iniciar alrededor de los diez años de edad sus estudios. Ahí comienza la vida penosa en la casa de

pensión bajo la autoridad de una patrona de huéspedes a quien llama "la Mujer", mientras designa la pensión con el nombre de "la Casa de Desolación". La Mujer era una de esas devotas protestantes de estricta observancia, madre de un jovenzuelo aún más riguroso y de más angosto criterio que ella. Son gentes admirablemente retratadas, de ésas que siempre están amenazando con el "castigo de Dios, como si Dios, decía un viejo escéptico chileno a quien trataba de convertir a la creencia con tales amenazas "fuera un hombre grosero que está detrás de la puerta, armado de un garrote, esperando que uno pase para dejárselo caer sobre la cabeza"

El pequeño Kipling jamás se queja a sus padres, que han vuelto a la India, o a sus parientes en Inglaterra. Sufre en silencio, y recuerda sin amargura. Cree haber sacado partido de estos padecimientos y lo expresa en esta frase extraordinariamente fuerte y muy suya: "A lo largo, estas cosas y otras muchas como éstas drenaron mi capacidad para el odio real y personal por el resto de mis días". Y agrega en ironía: "¿Quién que haya conocido el diamante, se preocupará del vidrio?"

Menos mal que la escuela en que luego lo dejan compensa muchos disgustos. Es también dura como lo son todas las inglesas y mucho más en aquel tiempo; pero ahí están los compañeros que luego figurarán en "Stalky y Co.", el grupo de los tres asociados y el maestro.

A los 16 años vuelve a Bombay y se hace periodista. Son los más bellos años de su juventud y es esta parte del libro la que parece haber escrito con mayor placer. Ningún periodista dejará de hallar en este capítulo de la Autobiografía un poco de la suya propia. Reportero en las oficinas públicas, muy luego aprende que "las autoridades no ven con buenos ojos la exposición cruda de hechos crudos".

Su curiosidad en que ya se despierta el futuro gran pintor de caracteres y costumbres exóticas, lo lleva a vagar hasta el amanecer por extraños parajes, tabernas, fumaderos de opio, garitos, salones de danzas, mezquitas. Quiere ver. Dentro de su alma de artista ya nacen de allí los cuentos futuros y especialmente los de soldados. Kipling, nótese bien, acusado a veces de militarismo, fué el poeta de los soldados, no de los oficiales o de los jefes, que de ordinario salen mal parados de sus pinturas. Buscaba la gente humilde que era la que tenía el color y el carácter.

Allí va también formándose "Kim", esa obra maestra de la literatura universal, que Kipling lleva varios años en su seno de artista y perfecciona y redondea y alimenta con amor de madre. Cada viaje a las montañas para huir del

calor devorante de Bombay en la estación tórrida, Rudyard Kipling recoge la vida íntima de la India y "Kim" va formándose. Cuando lo escribe, muchos años después, la obra está largo tiempo anidada entera en su cerebro y en su corazón.

Mientras hace periodismo y asciende en este ramo, perfecciona el estilo, aprende el arte literario. "Hacia entonces, dice, mis propias experiencias en el peso, color, perfumes y atributos de las palabras en relación con otras palabras, ya sean leídas en alta voz para ser cogidas por el oído, ya desparramadas en la página para atraer los ojos". "No hay una línea de mis versos o prosa que no haya sido masticada hasta que la lengua la pulía y la memoria, tras recitarla, había bruñido las superfluidades más gruesas".

En 1889 se fué a Inglaterra de nuevo. Su parentesco con el gran pintor prerrafaelista Burne-Jones, casado con una hermana de su madre, lo puso en un medio artístico y literario simpático y refinadísimo. El triunfo llegó a los 24 años de edad, sin buscarlo, inesperado para él, que nunca se tomó a lo serio, y la Autobiografía refleja cándidamente la sorpresa recibida por el joven procedente de la India cuando los grandes editores, las revistas, los magazines le pedían sus cuentos, poesías y novelas.

Su vida bohemia en Londres se organizó bastante bien. El Restaurant Gatti en un rincón del Strand era su centro. Allí encontraba a pobres artistas de music-hall, grotescas algunas, amables otras, y muchos soldados de los regimientos de la Guardia. De ahí salieron las célebres "Baladas del Cuartel", que cantaban más tarde los soldados de la guerra de Africa.

Lo eligieron miembro de un club de escritores; las intrigas y maledicencias entre los de esta profesión, medio canibalesca, pasan rápidamente por el libro en frases incisivas. "Por esa razón, dice, jamás he criticado ni directa ni indirectamente el trabajo de un compañero, o estimulado a hombre o mujer a que lo hiciera, ni me he acercado a persona alguna para que comentara mi propia obra. Mis relaciones con mis contemporáneos han sido del principio al fin muy limitadas". Le bastaba la madre que entonces vivía con él en Londres. Un día trabajaba en una estrofa que no quería salir. Explicó a la madre lo que quería decir y no podía, y ella replicó con sencillez: "Lo que quieres decir es ¿qué saben de Inglaterra los que sólo conocen a Inglaterra?" Y estas palabras dieron intacto, sin variación alguna, un verso de Kipling que se ha convertido en un proverbio.

Viaja mucho, está siempre inquieto por cruzar mares

y conocer nuevas tierras. Recorre Italia, la Colonia del Cabo, Australia y Nueva Zelandia, otra vez la India por corto tiempo, y luego vuelve a Londres, donde se casa. "Nos casamos en la iglesia de Langham Place con la torre en forma de punta de lápiz. No había más que los testigos. Nos separamos en la puerta con gran escándalo del sacristán, mi mujer para ir a cuidar a su madre enferma y yo para asistir a un almuerzo. Cuando volvía para recoger a mi mujer, vi en el suelo, como entonces los ponían, el cartel de un diario que anunciaba mi matrimonio, y me sentí incómodo e indefenso".

La pareja comenzó a viajar inmediatamente. Kipling ganaba ya mucho dinero. Recorrieron Canadá, Vancouver, Japón y en este país ocurrió la bancarrota: el Banco en que el escritor tenía sus fondos había quebrado. Fuera de este incidente, los viajes no dan materia sino para recuerdos de personas y cosas agradables. En los Estados Unidos hace amistad con Teodoro Roosevelt, de quien traza un retrato maravillosamente vivo. Se establecen en ese país, en el campo, junto al abuelo materno de la esposa de Kipling. Las observaciones sobre la gente campesina de los Estados Unidos son de una gran intensidad de observación y simpatía evidente.

De regreso a Inglaterra, en 1896, Kipling entró en una gran ansiedad respecto de la suerte que correría su país si estallaba una guerra en Sudáfrica. A poco se dirigió a Capetown de nuevo, donde trabó con Cecil Rhodes una amistad para el resto de la vida. Vino la guerra. Kipling fué el bardo nacional. Su canción "El mendigo distraído" la cantaban las tropas. Cedió los derechos de autor de ese poema al "Daily Mail" para un fondo destinado a proporcionar pequeñas comodidades y agrados, especialmente tabaco, a los soldados. Produjo 250.000 libras esterlinas.

Le habían nacido hijos y hacía una vida de familia retirada e intensa de afectos. Su casa de campo—Kipling aborrecía vivir en la ciudad—le pareció desde el día en que la adquirieron, en 1902, la realización de su último sueño. Debía vivir en ella más de treinta años.

Hay en el libro muchas revelaciones curiosas sobre el origen de algunas de sus obras. La celebérrima poesía titulada "IF" fué inspirada en el carácter del Dr. Jameson, el autor del raid que produjo la guerra de Sudáfrica. La conocidísima novela "La luz que se apaga", nació extrañamente de una lectura de Manon Lescaut hecha en la juventud del Abate Prevost; Kipling explica que la escribió muchos años después de leer el libro francés, pero la llevó en el alma todo ese tiempo y la considera en una de esas frases

absolutamente intraducibles que le son peculiares: "fantasmagoría invertida y metagrobolizada basada en Manon".

El Premio Nobel pasa en la Autobiografía en una sola frase: "Me lo dieron cuando no lo esperaba". Tiene siempre una actitud digna y discreta frente a su propia fama. La otra cualidad simpática que revela es su amor al oficio de escribir, sin posturas grandiosas ni los aires de lumbreras de la humanidad que asumen muchos del gremio, especialmente cuando son mediocres. Su amor a la familia y a unos pocos amigos, su afición a vivir en el campo, perfuman con esencia nueva la vida de Kipling, en quien el gran público creía ver un heraldo del Imperio constantemente ocupado en tocar la trompa bélica.

Por desgracia, habla poco de la guerra mundial. Acaso se pueda añadir a este delicioso libro todo lo que escribió durante sus visitas a las trincheras de Flandes donde le habían muerto a su único hijo, y sus encantadores "Recuerdos de Francia" que publicó la "Revista de Ambos Mundos". Tal vez no quiso turbar la serenidad de este libro con lo único de dolor positivo, honor sin consuelo en lo humano que ocurrió en su vida.

Y como si quisiera ligarse con optimismo eterno a las generaciones que lo seguirán, la Autobiografía termina al describir su cuarto de trabajo, con estas palabras: "A derecha e izquierda de la mesa hay dos grandes globos, en uno de los cuales un gran aviador ha trazado en líneas blancas las rutas aéreas hacia el Oriente y Australia que estaban ya en uso antes de mi muerte".

27 de junio de 1937.

IV

IMPRESIONES Y RECUERDOS

FUNDACION DE "EL MERCURIO" (1)

Comencé a escribir en "El Mercurio" el 17 de septiembre de 1902; pero me consideraba incorporado al diario desde fines de 1900. Este año tuve mi primera entrevista con don Agustín Edwards en el departamento que ocupaba con su familia en el Hotel Carlton de Londres. Se hallaba presente en esa ocasión, para mí, memorable, porque decidió del resto de mi vida, el actual presidente de la Sociedad Empresa Periodística "El Mercurio", don Agustín R. Edwards, que entonces jugaba con un pequeño ferrocarril sobre el tapiz.

El señor Edwards había heredado el viejo diario de Valparaíso con sus hermanos Carlos y Raúl y había mostrado desde el primer momento un vivo interés por ocuparse de este negocio. Era casi un niño cuando publicó sus dos libros de viajes por España y tuvo siempre marcada inclinación por el trabajo literario.

Me expuso entonces que había lanzado la edición de Santiago como diario de la tarde y deseaba estudiar en los Estados Unidos la organización de los grandes diarios modernos, a fin de transformar los suyos. En París había obtenido una carta de Mr. Gordon Bennett, el célebre editor y propietario del "New York Herald", la primera figura del periodismo mundial en ese tiempo, dueño de un cable submarino para uso de sus diarios de América y de París. Esta carta lo autorizaba para hacer en el "Herald" un curso completo de organización de diarios modernos.

Me preguntó el señor Edwards si yo estaría dispuesto a trabajar en "El Mercurio" cuando ya se acercara el momento de la transformación. Acepté y convinimos en que partiría para Chile al recibir un cable suyo, llamándome. Por muchos años este fué el único contrato que me unió al diario y sigue siendo más fuerte que las escrituras sociales de hoy.

---

(1) Este fragmento pertenece al extenso artículo escrito bajo el título "La modernización de "El Mercurio" fué una revolución en la Prensa", escrito para el número extraordinario con que el diario conmemoró su primer centenario, el 12 de septiembre de 1927.

Partió el señor Edwards para los Estados Unidos y a su regreso supe que había vivido intensamente la vida del "Herald", trabajando en todas sus secciones, asistido de noche a la penosa labor de los talleres de estereotipia y de impresión. Dueño ya de la técnica del oficio, penetrado del espíritu de la prensa moderna, seguro de que era necesario provocar la transformación de la de Chile, adquirió las maquinarias, contrató operarios, dispuso todo el plan mecánico de la nueva empresa y volvió a Chile.

A mediados de 1902, recibí un cablegrama en que se me avisaba que el redactor principal, don Hermógenes Pérez de Arce, estaba gravemente enfermo y urgía mi presencia en Chile. Pedí dos meses para visitar España e Italia, que no conocía, y volví al país en agosto. Desembarqué en Valparaíso el 16 de septiembre y en la mañana del 17 estaba en las oficinas de "El Mercurio" en la calle de La Bandera, parte del edificio que hoy ocupa el Banco Edwards, y escribía mi primer editorial sobre un asunto que causó entonces no poco escándalo: la contratación por agentes inescrupulosos, de algunos pescadores de Grimsby, puerto británico, que habían sido enviados a Chiloé y engañados miserablemente. El señor Pérez de Arce había muerto poco antes y lo había reemplazado provisionalmente y por corto tiempo don Luis Barros Borgoño, que, retenido por muchas otras ocupaciones, sólo escribió unas cuantas veces.

Joaquín Díaz Garcés tenía entonces el cargo de una especie de subdirector, bajo la supervigilancia de don Jorge Délano, antiguo director en Valparaíso. Sus artículos firmados Angel Pino, eran y siguieron siendo por muchos años lo más popular, lo más grato para el público refinado, lo más eficiente y valioso que publicaba "El Mercurio".

El señor Délano era un hombre austero, de infinita bondad, espíritu culto, muy ponderado, de buen consejo siempre y con ese espíritu de abnegación por la obra colectiva que sólo se produce en un gran diario con tradición. Su labor estaba concentrada en la preparación de la nueva casa de la calle de La Compañía, adquirida de la sucesión Larraín Zañartu. Había que transformar en oficinas de un diario y talleres de imprenta la mansión solariega de los marqueses de Montepío.

El primer patio fué convertido en el hall que todavía existe hoy. Se hizo un segundo piso hacia la calle de Morandé (el de la calle Compañía existía originariamente y en él había tenido su estudio de abogado por muchos años don Eulogio Altamirano). El segundo patio fué ocupado por las prensas que llegaban de los Estados Unidos, y en el

piso alto armaban las linotipias, entonces gran novedad en Chile.

Un día de octubre entraba a la nueva casa, cuyos trabajos me agradaba seguir de cerca. Un operario salía corriendo y me dijo que a don Jorge Délano le había dado un ataque. Entré en la sala de máquinas y ví en el suelo, entre las piezas de la Goss que se armaba, al noble anciano sostenido por los operarios, sin conocimiento. Lo levantamos y no hallando otro sitio menos incómodo, lo tendimos sobre la mesa de caballetes que sostenía los planos azules de las nuevas prensas. Y sobre aquellos planos, como un soldado sobre los papeles del Estado Mayor para el futuro combate, expiró algunos minutos después este hombre eminente, modesto, de alma pura y recta, que había consagrado a "El Mercurio" una buena parte de su vida.

La responsabilidad principal cayó entonces sobre Joaquín Díaz Garcés. Desde ese momento tomó el cargo que en aquellos tiempos reunía las funciones tan diversas, casi opuestas, que tienen un director y un administrador, sin dejar por eso de escribir cuanto le era posible. Debía dar rumbos al diario, vigilar la redacción, las informaciones, los servicios extranjeros; y al mismo tiempo la contabilidad, los avisos, la propaganda, el trabajo formidable de la nueva casa y la preparación de unos diarios que serían absolutamente distintos de todo lo que hasta entonces se había hecho en Chile, rompiendo todos los viejos moldes.

El alma de esta obra, su motor, su inspirador de cada instante, y al mismo tiempo el más enérgico de sus obreros, era Agustín Edwards. No es posible dar una idea exacta de la actividad pasmosa desplegada por Edwards, que entonces era muy joven (22 ó 23 años), impetuoso, lleno de ardor, de progreso, con una imaginación vigorosa y una inteligencia rápida para asimilar y fuerte para concebir.

Edwards vivía día y noche en su diario. Daba temas a los redactores, despachaba con Díaz Garcés, a quien lo unía una íntima amistad, todos los negocios y discutía las reformas. Hacía indicaciones sobre la nueva casa, sus máquinas, sus muebles, su distribución. Planeaba los nuevos diarios. Sacudía la lentitud e inercia de muchos viejos empleados que se sentían como aturdidos ante aquella avalancha de energía, arrastrados como por un vendaval irresistible. No era un hombre, era un huracán de trabajo.

El problema que aquel grupo de jóvenes encabezados por Agustín Edwards tenía delante de sí en esos primeros

años de la modernización de "El Mercurio" habría arredrado a cualquier hombre de experiencia, con más años, menos fantasía y menos audacia.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente; el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía componer e imprimir, los métodos de propaganda, las secciones en que estaría dividido, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

En una industria cualquiera y al introducirla por primera vez en un país, se habrían importado técnicos especializados en los diversos ramos. Esto no era posible en ciertos aspectos de la vida de un diario y sólo se hizo para las máquinas. Un joven americano o canadiense del nombre de Chapman, vino para armar las máquinas de imprimir y linotipias. En el resto del personal había un solo hombre que tenía el concepto de un diario moderno, y era el único en Chile que lo poseía: Agustín Edwards. Los demás habíamos visto y leído diarios en otros países, es decir, algunos de nosotros; pero todo el que conozca un poco el trabajo periodístico reconocerá que el diario es un producto de organizaciones complicadísimas y de esfuerzos colectivos en extremo difíciles de agrupar con éxito y conseguir que tiendan al fin que se busca.

Todavía habrá gentes de aquel tiempo, de los detractores y enemigos que entonces tuvimos, capaces de sonreír. Seguramente ningún periodista de raza dejará de confesar, pensando un poco en la situación de la prensa en Chile en 1902 y el brusco salto hacia adelante que la obligó a dar "El Mercurio", que la obra de Agustín Edwards fué enorme, digna del más grande elogio y merecedora de una página brillante en la historia intelectual de este país.

He aquí un joven de 22 años que consagra su vida, la fortuna no muy considerable que entonces tenía (es sabido que su padre, a fuerza de generosidades, dejó sólo un buen pasar a sus hijos), y todas las energías y entusiasmos de un espíritu activísimo, a una aventura como era entonces y sigue siendo hoy la fundación de nuevos diarios en un país en que el analfabetismo de la gran masa es un obstáculo para su desarrollo. Edwards arriesgaba así lo propio y la parte que sus hermanos Carlos y Raúl tenían entonces en la propiedad del diario; construía el edificio de Valparaíso, el primero en su género que se hizo en Chile; transformaba la casa de la calle de La Compañía, en Santiago; lanzaba dos diarios en cada una de las ciudades; organiza-

ba su administración y sus servicios mecánicos; daba rumbos a su dirección y redacción; escribía él mismo artículos de todo género, comentarios sobre cuestiones de política interna e internacional, informaciones, hasta párrafos de Vida Social; creaba cada día una sección nueva, seleccionaba el personal, realizaba una obra intensa de creación, puesto que, aunque seguíamos las líneas generales de los grandes diarios americanos (hasta entonces se habían imitado en Chile, aunque muy de lejos, las formas francesas, como en "La Tarde" de los Irarrázaval, o inglesas, como en "El Ferrocarril"), se hacía al mismo tiempo una adaptación seria, metódica a las peculiaridades del país, y la prueba es que ha resultado un tipo de diario que por muchos conceptos es chileno ante todo.

Insisto en esta obra de Edwards, porque fué desconocida con injusticia irritante. Los demás diarios pusieron a todos sus ingenios más mordaces y a sus polemistas más entendidos en distingos a la tarea de combatir a Edwards y a su diario, con picotones cotidianos, con chismes de aldea, con tergiversaciones de lo que en nuestros editoriales se decía. La idea de un gran diario independiente, que podía decir la verdad aunque a un partido político o todos los partidos les pareciera mal, causaba irritación, indignaba, era la audacia imperdonable y petulante de un grupo de muchachos.

Y así se hizo la revolución de la prensa chilena, contra la prensa misma, en medio de un profundo escepticismo de todos los grandes bonetones periodísticos de aquel tiempo que, como todos los seres que no evolucionan, que se cristalizan en un estado, sienten rabia contra lo que se mueve y cambia, porque está vivo.

Tengo de esos días un recuerdo curioso que prefiero dejar aquí en vez de evocar las injurias que otros nos prodigaron. Un día, al entrar a la imprenta, ví a don Galvarino Gallardo, director de "El Ferrocarril", que miraba desde la calle el hall de "El Mercurio", vasta sala con muebles de cuero rojo, plantas, estatuas, más parecido al hall de un hotel de lujo que a una oficina de diario. Aquello era un atentado contra la mugre tradicional de las imprentas chilenas y su pobreza absoluta. Lo saludé y me dijo con el aire socarrón, lleno de malicia y en extremo simpático que tenía aquel ilustre magistrado y excelente caballero:

—Está muy bonito esto, mi amigo; yo vendré al remate, porque hay algunos mueblecitos que me gustan mucho.

Poco tiempo después "El Ferrocarril" desaparecía, hundido en el océano de la inercia, condenado, aunque fué un gran diario y tuvo una considerable influencia, por no sa-

ber renovarse conforme a las necesidades de los tiempos. Y los muebles rojos aquellos, destruídos en parte por un incendio, han sido reemplazados por otros mejores, y el hall de "El Mercurio" sigue siendo uno de los centros de vida de la capital de Chile, y el diario es hoy veinte veces más fuerte en todos sentidos que lo era en 1902.

También se burló de Edwards y de sus diarios don Julio Zegers; pero como tenía más talento que los otros, se dió cuenta a tiempo de que el mundo iba por otro lado y concluyó por ser un colaborador de "El Mercurio".

Por cierto que cuanto he dicho no disminuye el valor inapreciable de la labor de Joaquín Díaz Garcés. Era el jefe de Estado Mayor de esa campaña, estrechamente unido a Edwards en el pensamiento y en la acción. Desplegó entonces todas las fuerzas de su exuberante naturaleza; talento poderoso, gran imaginación, una actividad desordenada pero fortísima e infatigable, ingenio agudo, y sobre todo, ese genio de periodista que tan pocos han tenido, aun entre los que han pasado la vida entera en el oficio.

Díaz Garcés tenía entonces el título oficial de Administrador (todavía no se usaba la palabra director), y desempeñaba las dobles funciones del jefe industrial o comercial de la empresa y director de sus rumbos políticos, intelectuales, literarios, noticiosos, etc. Esto lo obligaba a trabajar día y noche sin descanso, a no salir de la imprenta ni aún para sus comidas, a escribir a escape, conversar con los redactores, irse a vigilar el funcionamiento de las máquinas, discutir el precio del papel, idear secciones nuevas, ocuparse de cada detalle pequeño o grande de la vida del diario.

Muchas veces llegué temprano a la imprenta, por la mañana, y hallé a Edwards y Díaz Garcés en la sala de prensas, luchando con las máquinas nuevas aún mal ajustadas, rabiosos, trasnochados, después de veinte horas de batalla, hundidos en montañas de papel cortado por la endemoniada Goss, que no quería imprimir sin romper a cada momento la larga cinta blanca, urgiendo al americano, que tomaba todo aquello con la calma del que ha visto muchas iguales, y secundados por un grupo de obreros chilenos entusiastas, inteligentísimos, pero inexpertos.

Y solían salir de la imprenta a las nueve de la mañana, para ir a dormir unas pocas horas y volver a la brega.

Todo se enredaba, todo parecía demasiado grande para

el personal y para el país. He visto a Agustín Edwards organizar personalmente, durante varios días de trabajo, en mangas de camisa, la sección del Paquete o distribución del diario a provincias y el extranjero; lo he visto hacer él mismo la venta a los suplementeros; lo he visto crear sobre bases nuevas, desconocidas hasta entonces y trabajando durante horas y horas, el reparto a los suscriptores.

Y no se olvide que todo esto había que hacerlo con dos diarios: "El Mercurio" y "Las Ultimas Noticias", en Santiago; y que de cuando en cuando Edwards se iba a Valparaíso, donde más de una vez lo acompañé en aquellos años, para hacer allí la misma labor personal.

Uno de los milagros periodísticos a que he asistido en mi vida es el hecho de que Joaquín Díaz Garcés pudiera durante años ejercer las funciones múltiples que he dicho y al mismo tiempo escribir sus inimitables, sus deliciosos artículos humorísticos y muchos otros más que por haber aparecido anónimos y ser editoriales políticos o sobre otras cuestiones graves, se pierden en la muchedumbre inmensa de las páginas de nuestras colecciones.

Y en el espíritu que predominaba en la Imprenta, había mucho de la personalidad de Díaz Garcés. Eramos camaradas alegres, embarcados en una empresa que nos parecía divertidísima, con un entusiasmo a prueba de golpes y dificultades, con una fe que desafiaba los ataques a los cuales jamás respondíamos (por cierto con renovado furor de los críticos y detractores). Vivíamos en la casa del diario, donde ya había comedores. Eramos en gran mayoría solteros, casi con la sola excepción de Edwards que se casó a los 19 años. Juntos pasábamos el día entero, y gran parte de la noche, haciendo relevos de guardia como soldados, en una especie de bohemia alegre, de pelo bien peinado y cuello limpio. Nos unía una amistad profunda como la que se produce en días de peligro o de grandes esfuerzos entre marinos y soldados. No teníamos necesidad de salir a divertirnos en clubes o restaurantes; en la casa había, fuera de las horas de trabajo y entre ellas, bromas, burlas, "chacotas" monumentales, juegos de niños que Joaquín Díaz inventaba, que Agustín Edwards seguía con el espíritu bromista de su sangre de Mac-Clure, en que todos entrábamos como actores o como víctimas de buen humor.

No éramos serios, gracias a Dios. Algunos nos hemos envejecido sin lograr serlo, y seguiremos hasta la vejez con la misma alegría y desenfado y descuido del día de mañana, que son señales del verdadero periodista, aquí y en cualquiera parte del mundo. Y cada vez que encuentro por ahí algún joven grave y sesudo, lleno de criterio, que discurre

plácidamente sobre altas cuestiones y se toma a sí mismo a lo serio, digo para mí: tienes mucho talento, escribes muy bien, podrías ser un gran diplomático o Ministro de Estado o Tesorero Fiscal, pero no eres, no has sido, no serás nunca periodista.

La brillante y simpática personalidad de Díaz Garcés no sólo penetraba en el diario y le daba un alma, sino que le ganaba amigos en el público. Avisadores, suscriptores, políticos, escritores, todos eran conquistados por aquel joven que se daba generosamente para servir, para ayudar, para complacer. Pero, además, prestaba al diario otro servicio de valor inestimable: agrupaba en torno suyo buenos colaboradores.

Es maravilloso cómo podían estos dos hombres, Edwards y Díaz Garcés, ocuparse en la organización de la vasta empresa y al mismo tiempo escribir mucho. Angel Pino continuaba apareciendo en "El Mercurio" con esos comentarios humorísticos de los sucesos del día y observaciones sobre las costumbres que no han sido superados y ni siquiera han podido ser imitados. Edwards escribía artículos políticos, internacionales, párrafos de crónica, hasta de vida social.

Para comprender esta vasta labor hay que recordar de paso el estado de la prensa en Chile hace un cuarto de siglo. Los diarios eran vastas sábanas con cuatro páginas. Carecían de servicios informativos completos, fuera de las resoluciones gubernativas o el producto de otras oficinas. Los mejor servidos publicaban unos cuantos telegramas del extranjero, breves y de escasa importancia. Existía el empleo de "llenador", un hombre armado de tijeras y frasco de goma, que recortaba de los diarios argentinos, ya bien desarrollados, y de los españoles o hispanoamericanos en general. Los anuncios eran pocos y mal pagados.

El único diario que tenía una existencia próspera, fuera de "El Mercurio" de Valparaíso, y cómo éste una organización industrial, era "El Ferrocarril", obra de don Juan Pablo Urzúa, que sus sucesores no habían sabido conservar, porque no habían advertido que era preciso renovarse. "El Chileno" había tenido un período de gran prosperidad y de considerable influencia por su circulación; tenía anuncios pequeños y muy eficaces. "La Unión" de Valparaíso, se distinguía por su servicio de cablegramas del extranjero, que un tiempo publicaba en inglés y español, superior a todo lo que entonces existía, pero muy inferior a lo que hoy tienen aun diarios de provincias.

Por entonces, creo que en 1901, había nacido "El Diario Ilustrado", que su fundador, don Ricardo Salas Edwards, concibió como diario gráfico al estilo del "Daily Graphic" y ahora el "Daily Mirror", y tantos otros de Londres, pero que luego salió de sus manos y se convirtió en un gran diario, órgano de un partido, pero con otro carácter que el inicial.

Los diarios de todo el país eran en gran mayoría órganos de partidos y esto basta para decir que hacían una vida precaria.

EN EL TALLER DE UNA ARTISTA CHILENA

Subiendo hacia Fiesole, en la falda de las colinas que guardan a Florencia como un vaso guarda las flores, hay entre otros muchos un *villino,* vieja casa italiana que nada muestra hacia la calle y cuyas paredes de colores cálidos, ventanas enrejadas y techos de tejas oscuras, miran sobre un jardín descuidado en que hay flores y sombra, poesía y paz.

En ese rincón sereno donde los ruidos exteriores llegan muy apagados y la vista puede extenderse sobre la corona de cúpulas y torres que ciñe la frente de la ciudad incomparable, vive desde algún tiempo para su hogar y para su arte la grande artista chilena Rebeca Matte de Iñiguez.

A través de unos cuartos en que la media luz deja ver algunas esculturas apoyadas sobre fondos oscuros, telas cuyos marcos dan reflejos de oro viejo, muebles antiguos, calientes de la larga vida humana que ha pasado sobre ellos, se sale al jardín que el invierno no ha logrado desnudar de la poesía melancólica y la gracia antigua de los jardines italianos; y en el fondo del jardín está el taller donde la artista nos recibe.

Hay una gran paz en torno nuestro, y un calor de vida intelectual intensa se difunde en la vasta sala iluminada por una ventana en el techo que deja caer suavemente la luz florentina sobre las estatuas blancas, sobre algunas plantas, sobre los bocetos de greda y sobre ese armonioso desorden de los sitios que son el laboratorio de un espíritu creador.

Conocíamos sus obras de otro tiempo, las que hizo cuando vivía en París, las que le merecieron una medalla en el Salón, las que la crítica francesa logró distinguir entre la multitud incontable de los trabajos de aficionados. Conocíamos su talento delicado y fuerte a la vez, el poder de sus concepciones, la psicología de sus estatuas. Sabíamos que la eminente discípula de Puech podía ya contarse entre los buenos artistas chilenos, y nos honraba dondequiera que sus obras se mostraban a la crítica.

Pero un examen de sus últimos trabajos, de los que ha

hecho en los dos o tres años recientes, y más aún los que acaba de terminar y los que ejecuta en estos momentos, nos desconcertó como si nos halláramos en presencia de otro artista, de una personalidad diversa de la que conocíamos. Es difícil ver en la carrera de un artista una evolución más honda, más completa, más radical que la que Rebeca Matte ha hecho y sigue haciendo.

Ya al atravesar un pequeño salón de la casa nos habíamos detenido con sorpresa delante de un busto colocado frente a una ventana que arrojaba toda su luz sobre la cabeza echada atrás de una Santa Teresa en éxtasis.

No necesitábamos un examen detenido para sentir la belleza de aquella obra exquisita en que un sentimiento apasionado se une a una técnica admirable. La Santa enamorada del Supremo Bien tiene las manos, las bellísimas manos que hablan en su ascética pureza, unidas en oración, y la cabeza cae hacia atrás en el arrobamiento de la visión interna. Los ojos cerrados permiten sentir debajo de los párpados las pupilas que sonríen a los esplendores del éxtasis de amor, los labios se entreabren en una caricia indefinida, la finísima nariz tiene como un estremecimiento de placer. Pero son los ojos, los ojos cerrados, que sin embargo, ven y que vemos hasta el fondo, lo que en aquel busto nos retiene y nos subyuga. Toda el alma de la Virgen de Avila está allí, toda la exaltación de su alma enamorada, toda la pasión que la hacía sentir en medio de las delicias de sus éxtasis un deseo de morir y de unirse finalmente al objeto de sus ansias.

El prodigioso *Svanimento* de Santa Catalina que Antonio Bazzi dejó en Siena se nos vino más tarde a la mente pensando en la Santa Teresa de Rebeca Matte; pero hallamos en esta última una fuerza plástica, una verdad potente que nos daba la sensación más moderna, más de nuestro tiempo, del paroxismo del amor.

Este mismo soplo de espiritualidad sentida, de psicología vivida, aparece en otras dos de las obras de nuestra compatriota que, aunque vimos separadas, hacen para nosotros un todo completo, algo así como los dos estados extremos de un alma que lucha.

Titúlase la una *Un Vencido*, y es el busto de un hombre que pasa el sombrío pórtico de la vejez y que vencido en el combate de las pasiones ha escondido la cabeza fatigada bajo la capucha monacal. Los rasgos poderosos de la fisonomía espiritual y enérgica tienen las huellas de la bata-

lla y los estigmas de la derrota. El dolor lo ha aplastado, la disilusión le ha arrancado las últimas hojas de la corona con que entró en la fiesta de la vida; se inclina al peso de la suerte y parece ya tranquilo, libre de la desesperación, porque perdió las esperanzas.

Y, en cambio, el otro busto es el de un luchador sobre cuya fuerte cabeza han pasado las olas amargas, en cuyos cabellos ha soplado el huracán de las desgracias, en cuyo rostro han hecho surco todos los dolores sin consuelo y todas las decepciones irreparables, pero que se yergue con suprema energía, y desafiando las tormentas parece gritar un "¡Más que nunca!" formulado en las profundidades de su voluntad invencible. La cabeza, de una belleza antigua, tiene los rasgos de la fuerza moral que se dobla pero no se rompe, y un aliento de vida nace de su gesto vigoroso. La boca plegada, la nariz que se adelanta y desafía, los ojos que escrutan el horizonte, dan a la cabeza, de un admirable modelado, algo de la tensión del arco que va a lanzar una flecha.

El uno, vencido, se esconde en la soledad y en las esperanzas ultraterrenas, porque ya nada espera de la vida. El otro es la voluntad invencible, implacable, sobre la cual todo pasará sin domarla.

El uno al lado del otro, estos dos bustos nos parecen la idealización artística de dos estados de alma que resumen la vida moderna y la vida de todos los tiempos. El paso del dolor sobre nuestras cabezas a unos aplasta y anonada, a otros da como una rabiosa y potente vida nueva de la cual surgen creaciones admirables, hechos heroicos, relámpagos engendrados por la nube, como dijo un poeta chileno.

En un rincón del taller, en la penumbra, entre unos follajes de verde muy oscuro, tiende sus formas blandas y graciosas un cuerpo de mujer reclinada sobre unas rocas en que una Esfinge borrosa dibuja su enigma cruel.

Recordamos al punto la obra que la señora Matte de Iñiguez comenzaba cuando salió de Chile y que quedó allá en un boceto apenas formulado. Era una deliciosa y virginal figura de muchacha que se detiene delante de la Esfinge y en el dintel de su destino tiembla ante lo desconocido y pone su mano sobre los labios del monstruo, pidiéndole que calle.

Aquella era una vida que se iniciaba, un alma que sentía el terror de los misterios ocultos tras el velo próximo a rasgarse. Esta es la criatura que ha vivido, que conoce

el secreto de la Esfinge, que lo sabe cruel, doloroso, implacable, hecho de desoladas travesías por el desierto de la humana falsía donde sopla un viento que marchita las flores y sofoca los más puros anhelos.

La artista ha titulado su estatua *Una Vida*, y es en realidad toda una vida la que ha dejado sus vestigios en el joven y bello rostro de la figura. Sus ojos se abren hacia el horizonte, pero ya no preguntan, porque saben; sus labios se cierran dolorosamente porque ya las palabras no tienen sentido para ella; el cuerpo cae fatigado y maltrecho sobre la dura roca. La carne blanda, plegada en curvas de una gracia encantadora, hace un contraste penoso con la expresión del rostro desencantado. Es una flor agostada, todavía bella, pero que ya tocó el otoño.

El luchador que parece preguntar a la vida que lo maltrató: "¿Y qué?...", el vencido que cayó en la batalla, la mujer que supo el cruel secreto de la Esfinge, forman un conjunto de obras potentes, de antigua y eterna belleza por la perfección de las formas y la valentía de la técnica, modernas por la intención psicológica.

El grupo se completa con otra estatua titulada Dolor, figura de mujer que se esconde en el seno de la naturaleza, que oculta su cabeza en los brazos, que se envuelve sobre sí misma, que ha caído desplomada al peso de una gran desventura y que ha buscado para llorar, la soledad, porque la piedra misma le pareció más blanda que los humanos corazones. Ninguna alma delicada dejará de sentir en presencia de esta obra, destinada, según entendemos, a un sepulcro, la sencillez y nobleza del símbolo; es el dolor sincero, ése que no tiene consuelo y que se oculta para llorar.

La inspiración de estas creaciones del que podemos llamar el segundo período de Rebeca Matte, es dolorosa, pero es fuerte y llena de vida y de verdad. El artificio ha desaparecido. La artista interpreta lo que siente y siente muy hondo.

En el centro del taller se alza ya el monumento que el Gobierno de Chile va a regalar al Palacio de la Paz en La Haya, para corresponder a la invitación hecha en ese sentido a todos los países representados en la Conferencia Internacional. La obra se halla todavía en el estado de boceto, en la greda, pero una pequeña *maquette* nos permite formarnos concepto de la idea de la artista.

Será una representación alegórica de la guerra, una siniestra figura de mujer, o mejor dicho, una de esas figuras fatídicas sin sexo con que los griegos representaban

a las Furias. Amplio ropaje ciñe sus miembros descarnados y agranda la silueta. Va pasando sobre dolores y miserias, sobre agonías y muertes, implacable, irresistible, como un viento de destrucción; tras ella el amor se repliega y llora; es el odio que mata y el amor es la vida; una áspera línea de roca en el fondo acentúa la dureza y violencia de la figura central.

Una vez más la señora Matte de Iñiguez nos muestra aquí la tendencia psicológica de su arte. Para representar un concepto como el de la guerra no ha necesitado de atributos bélicos ni de aterradoras visiones: le bastan una figura y un movimiento. Es sobre todo movimiento lo que da una vida extraordinaria a esta obra, movimiento de violencia, de irresistible marcha, de cruel carrera que pisotea todo lo que se ama e inyecta en los aires su soplo de odio.

No tenemos duda alguna de que, cuando el monumento esté terminado y se entregue a los constructores del Palacio de La Haya y sea colocado allí como ofrenda de la República de Chile, junto a las otras obras de arte que enviarán los diversos países, tendremos siempre orgullo de estar representados por una obra tan vigorosa, de tanta simplicidad clásica y tan hondo sentimiento moderno.

Entre la señora *amateur* de escultura, *amateur* distinguidísima, que había logrado éxitos merecidos, que había hecho un noble *Horacio*, una bella *Militza*, un primoroso *Enchantement*, y esta artista profesional que hace obras de una intención fuerte y de una técnica segura y suelta, hay una distancia enorme.

Aquélla insinuaba apenas, como en un esbozo tímido, una personalidad de artista. Esta es ya una personalidad completa, robusta. Aquélla hacía bellas obras de academia. Esta vive sus obras y las engendra en ese dolor sin el cual ninguna creación es posible, y menos que otra alguna, la creación artística. Antes había estudio, buenas lecciones, observación inteligente del modelo, buen gusto. Ahora hay todo eso y hay, además, un soplo de vida y una meditación sólida de la idea generatriz.

Rebeca Matte es ahora una grande artista y aun cuando no creemos que haya llegado a la plenitud de su potencia artística, nos parece indiscutible que ha entrado en el período en que producirá las obras más considerables de su bella carrera.

Como una flor al sol y al aire propicio, su talento se

abre bajo la influencia del medio único de Florencia, esta ciudad donde por todas partes, en las calles como en los Museos, en los templos como en los viejos palacios, están las huellas de la más exuberante florescencia del espíritu que ha visto la humanidad después de los griegos.

El genio de Roma es todo grandeza. El genio de Florencia es todo armonía de proporciones, lógica, serenidad fuerte y bella.

La escultora chilena ha encontrado en sus obras recientes la manera de unir dos grandes cualidades que sólo el arte florentino ha sabido fundir: Fuerza y Belleza.

Una producción tan intensa, un arte tan duro como la escultura en que no hay más recursos que las formas, necesita una gran concentración del espíritu. Obras como éstas sólo pueden emprenderse en la paz y el retiro de una ciudad como Florencia, donde todo impone silencio a las voces perturbadoras y el alma oye recogida el canto inmortar de los ideales artísticos.

Cruzamos de nuevo el viejo jardín, las salas con sus ventanas enrejadas, la puerta que se abre sobre la calle larga y angosta, y nos perdimos en los vericuetos de la ciudad con el alma llena de un orgullo patriótico, como si el genio de la artista nos perteneciera y fuera una chispa del hogar propio, del grande hogar chileno, y presintiéramos para ella un triunfo que dará lustre al país que la vió nacer.

Florencia, 31 de enero de 1913.

UNA HORA DE CHARLA CON DON EUSEBIO LILLO

Cuatro años ha, cuando el gran poeta que Chile acaba de perder (1) bordeaba los ochenta años, cuando estaba olvidado de todos, exceptos unos pocos amigos fieles, lo visitó en su vieja casa de la calle de Chacabuco el actual director de "El Mercurio", con otros periodistas y artistas.

La entrevista refleja con bastante exactitud la impresión que producía el ilustre patriota, y tiene en estos momentos los caracteres de un retrato en que el público verá animarse la silueta de don Eusebio Lillo en las horas postreras de la luminosa tarde de su vida. He aquí esa interview, la más detenida a que se prestó aquel hombre retraído y modestísimo (2).

Tocamos con temor el timbre eléctrico de la puerta. A lo lejos sonó la campanilla como en un convento vacío, y ningún eco respondió durante largo rato. Hasta nosotros llegaban, apagados por la distancia, los gorjeos de algunos pájaros, y mirando al través de la mampara con vidrios de colores, se veía el follaje de los viejos naranjos y las secas enredaderas.

De pronto una cerradura sonó cerca de nosotros, y un señor de caballeroso aspecto, algo así como un veterano de la guerra en traje civil, se adelantó llevando en una mano sus anteojos y levantando la otra con amistoso saludo:

—Supongo que ustedes me buscan a mí—dijo con una voz musical y entera—, en esta casa no vivo sino yo...

Era don Eusebio Lillo. Un caballero que bien podía vestir el fino frac de los románticos, alto de cuerpo, de cabeza llena de vigor, echada atrás en ademán de algo altivo, pero con la más franca y amable mirada de anciano.

Fuimos introducidos a un amplio salón, al cual se colaba por la abierta ventana un rayo de sol en cuya faja luminosa bailaban su zarabanda las pelusas y el polvo levantado en la alfombra. Un viejo salón de esos que hemos visto visitando a los abuelos los domingos en la tarde.

Ningún mueble frágil, ningún "bibelot" moderno, ningún candelabro con contorsiones enfermizas, ninguna es-

(1) Murió el 8 de julio de 1910.
(2) Se publicó en "Zig-Zag", 1906.

tatua de celuloide o de papel "maché"... Algunos grandes cuadros antiguos, de escuela italiana, varios sillones mullidos con los brazos abiertos en hospitalaria actitud y un silencio de abadía, mejor dicho de sacristía.

Alargamos una carta de introducción. El señor Lillo la llevó a sus ojos, con un ligero temblor en el pulso, y después de leerla, nos quedó interrogando con la mirada. Seguramente registraba sus recuerdos y torturaba la memoria para tratar de saber qué podía llevarnos a su asilo.

La explicación fué larga. Se trataba de entrevistarlo. Se hizo repetir la palabra. Apenas abordó nuestro proyecto, extendió la mano como para detener un peligro inmediato.

—Caballeros, nos dijo, mi casa toda entera es de ustedes. Mis libros, mis cuadros, mis papeles son para ustedes. Alejen mi persona; si no hubiera pasado los setenta años no sería una curiosidad como parezco ser ahora para ustedes. Yo he muerto, entiéndanlo bien, he muerto. Deseo que todos me olviden y no deseo poner gran esfuerzo en ésto, porque realmente me han olvidado. Deseo que me olviden, hasta las mujeres, caballeros... Mi casa está sola, yo sólo vivo en ella, y mis pasos suenan sin eco en el jardín... Pueden venir a toda hora, en todo momento, pero no a ocuparse de mí.

Y tomando calor prosiguió:

—¿Por qué no hablan de Diego Barros, cuya personalidad se impone como un astro de primera magnitud? Aun ahora escribe con vigor, aun hoy día trabaja como hace cuarenta años... ¿Por qué no van hasta el modesto retiro de... (aquí nombró a un respetable anciano) que ha educado tantas generaciones, que ha hecho el bien, que ha escrito libros; sería un rayo de luz en una tarde triste. Nadie lo recuerda, nadie lo rodea, nadie repite su nombre. ¿Por qué no van a... (otro anciano distinguido), poeta inspirado, servidor público, hombre de corazón y de espíritu. ¡Está hoy día pobre y vive solitario!... ¡Esa sería buena obra, santa obra! ¡Pero yo! Me hablan de la Canción Nacional... ¡Antigua historia! Son los setenta años los que los trae hasta aquí, caballeros. Y en calidad de viejo no soy el único.

"Pero ustedes me hablan, además, de mis cuadros. Eso es otra cosa; son mis amigos."

Y poniéndose de pie nos guió a través de aquella sala y de otras y otras, en todas las cuales había cuadros al óleo, acuarelas, pasteles, un verdadero museo formado por un "amateur" de un gusto exquisito, por un viajero refinado, por un artista con un sentimiento profundo del arte, de lo

bello, de las plácidas emociones que causan aquellas obras.

Donde la casa hace esquina, hay una salita pequeña, contigua al dormitorio, y en un rincón, junto a una ventana, que mira al poniente, hay una mesa de palo, sin pretensiones de escritorio, cubierta por un tapete semejante a los que se veían en las viejas escribanías, y toda llena de papeles, de libros, con las huellas del trabajo. En otro lado hay un amplio diván..., el de las siestas, pensamos nosotros.

Como le preguntáramos si aquél era su rincón favorito, el señor Lillo, temeroso en todo momento de hacer "pose" y sinceramente perturbado por aquella intrusión en su vida, dijo:

—Yo no tengo rincón favorito, trabajo a veces aquí y otras en la Biblioteca. Pero no miren ustedes esta mesa, porque está toda revuelta. Es una vergüenza, pero cuando dejo un papel sobre la mesa, ya nunca más vuelvo a saber dónde está. Parece que los papeles se esconden solos. Jamás he podido curarme de este mal hábito del desorden.

—Vean este libro que es curioso—añadió cambiando de conversación y resuelto a no hablar de su persona—, es una obra sobre San Martín, que acaba de publicar en Buenos Aires, Carranza, el director del Museo. Es una colección de cuanto grabado u objeto de cualquiera naturaleza hay por ahí sobre el general San Martín. A mí me interesa, porque la personalidad de San Martín me entusiasma. Siempre le he encontrado una superioridad moral e intelectual muy grande entre los padres de la patria.

Por la ventana entraba el sol llenando de alegría la salita y los átomos de luz vibraban en torno de la noble cabeza echada atrás en el sillón de mimbre. El señor Lillo hablaba con entusiasmo de joven, refería sus últimos estudios, sus lecturas de historia nacional. Aquel espíritu vigoroso y en plena actividad, vive siempre enamorado de su país, de su historia, de sus glorias pasadas y de sus progresos presentes.

—Véanlo todo—siguió diciendo cuando proseguimos nuestra peregrinación a través de la casa—. Ya les he dicho que tomen posesión de esta casa. No hay más que cosas viejas y mucha voluntad para los amigos.

Y salimos al jardín enmarañado, donde los jazmines se enredan en el tronco de los naranjos cargados de frutos, donde los magnolios y otros árboles que recuerdan los antiguos patios santiaguinos, hacen sombra y permiten que brote el musgo en los senderos, donde una fuente de mármol está allí medio oculta entre el follaje, donde hay ese misterio de los viejos jardines que el jardinero no pro-

fana a cada rato con la tijera, sino que crecen exuberantes como la naturaleza misma.

—En la primavera esto es bonito, hay muchas flores y algunos árboles frutales. Ahora no hay nada que ver. Allá mi gallinero. Es toda mi familia, y por cierto que cumple bien sus deberes y proporciona elementos para la mesa...—añadió riendo.

Tomando el sol en el jardín, hablamos de la Canción Nacional, tratando de llevar al poeta a los temas que nos interesaban, aun cuando con muchísima cortesía y habilidad se nos escapaba de lo que tenía relación con su persona.

—Yo no quería escribirla—dijo—; pensaba que un Himno Nacional no se debe cambiar. La de Vera era hermosa, y representaba el período heroico de nuestra historia. Comencé por esto a escribir sin ganas y esto se nota en la primera estrofa, que es forzada, que no tiene soltura ni movimiento...—y buscó en su memoria la estrofa para repetírnosla, como titubeando...

—Ha cesado la lucha sangrienta...—dijimos nosotros.

—Sí, eso es. Yo tengo ya olvidado eso. Conservé el coro de Vera, por supuesto. Y después de la primera estrofa, sentí que la cosa iba más fácil y más espontánea. Esto se nota muy bien leyendo la canción. La primera estrofa es la peor de todas.

—Indudablemente usted escribe poesías todavía.

—No hace mucho tiempo tuve otra vez esa fiebre y escribí algo. Durante quince años creí que la fiebre no volvería, que había pasado para siempre, pero volvió. Yo sentía que aquello no volviera, porque me entretiene, pero por otra parte, es lo propio de la edad que eso pase.

Y como siempre que llevábamos la conversación a su persona, el amable poeta nos hizo movernos y cambiar la conversación.

—Ustedes me hablan de retratos míos, dijo deteniéndose ante un "boule" sobre el cual había un gran álbum. Aquí hay uno del año cincuenta y dos.

Era una antigua fotografía del señor Lillo con el frac, el cuello alto y el corbatín de la época. La hermosa cabeza romántica se habría podido tomar por la de alguno de los hombres de la revolución de julio, por alguno de los amigos de Lamartine. Los entusiasmos políticos y literarios de aquellos días parecían haber impreso en la fisonomía viril, soñadora, aristocrática, un sello peculiar.

—Esta fotografía fué hecha en el primer establecimiento de esta clase que hubo en Santiago. Estaba en la calle de la Compañía, en una casa de la familia Iñiguez,

que fué derribada para hacer la plazuela donde ahora está el monumento Montt-Varas, en la esquina de Morandé. Era de un francés.

Hojeamos el álbum lleno de fotografías de aquella misma época, y desfilaron los hombres ilustres, compañeros y amigos de Lillo. El poeta nos decía sus nombres, nos refería anécdotas, sacaba del fondo de su memoria, frescos, vivos, animados, llenos de color y de intención, los recuerdos de sus mocedades. Pasaron así Lastarria, los hermanos Amunátegui, Santa María, Taforó, Bilbao, don Andrés Bello, doña Mercedes Marín del Solar, y otros y otros, mezclados con personalidades menos célebres, que tuvieron su boga un día y cuyos nombres no han llegado hasta nosotros.

—Este—decía el señor Lillo, señalándonos el retrato de un elegante de ese tiempo—, era de los que se dice que tienen el cachito de queltehue. Es una vieja expresión con que designábamos a los que se creen irresistibles. Reconocen ustedes a éste..., a ver..., mírenlo bien..., es Diego Barros. Ha sido siempre el mismo estudioso, encorvado antes de tiempo por el trabajo incesante, muy alto y delgado. Recuerdo que cuando éramos muchachos nos paseábamos en la Alameda y soliamos verlo pasar, tan alto, tan serio, tan lleno de sus estudios y de su labor. Y le gritábamos: ¡Apéate, Diego! ¡Qué obra la que ha hecho este hombre! Es una honra para el país. Aquí están también los Amunátegui y el del medio es Domingo Santa María. Fíjense bien en la diferencia entre lo atildado, lo rebuscado para vestirse que era Santa María cuando joven, y el aire de los Amunátegui, sencillos, prematuramente graves...

A medida que los recuerdos acudían a sus labios, la fisonomía del señor Lillo se iluminaba, la blanca cabellera se nos aparecía como iluminada por el crepúsculo de sus recuerdos.

Recorrimos todavía otras salas, todas llenas de telas valiosas, cuadros de escuela holandesa, italianos de la escuela de Tiépolo, franceses modernos, españoles discípulos de Fortuny y algunos chileros, entre los cuales recordamos "La Perla del Mercado", obra maestra de Valenzuela Puelma.

—Aquí tengo muchas colecciones de diarios antiguos—dijo el señor Lillo, señalando los estantes de su biblioteca—. Si les pueden servir de algo están a sus órdenes. Es siempre curioso registrar esas colecciones.

Recorriendo al pasar la biblioteca, pudimos cerciorarnos de que el ilustre poeta sigue el movimiento literario

contemporáneo y tiene entre sus libros lo mejor entre lo más bueno de nuestros días.

Al fin de la serie de salones que abren unos sobre otros, está el comedor con sus muebles oscuros y en el centro una mesa donde el amable dueño de casa nos invita a servirnos dulces y una copa de vino generoso.

Allí charlamos todavía deliciosamente con el señor Lillo.

—Tal vez estamos quitándole su tiempo.

—¿Quitarme el tiempo? ¡No, señor! Yo soy un ocioso clásico, no tengo absolutamente nada que hacer y nunca he tenido mucha afición al trabajo.

—Sí, eso será ahora, pero su juventud fué bastante agitada por la política.

—¡Oh!, es cierto que durante unos pocos años me vi mezclado en esa clase de emociones. Pero fué muy poco, y sobre todo, nunca he sufrido nada, nadie me ha hecho daño, ni me ha molestado.

—Pero a usted lo desterraron el año 50...

—Sí, en el mes de noviembre de ese año el Gobierno me relegó a Chiloé, es decir, que me mandaron a veranear a esa isla donde había entonces una temperatura deliciosa. Me ordenaron residir en Castro, donde me trataron muy bien y pasé muy agradablemente. Recuerdo que tomé una casa en la plaza de Castro, pagando cuatro pesos al mes por el arriendo. Imagínense ustedes lo que era el costo de la vida entonces en aquella ciudad; después me dijeron los vecinos que me habían hecho leso, que esa casa sólo valía veinte reales. Los chilotes eran entonces gente muy buena, hospitalaria y aun los pobres tenían ciertos hábitos de limpieza y de orden en el arreglo de sus habitaciones. Volví a Santiago a principios de abril del 51, precisamente a tiempo para verme mezclado en el movimiento revolucionario del 20 de ese mes. Entonces la cosa se puso un poco más seria, y como supe que el Gobierno tenía intenciones de echarme la mano encima, anduve por ahí a salto de mata y logré embarcarme para el Perú en un bergantín, donde hice una navegación malísima, sufriendo mucho a bordo. Fuí condenado a muerte y esto me obligó a permanecer algún tiempo fuera del país. Después puede decirse que no me he mezclado en la política.

—¿Y el Ministerio Lillo de Balmaceda?

—¡Ah!, eso fué una salida que hice, obligado por el Presidente, a quien yo debía amistad y que me pidió con mucha insistencia que lo acompañara en aquel momento. Pero yo no iba allí a hacer política, como que no tenía nin-

guna significación en ese campo. Se trataba de servir al país y a un amigo por unos pocos meses.

Llegaba el momento de despedirnos. Las horas habían pasado sin sentirlas bajo el encanto de la conversación de aquel hombre lleno de los recuerdos del que ha vivido mucho, y que no ha perdido la frescura de los que comienzan a vivir.

Era una conversación imposible de reproducir, nerviosa, variada, salpicada de chistes, con la voz musical y el gesto amplio, elegante, oratorio del señor Lillo.

Con esa hospitalidad llana y verdaderamente señorial que recuerda otros tiempos, todavía al salir y después de habernos abrumado con sus atenciones, nos pedía excusas y nos hablaba de la soledad de su hogar.

—Tienen mucho que disculpar. En esta casa no hay mujer y hace mucha falta. Se necesita una mujer para que pase su mano sobre todos los detalles y haga agradable el hogar. Pero ya saben ustedes que esta casa les pertenece. Vuelvan cuando quieran, me darán un verdadero placer. Les repito que a mí no se me quita el tiempo. Tengo un gusto muy grande...

Y en el mismo zaguán donde nos había recibido, allí nos despidió; y alejándonos por la calle solitaria donde la primavera está haciendo crecer la yerba entre las piedras, veíamos todavía la silueta del ilustre escritor, de pie en su puerta, conversando con un viejo amigo que en esos momentos lo visitaba, con su espléndida cabeza bañada de sol y en la cual bajo las canas hay tanta juventud y tanta bondad.

16 de julio de 1910.

UNA VISITA A ALFONSO XIII (1)

Escaleras y galerías del Palacio Real están desiertas.

Algunos ujieres medio adormilados a la hora de la siesta, han abierto un ojo al verme cruzar el ancho zaguán a que da paso la puerta de la Plaza de Oriente.

He subido, sin ser molestado, la escalera de la derecha, donde un tapiz espeso apaga mis pasos.

He caminado todo el largo de la galería de cristales bañada por un sol de fuego, y en cada uno de cuyos extremos un alabardero se pasea y parece sobrevivir apenas a la sofocación.

En lo alto de la escalera de honor he preguntado a otro alabardero, que para contestarme ha echado al hombro su arma y me ha mirado inquisitivamente.

Y por último he abierto una portezuela toda forrada de seda carmesí en uno de esos brocateles que venden los anticuarios, y he penetrado en un salón muy grande, muy alto, cuadrado, de una tonalidad roja y oro viejo.

No hay un alma. A cada lado se abre una sucesión de salones desiertos que forman a través de las puertas alineadas una larguísima perspectiva de dorados, de rojos, de verdes, de azules profundos, de mármoles y bronces.

En la sala vecina hay un gentilhombre que parece muy pequeñísimo en la vasta soledad que lo rodea. Es un caballero de noble porte, que lleva casaca, espadín y medias blancas. Tiene una fina cabeza calva con escasos cabellos muy blancos y albo mostacho. Me hace una de esas reverencias que sólo pueden hacer los espinazos que han recibido una larga educación cortesana, y me pregunta, en voz muy baja y en un tono amable, mi nombre.

El gentilhombre sonríe para acentuar aún más su amabilidad, y me dice que Su Majestad el Rey me recibirá en breve. Desaparece tras una cortina y vuelve un minuto después, para decirme que seré recibido en unos instantes más.

Entonces me entero de que aquel no es día de audiencias; que el Rey partirá esa tarde para San Sebastián y el

(1) Esta entrevista se verificó el 6 de junio de 1914.

Mediodía de Francia, y que Su Majestad me ha hecho un honor grandísimo recibiéndome fuera de las horas en que recibe a las numerosas personas que cada día solicitan verlo.

Mientras aguardo allí, delante de uno de esos crueles retratos de Carlos IV, que lo representan en toda su incurable necedad, pienso en la vida del joven monarca a quien voy a ver, y recuerdo lo que he oído a personas que viven cerca de él; pienso en la jornada que ha hecho hoy, de que está enterado el público por los periódicos.

El Rey se levanta cuando aún buena parte de los madrileños reposan. Se levanta temprano, aunque una fiesta de Corte, la recepción en una Embajada o en casa de un Grande de España, lo haya retenido hasta las dos de la mañana. Se levanta aunque durante varias horas de la noche, mientras todo duerme en torno suyo en el Alcázar y en la ciudad, haya velado sobre sus papeles, sus libros, sus cartas de las operaciones en Africa.

Y dicen las gentes que más de una vez el ayuda de cámara, un viejo soldado de la otra guerra de Africa —siempre hay aquí una guerra de Africa—, que lo conoce desde niño y lo quiere con fidelidad de perro, lo interrumpe y le dice: "¡Señor, por Dios, que son las 3 de la mañana y Su Majestad tiene que levantarse a las 7 y no va a dormir!..." Y lo arranca a los papeles que cubren la mesa.

El Rey ha trabajado hoy en la mañana hasta que dieron las 11, y fué a la Capilla pública para imponer la birreta a un Cardenal español. Asistió luego a un almuerzo en honor del nuevo purpurado. En seguida recibió Ministros, funcionarios, despachó negocios de Estado, dictó cartas, firmó documentos, y todavía ha sabido hallar tiempo para recibir a un periodista hispanoamericano que quiere saludarlo.

Esta noche dormirá en el tren. Mañana en Biarritz. En dos días más, estará jugando polo en la Granja, donde se le unirá toda la familia real.

Hay en el Soberano español una potencia de trabajo y una fuerte voluntad de hacer las cosas, de cumplir sus deberes, que se transmite a todo el país como una sacudida eléctrica.

Aparece un oficial en gran uniforme. El gentilhombre me hace una señal. Nos hundimos a través del cortinaje. Cruzo otros dos salones en la dirección que me indican y penetro por fin en un pequeño gabinete de trabajo, un verdadero rincón donde apenas caben la mesa, un sofá y unas dos butacas. Ahí está el Rey que me aguarda de pie, me tiende la mano, me invita a sentarme y se sienta a mi lado.

La fuerte luz que entra por la enorme ventana le da

en pleno rostro. Es un joven delgado, fino de cara y de cuerpo, pero con aspecto de buena salud. Tiene el tórax bien desarrollado y debajo de la americana gris, de verano, se adivinan los brazos de un *sportsman*. Las mejillas se tiñen de un buen color. Los ojos extraordinariamente vivos, penetrantes, dóciles a todas las expresiones, son de una gran lucidez. La nariz borbónica avanza sobre un bigotillo claro y rizado hacia arriba que no disimula la conformación de las mandíbulas características de su raza.

En sus fotografías, don Alfonso XIII recuerda a veces el delicioso retrato de Felipe IV joven, que está en el Prado. En la realidad, el parecido no existe; don Felipe tiene una melancolía infinita, una tristeza serena y distinguida como de quien asiste, sin saber prevenirlo, a un gran derrumbamiento; don Alfonso lleva en el rostro, en la franca alegría de vivir que reflejan sus miradas, en la resolución que denuncian todos sus movimientos y que da valor a todas sus palabras, el entusiasmo del que construye, del que levanta, del que ve nacer.

Se habla, ante todo, de un asunto que le interesa íntimamente y que he conocido porque ha tenido que ver en él un español residente en América. Habla del barrio obrero de Sevilla, iniciativa suya, al cual contribuye de su peculio personal, que está haciendo construir como un modelo de los que luego quiere levantar en otras ciudades del Reino. Explica en detalle el plan de la obra, las escuelas que habrá en el barrio, el teatro, los servicios sanitarios. Tiene en la memoria cifras, proporciones, precios, lo que se ha hecho y lo que falta. Mezcla en la concepción de esta obra el sentido práctico de un hombre de negocios con las teorías de un sociólogo y el romanticismo de un buen español que todo lo ve a través de un noble ideal, de un ensueño de humanidad redimida de la miseria y del dolor.

Luego me habla de América, de mi país, del periódico para el cual escribo.

El Rey pregunta infatigablemente; está ya muy bien informado, pero quiere aprovechar con instinto de hombre de Estado todos los elementos que llegan a su alcance, sean grandes o pequeños, con muchos o pequeños conocimientos.

Sus preguntas revelan que conoce a Chile como no sé yo que lo conozca ningún otro europeo.

¿En qué estado se hallan los proyectos de reforma monetaria? ¿Cuándo se entregará a la explotación el ferrocarril longitudinal? ¿Qué impresión puedo darle sobre la industria salitrera? ¿Qué marcha lleva la vinicultura chilena? ¿Quedan bastantes bosques? ¿Qué resultado dan los ensayos de siderurgia?

El Rey recorre conmigo el territorio de Chile, de Arica a Punta Arenas y bendigo las horas que dediqué a conocer un poco mi país. ¿Cómo hubiera contestado a este hombre que ya sabe más que muchos chilenos de lo que a Chile interesa?

Con estupenda memoria para nombres y fechas, menciona episodios de nuestra vida política, que van saliendo al azar de la conversación y que yo mismo he querido traer a ella, con el deseo de contárselos. Y el Rey dice:

—Ningún país, aun en Europa, ha dado un espectáculo más hermoso de solidez, de buena organización, de reposo político definitivo que el que ustedes dieron el año de la muerte del Presidente Montt y el Vicepresidente Fernández Albano.

Y en las palabras y en el tono hay un calor de afecto, una simpatía que me conmueve, porque es la primera vez que en tres años de viajes, tres años de ver a tanta gente que se me decía interesada en América, es la primera vez que me hablan de Chile con conocimiento, con justicia y con cariño.

El Rey recorre en frases amplias, de ésas que encuentra el que está lleno de ideas y quiere condensarlas, los problemas americanos que habrá de modificar el Canal de Panamá; se siente que son cuestiones sobre las cuales ha meditado, sobre las cuales tiene su idea personal que expresa con modestia, sin pretenciosas seguridades, en el tono de un estudioso que observa la vida y quiere llegar a la verdad.

Habla de la proyectada línea de navegación que daría la vuelta a la América en ambos sentidos por Panamá y Magallanes. Apunta ideas que llegarán más de una vez a ser discutidas con los Ministros de Chile que se han sucedido en España y con otros diplomáticos americanos. Menciona las dificultades, los tropiezos, las dudas, los desalientos que se oponen en uno y otro lado.

Una cosa es evidente y domina cuanto habla sobre América: que don Alfonso tiene su alma puesta en las naciones que hablan castellano, que sigue su marcha, que las ama, que las desea unidas a España y que cuanto de su voluntad dependa, habrá de hacerse para acercarlas y ligarlas a la Madre gloriosa que las engendró a la vida civilizada.

Le duele que estos pueblos no se conozcan.

—En España se conocen mal a las naciones americanas —dice—, y hay sobre ellas muchos errores. Se las confunde unas con otras y no se marcan bien las diferencias esenciales que dan una fisonomía propia a cada una. Hay que luchar contra esto, y por suerte ya hay muchos hombres que se empeñan por hacernos conocer esas Repúblicas

tales como son. Pero también es cierto, y esto nos duele a nosotros, como lo otro les dolerá a ustedes, que en América predomina una profunda ignorancia sobre España, que circulan entre los americanos las ideas más absurdas, los conceptos más ridículamente falsos sobre España y los españoles. Nos han creído siempre más atrasados de lo que estábamos, y ahora ignoran por completo que España va saliendo de sus crisis y restaurando sus energías que jamás perdió por completo. No hay fábula relativa a España que no sea creída en América. Deshacer esa atmósfera, dar a conocer la verdad de lo que somos, mostrar lo que estamos haciendo, es una obra buena para españoles y americanos, que ya es hora de que salgamos de esta desinteligencia mantenida por una mutua ignorancia.

Y el Rey alude benévolamente a artículos que "El Mercurio" ha publicado y en que nos esforzábamos por iniciar esa campaña.

Se queja con vivacidad el soberano de que los hispanoamericanos que viajan en Europa, raras veces vienen a España. Los ha visto llenar los hoteles de Londres y París, en países cuya lengua y costumbres les son extrañas, donde, fuera de recibir el dinero que gastan, nadie los toma en cuenta, donde se les mira con menosprecio y se les llama "rastaquères".

—Yo no comparo Madrid con esas capitales —dice don Alfonso—, pero aquí hallan los americanos una sociedad que les abre sus puertas, que está encantada de recibirlos, que los agasaja, y en medio de la cual los aguarda muchas veces hasta esa satisfacción tan legítima de rastrear los orígenes de sus familias que de aquí salieron. Madrid tiene su temporada brillante, animadísima; tiene ahora algunos de los mejores hoteles del mundo. España está cubierta de monumentos maravillosos, posee todos los climas de la tierra. ¿Por qué no vienen a conocer el país cuya lengua hablan, cuyas costumbres son las suyas, cuya tradición y cuya historia se confunden con las de las Repúblicas americanas?

El Rey traza un cuadro colorido, animadísimo, de la vida de los americanos en París y Londres; de la hospitalidad, del ambiente de esas capitales; de la facilidad casi familiar que encuentran en España. ¿Con quién pueden relacionarse allá, si no entre sí y con la población flotante cosmopolita? ¿Qué casa española no acoge al americano, por el hecho de serlo, con singular afecto y con una hospitalidad que sólo se halla en la España y en la América que la heredó de España?

Y las anécdotas chistosas, referidas con una gracia que más que española es esa picardía socarrona y fina de los madrileños, historias vividas por el Rey en sus numerosos

viajes a Francia e Inglaterra, cuando ha pasado por ahí de incógnito, reproducen a mis ojos cuadros fidelísimos de la existencia solemne y aburrida de muchos de nuestros compatriotas en el extranjero.

—Si yo me empeño en convencerlos de que deben venir a España —dice el Rey—, es porque estos viajes nos permitirían conocernos y crear un ambiente favorable para cuando llegue la hora propicia de entrar en acuerdos prácticos que sean de mutua conveniencia.

Los problemas americanos pasan de nuevo en la conversación, salen enredados unos en otros. El Rey habla de la evolución económica de esos países, de sus crisis actuales, de lo que serán cuando salgan de su condición presente, de lo que pueden esperar o temer de las diversas grandes potencias que hoy equilibran las fuerzas del mundo.

Habla como estadista, con una mirada amplia, sin prejuicios, con una asombrosa serenidad de criterio, con una clarividencia de visión que en parte es resultado de estudios y en gran parte una especie de instinto, de intuición. Habla, sobre todo, con afecto por la América, con tanto afecto sincero, que este pensamiento me cruza en la mente: "Nunca un Rey de España amó sus dominios como éste ama los que fueron dominios de sus remotos antepasados".

Ha transcurrido una hora. Yo he perdido por completo la sensación de que estoy delante de un Jefe de Estado, de un soberano. Tengo la impresión deliciosa de hablar con plena libertad, sin reservas ni disimulos, con un joven de muchísimo talento, que sabe de cosas de América, que sabe de Chile, que tiene una afección verdadera por mi país, que discurre con gran claridad y una palabra fácil y colorida sobre asuntos que me interesan y que es de una irresistible simpatía.

La etiqueta exige que sea el soberano quien ponga término a la entrevista. Ha pasado más de una hora cuando el monarca se levanta, me dice unas frases sencillas, sobrias, de una bondad caballeresca, estrecho su mano y me voy.

En los salones vacíos, frescos, invadidos por una penumbra blanda, me saludan los oficiales, y el gentilhombre me acompaña hasta la portezuela de seda roja.

Los alabarderos siguen tostándose en la galería; los ujieres se aburren bajo el inmenso portal, y afuera, en la Plaza de Oriente, los fantasmas blancos de las estatuas de los viejos Reyes de España, testimonio de una raza que tiene dos mil años de civilización, se envuelven en la fresca verdura de los árboles, en medio de los jardines donde bajo el sol de junio las flores padecen una agonía de aromas enervantes.

2 de agosto de 1914.

V

HOMBRES DE OTROS TIEMPOS

DON ANIBAL PINTO RETRATADO POR SI MISMO

No sé bastante de historia de mi país, ni he tenido vida política para haber alcanzado a darme cuenta de la opinión que tenían del Presidente don Aníbal Pinto aquellos contemporáneos suyos que le conocieron en la intimidad, los que fueron sus Ministros o trabajaron en la Administración Pública a su lado.

La opinión de la masa, que es la que alcancé a conocer cuando era niño, no le fué muy favorable. Se le consideraba una inteligencia mediocre, un hombre opaco, un gobernante honrado y paciente, que había tenido el buen criterio de rodearse de hombres realmente hábiles y a quienes había dejado la dirección efectiva de la guerra y demás cuestiones graves de su Gobierno.

Cuando murió, se le hicieron grandes funerales. El tren que traía de Valparaíso su cadáver, entró por la Alameda, sirviéndose de la línea de tranvías, y se le veló en el Salón de Honor del Congreso, acaso la primera vez que tal cosa se hacía. Pero esto se debió, más que a admiración, por sus merecimientos y gratitud por sus servicios, a que había rehusado confesarse, a que la autoridad eclesiástica se había negado torpemente a recibir sus despojos en la Catedral, y aquellos tiempos eran de luchas religiosas muy ardientes, aunque hoy parezcan conflictos de aldea.

Poco a poco he llegado al convencimiento de que el señor Pinto fué víctima de una injusticia que sufren a menudo los espíritus muy distinguidos, a quienes repugna el contacto con la multitud, que rehuyen la publicidad, que consideran ofensiva la exhibición y que se satisfacen con la conciencia de ser superiores y de cumplir su deber.

Don Aníbal Pinto era un hombre de primer orden, un estadista en la acepción más alta de la palabra, un gobernante que sirvió al país en horas muy difíciles con extraordinaria capacidad y que pasó por la política, por la administración, por el más alto cargo de la República, sin que le salpicara jamás el lodo de esos caminos llenos de gente ambiciosa y sin escrúpulos, y de los cuales tan pocos salen limpios.

Si alguna duda me hubiera quedado de que así era realmente el hombre a quien de niño me habían enseñado a considerar una especie de filósofo modesto y apacible, sin vuelo espiritual alguno, culto pero falto de voluntad, esa duda se habría derrumbado con la lectura de los "Apuntes de don Aníbal Pinto", que ha publicado en su último número la "Revista Chilena", que dirige el señor don Enrique Matta Vial.

Con el simple e insuficiente título de "Apuntes", y precedido apenas de un sumario, sin nada que explique la procedencia de esos papeles, sin que sepamos si forman parte de otros legajos más completos o si son anotaciones aisladas, la revista publica una serie de notas breves que el señor Pinto parece haber ido escribiendo cuando tenía preocupaciones especialmente graves.

Abarcan los apuntes desde 1870 hasta agosto de 1879. Pero hay un solo párrafo de 1870, y se pasa inmediatamente a agosto de 1877. Son, sin duda, fragmentos descosidos, que deben pertenecer a un diario más extenso. Pero ésta es simple conjetura nuestra. La publicación nada dice.

Sea lo que fuere, en estos apuntes notoriamente escritos para su uso personal, especie de confesiones de una intimidad perfecta e insospechable, cuya publicación no ha podido ni siquiera soñar, el señor Pinto se nos revela una personalidad en extremo interesante, fuerte, acentuada, con pasiones, con voluntad enérgica, con una elevación de criterio, patriotismo y talento de hombre de Estado que hasta hoy no se le han reconocido.

La franqueza y libertad con que están escritos estos apuntes, es terrible. Los hombres caen bajo la mano del señor Pinto sin reticencias, sin consideraciones. Escribe movido por la pasión del momento; pero es siempre, invariablemente, una pasión de servicio público, de defensa del interés del Estado, de cumplimiento de sus deberes de gobernante.

¿Por qué no ha habido todavía protestas contra esos juicios abrumadores y a veces durísimos, en este país de los parientes y del criterio de familia antepuesto a toda otra consideración?

No podemos atribuirlo sino a que la "Revista Chilena", una publicación que nos honra, es poco leída. Y por cierto que los que no la leen no saben lo que pierden, porque cada uno de sus números contiene alguna página brillante de historia, de crítica, de documentos nacionales.

Pero aquí todo el mundo está ocupado en cosas de otro orden y la inteligencia no necesita mucho alimento. Somos los chilenos muy sobrios en nuestra nutrición espiritual.

Hay muchos que están ayunos de toda lectura y de toda idea desde la primera juventud. Y lo pasan tan ricamente y hasta son hombres de Estado.

Comienzan los apuntes de don Aníbal Pinto por una conversación de septiembre de 1870 con doña Rosario Reyes, la mujer de un gran talento y agudísimo ingenio, cuyas anécdotas ruedan todavía en nuestra sociedad que vivió siempre escandalizada de esta señora que se permitía ser inteligente en una época en que las mujeres de buena familia debían parecer tontas, aunque no lo fueran.

Doña Rosario le ha repetido a don Aníbal unas frases muy duras, que don Manuel Montt ha tenido contra don Belisario Prats. Y el señor Pinto se sorprende de que parta "un juicio tan apasionado de un hombre de talento, anciano y que tiene experiencia de los negocios públicos". Y luego explica: es pasión política, rencor de los monttvaristas contra Prats.

Las notas siguen en el año 77, y el señor Pinto se interesa en la cuestión de los cementerios, la primera batalla para crear el cementerio laico después del incidente del entierro del coronel don Manuel Zañartu, a quien las autoridades eclesiásticas de Concepción habían rehusado sepultura sagrada.

Vienen después algunas páginas de una gran precisión y de un enorme interés, en que el señor Pinto narra los últimos episodios de la inconvertibilidad y curso forzoso del papel moneda. El Banco Nacional de Chile, hoy Banco de Chile, exige el curso forzoso. Si no se dicta la ley inmediatamente, el Banco caerá y el país se hundirá en una catástrofe. Don Melchor Concha, don Eduardo Matte, don José Besa apremian al Presidente. El señor Pinto se siente arrastrado por la combinación de circunstancias desgraciadas, y comprende que entramos en un camino del cual no saldremos jamás.

Hay una sola resistencia enérgica, porfiada, un último baluarte de la moneda honrada: es el gerente del Banco de A. Edwards y Cía., el señor don Jorge Ross. Lo llaman a Santiago; luchan con él en una reunión que el Presidente refiere, y que dura desde las 12.30 del día hasta las 2 de la mañana. Ross se defiende, propone arbitrios; pero la situación urge y conviene por fin en el mal inevitable.

En unas cuantas horas, sin que nadie se haya dado cuenta de lo que va a suceder, el Gobierno redacta y el Congreso aprueba en sesiones secretas la inconvertibilidad y el curso forzoso. Y Chile cae en el charco del papel mo-

neda, del cual nunca ha podido o sabido salir. Y eso pasaba en 1878.

El señor Pinto se revuelve indignado contra las imposiciones de los políticos, iguales antes a las de hoy. Quiere separar la administración de la política, pero a cada paso, en cada nombramiento, se ve envuelto en conflictos. Para nombrar un compromisario en las cuestiones que puedan suscitarse entre el Fisco y los constructores del ferrocarril de Angol a Curicó, hay lucha de partidos, hay conferencias, trajines, empeños y desagrados.

Y advirtamos que los candidatos se llaman Antonio Varas, Manuel García de la Huerta, Manuel Recabarren y Francisco Vargas Fontecilla. El Presidente quiere a Varas. Pero, "no se puede gobernar, uno es esclavo de todo el mundo", escribe el señor Pinto, y tiene que nombrar a otro.

Le inquieta profundamente el estado de desarme del país. No se preocupa de una guerra exterior, de la cual no hay ni rastros en sus apuntes hasta el momento en que estalla la del Pacífico. Pero advierte que no hay fuerzas con qué sofocar cualquier movimiento perturbador del orden. no hay cómo perseguir a los malhechores, no hay ni ejército ni policía.

Para hacer economías, han deshecho el ejército y disminuído las policías. La ciudad de Santiago tiene una guarnición compuesta de medio batallón de infantería, 50 hombres de caballería y una compañía de artillería. Esto pasa en octubre de 1878. La guerra estalló en febrero del año siguiente.

El Presidente Pinto se vuelve enfurecido contra el Congreso de su tiempo, que no tiene noción alguna del interés público, que desmonta la administración, que se hunde en discusiones de politiquería mezquina y personal. Y escribe contra los cuerpos legislativos estas palabras de eterna actualidad:

"Imposible imaginar un cuerpo más destituído de patriotismo, de miras elevadas, de espíritu práctico que la actual Cámara de Diputados; dividida en cinco o seis pequeños circulitos, para los cuales la patria es la *coterie* en que viven, con un contingente considerable de charlatanes y vanidosos. es imposible que un cuerpo legislativo pueda hacer algo de provecho."

Sin cambiar ni una sola palabra, ese retrato puede ser-

vir para otras legislaturas. ¿Habrán sido todas iguales y no tendremos esperanza de nada mejor?

Pasan por las páginas candentes y nerviosas de estos apuntes del Presidente Pinto, los episodios de las primeras dificultades de límites con la República Argentina, la misión de don Manuel Bilbao, el intento populachero de derribar la estatua de Buenos Aires. El Presidente ve claro, condena a los políticos (algunos de ellos son figuras históricas) que, por crear dificultades al Gobierno, fomentaron esa agitación y envenenaron el ambiente.

No usa un lenguaje muy blando para juzgar a los internacionalistas: a un mitin provocado por ellos, dice don Aníbal que sólo asistieron "pijes, niños y gente patibularia". Uno de esos agitadores es "un individuo loco". De los que siguen esta campaña en la Cámara escribe: "Es bien triste que los destinos del país estén confiados a locos o badulaques que inconscientemente o por malos motivos hacen lo posible por comprometer al país en una guerra torpe e injustificada. No ha sido otro el propósito de Letelier y de Lira (don Ricardo y don Máximo). Han interpelado para ver si arrancan al Ministerio algunas palabras que puedan explotar para encender las pasiones. Y todo esto se tolera y aun se aplaude por miras políticas".

Muchos hombres ilustres salen mal parados de los apuntes del señor Pinto. De don Ambrosio Montt se ríe con ingenio, con un *sprit* que nadie suponía en don Aníbal. Es "el pobre Ambrosio", que se cree tan elocuente como M. Thiers, que se queja de la intervención gubernativa, esperando que cuando haya libertad electoral, todas las provincias se disputarán el honor de elegirlo, y que cuando hay libertad no halla quién se acuerde de él.

Don Julio Zegers no era persona en gran favor cerca del señor Pinto. Se queja con dureza de su espíritu ligero, frívolo, que con sus intemperancias compromete al Gobierno. A don Jorge Huneeus no lo deja en buena postura al narrar el episodio de la crisis ministerial de 1879, provocada por la renuncia del general Urrutia, Ministro de Guerra.

La figura de Santa María pasa por esas páginas apenas esbozada; pero con la evidente simpatía del Presidente. La de don Antonio Varas le inspira respeto, pero con reservas. El señor Varas se preocupa demasiado de impedir que Santa María llegue a la Presidencia, aun cuando parece reconocer que es el hombre necesario en aquellos instantes.

Y así, inconscientemente, el señor Pinto ha hecho su propio retrato, un dibujo hondo y sobrio del carácter austero, de la grande alma patriota, de la conciencia delicada, de la clara inteligencia bien cultivada por constante lectura, de la voluntad perfectamente determinada, que formaban la personalidad del Presidente de la República de la Guerra del Pacífico.

De la guerra misma poco alcanzan a decir los apuntes. Apenas si narra unos pocos episodios, fríamente, como hombre que no se aturulla, que no se deja aturdir, que conserva la cabeza fría en medio de los desastres, de las críticas estúpidas, de la intrusidad de unos, de la maldad de otros que siguen haciendo política durante la guerra y aprovechándose de la guerra.

Porque esa es la verdad, tal como la vemos en los apuntes del señor Pinto: ha habido gentes en 1879 que acechaban el desarrollo de los acontecimientos militares para molestar al Gobierno. Y durante la guerra, mientras el "Huáscar" recorría impune nuestras costas, había quienes pensaban en la futura Presidencia y en las próximas elecciones.

Eramos entonces iguales a lo que ahora somos. Ni más malos ni más buenos. ¡Y que no nos hablen más de los gloriosos tiempos pasados y de los grandes hombres! Ahora se ven grandes. Entonces eran chicos, ¡y qué chicos!

¿Hay más de estos apuntes? ¿Existe alguna posibilidad de que se haga con ellos un libro? Sería una restauración de la figura de este hombre ilustre, que por una exquisita distinción de su espíritu modesto y a la vez consciente de su propio valer, rehusó la publicidad, dejó circular la leyenda de su insignificancia y se murió un día pobre, rodeado de los suyos, tranquilo como un filósofo de la antigüedad, diciéndole al amigo sacerdote con quien había conversado en una especie de diálogo socrático: "Vamos a salir de la gran curiosidad".

2 de abril de 1922.

ARTURO PRAT

APUNTES PARA UN RETRATO MORAL

Gran fortuna ha sido para Chile que el héroe nacional, el hombre que encarna todas las glorias navales de la República y representa su más alto espíritu después de los fundadores de la nacionalidad en la Independencia, sea una personalidad de tal suerte pura, limpia, inmaculada, que pueda presentarse a la admiración y al cariño de sus conciudadanos sin ninguna reticencia.

No todos los héroes tienen ese privilegio. Cuando pasados los primeros años del fervor y del culto popular, se investiga en su vida y se aplica a sus actos anteriores al sacrificio heroico, una crítica histórica, severa y fría, se halla con frecuencia que es menester cubrir con el manto de la gloria y tras los fulgores de la apoteosis, humanas debilidades que no es posible presentar como ejemplo.

El más grande de los genios navales que ha existido jamás, el vencedor de Trafalgar, no queda exento de esta ley. El pueblo británico lo venera, pero no puede enseñar a sus hijos que la vida de Nelson sea digna de imitación en todos sus capítulos.

No así nuestro Comandante de la "Esmeralda" en el combate de Iquique. Toda la vida privada de Arturo Prat ha sido minuciosamente escarbada por los investigadores en los cuarenta y cuatro años transcurridos desde su sacrificio, y nunca se ha hallado en ella cosa alguna que no siga las líneas rectas, invariables, dentro de las cuales se mueve un hombre con un gran carácter, una moral austera, un sentimiento del deber antepuesto a todo, una sensibilidad noble y pura, una inteligencia clara y cultivada.

Pudo el héroe de Iquique haber sido otro marino cualquiera, tan valeroso como Prat, tan resuelto como él a defender la honra de la bandera; pero no haber tenido esas cualidades morales, excelsas y raras, que adornan al capitán de la "Esmeralda", y entonces no podríamos, como podemos ahora, decir a las generaciones: "Arturo Prat es más que el modelo del marino y del soldado; es modelo del ciudadano, del patriota, del hombre privado, del jefe de familia, del caballero".

Sus compañeros han hablado y publicado sus recuerdos. Los historiadores han investigado. Las cartas importantes o no que escribió en su vida han sido publicadas, excepto las de familia, que guarda su viuda, aun cuando de éstas mismas han aparecido fragmentos interesantes. La figura moral de Prat sale de este examen, limpia, brillante, cada vez más ennoblecida, más alta y serena.

Ha nacido en un hogar distinguido y modesto. Su padre está consagrado a la agricultura. La familia está arraigada en el suelo patrio y aprende a amarlo con ese silencioso, oscuro y salvaje amor de los que han luchado con la naturaleza, le han arrancado el pan de cada día y la han vencido amándola.

La raza catalana que denuncia el nombre de Prat, explica muchas de las virtudes del héroe: su austeridad, su idealismo casi místico, unido a una profunda sujeción a la realidad, su impasibilidad ante el dolor, su grande amor a la familia, su patriotismo fervoroso, pero sin lirismos, la disciplina moral que se aplica a sí mismo, que exige de los demás, que preside todos los actos de su vida pública o privada.

Pasa por la Escuela Naval como un alumno que sólo tiene buenas notas, sin distinciones extraordinarias, que sólo obtiene en los colegios el que está movido por ambición de figurar; pero respetado por todos, profesores y alumnos, como un buen modelo, como un carácter, como un caballero.

En la Armada trabaja silenciosamente donde lo envían, en comisiones sin brillo, sin buscar nada, resuelto a aceptar como un monje la orden del superior, penetrado hasta el fondo de su alma, en una espontánea y casi inconsciente renuncia de sí mismo, del sentimiento del deber y nada más que del deber.

Es pobre. Se ve en dificultades para mantener a su familia, que debe hacer una vida modesta. Pero no ha subido jamás las escaleras del Palacio de Gobierno, ni ha hecho antesala en las oficinas navales para llevar una carta de empeño.

Es buen compañero. Todos guardan el recuerdo de un oficial amistoso, servicial, lleno de bondad para los inferiores, exigente con los subordinados, porque da el ejemplo de abnegación en el servicio, digno, sin altivez, pero con reserva, respecto de los superiores.

Inquieto por el porvenir de los suyos, sintiendo que la Marina atraviesa uno de esos períodos en que, sin barcos, sin expectativas, medio abandonada de los Poderes Públicos, no ofrece un porvenir ni siquiera mediocre a sus ofi-

ciales, hace un esfuerzo enorme, pone a prueba su energía moral, sigue estudios de Derecho y recibe su título de abogado. Cuando se embarcó para ir a morir por su patria, había en una calle de Valparaíso una plancha que decía: "Arturo Prat, abogado".

En su hogar ha dejado libros, una pequeña biblioteca, en que, después de las obras técnicas de su profesión de marino y los textos de Derecho que le han servido para sus últimos estudios, tiene obras de filosofía y especialmente de cuestiones religiosas. Su mente está preocupada de los problemas fundamentales que asedian a la conciencia humana.

El amor a la familia, la infinita ternura por los hijos, la pasión delicada y noble con que buscó a la compañera de su vida, y cuida de ella y sigue amándola cada día más a lo largo de la vida, llenan su existencia de una suave lumbre de idealidad, en medio de las penosas realidades que afronta con sereno valor, sin rehuir una responsabilidad, sin que lo alteren o conturben dolores y adversidades.

Tiene al comienzo de la guerra el mando de una vieja corbeta que se arrastra por los mares casi como un símbolo de nuestra falta de preparación militar en la hora de la agresión de dos países. La "Esmeralda", al mando de Prat, representa toda la historia chilena de ese momento; pocos y viejos barcos tripulados por hombres invencibles.

Con su corbeta y la "Covadonga" bloquea a Iquique. Sorprendido por dos naves poderosas, se apresta al combate desde que reconoce al "Huáscar" y la "Independencia" como si se tratara de dos buques iguales a los suyos. No vacila un instante. No hace cálculos ni reflexiones. No piensa en las leyes de la guerra. No se le ocurre huir o buscar una estratagema. Allí lo han dejado con una consigna, y la cumplirá.

Desde ese instante, un grande ideal invade su alma y penetra todos sus actos, dándoles una majestad, una nobleza, una especie de inspiración extrahumana: el honor de la bandera. Sabe que no hay probabilidades humanas de triunfo, pero él no está ahí para vencer, sino para hacer su obligación hasta donde las humanas fuerzas lo sostengan. Tiene ante su conciencia esta doble responsabilidad: cumplir él mismo, y hacer que los demás cumplan.

Pero al mismo tiempo aplica al combate todas las reglas del arte naval. No espera resignado y fatalista la muerte segura, sino que lucha contra todos los elementos hostiles, busca manera de reemplazar con astucia y audacia y temeridad lo que le falta de fuerzas materiales.

El barco está pronto a la pelea. Cada hombre en su puesto. La disciplina se desarrolla severa, inflexible.

Cuando el "Huáscar", resuelto su comando a poner tér-

mino a una lucha que se prolonga absurdamente, quiere atravesar a la corbeta con su espolón y hundirla con un solo golpe, Prat ordena una hábil maniobra, evita el efecto del choque hasta donde le es posible, y salta sobre la cubierta enemiga.

Los suyos no han podido seguirlo, pero ya el héroe está en la plenitud de la exaltación semidivina de su pasión guerrera, de su espíritu de sacrificio, de su amor al deber y de su ternura por la patria. Cae sobre la cubierta enemiga y su muerte tiene todos los caracteres de un triunfo. El hombre que ha vivido una existencia entera de negación de sí mismo, de abnegación, de lucha oscura y callada, de amor y de grandeza moral sin gestos brillantes, sube a la gloria por la escala áspera y angosta de su adhesión al ideal, y aparece a los ojos del mundo en una apoteosis.

El impulso está dado. Cuando un gran carácter como el de Arturo Prat ha fijado una norma, y cuando los que deben seguirla saben que la ha dado desde el fondo de un alma pura, limpia, exenta de toda mancha de interés, libre de toda pasión baja, la acción heroica es fecunda.

Prat ha puesto en movimiento el alma nacional. Por su sacrificio el pueblo chileno se ha conocido a sí mismo. Como en los martirios religiosos, su sangre y la de sus compañeros germina sobre el suelo y sobre las ondas del mar, y produce ese impulso irresistible con que todo el país se levantó para defenderse y para vencer.

Fué un pueblo el que ganó la guerra. Ese pueblo estaba movido por la fuerza moral, desprendida como un efluvio poderoso y santo de un gran sacrificio realizado en los comienzos de la lucha. El ideal de Prat, la armonía que en su espíritu realizan el sentido de la realidad y la elevación moral han hecho el milagro.

21 de mayo de 1923.

DON GONZALO BULNES

Cuando lo veíamos caminar con paso gimnástico, al borde ya de los ochenta años, ágil, fuerte, el rostro sanguíneo, iluminado por una expresión de viril energía, se nos figuraba que aún se quedaría muchos años más entre nosotros. A esa edad, don Gonzalo Bulnes era todavía un hombre joven, interesado en todas las grandes cuestiones de nuestro tiempo, en asombrosa actividad mental. Comenzaba por entonces sus estudios e investigaciones sobre don José Miguel Carrera, la obra en que ha trabajado hasta hace poco, y que no sabemos si alcanzó a terminar.

Si se nos preguntara cuál era el carácter supremo de esta personalidad tan vigorosa, diríamos que era una fuerte conciencia de raza en el doble sentido del orgullo de su nacionalidad y de la espléndida tradición de su familia. Los Bulnes y los Pinto pertenecieron al grupo de los más ilustres fundadores de la República. Venían de limpias estirpes españolas. Pelearon las campañas de la Independencia. Su abuelo, don Francisco Antonio Pinto, fué Presidente de Chile. Su padre, el vencedor de Yungay, fué uno de los más grandes soldados y más hábiles estadistas que ha tenido este país. Era tío suyo don Aníbal Pinto, el Presidente de los años azarosos de 1879. Y como éstos pudieran citarse otros nombres, de estas tribus de patriotas, de gobernantes, de conductores y servidores de su pueblo.

En don Gonzalo Bulnes la disposición para servir a la República era un movimiento natural del alma, producto de la herencia y fruto de la alta educación cívica que había recibido en su hogar. Ni los honores ni la ambición de autoridad pudieron moverlo. En don Gonzalo Bulnes todo obedecía a un sentimiento austero del deber y a esa noción de los deberes del patriciado que en tan excelsa forma sólo han tenido las familias ilustres de la antigua Roma republicana, la aristocracia británica y, ¿por qué no decirlo?, los fundadores de la pequeña República de Chile.

Fué el señor Bulnes uno de los primeros administradores de la zona conquistada en 1879, y que hoy forma el extremo norte del país. Estudió y penetró íntimamente los problemas de la industria salitrera, mientras organizaba

la administración de aquel territorio, sobre el cual acababa de pasar el huracán de la guerra.

La guerra civil de 1891 no podía dejarlo indiferente. Sentía venir un trastorno constitucional, y toda la tradición y todas las convicciones lo empujaron a servir la causa del Congreso contra el Ejecutivo. Era un liberal de la escuela clásica, y era un demócrata para quien las libertades parlamentarias formaban la esencia de una república.

Sus misiones diplomáticas en Alemania, Brasil, Italia, le dieron oportunidad para mostrar la sagacidad con que desarrollaba programas de política internacional. También dentro de su tradición, el señor Bulnes sabía representar a una República modestísima, que tenía gran dignidad en su política y un prestigio tan alto en Europa y América como jamás lo ha tenido ninguna otra de este continente. Conservó siempre una honda simpatía por Alemania, la nación a la cual su padre había pedido valiosos elementos colonizadores, hoy incorporados a nuestra nacionalidad, y que nos enviaría más tarde sus instructores militares, sus profesores y sus sabios.

Poco le interesaba la política en el sentido partidista. Su horizonte se extendía por todo el ámbito de los grandes intereses nacionales y nunca hubiera consentido limitarlo a estrechas aspiraciones de grupos políticos. En el Senado de la República fué a sentarse cuando ya los años habían enriquecido su experiencia, sin debilitar sus convicciones y el apasionado ardor de su temperamento. Tuvo siempre esas opiniones definidas y esas intransigencias propias de los hombres convencidos, de los que tienen una fe patriótica y no saben comerciar con ella. Asistía el señor Bulnes desde el Senado al rápido desmoronamiento de nuestro régimen parlamentario y presentía tiempos oscuros para esta democracia chilena, fundada en la libertad y en el orden, en la justicia y en el derecho, que había conocido limpia y digna. Los acentos virilmente amargos con que a veces levantó su voz en el Senado estaban inspirados en esa inquietud.

Su última misión diplomática en la República Argentina fué de gran utilidad para nuestro país. Se le recibió y trató allí con el más profundo respeto y todas las puertas se abrieron para que realizara una labor en extremo interesante de acercamiento y de vinculaciones prácticas. Su amistad personal y muy estrecha con el gran estadista que fué don Hipólito Irigoyen, permitió a estos dos hombres trabajar unidos por la cordialidad continental.

Esa misma conciencia de raza que hemos señalado en don Gonzalo Bulnes lo inclinó a los estudios históricos. No puede sorprendernos que quien desde niño había vis-

to hacer la historia, y sabía que sus antepasados habían hecho la de los días heroicos de Chile, se sintiera atraído por la investigación del pasado. Uno de sus primeros trabajos históricos fué la historia de la expedición de 1829 al Perú. Siguiéronle diversas memorias sobre períodos y personajes, y por fin, su trabajo más completo, que es "La Historia de la Guerra del Pacífico", publicada originariamente en "El Mercurio", y que debe ser considerada como la obra definitiva sobre ese período de la vida nacional.

Escribía don Gonzalo Bulnes con soltura y corrección, en un estilo lleno de dignidad, austero, y en que el perfecto equilibrio entre el fondo y la forma no impedía la manifestación de juicios y opiniones muy definidos. Don Gonzalo Bulnes queda como uno de los buenos escritores de Chile, y uno de sus más brillantes historiadores.

Cada vez que un asunto de público interés impresionaba su ánimo y cada vez que era preciso hacer justicia o combatir iniquidades, el señor Bulnes aparecía en la prensa con alguno de esos artículos que nunca dejaron de producir cierta sensación, por la autoridad del que lo firmaba y lo neto y contundente de las opiniones. En la historia de "El Mercurio", el nombre de este ilustre colaborador no será olvidado.

Los que tuvimos la honra de tratarlo en algunos períodos con frecuencia, sentimos al verlo partir desgarrado un vínculo que nos ponía en relación con los hechos, los ideales, las virtudes y las debilidades de un gran pasado nacional. Cuando en el curso de conversaciones inolvidables don Gonzalo decía: "Le oí a mi padre que cuando visitó a O'Higgins en Montalban, éste le dijo...", "Mi padre recibió entonces una carta de San Martín...", era la tradición oral irreemplazable que nos hacía vivir ardiente y gloriosa la magnífica, la noble, la fecunda adolescencia de la República.

20 de agosto de 1936.

LA REDACCION DE "LA AURORA" DE CAMILO HENRIQUEZ

El régimen colonial español había perseguido con tanto encarnizamiento la circulación de libros y periódicos en América, que la aparición de "La Aurora de Chile", confiada por el Gobierno de Carrera al fraile de la Buena Muerte Camilo Henríquez, debió ser un acontecimiento sensacional para el vecindario de Santiago. Fray Melchor Martínez, cronista de la época y adversario de la causa de la independencia, dice que "corrían los hombres por las calles con una "Aurora" en la mano y deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad y prometiéndose que por este medio se desterrarían la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora habían vivido, sucediendo a éstas la ilustración y la cultura que transformarían a Chile en un reino de sabios".

Pero de seguro no hubo ese día, 13 de febrero de 1812, ningún hombre más feliz en Chile que Camilo Henríquez. Cada página del periódico tiene el calor de su entusiasmo y el celo apostólico con que deseaba difundir los nuevos principios políticos. Había leído a los enciclopedistas franceses y formado sus convicciones especialmente en las obras de Juan Jacobo Rousseau y el abate Raynal, de que hay rastros muy evidentes en casi todos sus artículos. Trabajaban en la imprenta tres impresores americanos, Samuel B. Johnston, Guillermo H. Burbridge y Simón Garrison. Estos debían recibir periódicos de los EE. UU. y de Inglaterra. Henríquez comprendió que la lectura de esas hojas le era indispensable, y, según declara en una nota en alguno de los primeros números de "La Aurora", aprendió en menos de un mes lo suficiente de la lengua inglesa para poder traducir su contenido.

El prospecto de "La Aurora" es un himno optimista al Estado de Chile bajo el gobierno patriótico y a las maravillosas perspectivas que se abren a la nueva nación. Todavía se refieren al rey de España y habla de "sostener los derechos del desgraciado Fernando". Pero, desde el primer número, la teoría de Rousseau sobre el Contrato Social, apare-

ce clara y francamente expuesta: "La autoridad suprema trae su origen del libre consentimiento de los pueblos, que podemos llamar pacto o alianza social". El derecho divino de los reyes queda definitivamente destruído y Henríquez se extiende en una ingenua demostración matemática para explicar la nueva doctrina: "Llamemos a la monarquía M; si suponemos que conste de dos partes integrantes, la una E y la otra A, será M igual E más A..."

Es admirable la variedad de los temas que el redactor de "La Aurora" trata en sus artículos, y asombrosa, no sólo la oportunidad, sino también la orientación muy definida que da a todos los asuntos para la propaganda de la idea de la independencia y de las instituciones democráticas. Aconseja que en la organización del nuevo Estado chileno no se imite a ninguna nación, sino que se cree un organismo propio; demuestra las ventajas de un Poder Legislativo compuesto de dos Cámaras; establece los principios de la administración de justicia; urge a los gobernantes para que organicen la educación pública; señala los límites de las relaciones entre la Iglesia y el Estado y procura probar que no hay oposición entre la religión católica y las libertades republicanas; celebra en prosa y verso el descubrimiento de nuevas minas de hierro y de plata; explica la Constitución de los Estados Unidos; filosofa sobre los derechos de los pueblos y la nueva noción de la soberanía que reside en la nación; pinta con lírica exaltación y exageraciones propias de la época los horrores del régimen colonial; estudia problemas demográficos, y busca maneras de provocar un aumento razonable de la población de Chile; escribe sobre policía sanitaria e higiene pública; todo en estilo grandilocuente, pomposo, declamatorio, con huellas de sus lecturas de los revolucionarios franceses cuando habla de libertades y fraternidades, y reminiscencias de Juan Jacobo cuando se pone poético e invoca la naturaleza.

En el editorial del 18 de junio, renueva sus ataques a España y la administración colonial, y repite aumentadas por su propia fogosidad las verdades y las calumnias que contra España habían difundido los escritores franceses e ingleses; pero sólo el 8 de octubre se atreve en un artículo, que es un formidable desahogo de su alma, a proclamar la necesidad de que cada una de las antiguas provincias españolas se declare independiente.

Todas las grandes cuestiones doctrinarias que podían interesar a la organización de la República han sido tratadas por Henríquez en algún artículo de "La Aurora", y en ciertos casos con audacia y suma libertad. Ha llegado hasta demostrar las ventajas del juicio por Jurados para la administración de justicia, doctrina que ahora mismo pa-

rece en extremo avanzada. Se comprende que el Gobierno se alarmara con la atrevida propaganda revolucionaria de Camilo Henríquez, mal avenida con la circunspección y prudente disimulo que aun hombres como Carrera mantenían hasta entonces, para no extremar la posición del nuevo Gobierno. Dos veces, en agosto y en octubre de 1812, la Junta de Gobierno, compuesta por los señores Prado, Portales y Carrera, trató de contener los impulsos del apasionado fraile. La primera vez le nombró una especie de comité de censura; la segunda vez ordenó que cada número de "La Aurora" fuera revisado por un Ministro del tribunal de Apelaciones; pero Camilo Henríquez no parece haber tomado muy en cuenta la alarma gubernativa; si ya no podía escribir con tanta franqueza, hallaba medios indirectos de continuar su propaganda, como eran las traducciones de los diarios ingleses y americanos, de los discursos de Jefferson y de Washington, las noticias muy abundantes sobre la marcha de la revolución americana en México, Venezuela, Buenos Aires, los artículos de algunos colaboradores, y hasta sus propios versos patrióticos, muy abundantes en las páginas de "La Aurora". Camilo Henríquez, que escribía en prosa con alguna corrección, pero con un lirismo de pésimo gusto, hizo muchos y muy malos versos. La última columna del último número de "La Aurora" trae unos endecasílabos "a los mártires de la libertad de Venezuela".

Un día traduce un discurso de Milton, el autor del "Paraíso Perdido", que contiene toda la doctrina republicana. En otra ocasión presenta a sus lectores una carta del abate Raynal a la Asamblea Nacional, escrita en 1791, en que ya muy viejo el antiguo colaborador de la Enciclopedia, afirma los principios de la gran Revolución, y se duele de la anarquía en que ve caer a su país. "La Aurora" tiene siempre noticias extranjeras, sigue los debates del Parlamento británico, informa sobre la campaña de Napoleón en Rusia, y lo llama "Bonaparte", como los diarios ingleses; pero todas estas reproducciones y extractos tienen tendencia revolucionaria para uso de sus lectores chilenos.

Preocupa a Henríquez la educación de sus compatriotas. Siente en la ignorancia el mayor enemigo de la revolución. Sostiene la necesidad de dar la enseñanza pública en lengua vulgar y no en latín; aplaude la fundación del Convictorio de San Carlos, y propone las bases para fundar el Instituto Nacional.

Una visión clara del futuro internacional lo hace interesarse de manera muy especial en cuanto ocurre en las provincias del Plata y lanza Suplementos (pequeñas hojas extraordinarias) para anunciar los triunfos de Belgrano.

Camilo Henríquez ve la interdependencia de su patria y la de San Martín, y no duda de la necesidad de que se mantengan unidas y se ayuden en la obra de la independencia. El americanismo del redactor de "La Aurora" es generoso, amplio y consciente, sin llegar jamás a ciertas ideas de confederaciones que hicieran desaparecer la individualidad nacional de cada antigua provincia.

Parece ser que el público ponía en duda la autenticidad de las traducciones que Camilo Henríquez hacía del inglés, y en una nota del número 9 de su periódico, protesta de esta incredulidad, y agrega el texto inglés de la última noticia que había traducido. Es el mismo caso que le ocurrió a "El Mercurio" de Santiago, cuando en 1902 comenzó a publicar por primera vez en Chile varias columnas de telegramas del extranjero, que una parte del público creía inventados y hubo que exhibir los originales de los cablegramas.

A través de los artículos de Camilo Henríquez, no sólo se advierte la extensión de sus conocimientos filosóficos y políticos, así como cierto dominio de las ciencias físicas, sino además teorías sobre educación, sobre armonía entre la Iglesia y el Estado, sobre la condición de los indios araucanos y los medios para inducirlos a apoyar a la nueva República. La cabeza del genial redactor de "La Aurora" era un hervidero de ideologías que en aquel tiempo debieron parecer heréticas y del más grave peligro. Camilo Henríquez es uno de los fenómenos más extraordinarios de la pacata sociedad de Chile colonial. Uno se pregunta cómo pudo producirse este tipo de hombre, destinado por la Providencia a ser el padre de la prensa chilena y el vulgarizador del sistema republicano y del gobierno representativo.

Tenía "La Aurora" colaboradores interesantes. Hay artículos bien escritos de don Antonio José de Irizarri, de don Manuel de Salas, de don Hipólito de Villegas; un padre franciscano con el apellido imposible de Bazaguschiascúa envió un artículo en que sostenía que era pecado mortal no apoyar la causa patriota. El señor Villegas defendió la necesidad del impuesto a la renta. Don Manuel de Salas se ocupó de las enfermedades venéreas en Chile y de la necesidad de hospitalizar a los "luéticos", como entonces se decía, cosa que todavía no se ha obtenido. Don Judas Tadeo Reyes, que había sido nombrado Presidente de una especie de Junta de Vacuna, pregonó las ventajas de esta inoculación y el señor Valdivieso se ocupó del Hospital de San Juan de Dios.

El primer aviso que apareció en "La Aurora", fué de don "Henrique Ross, natural de Baltimore", que ofrecía sus servicios como ingeniero para "la construcción de máqui-

nas de todo género, particularmente las que sirven para desaguar las minas". Y pocos meses después el mismo señor Ross se ofrecía para "dar instrucción sobre la Arquitectura y Fortificación, en su casa en la calle de Morandé, enfrente de la Moneda". Por cierto que este señor Ross nada tiene que ver con la familia del mismo nombre que hoy existe en Chile, y que desciende del caballero escocés Mr. David Ross, primer Cónsul de Gran Bretaña en Coquimbo. No fueron muchos los avisos que aparecieron en "La Aurora", y apenas si es posible encontrar, fuera de los mencionados, el que advierte que "quien quisiere comprar un piano, ocurra a casa del Canónigo Fretes, plazuela de la Compañía, se dará con equidad". Otro pequeño aviso anunciaba la venta de la casa de doña María Uribe "sita tras el Cerro de Santa Lucía".

En varios números de "La Aurora" aparece una sección de observaciones meteorológicas en que se dan las temperaturas de la ciudad, tomadas por un aficionado a las 11 y media de la mañana, confirmación del valor que Camilo Henríquez daba a cuanto tuviera relación con las ciencias. Uno de los artículos de Henríquez está dedicado a explicar la teoría de los temblores por el fuego central, con el fin de destruir las supersticiones que sobre estos fenómenos predominaban entonces. En esta, como en muchas otras oportunidades, revelaba el fraile una cultura científica muy superior a la del término medio de sus conciudadanos. Y de todo deducía lecciones para condenar el régimen colonial y exaltar las virtudes del sistema republicano.

Probablemente no hay en "La Aurora" una sola línea que no lleve en forma directa o indirecta algún sentido íntimo de propaganda. Camilo Henríquez es, ante todo, un apóstol, y sólo ve en el pequeño periódico que le ha confiado el Gobierno, un medio de difundir doctrinas.

El admirable retrato de Camilo Henríquez que guarda la Biblioteca Nacional, lo representa cuando ya la enfermedad y los padecimientos del destierro habían minado su organismo. La vida parece haberse refugiado en los grandes ojos de alucinado; las mejillas hundidas dejan salientes los pómulos; la frente pálida, alta y amplia, da un fuerte carácter a la cabeza. El artista desconocido interpretó maravillosamente al soñador, al ideólogo, al optimista con fe en la perfectibilidad humana, que confiaba en la aplicación de aquellas doctrinas para hacer de Chile una nación idílica, en que la fraternidad, la libertad y la igualdad, reinarían entre los bienaventurados ciudadanos de este paraíso de la tierra de América.

En ninguna de sus obras el carácter que el retratista conoció o adivinó, aparece con mayor fuerza que en las

páginas de "La Aurora". Ahí dió Camilo Henríquez libre curso a su temperamento y vació el volcán de doctrinas políticas y filosóficas que llevaba en la cabeza junto con la generosa inspiración de su alma enamorada del bien y de la justicia.

Ese retrato tiene entre los descendientes de la hermana de Camilo Henríquez una leyenda simpática. Desterrado en Buenos Aires durante la Reconquista, Henríquez se veía en graves dificultades para ganarse el pan; comenzó a ejercer la medicina, de la cual había recibido nociones más que elementales en su convento de la Buena Muerte, que era de frailes enfermeros; entre sus clientes tuvo a un joven pintor francés, cuyo nombre se ignora, y a quien salvó de la muerte; no pudiendo pagarle en dinero, el artista pintó ese retrato y se lo obsequió. Así tenemos esa efigie interesantísima del padre de la prensa chilena, hecha por un pintor que parece un precursor de Picasso, no sólo por el vigor con que ha interpretado el carácter, sino por el "surrealismo" y sinceridad del dibujo.

18 de septiembre de 1936.

NOTAS SUELTAS SOBRE PORTALES

Lector poco asiduo de libros de historia y de muy pocos de historia chilena, que son en su mayoría de pesadísima aunque provechosa lectura, debo desconfiar de mi juicio en tales materias. Leí hace muchos años el libro de don José Victorino Lastarria, sobre don Diego Portales, libelo que no honra la memoria de su autor, la apología lírica de don Carlos Walker Martínez, que no aventaja al otro en valor histórico, y el ameno libro de don Benjamín Vicuña Mackenna, de donde probablemente proceden todas las ideas, sometidas por los años a una evolución dentro de mi espíritu, que poseo ahora sobre Portales. Más tarde he conocido el prolijo estudio de don Franscisco A. Encina, interpretación muy original y de verdadero interés, un poco espesa de ideas y de disertaciones, pero en que hay seguramente una comprensión personal del personaje; y los brillantes estudios de don Alberto Edwards, con juicios originales, gran profundidad de crítica histórica, pero acaso algo descosidos, como todo lo que dejó ese hombre de enorme talento, desaparecido antes de haber dado a su obra toda la consistencia que merecía.

De todos estos libros es el de Vicuña Mackenna el que quedó en mi espíritu como el que hacía surgir más viva y exacta la personalidad de Portales. Vicuña Mackenna comenzó este libro pensando acaso que él, "pipiolo" de raza y convicciones, tenía que escribir un libro *contra* el célebre Ministro *pelucón;* pero en el camino de su estudio, en el conocimiento de las cartas de Portales (fué el primero que las utilizó), en el examen de la figura, su temperamento de artista lo arrastró, cobró afecto y admiración por el personaje cuyos contornos se iban apareciendo a su imaginación, y concluyó por hacer un libro lleno de emoción, en que Portales vive y domina y se impone. Vicuña Mackenna tenía sobre sus colegas historiadores chilenos su visión artística, su imaginación sin la cual no se puede escribir historia, digan lo que quieran los autores de cronicones y los compiladores de documentos, y poseía, como lo ha observado el señor Encina, intuiciones poderosas de la vida de su país, cuyo carácter conocía y amaba con pasión de ardiente patriota.

Entiendo a Portales como un caballero chileno de su clase y de su tiempo, como los caballeros que alcancé a conocer ya muy viejos en el último cuarto del siglo XIX, ni más culto ni con mejor preparación para los negocios públicos que el término medio de ellos, pero con genio. Venía por líneas paterna y materna, de buena estirpe española. Tras desgracias domésticas y reveses de fortuna, se dedicó al comercio. Andaba por la costa del Pacífico, desde Valparaíso al Callao y Guayaquil, en negocios con el Estado y con particulares. Ponía en sus operaciones la intensidad de su inteligencia y su voluntad, pero fracasaba, no por culpa suya, sino del estado caótico de su patria y de todos los países de América. Los gobiernos se sucedían derribados por conspiraciones militares; el Ejército era nido de intrigas; héroes de la Independencia se erigían en caudillos de facciones; las finanzas se arrastraban en el desorden y la insolvencia; la corrupción administrativa era cínica, la vida insegura, la hacienda estaba en constante peligro.

Fatigado del vano luchar para restaurar su fortuna, consciente de las causas políticas, con la visión clara del carácter de sus conciudadanos y de la historia reciente de su país, movido por grande amor a la patria, intervino en la política. Los caballeros de su clase eran patriotas, tenían el orgullo de su nacionalidad, habían adquirido ya ese sentimiento, hoy desaparecido y que tanta fuerza nacional nos dió, que nos hacía pensar, si no decir como los romanos: "Soy ciudadano chileno", convencidos de que nada había más alto sobre la tierra. Podían ser tímidos y algo egoístas, solían resistir la colaboración a causa de su individualismo a la española de que todavía no nos hemos curado; pero eran patriotas y tenían disposición para seguir a un jefe honrado, inteligente y resuelto, como habían seguido a O'Higgins. Formaban una especie de aristocracia, pero muy abierta a la incorporación de hombres nuevos con talento y honestidad. Así habían incorporado, y siguieron incluyendo en su mal llamada oligarquía a muchos jóvenes modestos venidos de provincias o de familias de escasos recursos y oscuro origen.

Lo primero era poner orden, terminar las revueltas. Portales se me presenta como un hombre fuerte que se detiene ante un desorden callejero, se interpone, da de palos a unos, contiene a otros con brazo robusto, manda, se asocia con los mejores, disuelve el tumulto, impone su voluntad recia y su buen sentido, restablece el tránsito y da ocasión para que cada uno se consagre a su trabajo.

Portales no ha buscado ni deseado el poder. Nunca ad-

quirió el gusto de mandar. Su intervención en la política fué una obligación impuesta a su conciencia de patriota y una necesidad de su propia vida privada maltrecha por el desorden general. Dejó el gobierno apenas pudo hacerlo y sólo volvió a tomar las responsabilidades cuando las circunstancias lo hicieron inevitable. Pudo tener muchas pasiones, pero no tuvo ambición. Sus cartas revelan hastío del gobierno. Las hay en que, mientras más absorbido estaba por las tareas del poder, más deseaba volver a la vida alegre, descuidada hasta ser libertina, que era su gusto y el de los caballeros de su clase. Nada está más lejos del político profesional que don Diego Portales.

La política internacional de Portales es resultado de su visión clarísima del futuro y de necesidades internas. Entendió que la posición de Chile en el continente, como antes lo había entendido O'Higgins, exigía para el desarrollo económico y la integridad política de la República, que dominara los mares. Necesitaba Chile libertad de acción en los mares vecinos, seguridad en los propios. La expedición al norte se explica por esta concepción política muy exacta y que ojalá jamás hubiera desaparecido de los ojos de los gobernantes de Chile, y porque estaba bien comprobado que el Mariscal Santa Cruz tenía agentes en Chile, que sin cesar alentaban y aun costeaban las conspiraciones chilenas. Esa campaña fué una necesidad de entonces y una previsión del futuro.

La política exterior de Portales no tenía jactancias ni ambiciones exageradas. Cuando se le ofreció agregar al dominio de Chile las provincias argentinas de Mendoza y San Juan (la República Argentina era entonces poco más que una expresión geográfica por su anarquía), lo rehusó. Estas provincias jamás habían pertenecido a Chile sino en una división administrativa española que explicaban los tiempos. Nunca se incorporaron ni espiritual ni económicamente a nuestra nacionalidad. No teníamos medios de incorporarlas. Portales miró la Cordillera que hasta ahora, con ferrocarriles y aviones, establece una frontera difícil de salvar. Dió una muestra de su buen sentido y comprensión de las realidades.

Tenía fe en el porvenir de Chile, fe absoluta fundada en razonamientos y no en sensiblerías declamatorias. Pero creía en la grandeza futura de Chile a condición de que hubiera orden, autoridad bien constituída, administración honrada y espíritu de trabajo en los ciudadanos de todas las categorías. Tenía la noción de las proporciones lo que lo li-

braba de envanecimientos patrióticos, y probablemente jamás pensó en comparar a Chile con sus vecinos, porque sabía que las comparaciones nada prueban. Veía ya en su tiempo que Chile era el primer país de América que lograba organizarse y hacerse respetar de los demás. Esto le bastaba y acaso era lo único que pretendía.

No existe ni sería fácil formar un programa o ideario político de Portales. Tenía un profundo escepticismo de los programas escritos. El sistema que implantó fué una obra maestra, resultado de la necesidad de organizar dentro del estado de cultura existente, con respeto a la tradición y sin regresión al pasado, un régimen republicano y de forma democrática, aunque no lo fuera en el fondo, porque esto era imposible entonces. Estableció sobre bases sólidas el gobierno de una especie de oligarquía abierta a todos los que llegaban de fuera con méritos suficientes. Era el gobierno de una selección natural en que el poder se transmitía por la intervención gubernativa en las elecciones, único procedimiento posible entonces, a causa de la falta de educación política de las masas, del analfabetismo general, la escasa preparación aun de las clases acomodadas. Este sistema sería absurdo hoy por la enorme difusión de la cultura después de un siglo de instrucción gratuita, divulgación de los derechos democráticos y advenimiento de nuevas clases u órdenes de la sociedad a la vida nacional. El régimen funcionó bien durante medio siglo. Se debilitó por la degeneración de la clase encargada de aplicarlo y porque llevaba en sí el germen de su fin con el incesante esfuerzo para educar a las masas. La clase dirigente no evolucionó cuando debía hacerlo y se vió poco a poco expulsada de sus posiciones por las que iban adquiriendo una nueva conciencia de sus derechos.

Portales miraba con escepticismo las Constituciones que sucesivamente se aprobaban en Chile, cada una de las cuales se anunciaba como la solución de todas las dificultades y comienzo de una nueva era de ventura perfecta. No se interesó sino vagamente en la de 1833. Sabía como los estadistas ingleses, a algunos de los cuales se parece bastante, que todos esos son papeles buenos para deslumbrar a la multitud con la ilusión de que un escrito bien aderezado puede cambiar la mentalidad, la tradición, la historia, las costumbres y la idiosincrasia de un pueblo. Creía más bien en esa Constitución no escrita que está en la conciencia de los ciudadanos por su educación, su historia, sus usos y costumbres.

El único partido político que pudiera reclamar integralmente a Portales, que tampoco creía mucho en los partidos, sería el "pelucón", que ya no existe. Pero como la evolución lógica del peluconismo produjo el Partido Conservador, sólo éste puede atribuirse ahora el honor de haber tenido a Portales entre sus precursores. Todo eso parece ya tan distante en el trasiego de ideas y programas exigido por los tiempos cambiantes, como apenas parece ya un miembro del conservantismo británico Disraeli o del liberalismo Gladstone, aunque sean uno y otro gloria tradicional de esos dos grandes partidos.

Lastarria se equivoca o falsea la historia cuando dice que el país sintió un grande alivio al saber el asesinato de Portales. El motín de Quillota fué un hecho accidental, fruto de los fermentos que quedaban de tiempos todavía muy cercanos y obra de los que justamente habían sentido el peso de la mano de Portales. La mayoría de los ciudadanos aprobaba su obra y todo el país se alzó para protestar del crimen. La muerte de Portales fué un duelo nacional, espontáneo y sincero.

El martirio, como ocurre siempre, consagró y consolidó la obra de Portales. El hombre de Estado que muere por una idea la hace irresistible e inmortal, siempre que haya interpretado el alma de su pueblo.

¿Era Portales un genio? El genio se reconoce, pero es de difícil definición. Los caracteres que se le asignan de ordinario pueden aplicarse a Portales. Tiene la imaginación viva con ardiente sensibilidad, la facultad de crear, inventar o idear, sabe reunir ideas que están dispersas y relacionarlas entre sí para producir un todo consistente y orgánico. Esta última cualidad del genio es la que mejor lo distingue del simple talento, el cual es más reposado y menos original y no llega a la magnífica asociación de ideas a que alcanzó Portales.

Pero era genio activo y no contemplativo. Hay una virilidad creadora en todo el curso rápido de la realización de su obra política formidable. Ha dicho Ludwig, y sus palabras pueden aplicarse a Portales: "El estadista sólo es grande cuando comprende su época. La grandeza de la acción reside en su oportunidad". El mismo escritor observa que el poeta o el filósofo suelen pensar que la época no está

madura para su ideal. El hombre de acción política, añade, obra siempre en la ocasión madura y tiene además la visión del futuro. Más tarde, aunque la acción no sobreviva, queda la fisonomía moral del hombre de acción, que es lo que pasa hoy con Portales.

No hay hipérbole en llamar genio a Portales. Tiene los caracteres de tal. Su misma carencia de estudios especulativos y sus prodigiosas intuiciones lo señalan casi como un vidente. Ver más allá y mejor que los demás es propio del genio.

La vida de este grande hombre fué fecunda en nobles enseñanzas para su país; rica en virtudes cívicas que —a través de un siglo— sus conciudadanos admiran y reconocen, como sus sentimientos de abnegación y desinterés, de que dió constantes pruebas, pudiendo presentársele como un ejemplo a la generación en que actuó, como a las posteriores y las venideras, de cómo se vive y se muere en el servicio de la Patria.

Por eso, como un resumen de los sentimientos de admiración que él despertara en vida y después de su holocausto por la Patria, podemos repetir, una vez más aquí, la frase que se encuentra al pie de su retrato en los salones de la Moneda:

"Tantum homines, nullum par elogium."

6 de junio de 1937.

VALENZUELA PUELMA

Pronto descansarán en tierra de su patria (1) los restos de Alfredo Valenzuela Puelma, tal vez el más genial de los hombres que en Chile han dedicado la vida al arte de la pintura.

Había nacido en Valparaíso en febrero de 1856, pero su familia era de Santiago, y sólo ocurrió el nacimiento del pintor en el puerto por la circunstancia de hallarse allí sus padres en breve temporada de veraneo. Fué bautizado en octubre de ese mismo año en la Catedral de Santiago.

Mostró gran precocidad en todo. Pintaba, dibujaba, escribía poesías y componía música desde muy niño. Estudió en la Escuela de Bellas Artes de Santiago y fué su maestro aquel pintor italiano mediocre como artista, buen profesor y gran caballero, que se llamaba Juan Mocchi, y de quien Valenzuela pintó un retrato, adquirido después para el Museo, obra de su primera juventud y probablemente el más admirable, más original y de más fuerte ejecución que se ha hecho jamás en este país.

Estos y muchos otros minuciosos detalles de la vida privada de Valenzuela Puelma y de su actividad artística, así como de sus genialidades y extravagancias, están bien relatados en un pequeño libro publicado en 1934 por don Carlos Ossandón Guzmán, que consultó para ello a cuanto sobreviviente de la época de Valenzuela, miembros de la familia, antiguos colegas, amigos de toda condición, le fué posible encontrar. En este libro bien documentado hallarán los admiradores del célebre pintor todo lo necesario para conocer la agitada existencia de Valenzuela, sobre la cual pasó el huracán de la locura que un día ahogó su prodigioso entendimiento.

Aparece evidente del libro citado que Valenzuela Puelma mostró desde la juventud, si no un estado de locura propiamente tal, un tan profundo desequilibrio que debía hacerle la vida penosa y ser un obstáculo para su felicidad como la entiende el común de los mortales. El gran escri-

(1) Escrito con motivo de la repatración de los restos del artista.

tor Rafael Egaña, que lo admiraba y tenía por él verdadero afecto, decía del pintor: "No se puede impunemente tener tanto talento; este hombre vive en una frontera entre el genio y la locura". El admirable retrato de Valenzuela Puelma, hecho por el pintor peruano Baca Flor (propiedad de don Ricardo Montaner Bello), no necesita un examen prolijo para descubrir una exaltación enfermiza en la bella cabeza nerviosa, coronada de crespos cabellos, con una barbilla bajo la cual tiemblan unos labios extremadamente sensitivos, y ojos que pugnan por penetrar en el infinito. Valenzuela estaba entonces en el vigor de su juventud; era el tiempo en que pintó sus obras maestras.

Se ha dicho que Valenzuela fué abandonado de todos y nunca recibió ayuda del Estado. Esto es inexacto. En 1881 recibió una pensión del Gobierno para ir a Europa. En 1887 se le renovó esta pensión e hizo un segundo viaje. Con este auxilio del Estado vivió en París la existencia de un artista y viajó por España e Italia.

Resultaba difícil ayudar a Valenzuela Puelma. Su altivez era indomable. Tenía una conciencia altísima de su dignidad de artista y de caballero.

Hubo gente que, admirando su genio, le ofreció apoyo directo o indirecto, y de ordinario lo rehusó. Pudo ganar algún dinero con sus cuadros, pero la mayor parte de las veces se negaba a venderlos, porque no quería que quedaran en manos de gente vulgar e incomprensiva. El libro del señor Ossandón tiene el relato preciso de varios casos. Prefería dar un cuadro, pintar el retrato de un amigo y no el de burgueses ricos que, por vanidad, aspiraban a hacerse pintar por él y regateaban el precio. La esposa del pintor solía tener instrucciones precisas, en las largas ausencias de su marido, para no vender obra alguna, cualquiera que fuese el precio ofrecido.

Era complicado trabajar con Valenzuela Puelma o encargarle una obra. Cuando pintó la cúpula de la Iglesia de San Lázaro, destruída más tarde por un incendio, tuvo incesantes y violentos choques con el cura, que lo admiraba mucho y le había encargado el trabajo por insinuación del eminente pintor Onofre Jarpa, su amigo. En todas partes se estrellaba contra hombres y cosas. Vivió en lucha permanente con los más ilustres pintores de su tiempo, con Pedro Lira y Juan Francisco González, para no mencionar a los mediocres a quienes miraba desde la altura inconmensurable de su desprecio y de la idea gigante que tenía de su propio valer.

Un día visitamos la Iglesia de San Lázaro con un crítico americano cuyo nombre hemos olvidado. Se quedó largo

rato contemplando la obra de Valenzuela, que parecía iluminar el templo y contrastaba con los trabajos muy inferiores que la rodeaban. "Eso, nos dijo, parece hecho por el Tiépolo; se diría el último reflejo de la gran escuela veneciana". No se olvide que la antigua iglesia incendiada, era de arquitectura bizantina en muchos de sus detalles, aunque no de un estilo uniforme y puro.

El espíritu de Valenzuela Puelma vivió agitado entre exaltaciones místicas y furores antirreligiosos, mejor dicho anticlericales. Sin duda alguna, tenía creencias religiosas a su manera. Bastaría para probarlo el extraño, misterioso y profundo "Corazón de Jesús", propiedad de doña Inés Echeverría de Larraín, cuya concepción es de un alto misticismo. Se sabe también que en ciertos períodos leía incesantemente la "Imitación de Cristo". Como muchos hombres a quienes preocupan los problemas espirituales, Valenzuela buscaba substitutos de la fe religiosa cristiana, tales como el espiritismo, a que consagró bastante tiempo. Por cierto que en sus últimos años su mente, al resbalar hacia la locura, iba cayendo en fantasías singulares; creía poder resucitar muertos por medio de masajes del corazón, percibía el paso de espíritus en torno suyo, conversaba con ellos, unos lo perseguían cruelmente, otros le eran benévolos y amigos. Estos mismos desórdenes tenían mucho de genial. ¿Acaso la ciencia de hoy no estudia las posibilidades de la vida del corazón separado del cuerpo y no hay en el último libro de Carrel mucho respeto por la comunicación entre los espíritus?

La clave del carácter de Valenzuela Puelma no la encontrará sino algún gran psicólogo. Para nosotros, para el término medio de los hombres, siempre presentará contradicciones indescifrables. Hizo sufrir terriblemente a la mujer santa y dulce que fué su esposa, y es seguro que la amaba y que nunca amó a otra. Prorrumpía en improperios contra la religión, y seguramente tenía visiones del Cristo, cuya personalidad comprendía acaso mejor que algunos sacerdotes. Sabía que era un gran pintor y prefería que lo consideraran como crítico, como músico, como médico, cuando se consagró a curar toda clase de enfermedades por sistemas inventados por él. Se vislumbra en ese caos aparente cierta ordenación y se sienten deseos de aplicarle las palabras de Polonio sobre Hamlet: "Había método en su locura".

Hombre imposible para las exigencias de la vida práctica, fué Valenzuela Puelma profundamente honrado con su arte. No hizo jamás transacciones con su conciencia de artista. Pudo hacer sufrir inconscientemente a personas

que estaban cerca de él, pero la primera y más martirizada víctima suya, fué él mismo.

Cuando se fué por última vez a Europa, en 1907, ya estaba en las fronteras de la insanidad. Esos dos años hasta su muerte fueron horribles. Vivió un tiempo vendiendo copias que hacía en los Museos. Después perdió hasta el poder de trabajar. Pasó hambres y miserias sin cuento. A nadie pidió nada y un día los vecinos de la bohardilla que habitaba en el Barrio Latino avisaron a la policía que un señor daba grandes voces y destruía los escasos muebles y utensilios de su cuarto.

Fué internado en el Asilo de Villejuif. Ahí murió en octubre de 1909. Poco tiempo antes de su muerte, al llegar a Chile noticias de su lastimosa condición, "El Mercurio" abrió una subscripción pública en favor de Valenzuela Puelma. Se reunió rápidamente una suma apreciable y se remitió a París sin demora. El caso era urgente. Aquel auxilio llegó cuando el pintor había muerto. Sirvió para que el Cónsul de Chile en París evitara que fuera arrojado su cadáver a la fosa común y se le arrendara una tumba decorosa. La cantidad reunida no alcanzaba para pagar la repatriación de los restos.

Esta se ha hecho por fin, costeada, como debía serlo, por el Estado. La figura enigmática, profundamente interesante en su psicología tormentosa, de rasgos a la vez amables y demoníacos, en el sentido que los griegos daban a este término, merece un monumento. Verdad es también que ya se lo erigió él mismo con un grupo de obras que no morirán, algunas de las cuales están en el Museo Nacional; otras de ellas llegarán un día a sus salas, es de esperarlo. Y él sabía que no morirían. Tal vez esta luminosa conciencia de su genio fué la única esperanza de su alma.

14 de junio de 1938.

VI

IMPRESIONES Y FANTASIAS

EL IDILIO DE LA BAILARINA

Es una de las bailarinas más célebres de Londres. Apenas se la puede dar este nombre que evoca el faldellín de gasa, las piernas algodonadas y los saltos acompasados de las señoritas danzantes de la ópera. Debe de existir una palabra griega para describir a esta criatura de ensueño que, vestida como las mujeres de las procesiones panatenaicas del Partenón, cae sobre la escena como un ave que se posa tras un largo vuelo, y cuyos movimientos se diría que producen ellos mismos la música, que engendran el ritmo en vez de seguirlo.

Se le cree invulnerable al amor. Sus admiradores la ven pasar indiferente y burlona por entre sus homenajes. La oyeron reír escéptica delante de la estatua de Eros, que tenía la vieja inscripción: "Quienquiera que seas, he aquí tu amo: lo ha sido, lo es o deberá serlo".

Y una vez, después del teatro, a la hora de las confidencias, contó a su viejo amigo el idilio novelesco, de colegiala, de señorita romántica, que llevaba dentro de su alma oculto celosamente a la profanación de los curiosos.

"—Una noche..., hace de esto año y medio..., bailaba yo en el comienzo de la función del *Palladium*. La enorme sala desbordaba. Había muchos militares, eran casi todos uniformes en las butacas. De pronto, cuando ejecutaba la danza lenta con que entonces empezaba siempre mi número, distinguí en la primera fila a un joven oficial que me miraba intensamente, avanzando hacia mí su rostro y todo su cuerpo en un movimiento vehemente.

¡Imagínese usted si habré visto yo caras que me miran con ojos de deseo, con interés noble o brutal, con lascivia o con admiración...! Llega una a no distinguirlas; el público se hace impersonal; tiene un solo rostro: el rostro del término medio que aplaude o que desaprueba.

Pero aquella cara tenía unos ojos claros con algo de infantil en su limpieza, con una expresión de ansiedad implorante, como si pidieran una limosna. Había en la mirada de ese hombre admiración, amor, pero sobre todo súplica doliente. ¡Era un mendigo de felicidad...! Rompí todas las

reglas, todo el protocolo del escenario, y lo miré tantas veces como los giros del baile me hacían pasar delante de él. Hubiera saltado al cuello de aquel muchacho... ¡Oh!, era un muchacho, un teniente de 20 años o acaso menos...

Le juro que jamás hombre alguno me ha mirado de esa manera, y nunca he sentido como en ese instante un deseo de darme sin reservas, de salir a su encuentro y decirle: "¡Sí, sí, todo lo que pides, todo lo que imploras con tu bello rostro noble, sano, enamorado..., todo, todo es tuyo...!"

Cuando terminado mi acto salí para agradecer al público sus aplausos, cada vez que hacía mi profunda reverencia, a él se la hacía, desplomándome a su vista como ante mi soberano. Lo vi en el último instante, ya de pie, disponiéndose a partir. No aplaudía. Tenía en el rostro una emoción profunda, y para mí deliciosa.

Salí a escape, a medio vestir, y pasé en un taxi en unos cuantos minutos del music-hall popular al *Empire,* donde debía hacer otro acto. Pensé que mi oficial iría también a verme en la otra sala. Lo busqué en vano; miré por entre los telones, observé atentamente mientras bailaba... ¡No pude verlo!... Me desesperaba perderlo, pensar que se había marchado indiferente sin tratar de acercárseme. Era un desencanto horrible para mí, que ya me veía a su lado comentando la emoción súbita que se había apoderado de ambos.

Así como creo que nunca he bailado mejor que aquella noche en el *Palladium,* cuando bailaba para él, así creo también que jamás he trotado tan estúpidamente por el escenario como en aquella noche en el *Empire.*

Pedí el coche malhumorada, rehusando todos los ofrecimientos de acompañarme. Pretexté una jaqueca. Al salir la camarera me dijo, entregándome unas flores:

—Un oficial ha dejado esto para la señorita...

Para mí no había más que un oficial en el mundo a esas horas. ¡Era él! Leí ansiosamente un papel en que estaba escrito con lápiz: "Mi tren parte a las 10 de la noche, y cuando usted lea estas líneas, estaré atravesando el Canal con rumbo al Frente. ¿Puede su admirador del *Palladium* alimentar la loca esperanza de que usted se acordará de él cuando vuelva a Londres? Si usted piensa en mí, estaré protegido y volveré"... ¡Y ni un nombre, ni una indicación!...

¡He pensado tanto, tanto! No hay hora íntima de mi vida en que no evoque la figura de aquel hombre. Recorro los rostros de todos los militares que tengo al alcance de mi vista, en el teatro, en los restaurantes, en la calle...

¡Inútilmente!... ¿Cree usted que hay oficiales que no tienen una licencia en dieciocho meses?... ¿Y por qué no ha escrito?... Todo esto es extraño, es doloroso, me atormenta.

A veces examino con terror las fotografías de los muertos que publican los periódicos ilustrados... Pero no, un secreto instinto me dice que vive..., no sé por qué, pero siento que volverá de un día a otro y me guardo para él..."

Y la bailarina no ha sido nunca más bella y seductora que en aquel instante, medio tendida en un lecho de plumas y pieles, con la fina cabeza tanagresca apoyada en la mano, perdidos en el vacío los luminosos ojos de animal amoroso, proclamando en todas las armoniosas líneas de su cuerpo la regia donación que hacía de sí misma al desconocido, al fantasma que le había dejado entrever la felicidad como a la luz de un relámpago.

Londres, abril de 1918.

VIEJO CHILE

VALPARAISO EN 1860

El editor de un diario de Londres recibió, el otro día, un paquete que una de sus lectoras le rogaba hiciera llegar a manos del corresponsal de "El Mercurio", cuyo nombre había sido mencionado en un artículo reciente.

El paquete contenía un álbum de fotografías, de viejas fotografías amarillentas y hollinadas por la bruma de estas islas, de la ciudad y puerto de Valparaíso allá por los años de 1860, un retrato de un caballero con el uniforme de nuestros bomberos voluntarios y un pequeño recorte de diario, el encabezamiento de un Folletín en que se leía: "Folletín.—*Amor Leal,* por Mary C. Rowsell (traducido para "El Mercurio")".

Comencé a hojear el álbum, buscando el enigma de aquel obsequio, imaginando que venía de algún chileno de ésos que aparecen en el más inesperado rincón del mundo, nostálgicos de su tierra, soñando con un Chile muy viejo y ya desaparecido que conocieron al partir.

Eran unas bellas fotografías de gran tamaño, todavía precisas en sus detalles, a pesar de los años; artísticos trabajos que debieron ser un asombro en aquellos días en que la fotografía comenzaba a ser conocida en el mundo. Al pie de cada cuadro había una inscripción con lápiz, apenas visible:

"Vista detrás de la casa en que vivo", decía la primera: un balcón volado y junto a la casa del cerro, las rocas entre las cuales crecen matorrales; más arriba pretiles de piedra para sostener las tierras, y en lo alto otra casa con jardín en terraza, como se veían hasta no ha mucho tiempo en el Cerro Alegre y en el de La Concepción. Probablemente una casa situada cerca de la antigua cueva del Chivato, no lejos de donde tiene ahora su imprenta "El Mercurio".

Otra mostraba el puerto, con la larga línea de los almacenes fiscales, la playa y las lanchas en el espacio donde ahora están haciendo el nuevo puerto. Otra el Almendral, con su nueva playa cenagosa en que se varaban lanchas y

botes pescadores. Una tercera la quebrada Elías, rústica como una aldeíta, con casuchas bajas, algunas con corredores delante como habitaciones campesinas, y en lo alto un gran ranchón amurallado, la Cárcel de Valparaíso, y en una esquina un pedazo del Cementerio.

Había después muchas vistas de Las Zorras, peones chilenos asando un cordero al palo en un bosquecillo, un paisaje de la caída de la tarde a orillas de un estero con el fondo de los típicos cerros que rodean a Valparaíso, un guaso a caballo con manta, *huarapón* y grandes espuelas, y más allá un caballero que se dispone a montar su caballo y está vestido con el pantalón blanco y la levita algo abierta con que cabalgaban los elegantes de hace medio siglo.

Y más vistas de la bahía poblada de barcos a la vela, fragatas de alta borda, navíos con la doble y triple fila de escotillas blancas sobre el casco oscuro, el Cerro de La Concepción con un tortuoso camino de escaleras y una campana de incendio, la antigua Intendencia y su torre, la Bolsa o Aduana, que ocupaba el sitio en que ahora se alza el monumento a Prat, y de nuevo el Almendral, con torres que se hundieron en el gran terremoto, con su aspecto colonial, reposado y tradicionalista, que contrastaba con el aire europeizado y mercantil del otro barrio.

Luego, venían flamantes novedades de aquellos días: la vía férrea de Santiago a Valparaíso con su parapeto para defenderla de los asaltos del mar, un puente de hierro —¿el de las Cucharas?—, en cuyo fondo la línea pasa entre dos palmeras y se pierde a lo lejos por los cerros cubiertos de exuberante vegetación baja.

¡Qué de memorias, qué evocaciones de la niñez, cuando todavía mucho de eso existía en Valparaíso! Veo a un niño escapado de la casa para ir a esa misma playa que aparece en la fotografía, donde unas olas perezosas movían sin cesar una guirnalda de carbón y desperdicios, interesado en seguir la actividad del muelle Pacífico Alvarez, observando a los cargadores que sacaban trigo de unas bodegas oscuras y mugrientas y lo llevaban a hombros metiéndose en el agua hasta las lanchas que las olas columpiaban. Veo las quebradas y los cerros donde hemos jugado tantas veces a los bandidos y a la guerra arrojándonos piedras de que había por todas partes abundante arsenal, llegando más de una vez maltrechos, sucios, con la cabeza rota y un ojo negro, a recibir por añadidura el castigo materno. Me parece que huelo los veraneos en ese Valparaíso que no tenía desagües, que olía a pescado descompuesto y donde nos bañábamos para robustecernos, según creían honradamente nuestras madres, en unas aguas cubiertas de una nata de

inmundicias, desperdicios de todos los barcos y de toda la vida de la ciudad sin higiene pública.

Escribí y descifré el enigma de este obsequio de las viejas fotografías. Me las había enviado miss Mary C. Rowsell, la distinguida novelista. Su hermano mayor, Mr. Charles Rowsell, vivió casi toda su vida en Chile y murió allá. Aún debe de haber en Valparaíso y Santiago mucha gente que conoció a este perfecto *gentleman* que introdujo en nuestro país, puede decirse, la fotografía artística.

¿Fué él quien hizo traducir y publicar en "El Mercurio" la primera novela publicada por su hermana? Desde entonces, miss Rowsell ha dado a la prensa una larga serie de obras, novelas históricas casi siempre, entre ellas una muy interesante, titulada "El Amigo del Pueblo", en que pone en escena a Robespierre. Ahora vive en un rincón de Kent, algo inválida después de un accidente, y espera publicar dentro de poco una nueva obra cuya escena está situada en Estrasburgo, en los días en que Rouget de l'Isle componía la Marsellesa.

El retrato de Mr. Rowsell, tal como era el año 60, presenta a un joven elegante con el ancho corbatín de raso de la época y una levita de simple abotonadura; cabellos largos con reminiscencias del período romántico le hacen una cabeza interesante; la boca amplia, bondadosa, sonríe con ese aire confiado y tranquilo del británico de buena clase.

Y me imagino a la anciana escritora que se ha desprendido de estos recuerdos para dárselos al periodista chileno, en una casita de ladrillos rojos, cubierta a trechos de enredaderas floridas, abrigada de los vientos por unas colinas más verdes que un paño de billar, entre los campos de oblón del condado de Kent, con su jardín en que la primavera comienza a despertar los rosales y a lanzar al aire sobre la tierra negra las corolas multicolores de las tulipas y las manchas de oro de los tulipanes.

Y me parece oír la dulce voz, todavía graciosa y amable, que dice: "Le enviaré mi libro próximo, *"El Canto de Libertad"*, y usted me consagrará de cuando en cuando un pensamiento, un recuerdo, y sabrá que siempre estaré haciendo votos por su prosperidad".

Londres, abril de 1918.

SE VENDE LA ESPADA

TRAGEDIAS DE LA VIDA VULGAR

En esa curiosísima columna de avisos "personales" que los lectores del "Times" llaman *"the agony column"*, apareció el otro día este anuncio: "A los americanos: se reciben ofertas por una espada que mis antepasados usaron en las Cruzadas; también por un cuadro al óleo, asunto de sport..." Seguían un nombre y unas señas.

El descendiente de los cruzados vende la espada de sus abuelos. Por siglos la noble tizona ha estado colgada en el hall de la casa de campo junto con armaduras, cascos, partesanas. Transmitida de generación en generación en este país donde no ha habido revoluciones, ni cambios, donde todo ha crecido, ha vivido, ha madurado, ha muerto como los árboles en la selva, la espada del Cruzado, negra, enorme, hecha para gigantones, destinada a que la sostuvieran las dos manos, ha sido una parte de la herencia de familia.

Tras estos anuncios se adivinan esas tragedias oscuras de que está llena la vida de muchas gentes, se sienten horas de renuncia, de lucha contra la miseria, de descenso.

Un día leí en un diario de mi tierra un anuncio que decía: "Se vende un frac con poco uso y una Historia Universal de César Cantú". Era la doble y dolorosa renuncia del hombre culto a los placeres de la sociedad y los goces del espíritu. Vendía el frac, acaso el que había llevado el día de su matrimonio, tal vez el que vestía cuando la mujer amada, apoyándose en su brazo, le oyó su declaración de amor, quién sabe si el de sus alegres orgías juveniles. Vendía sus libros, pacientemente acumulados, y comenzaba por desprenderse de aquellos gruesos volúmenes del buen señor Cantú que en mi tiempo todo el mundo adquiría y nadie leía.

Infinitamente más cruel la renuncia del inglés descendiente de los Cruzados, con siglos y siglos de tradición, de orgullo de raza atestiguado por aquel hierro soberbio.

¡Hola! ¡Americanos del norte y del sur! Vosotros que

andáis a caza de abolengos, de pergaminos, de títulos, de documentos que os den una apariencia de antigüedad, como los niños que se visten de largo y juegan a los ancianos con los anteojos de la abuela, he aquí una oportunidad para tener en la casa una auténtica espada del tiempo de Ricardo Corazón de León.

Americanos de origen británico y de origen español vuelven de Europa con retratos de antepasados vestidos de casaquín y peluca empolvada, con armaduras, escudos, lemas, árboles genealógicos. Al cabo de algún tiempo la imaginación hace su obra y se olvidan de que todo eso lo adquirieron de un comerciante, que todo es de pega, y se creen honradamente nobles y se figuran que se han despojado de la costra plebeya que aún les queda de los humildes tenderos, soldados de aventura y escapados de presidio que forman el fondo original de todas las colonias europeas de América.

¿Por qué no comprar la espada del Cruzado y colgarla en su casa de New York o de Santiago de Chile, de Buenos Aires o de Denver (Colorado), y mostrarla a sus hijos como un trofeo de familia milagrosamente descubierto en Europa?

Una espada de ese temple hace bien en una casa, es algo que respetar, puede detener a jóvenes impetuosos al borde de nuevos y no soñados encanallamientos. Una madre inteligente puede señalarla con un gesto dramático al hijo descarriado y decirle: "¡Manchas la sangre del que llevó esa espada y se batió con ella como un caballero!"

Desde los tiempos más remotos una espada ha sido una hermosa herencia. *"Le sabre de mon père"* de la Gran Duquesa de Gerolsteins no es más que la forma cómica que Offenbach dió a esta moralización por medio de las espadas heredadas.

Hace bien en vender su vieja espada el descendiente de los Cruzados. Acaso le den por ella lo necesario para comer él y los suyos varios días. Tener el cuerpo y el alma juntos es también una condición para conservar el honor de la familia.

Además, ¿qué haría hoy el descendiente con la espada enorme de sus abuelos que ya ni él ni sus hijos pueden cargar? Ya no hay espadas. Los hombres pelean a larga distancia con instrumentos mecánicos maravillosos, se arrojan por encima de los montes y de los mares grandes cajas metálicas que encierran explosivos y sustancias incendiarias, se guarecen bajo la tierra o bajo los mares, salen a

batirse con gases, con ácidos, con sales y otros productos químicos.

La guerra está despojada de toda nobleza. La espada, que había llegado a ser un símbolo, ha desaparecido de la guerra. Cuando los franceses y los británicos llegaron a los campos de Flandes con la espada al cinto, encontraron ahí a sus enemigos armados de gases asfixiantes, de llamas arrojadizas *(flammen-werfer)*, y la guerra de caballeros y paladines se convirtió en una guerra de boticarios y de mecánicos.

La espada quedará en la historia, ha entrado ya en ella, como un símbolo de tiempos en que los hombres no eran más buenos, pero en que todavía flotaba un sentimiento noble sobre las disputas y combates humanos como un homenaje que la parte bestial de la naturaleza rendía a la porción espiritual. Ahora la primera ha quedado dueña del campo. Ya no se dirá con el Libro Santo: "El que no tenga una espada, venda su túnica y compre una espada". Habrá que decir a las nuevas generaciones: "Vende tu espada y cómprate una máscara contra gases asfixiantes".

Día llegará en que los niños se detengan ante la estatua de un héroe y pregunten intrigados: "¿Qué instrumento es ése que empuña ese señor con tanta furia?" Y la madre contestará: "Un cuchillo de los tiempos bárbaros".

Sí, que emigre a América la espada del Cruzado y que allí sirva el doble fin de dar una base material, visible, a fantásticas e inocentes vanidades nobiliarias y de crear en el seno de alguna honrada familia un sentimiento de honor, de sacrificio, de caballerosidad. ¡Dice tantas y tan bellas cosas una vieja espada!

Londres, mayo de 1918.

DAVID BURNS SWINBURN

UN JOVEN HEROE CHILENO

Le conocí desde niño en casa de sus padres, esa hospitalaria casa de los Burns en Wimbledon, cerca de Londres, donde tantos chilenos hallan la atmósfera afectuosa de la patria.

Cuando estalló la guerra se enlistó de los primeros el hijo mayor, Carlos, que estudiaba medicina, y después de ser herido, de sufrir las consecuencias de los gases asfixiantes y volver a su hogar gravemente maltratado, ha podido reanudar sus estudios.

David era el segundo de los hijos de don David Burns, el gerente del Banco de Chile en Londres, y de doña Clara Swinburn, de la vieja y respetada familia anglochilena de ese nombre. Habia nacido en Viña del Mar, en 1898, y residía con sus padres en Inglaterra desde 1906.

Le seguía con interés en sus estudios. Alumno del colegio de los jesuitas de Wimbledon, había llegado a ser capitán de su escuela, ese rango que en el régimen de los grandes colegios británicos se conquista sólo con un carácter caballeroso, una conducta intachable, una simpatía personal que se impone a todos. Era un muchacho alegre, lleno de una poderosa vitalidad física y moral, gran *sportsman*, que difundía en torno suyo una sana alegría de vivir.

De Wimbledon pasó al célebre Colegio de Stonyhurst, para hacer sus cursos de filosofía. Se ganó allí uno de los codiciados premios por ensayos de economía política y filosofía. Tuvo éxitos considerables en los *sports*. Los compañeros lo querían y los maestros fundaban en él esperanzas brillantes.

Apenas terminados sus estudios, y alcanzada la edad necesaria, se preparó para entrar a un cuerpo de cadetes, y en 1916 estaba en Sandburst haciendo la vida de severa disciplina, de sacrificio incesante, de estudio y trabajo con que el gran Colegio Militar forma a los futuros oficiales británicos.

Le vi por última vez, hace apenas tres meses, en vís-

peras de su partida para Francia. Era oficial del regimiento escocés llamado "La Guardia Negra", el histórico cuerpo que había escogido como un homenaje a la raza escocesa de su padre. Un hombre había brotado en corto tiempo dentro del niño. Tenía en la mirada y en los gestos una determinación enérgica, una lumbre en los ojos iluminados por la conciencia de que cumplía un gran deber, de que iba a pelear por ideales superiores.

Jamás he visto más de cerca esta transformación maravillosa que la responsabilidad prematura realiza de súbito en los que tienen un carácter noble y una personalidad acentuada. Seguía siendo el niño alegre, bullicioso, bromista, seguía teniendo la mirada limpia del muchacho que no se ha contaminado; pero había en él una fuerza extraña y algo como un destino luminoso.

Cuando le dije que los chilenos nos sentiríamos representados por él en la gran contienda, se apresuró a decirme: "Si hubiera una guerra en Chile, yo me iría a pelear lo mismo que voy ahora a servir a la Gran Bretaña".

¡Qué bello producto de su raza y de la educación británica! David Burns, tal como le vi en esos últimos días, era una mezcla de inocencia y de energía, de delicadezas de adolescente y masculinas resoluciones, de sentido práctico y de fe en los ideales.

Partió a Francia, estuvo en las trincheras de Flandes, vivió tres meses la azarosa existencia de la campaña en los días de los triunfos y de la reconquista de la tierra invadida, y el 30 de septiembre cayó a la cabeza de sus soldados que avanzaron mucho más allá del punto donde rindió su vida persiguiendo al enemigo.

Cuatro días antes había escrito a su madre: "Hace dos días me confesé y comulgué. Esto le agradará a usted saberlo. También ayudé la misa que se dijo en una vieja casucha con los ornamentos y vasos del servicio de campaña. Los días que seguirán habrán de ser de gran excitación para nosotros, pero me siento muy bien y estoy lleno de confianza".

Por último, una noche escribió en un pedazo de papel estas palabras: "Sólo tengo tiempo para mandarle una línea. En lo mejor de la pelea, pero muy bien. Escribo a la luz de una lámpara. Todo marcha espléndidamente. *"Heaps of love to ALL!"* Y esta última palabra, despedida postrera de los suyos, la había escrito con mayúsculas como si quisiera marcar la intensidad de sus sentimientos.

Todo el noble carácter del muchacho, todo su entusiasmo, toda su fe, toda la iluminación interior que sienten es-

tos soldados de una causa justa, se revelan en esos fragmentos de papel, líneas medio borrosas, última voz que llegaba al hogar desde el fondo de un alma que ya había hecho ante Dios y su conciencia el sacrificio de su vida joven y robusta por la humanidad amenazada en sus libertades.

Y allí mismo, en tierra de Flandes, en vísperas del sacrificio, lo invadía la alegría de vivir, le interesaba cuanto había a su alrededor, idealizaba la ardua labor de soldado. Desde el frente ha enviado a los suyos bosquejos a la acuarela que hacía con talento de verdadero artista, apuntes de tierras bajas con árboles raquíticos y casitas de techos rojos, cielos desteñidos por donde cruzan unas nubes muy blancas, manchas de color interpretadas por un temperamento exuberante que bebía la vida a grandes sorbos.

Todo sonreía. El avance continuaba. Flandes volvía a ser libre. Los invasores retrocedían. "¡Todo marcha espléndidamente!" ¿Qué le importaba lo demás, qué sus sufrimientos, qué los peligros ante la magnitud excelsa del fin que ya se lograba? Nunca hubo oportunidades más bellas para los grandes caracteres.

El coronel de su batallón ha escrito a su padre una carta, que es la más sobria y hermosa oración fúnebre que se puede pronunciar sobre la tumba del joven héroe chileno:

"Siento que hasta ahora no me haya sido posible escribirle y decirle cuán profundamente acompañamos a usted todos los oficiales de este batallón en la gran pérdida que ha sufrido con la muerte, en el campo de batalla, de su hijo, el teniente D. C. Burns. Tenga la seguridad de que comprendemos sus sentimientos. Nosotros sabemos cuánta falta nos hace su alegre compañía y esto nos ayuda en cierto modo a entender la pérdida que usted ha experimentado.

"Hasta el momento en que cayó muerto por un disparo de rifle o ametralladora guió valerosamente a su grupo. Estábamos avanzando a través de un bosque y había sido herido en una pierna. Evidentemente, acababa de vendarse él mismo esta herida cuando recibió una bala en la cabeza.

"No creo que haya experimentado sufrimiento alguno con esta última herida y, sin duda, su enérgico espíritu de responsabilidad del mando venció el dolor de la primera. Su labor en el batallón fué siempre de primer orden y puedo personalmente asegurarle que sus facultades de mando se reflejaban en su grupo, que era uno de los mejores; mientras sobreviva uno de sus muchachos, la memoria de su hijo no será olvidada. Desde que su hijo cayó se han conducido muy bien y yo sé que mucho del éxito que han obteni-

do se debe a lo que él les enseñó y a la manera como supo mandarlos."

Uno de los oficiales agrega que lo enterraron junto al bosque por donde su tropa avanzaba victoriosa, y sus compañeros y el capellán católico marcaron con una cruz el sitio donde quedaba el cuerpo que había animado un espíritu tan noble.

La hermosura de estos caracteres apenas puede ser tocada por las palabras sin que se disminuya y marchite. Caer a los veinte años, con el alma llena de su fe religiosa, de los ideales humanos por que peleaba y del amor de su hogar... ¿Quién de nosotros no lo envidiará, pensando que ni se concibe más noble vida en menos años, ni corazón más generoso que el que se da a sí mismo por lo que ama?

Y así brotan estas memorias sagradas de entre el lodo y la sangre de los combates, como lirios albos y perfumados sobre aguas cenagosas.

Londres, 17 de octubre de 1918.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

LA FAMILIA DE SANCHO PANZA EN CHILE

Los eruditos del siglo XIX conocieron, por lo menos la fama de la colección de documentos formada por el eminente investigador don Endimión Barrales, natural de Chiloé. Que no se la haya citado más a menudo y se haya hecho silencio en torno de su nombre, se debe en gran parte a celos entre gentes del oficio y a que el señor Barrales, salvo mientras viajó a España en busca de viejos papeles, vivió encerrado en su isla y sólo a escasas personas permitió el acceso a su archivo. He oído que Don José Toribio Medina conoció algunos legajos pertenecientes a Barrales y más de una vez lo consultó, pero no he podido comprobarlo.

Don Endimión Barrales consagró una vida a estudiar la familia de Sancho Panza en América, y para ello comenzó por vivir varios años en la Mancha, donde rastreó tradiciones, escarbó archivos notariales, copió partidas de bautismo y matrimonio, compulsó documentos de todo género y adquirió, o simplemente se apropió, los originales, fiel a la costumbre de los grandes investigadores.

Este tesoro, único en el mundo, desapareció poco después de la muerte del sabio chilote, ocurrida en 1905. Su ama de llaves vendió al peso al célebre Trust americano de los papeles y trapos viejos, tres toneladas y media de papeles del archivo de su amo, cuyo mérito ignoraba. Y así se embarcaron para los Estados Unidos, arrastrados en una gigantesca especulación, los documentos de Barrales, sus obras inéditas, revueltos con más de cien mil ejemplares de novelas y poesías nacionales y un número incalculable de expedientes perdidos en nuestros juzgados.

Visité al señor Barrales en Chiloé el año 1899, y conservo unos breves apuntes de nuestras conversaciones que debieron servirme para escribir su necrología y que hasta hoy no había tenido ocasión de aprovechar porque su muerte no fué anunciada en los periódicos.

Mi ilustre amigo comenzó por estudiar la familia Quijano, provocada su curiosidad por el libro entonces muy famoso del historiador manchego Don Cipriano Recóncho-

lis (1). Pero, a poco andar, pudo demostrar el error en que de buena o mala fe había incurrido Recóncholis al atribuir a Don Quijote de la Mancha la paternidad de un hijo que dió a luz Aldonza Lorenzo, algún tiempo antes de que su amoroso caballero le diera el nombre de Dulcinea del Toboso. Pudo aún comprobar una burda alteración en la partida del bautismo de ese niño, hecha, según afirmaba, por encargo de algunas familias americanas descendientes de ese humilde vástago de la dicha Aldonza y padre desconocido, que en América querían entroncarse, aunque fuera por línea extraviada, con el gran caballero de la Triste Figura. Hoy se sabe que no hay descendientes directos, sino colaterales de Don Quijote, por el matrimonio de su sobrina con el hijo del Caballero del Verde Gabán. El último de ellos, de quien se tiene noticia, era un hombre valeroso, desinteresado, buscador de aventuras, y murió en la guerra de la Independencia.

De aquí pasó Barrales a escudriñar la suerte que habían corrido los descendientes del leal escudero Sancho Panza, y logró establecer que uno de ellos vino a Chile y dejó en nuestro país numerosa prole. Como se sabe, el único hijo varón de Sancho murió joven, soltero y comido de sus vicios. Pero la hija, Marisancha, de quien tan bellas cosas dijo Sancho en más de una ocasión y cuya suerte discutió con su mujer, Teresa, al borde ya de alcanzar el gobierno de una ínsula, casó con Ginés de Pasamonte, y, como decía Teresa, cuando Sancho prometía casarla con un conde: "mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada". Ginés se había ya corregido de sus malos hábitos algo irrespetuosos de la vida y haciendas del prójimo, y vivía con dignidad y decencia desde que se vió metido en libros y cubierto por un reflejo de la gloria de Don Quijote.

Este reflejo alcanzó a muchos de los que vivieron en compañía del gran caballero manchego, y fueron levantados por él en alas de la fama, y obligados a vivir su nueva reputación. Así, la llamada Maritornes se arrepintió y murió santamente en el convento de las Magdalenas Calzadas, con el nombre de Sor María de Tornes. Maese Pedro, el del retablo, fué nombrado Director del Corral de la Pacheca, el mejor teatro de Madrid en ese tiempo. El Bachiller Sansón Carrasco llegó a Justicia Mayor de la Mancha. El cura murió de Obispo del Toboso (2). Y el mismo

(1) Cipriano Recóncholis, "Un hijo del Ingenioso Hidalgo", Madrid, 1865. Con notas de don Aureliano Fernández Guerra y Orbe.

(2) Archivo Municipal del Toboso, legajo H., 1283.

Sancho, que ya usaba en sus tarjetas de visita el título de "Gobernador que ha sido de la Insula Barataria", reunió algún dinero y era muy visitado por los turistas, a quienes mostraba el Rucio, las alforjas, y algunas reliquias de Don Quijote, como el yelmo de Mambrino. La venta de trocitos de la lanza, que hacía discretamente su mujer Teresa, le dió pingües ganancias y así es como ahora andan por el mundo estos fragmentos de madera, suficientes para formar un espeso bosque.

Fuera para borrar el recuerdo de los orígenes turbios de Ginés o por simple vanidad, el hijo de Marisancha obtuvo una Real Cédula de Don Felipe IV, fechada en el sitio del Buen Retiro el 18 de marzo de 1636, por la cual se le otorgaba a él y sus sucesores el derecho de llamarse en adelante "Pasamonte de la Panza". Decía el regio documento, copiado por el señor Barrales: "a fin de que se perpetúen en los siglos como merecen el nombre honrado y la dichosa memoria de nuestro servidor Sancho Panza, discretísimo gobernador de la Insula Barataria" (1).

Uno de esos Pasamonte de la Panza, de quien se asegura que había cursado en Alcalá ambos derechos, pasó a América. Hay huellas suyas en el Perú y en Chuquisaca. Luego reaparece uno de este nombre en las orillas del Río de la Plata y acaso había venido por la Quiaca. No se sabe de qué ingeniosa manera, otro de estos Pasamonte de la Panza logró agregarse en Buenos Aires a la comitiva del Mariscal de Campo Don Gabriel Cano de Aponte, que venía de España a tomar su cargo de Gobernador de Chile. El parentesco de la familia de este gran soldado de Flandes con la del Duque, en cuya casa alojó Don Quijote y le ocurrieron tan peregrinas aventuras, explicaría la privanza que luego alcanzó Pasamonte cerca del Gobernador. Ello es que el Licenciado Pasamonte de la Panza hizo su entrada triunfal en Santiago el 16 de diciembre de 1717, y tomó parte en los festejos y regocijos organizados por el Cabildo y la Real Audiencia, para recibir al nuevo Gobernador (2).

El apellido Pasamonte de la Panza se ha extinguido en Chile, porque el fundador de la familia en nuestro país sólo tuvo descendencia femenina, pero como sus hijas fueron, según cronistas fidedignos, no menos de 24 entre legítimas y naturales reconocidas, hay un gran número de familias que vienen de Sancho Panza por su hija Marisancha. El Licenciado obtuvo pronto una plaza de recaudador

(1) Nobiliario Manchego, pág. 823.
(2) Barros Arana, Historia General, Tomo VI, pág. 13.

de contribuciones. El proceso que se le inició en 1720 por malversación de fondos, terminó en un sobreseimiento, como casi todos estos procesos en Chile, donde la calumnia se ceba en los hombres más respetables. "Lombriz, la vil calumnia de grandes se alimenta", como dijo en un verso inmortal el Patriarca Matta, Don Manuel Antonio (1).

Uno de los descendientes del Licenciado, acaso su hijo, compró en remate una hacienda que fué de los jesuítas expulsados, y "reconoció parte del precio a censo redimible al tres por ciento", según lo prescrito en una real orden que cita el fecundo y prolijo escritor señor Barros Arana.

Don Endimión Barrales sólo se ocupó de esclarecer el paso por la historia de Chile de unos pocos vástagos de esta familia, que habían tenido cargos públicos u otras posiciones importantes. Así anotó el nombre de uno de los Pérez de la Panza (ya habían dejado caer el Pasamonte y luego perderían también el Panza porque en Chile nadie sabía de Sancho), que prestó servicios a la patria en la Independencia, como que fué quien suministró a precios muy bajos la lanilla para banderas y tomó el contrato de la "castilla" para mantas de la tropa (2). El señor Pérez de la Panza tenía una tienda en la calle de la Nevería esquina de las Ramadas.

No menor influencia tuvo en los destinos de la naciente República otro de la familia que, en 1825, consiguió el estanco de la grasa y manteca, a fin de velar por la salubridad pública. Y cuando un Gobierno posterior quiso nacionalizar la industria de los botones de concha de perla y la fabricación de conchuela para aves, fué uno de los descendientes chilenos de Sancho Panza el primer Superintendente de Conchología Nacional. Este servicio, suprimido más tarde, llegó a tener más de doscientos empleados en todo el país, y su acción sobre esa riqueza nacional, ahora abandonada, que son las conchas de nuestras playas, fué considerable.

La Iglesia de Chile puede recordar al piadoso ecónomo de la fenecida Cofradía de la Buena Intención y a otro de la misma familia, que fué por largos años síndico del rico monasterio de Santa Eudosia, hoy desaparecido.

Pero el más famoso de todos, según Barrales, fué Don Pedro Antonio Izugarri, de la ilustre casa vizcaína de ese nombre, con solar en Ondarra. Hacia fines del siglo XVIII, la familia Panza se había unido con una de las más cono-

(1) Recopilación de Indias.
(2) Torres Saldamando. Títulos de Castilla en Chile.

cidas tribus vascongadas de Chile (1). Don Pedro Antonio fué, sucesivamente, diputado, senador, Consejero de Estado, Ministro de Obras Públicas y después de Hacienda. Su talento electoral era maravilloso y llegó a ser en su provincia el dispensador de diputaciones y senadurías, el único hombre que podía asegurarle al Presidente de la República la totalidad de la elección. Años hubo en que tenía todos los boletines de calificación, entonces en uso, guardados en su caja fuerte en Santiago. La estación de ferrocarril, que todavía existe frente a las casas del que fué su fundo, el camino que parte de ahí hacia el interior, el ramal de ferrocarril a la costa, el arreglo del puerto cercano, donde exportaba sus productos, son unos pocos de los progresos que el Estado realizó en esa zona, gracias a la incansable actividad y espíritu público del señor Izugarri. A despecho de su pesada sangre vizcaína, Don Pedro Antonio había heredado la socarronería de su remoto abuelo Sancho Panza. Sus dichos criollos y refranes, sus chistes verdes, sus anécdotas escatológicas, formarían un volumen con lo mejor del ingenio chileno. Algunos le atribuyen la invención del cuento alemán, pero creemos que este no era su género.

En las letras chilenas, los descendientes de Sancho Panza han tenido, según las investigaciones de Barrales, representantes egregios. Uno de ellos, Don Sebastián Capistrano, mereció que todos sus libros sobre historia, economía y otros asuntos fueran editados por el Gobierno, el cual además adquiría grandes cantidades de ejemplares, lo que hacía que las obras del célebre escritor se agotaran antes de publicadas. Era de la misma familia el Dr. Calasanz Petunia, enviado por el Gobierno a Europa durante varios años, para perfeccionar sus estudios, y cuya memoria sobre "El estornudo y sus efectos sociales" apareció en los Anales de la Universidad de Chile. También recibió una comisión en el extranjero un pariente del Dr. Petunia, conocido por sus estudios industriales y gran proteccionista, cuyos trabajos sobre "la nacionalización de la producción de bolitas de piedra y vidrio" fué tan bien acogida en los centros fabriles de la época.

La Guerra del Pacífico no halló a los descendientes de Sancho indiferentes a la suerte de la patria. Uno de ellos fué el más honrado proveedor que tuvo el Ejército; otro sacrificó su brillante carrera y se quedó en el país, contra toda su voluntad, encargado de reclutar gente. Sólo consiguió partir al Perú después de la entrada a Lima; y su

(1) Amunátegui Solar, Historia Social de Chile.

abnegación por la cosa pública le mereció un alto cargo administrativo durante la ocupación.

Don Endimión Barrales sólo alcanzó en sus estudios, si mis apuntes no me engañan, hasta aquel distinguido caballero y excelente funcionario que el Gobierno nombró Gobernador de la Isla de Huafo. No se sabe si se lo llevó el mar en su primera y única visita a la tormentosa isla, o si simplemente cayó con el Gobierno en 1891. Y decía Barrales: "sería curioso que la estirpe del Gobernador de la Insula Barataria se nos perdiera en la Isla de Huafo". Pero su convencimiento íntimo era que el país estaba lleno de vástagos directos de este linaje ilustre, muchos de ellos inconscientes en su modestia del alto origen de su casta.

Advierto a los lectores que no se deben tomar en sentido estricto las citas de algunos autores que he hecho en este pequeño trabajo. Algunas de ellas están ahí nada más que porque es decoroso hacerlas en todo estudio histórico y científico. Son un ornamento que agrada al lector, da dignidad al autor y a nadie ofende, porque nunca nadie ha verificado una cita.

2 de septiembre de 1934.

VII

PAGINAS FUGACES

LA ULTIMA CENA

La iglesia de Santa María de las Gracias, en Milán, es uno de esos sitios privilegiados en torno del cual un período de florecimiento de las artes logró reunir obras de prodigiosa belleza y que ni el tiempo ni la acción odiosa de los hombres han podido desnudar de sus galas.

En vano los ejércitos napoleónicos convirtieron en cuartel el monasterio; en vano los furores antirreligiosos de otros días más próximos a los nuestros y más obligados a respetar la belleza, desvistieron el templo y entregaron a la ruina lenta la mole de ladrillo.

Sobre los despojos de la bella iglesia mutilada surge todavía intacta la cúpula que el Bramante ideó a fines del siglo XV; en los claustros, que manos menos hábiles tratan ahora de restaurar, subsisten las líneas delicadas que aquel grande artista trazó para los monjes; y en el refectorio, abandonado largo tiempo ha, flota todavía como una visión brumosa el último resto de la obra de Leonardo da Vinci.

La cúpula de Bramante es como una iniciación para contemplar el fresco vinciano, porque en sus líneas de una pureza casi aérea, de una elegancia que marca el esplendor del Renacimiento, con adornos de terracota de una atrevida y deliciosa fragilidad, aparece el arte noble, sereno, fuerte y delicado a la vez, que sembró la Italia de monumentos inmortales.

Pero en el templo mutilado donde unas cuantas viejas oran sobre las piedras gastadas, no hay ya el esplendor del culto para el cual Bramante dibujó el hermosísimo coro y Gaudenzio Ferrari pintó sus frescos, ni la majestad que debió envolver un tiempo en su último reposo los despojos de los señores de Branda Castiglione y Della Torre que allí tienen sus sepulcros.

Para entrar al claustro contiguo a la iglesia no se llama ahora tirando de una cuerda, ni asoma ya la figura de un lego que nos ofrece la paz del Señor al abrirnos la puerta del asilo. Hoy se empuja una mampara de cristales y se entra en el vestíbulo de un museo en que las vidrieras

con fotografías y reproducciones de toda especie, sin que falten las vulgares tarjetas postales, acaban de dar la impresión de un comercio, de un sitio donde se venden pacotillas.

Se paga la entrada a un guardián que avalúa con una mirada codiciosa al visitante para calcular la propina, y se entra hacia la derecha en el antiguo refectorio.

Allí está, en el fondo de la alta sala donde en otros tiempos cien monjes hallaron asiento, allí está la obra portentosa que por cuatro siglos ha encantado los ojos de los hombres, que fijó para siempre una escena del drama cristiano y que, profanada, retocada, enjalbegada por manos torpes, todavía derrama sobre las almas una sensación de grandeza, de profundidad, de belleza espiritual.

* * *

La débil luz que viene de las ventanas altas, apenas deja ver en los primeros momentos otra cosa que una borrosa y confusa mancha en el muro del fondo, sobre lo que en otro tiempo fué la puerta por donde los monjes de Santa María de las Gracias entraban en el refectorio. Poco a poco los ojos se habitúan, las figuras se desprenden de la nube y el fresco va apareciendo. Sólo al cabo de largo rato de contemplación se le entiende, se le siente, se explica el espectador la fascinación que esta obra ha ejercido sobre cuantos la han contemplado, sobre el alma primitiva de las multitudes que la vieron en toda su frescura como sobre los espíritus más exquisitos de aquel tiempo, sobre el genio complicado de Goethe, como sobre los sencillos aldeanos que hoy mismo tienen en su hogar una reproducción de La Ultima Cena y descifran en sus personajes la Pasión de Cristo.

El fresco de Leonardo nos saluda como un viejo amigo que hemos conocido desde la infancia, y los menos habituados a admirar las obras de arte exclaman al verlo: "¡Pero era éste! ¡Si yo lo conocía!" Y es que en la iglesia donde uno iba a misa cuando niño, había una reproducción, es que en la casa había otra, es que toda la vida no hemos visto otra cosa en las vidrieras de las tiendas de grabados que esta larga mesa donde Jesús se sienta con los doce discípulos, cubierta con un mantel de pliegues bien marcados, en una sala cuyas ventanas miran al campo solitario.

Es la sombra de la obra de Leonardo, la huella imperecedera de una mano que estaba dirigida por uno de los cerebros más poderosos que hayan servido de asiento a un

espíritu humano; huella y sombra nada más, porque en realidad lo que Leonardo pintó allí ha largo tiempo y en el siglo mismo en que vivió el gran maestro, se desvaneció como un ensueño, se fué apagando sin que lograran los audaces restauradores conservarnos otra cosa que las líneas fundamentales de la composición.

Espíritu inquieto, apasionado de las novedades, con una fiebre de invenciones que lo atormentó toda su vida y que no era otra cosa que su fe en la ciencia, Leonardo insistía en pintar sobre muros con aceites, en vez de emplear los procedimientos tradicionales de la pintura al fresco, y su Cena no resistió al tiempo sino merced a esfuerzos continuos de diversas generaciones que apenas nos han salvado la idea general de la obra, y su Batalla de Anghiari en el Palazzo vecchio de Florencia, que los contemporáneos proclamaban maravillosa, se borró del todo unos veinte años después de ejecutada.

Misterioso destino el de este hombre cuyas creaciones parecen perpetuar los enigmas de su vida y sufrir a través de los siglos los efectos de aquella existencia atormentada, extraña, llena de contradicciones, incompleta y nunca satisfecha. Su mayor obra de composición se borra en Florencia, su Cena se presenta a las generaciones posteriores como el espectro de una creación genial, su Gioconda, oculta para siempre a los ojos de los hombres la sonrisa con que iluminaba la tierra, y por todas partes los Museos nos ofrecen bocetos de Leonardo, obras inconclusas de Leonardo, fragmentos de Leonardo.

Tan alto subió hacia la luz absoluta en que el genio se baña, tan lejos fué su mente en la majestuosa ascensión hacia la verdad completa, que los medios materiales fallaron en sus manos. Condenado estaba por su genio mismo extraordinario y acaso no igualado jamás por otro hombre en la amplitud de sus concepciones, a no realizar cosa alguna que durara, que apareciera terminada del todo, que pudiera haberle servido de reposo en sus ansias infinitas.

Iba Leonardo delante de su tiempo, envuelto como el conductor del pueblo israelita, en una columna de fuego, y esas mismas llamas de su exaltado amor a la ciencia y su audaz revelación de nuevas ideas devoraron más de una vez sus proyectos.

¿Qué queda de la mano de Leonardo en el fresco delante del cual hemos estado en meditación? ¿Qué queda, después de la obra muchas veces devastadora, raras veces respetuosa, de tantos y tantos restauradores que pugnaban por retener en el muro los aceites que él había inventado, y que ensayaba como experimentador en creaciones

geniales? Los últimos restauradores, sin duda los más sabios y más prudentes, aseguran que ahora se ve mucho más del trabajo primitivo, porque durante los seis o siete años recién pasados, han reducido su labor a raspar las costras que acumularon los otros, para llegar con paciencia portentosa a lo que parece ser lo que queda de aquél.

En todo caso, lo que queda es una sombra, una nube de colores desvanecidos, que la imaginación suple como puede, donde las figuras viven todavía la vida inmortal que les dió su creador.

A pesar de los estragos de tantos agentes humanos y meteorológicos, el fresco de Leonardo sigue siendo la interpretación definitiva en el arte del episodio más profundamente doloroso de la vida de Jesucristo, tal vez la obra más intensa y de mayores bellezas de fondo y forma que produjo la pintura en el gran siglo.

El espíritu filosófico de Leonardo, cuyas tendencias psicológicas se nos revelan en casi todas sus obras, La Ultima Cena del Salvador con sus discípulos, en la noche que precedió a la Pasión, debió aparecer como el resumen del drama de las almas que precedía al drama sangriento.

Doce personas ha encontrado en el mundo que creen en El, que lo reconocen como Maestro, que le deben lealtad, cuyos ojos ha abierto a la nueva luz. Cuando siente vecino el día del sacrificio, los reúne en una cena en que debe legarles su testamento de amor, y de sus labios salen estas palabras en que se suman todas las amarguras de la Pasión y se cifran y compendian todas las decepciones humanas: "En verdad os digo, uno de vosotros me hará traición..."

Son una docena de almas sencillas, recogidas entre el pueblo, iluminadas por el resplandor de la dulce doctrina de caridad, que lo han seguido por los campos de la Judea, sobre las aguas del mar de Tiberiades, en los pórticos del templo de donde expulsó a los mercaderes, en las cercanías del pozo de Jacob, donde dijo a la Samaritana palabras de sobrehumana belleza, entre la turba enfurecida cuando salvó a la adúltera, al borde de la tumba de Lázaro resucitado; y uno de ellos le hará traición.

El Salvador ha pronunciado estas palabras en el momento en que Leonardo quiso fijar sobre el muro su divino rostro, y el soplo trágico pasa sobre las cabezas de los presentes. Jesús inclina la suya, melancólica, dulce, amorosa y resignada, al peso de la amargura de la traición, y sus manos caen sobre la mesa en un gesto que habla, que prolonga desde las profundidades de su alma la frase dolorosa.

En los personajes de Leonardo las manos hablan tanto como el rostro; hablan las manos de la Gioconda, hablan las de sus vírgenes, dicen pasión, pureza, misterio, enigma, según lo que su genio quiso que dijeran.

Una de las manos del Cristo de la Cena cae lánguida sobre el mantel con el gesto de la resignación del Dios que se ofrece en holocausto. La otra se contrae en el dolor de la naturaleza humana que se resiste, en el desconsuelo del amigo traicionado, del hermano vendido, del Maestro entregado a sus enemigos.

Nunca las dos naturalezas, divina y humana, de Jesucristo, aparecieron como en el movimiento de esas manos; jamás alcanzó el arte cristiano una interpretación más alta y honda del misterio.

* * *

Al anuncio de la traición los discípulos se conmueven agitados por encontradas pasiones. Cada uno de ellos es un hombre en toda la integridad de sus tendencias y su temperamento individual; y todos, menos el traidor, están unidos por el amor que profesan a Jesús. Se puede estudiar separadamente cada figura y conocer el carácter de cada discípulo. Es una de esas horas dramáticas en que el fondo de las almas se revela en su desnudez.

Preguntan unos quién es, piden que el Maestro denuncie al culpable, y uno de ellos, violento en su afección, se alza con un cuchillo en la mano. Hacen otros el gesto del que en su horror llega a dudar de semejante crimen. Se exaltan éstos como tras un breve examen de conciencia, afirmándose inocentes de tan horrenda traición. Dobla el discípulo amado la cabeza juvenil y delicada con la visión de los dolores que vienen ya muy próximos. Se agrupan algunos con expresiones varias de indignación, de ira, de protesta, como si quisieran concertarse para impedir lo que está escrito. Y del conjunto de aquellas siluetas surgen inmortales la infinita amargura del Maestro traicionado que se entrega con serenidad de Dios y dolor de hombre, y la fragilidad de los juramentos humanos, que el vendaval de la desgracia se lleva como hojas secas.

* * *

En el fondo del fresco hay tres ventanas que se abren sobre el campo solitario. Afuera, ríe la vida en las colinas de líneas blandas, florecen las plantas, madura la mies, se renueva en cada primavera la yerba de los prados, zumban

los insectos y cantan los pájaros. Dentro, la traición ha herido con garra emponzoñada el corazón de Cristo, y sublevado en formas varias la lealtad de sus discípulos. Fuera, hay una gran paz. Dentro, el mayor de los dramas se formula y se desenlaza en las almas antes de llegar a su catástrofe en el Calvario.

Es la indiferencia de la naturaleza ante los dolores humanos. Es la vida universal que sigue su potente curso sin cuidarse de las angustias de los individuos que sufren. Es esa sensación que todos los que han pasado grandes angustias morales conocen demasiado, sensación de abandono, de desprendimiento de cuanto nos rodea, de lejanía inmensa entre nuestra alma acongojada y la existencia del Universo que nos rodea, del cual en ese momento no creemos ya formar parte.

Una sombra densa ha cubierto las almas; pero en las verdes colinas la luz brilla como antes y brillará con igual esplendor cuando la noche del dolor nos haya cegado.

* * *

Y todos los días, a la hora de la colación y de la cena, los monjes de Santa María de las Gracias entraban en el refectorio y miraban la obra de Leonardo, no el espectro indeciso que nosotros tenemos delante, sino la fuerte creación en que su genio había infundido una vida, en que los colores brillaban, en que la luz parecía proceder del cuadro en vez de caer sobre él.

Eran ya los días en que el *Poverello* de Asís estaba muy lejos de este mundo, por el cual había pasado como imagen del Cristo, derramando sus cantos por los valles de la Umbría, enamorado de la bella Dama Pobreza, para morir, cuando comprendió que los pájaros y el lobo y los peces entendían su sencillo lenguaje mejor que los hombres.

Eran ya los días en que el trueno de Savonarola se había extinguido, quemadas las alas de su celo en el incendio de su soberbia antes que su cuerpo en la hoguera de la *Signoria*.

Y cuando los fermentos de indisciplina hervían en las órdenes religiosas y un relajamiento de las severas reglas de otros tiempos obligaban a la Iglesia a pronunciar enseñanzas salvadoras, aquella obra inmortal de Leonardo recordaba a los monjes de Santa María de las Gracias el horror de la traición.

Hubo un Judas entre los doce discípulos que habían oído la voz del Cristo y recibido su testamento de amor.

¿Quién tendrá el temerario orgullo de proclamarse libre de la horrible tentación de traicionarlo de nuevo?

* * *

El refectorio desnudo, dilapidado, frío, muerto, está solitario. Por una puertecilla lateral se ve el claustro del Bramante que algunos obreros restauran. Una tristeza indecible invade el ánimo y parece que todas las decepciones, todas las falsías, todos los dolores sin consuelo que llevamos en el fondo del alma, suben a la superficie y nos relatan de nuevo historias que fueron amargas y a las cuales el tiempo ha dado una serena melancolía.

En lo alto está el Cristo, que inclina la cabeza divinamente bella, y una de sus manos nos habla de humanas protestas y la otra de supremas resignaciones.

Ha largo tiempo, se extinguieron los fuegos de aquel hogar, cesaron los sagrados cánticos, partieron los monjes, y los sitios que sirvieron de asilo a tantos espíritus fatigados quedaron desiertos para siempre.

Sólo vive plácidamente a la luz del sol de la Lombardia, graciosa y llena de majestad, la cúpula del Bramante; sólo habitan la casa abandonada las sombras de las figuras a las cuales Leonardo dió una vida que valía más que la frágil y deleznable vida nuestra.

Milán, enero de 1913.

ALAS DE FRANCIA

La influencia francesa sobre el mundo ha tenido siempre algo de aéreo, de sutil, de más espiritual que material. Los pueblos no la han resistido y muchas veces han sido casi inconscientes de ella. Nunca fué del dinero, de la ambición de conquista, ni de la invasión mercantil. Sobre nuestra América llegó a ser profunda y decisiva cuando no eran más que ideas francesas las que, volando por el aire, como el polen de las flores, transformaban la ideología de algunos espíritus selectos y nos daban los fundamentos filosóficos de la gran revolución emancipadora. Libros, formas de la educación, literatura y filosofía franceses nos invadieron después y continúan siendo el alimento principal de nuestros espíritus.

Pero existe hoy una forma de servicio que Francia presta a la América ibérica y en especial a Chile, servicio inadvertido para la gran mayoría y de que apenas se forman un concepto cabal los mismos que lo aprovechan.

Es francés el correo aéreo que nos une con Europa. Son franceses los aviones comerciales que lo llevan y traen. Francesas las vidas sacrificadas en los primeros ensayos titubeantes, y francesas las energías, la inteligencia, la bravura incomparable de los que crearon el servicio, lo han perfeccionado y hoy lo mantienen con riesgos todavía gravísimos.

El pequeño libro que acaba de publicar el periodista Jean-Gerard Fleury, nuestro huésped de hace algún tiempo, con el título de *"Chemins du Ciel"*, tiene como los desgarrados fragmentos de una inmensa epopeya que aún no se ha escrito. Es una especie de rápido relato, veloz y nervioso y sensacional, como el vuelo mismo de un avión. El periodista hizo el viaje de ida y vuelta en uno de los aviones del correo. Ha vivido esas emociones.

Salen de Tolosa, la ciudad meridional toda perfumada de violetas. Pasan sobre Barcelona, bajan en Alicante; van cambiando aviones y pilotos con vertiginosa premura. Gibraltal, muestra de la antigua potencia británica sobre los mares, queda allá abajo. Tánger se pierde en la distancia.

De Casablanca a Dakar la línea aérea exigió para su establecimiento los más duros sacrificios. Debían los aviadores desafiar a las tribus enemigas, los moros bravíos. Cada avión que descendía y no lograba escapar a tiempo era atacado, los aviadores hechos prisioneros. Joseph Kessel ha contado la aventura terrible de Reine y Serre, último combate de una larga serie para asegurar el libre tránsito aéreo en esa región.

Están en la región de las brumas africanas de la costa. Vuelan entre el desierto amenazador y el mar. Intérpretes moros viajan en los aviones como único medio de poder entenderse con las poblaciones. Se vive pendiente de la telegrafía sin hilos. Los "radios", como se ha convenido en llamar a los telegrafistas a bordo de los aviones, reciben incesantes despachos: desde tal punto reinan las nubes; en tal otro hay tempestad, vientos huracanados, falta de visibilidad. La gran estación radiotelegráfica de Juby hace posible la navegación aérea sobre 2,000 kilómetros de desierto.

Pasan Río de Oro, refugio de todas las tribus salteadoras. Por fin llegan a Dakar con su clima endemoniado. Sin tener tiempo ni de respirar mucho el aire caliente de aquella zona ecuatorial, los correos son transbordados a un pequeño vaporcito, un "aviso" como dicen los franceses, que debe cruzar en 4 días y medio el Atlántico.

Así desembarcan en Natal, costa del Brasil. Del vapor al avión es una carrera loca, como lo son todos los transbordos de un avión a otro en cada punto donde se les aguarda para el relevo. Nunca hay tiempo más que para dormir unas pocas horas cuando se han volado 20 o más, de comer un sandwich y algunas frutas, de beber un poco de limonada. El correo no espera. El vértigo se apodera de aviadores, de mecánicos, de "radios", de los que operan en los puertos aéreos. Hay una especie de vanidad exaltada, de amor propio, de religión o fanatismo de cumplir los horarios. Sólo así se puede llegar con el correo el día fijado a través de 14,000 kilómetros.

De Natal a Victoria (Brasil) son 20 horas de vuelo. En Victoria los pilotea Reine, que con Serre estuvo cautivo de los moros y escapó por milagro de ser asesinado. Recordemos el bello libro que estos dos escribieron con el título de *"Chez les fils du Desert"*. Estos franceses saben escribir. Salidos de la célebre Escuela Politécnica o de otras de Francia, fuertes en su cultura clásica, enriquecen la literatura de su lengua lo mismo si son aviadores que profesionales de las letras, soldados que químicos. En esta misma línea está St. Exupery, el joven piloto autor de esa maravilla

de arte que se titula *"Vol de Luit"*. Y fué él quien llevó el avión en que viajaba Fleury de Casablanca a Dakar.

De Río de Janeiro a Santos se vuela por encima de la selva impenetrable. A un lado, el mar casi sin playa. Al otro, las copas de los árboles. Por ahí aterrizó un día Depecker sobre el bosque virgen. Su avión se incendiaba y tuvo la audacia, premiada por la buena fortuna, de dejarse caer hábilmente sobre la masa verde.

La radio es la que anuncia brumas, tempestades furiosas en el Golfo de Santa Catalina. Cuando el mar es visible, pueden contemplar los rebaños de enormes tiburones que se darían un festín de aviadores si el aparato cayera en las aguas. Y casi no hay playas. Sólo angostas fajas de arena dorada en sitios estrechos, al pie de recios acantilados de la costa.

Buenos Aires; los pamperos; Mendoza. Un avión biplano Potez 25, capaz de elevarse a 7,000 metros, los lleva sobre la cordillera. Todos los chilenos sabemos lo que es el paso de esta siniestra mole andina que ha devorado tantas víctimas de la aviación. El recuerdo de los que perecieron vive en la memoria de los que ahora cruzan por allí, como vive el de la aventura extraordinaria de Guillaumet, perdido en los Andes, y hallado prodigiosamente gracias a su coraje y su feroz resistencia.

Fué Mermoz el primero que atravesó los Andes en un avión comercial. El estudió la línea, examinó, buscándolos con riesgo incesante, los pasos, las gargantas, todas las posibilidades, hasta que pudo trazar la línea postal. ¿Se recuerda su atrevido vuelo por los Andes de Copiapó en un avión que no podía subir a más de 4,000 metros? Cogido en la vertiente argentina por corrientes terribles, cayó su avión tirado a tierra como si lo aspirara una bomba. Mermoz y Collenot, su compañero, estaban vivos. El aparato parecía ya inservible. El altímetro marcaba 4,300 metros. Se hallaban a 160 kilómetros de cualquier lugar habitado.

Comenzaron a caminar para descender, pero Mermoz miró su avión, comprendió que no estaba perdido y volvió. "No podemos partir a pie. Tenemos alas, tenemos un motor. Debemos servirnos de ellos". Con herramientas improvisadas trabajaron para reparar la cola y las alas del avión. Taparon con telas embreadas las roturas que se habían abierto en las cañerías al helarse el agua. Inflaron sus neumáticos a esa altura, trabajando desde las 10 de la mañana a las 7 de la tarde. Al amanecer partieron de nuevo. Volvían hacia Chile. Rasando el suelo cruzaron un paso y llegaron a Copiapó. Nadie les creía la aventura. Sólo les prestaron crédito cuando una expedición, que duró 20 días, en-

contró en el sitio indicado por ellos, los restos del trabajo de reparación del avión. Y fué Mermoz quien trajo el primer correo postal en ese mismo aparato, hasta que por fin le dieron un biplano que subía a mayor altura.

En el regreso del viaje narrado por Fleury, los conduce en el Brasil el piloto Barbier. Muere pocos días después en un accidente, pero logra arrojar a la playa el correo, los preciosos sacos confiados a su honor, por el cual estos hombres exponen la vida y la pierden, si es preciso. Y son muchachos alegres, tranquilos, sobrios como monjes, fuertes como atletas, llenos de una especie de nuevo espíritu, animados por un soplo invencible como antiguos cruzados. Son místicos del deber.

Velan sobre sus vidas 46 estaciones de radiotelegrafía, que, sin cesar, los guían, les advierten los peligros, los buscan cuando se pierden, les trazan rutas, los defienden de las tempestades y las densas nieblas del trópico sudoroso.

Y así han logrado poner a Chile a 9 días de París. No están satisfechos. Mermoz dice a Fleury que es preciso trabajar para que se cruce también el océano por el aire y, entonces estará el Brasil a 2 y medio días de Francia; la Argentina, a 3 días; y Santiago, a 4 y medio.

"El peligro, dice Mermoz, el genio creador de este servicio, como lo es Serre de sus defensas por medio de la radio, no puede hacernos vacilar. Lo aceptamos y es tal vez esto lo que hace nuestra vida de aviadores tan ardiente y apasionada. En cada etapa peligrosa, nuestra existencia, conquistada contra el destino, toma otro valor. La jugamos; la ganamos y se enriquece con nuevas voluptuosidades. Tal vez un día perderé... Es cosa del juego... Morir en el puesto de pilotaje no me parece una suerte despreciable, ni siquiera triste. Aceptamos un fin caramente disputado. La enfermedad es una derrota..."

He ahí lo que cuesta llevar la carta de comercio que remite factura, la que acusa recibo, la que incluye letra de cambio. He ahí lo que se sufre y se arriesga y se afronta y se vence para llevar en 9 días de Santiago a París la carta de la madre ansiosa, la del hijo, la de la mujer amante que llora ausencias.

Sobre las alas de Francia vuelan los corazones de esos hombres que cada día realizan sobre tres continentes hazañas mayores que las que asombraron al mundo antiguo en los héroes de Homero. Y es el genio francés el que inventó las máquinas, el que dió a esos jóvenes una educación clásica y moderna a un tiempo, el que los dotó de energías sobrehumanas y de un sentimiento del deber llevado hasta el heroísmo de cada hora, de cada minuto, heroísmo sin

fanfarrías, silencioso, muchas veces ignorado de todos, excepto unos pocos que viven en la línea. Eso es lo que familiarmente llamamos la Aeropostale.

14 de julio de 1933.

EL CORAZON (1)

He visto un sólo Corazón humano. Cierto que era el de un hombre de genio. Hasta que lo derribó el terremoto de 1906, hubo en el Cementerio de Valparaíso un pequeño monumento de mármol donde por una ventanilla cerrada con cristal se podía ver, dentro de una redoma, sumergido en líquido amarillento, un objeto semejante a una pera seca: era el corazón de don Diego Portales. No parecía un gran corazón, disminuído ya por el tiempo; pero cuantos conocen la vida del célebre Ministro están seguros de que ese corazón latió con ritmo igualmente regular y tranquilo en las horas de graves preocupaciones y en las de alegre esparcimiento, y se mantuvo sereno frente a los fusiles de sus asesinos.

En todos los tiempos el arte ha considerado al corazón como centro de los afectos, de los sentimientos, de las emociones, pero en especial del amor. Algunas tribus salvajes se comen el corazón del enemigo vencido, porque lo creen la fuente del valor y de la fuerza.

El corazón late apresurado en la hora de la pasión amorosa, del miedo o del intenso dolor. La literatura lo usa como símbolo de estos movimientos del alma humana. Pero fué en la época romántica, iniciada a principios del siglo XIX, y que aún no ha muerto del todo, cuando se usó y abusó del corazón en la poesía y la novela. El propio corazón y el de la amada eran temas tan inevitables como el claro de luna y el rugido de las olas del mar. Lo que ahora de ordinario se carga a la cuenta de la fisiología general, entonces se hacía residir en este órgano de la circulación de la sangre. El corazón del poeta estaba atormentado, malherido, exultante, según los casos. Los galanes dejaban su corazón a los pies de la dama. Enrique Heine pide a su amada que ponga su mano sobre el pecho del poeta y lo sentirá latir con rudos golpes: es que habita

(1) Estas páginas corresponden a una charla solicitada por La Radio "El Mercurio" al profesor Dr. Alejandro Lipschütz, a don Carlos Silva Vildósola y a don Jenaro Prieto, que se realizó el 23 de julio de 1937. (N. del C.)

dentro un carpintero que está clavando su ataúd. Edgardo Poe escribió un cuento siniestro del hombre que enloqueció porque creía oír a través de la tierra y las tablas bajo las cuales lo había sepultado, el latir del corazón de un viejo a quien había asesinado. Pero ya desde muy antiguo el corazón era un recurso literario. Shakespeare hace decir a Macbeth: "¿Por qué había de ceder a esta sugestión que hace chocar mi corazón con las costillas contra el uso de la naturaleza?"

El corazón como recurso literario de fácil manejo ha caído en cierto desprestigio. Los poetas modernísimos prefieren otras presas del cuerpo humano. Hasta se considera algo cursi o propio de principiantes ponerle mucho corazón a los versos. Ocurre igual cosa en la oratoria: el movimiento oratorio que consiste en ponerse la mano en el pecho y jurar que se habla desde el fondo del corazón y hasta con el corazón en la mano, ha perdido casi toda su antigua eficacia.

Si la literatura se ha hecho escéptica respecto del corazón, el lenguaje vulgar le guarda sus viejos fueros. Se dice de una persona que tiene buen o mal corazón, gran corazón o que no tiene corazón; todavía "ganarse el corazón" es conquistar la voluntad, y "dar el corazón", consagrarse en absoluto. La religión misma rinde culto al Corazón de Jesús como símbolo del amor del Salvador a todos los hombres, malos y buenos.

Es, pues, inútil que algún sabio piense como aquel viejo profesor chileno de medicina que afirmaba haber hecho muchas autopsias sin encontrar el alma. El consenso del género humano simboliza en el corazón nobles pasiones, la primera de ellas el amor, desde la exaltación sensual hasta el supremo amor de la madre, el único desinteresado. Hay una leyenda francesa puesta en una romanza que solían cantar las señoritas románticas de mi juventud: por satisfacer el cruel pedido de una mujer que ama y desea, un joven mata a su madre, le arranca el corazón y se lo lleva a la amada; al correr hacia ella, tropieza y cae, y del corazón de la madre sale una tierna voz que pregunta: "¿Te has hecho daño, hijo mío?"

Contra todos estos testimonios de que el corazón es el centro del amor y el receptor de las emociones fuertes, se levanta una señora que sufre de frecuentes cólicos hepáticos, para sostener que todas sus penas y alegrías, sustos y ansiedades, se reflejan en su hígado, y suele decir que las jóvenes, en vez de llevar colgado al pecho un corazoncito de oro, en prenda de amor, deberían colgarse un pequeño hígado de ese u otro metal noble. He aquí un tema de inves-

tigaciones psicofisiológicas que salen fuera de mi asunto y de mis alcances. Sólo puedo decir que me parece difícil que la literatura llegue a reemplazar el corazón por el hígado como símbolo de la pasión amorosa.

En un estudio completo sobre esta materia se podría dividir la literatura en dos grandes secciones: la que hace uso del corazón y la que lo descuida. Los sobrevivientes del siglo XIX, escritores o lectores, pertenecemos a la escuela cardial o cardíaca, como quiera llamársela. La nueva generación pide menos símbolo y más realidad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

INDICE

Este libro ... 9
Recuerdo de un Cincuentenario, por Agustín Edwards . 13

I. — ESTUDIOS Y CONFERENCIAS

El centenario de la muerte de Napoleón ... 19
Elogio de don Juan Agustín Barriga ... 35
Elogio del Periodismo ... 43
Moisés ... 55

II. — SENSACIONES DE VIAJE

Alma suiza ... 67
El Mar Latino ... 73
Los tres momentos de París ... 79
Perú desde el mar ... 85
Rápida visión de Guayaquil ... 89

III. — NOTAS Y JUICIOS LITERARIOS

Los márgenes de un libro viejo ... 93
Un libro de Blasco Ibáñez ... 99
Dostoiewski y su torturante pasión del juego ... 105
La dramática vida de Lope de Vega ... 113
La autobiografía de Rudyard Kipling ... 117

IV. — IMPRESIONES Y RECUERDOS

Fundación de "El Mercurio" ... 125
En el taller de una artista chilena ... 135
Una hora de charla con don Eusebio Lillo ... 141
Una visita a Alfonso XIII ... 149

V. — HOMBRES DE OTROS TIEMPOS

Don Aníbal Pinto retratado por sí mismo ... 157
Arturo Prat ... 163
Don Gonzalo Bulnes ... 167

La redacción de "La Aurora" de Camilo Henríquez .. 171
Notas sueltas sobre Portales 177
Valenzuela Puelma 183

VI. — IMPRESIONES Y FANTASIAS

El idilio de la bailarina 189
Viejo Chile 193
Se vende la espada 197
David Burns Swinburn 201
La familia de Sancho Panza en Chile 205

VII. — PAGINAS FUGACES

La Ultima Cena 213
Alas de Francia 221
El corazón 227